

# PÍO BARROJA

Laura



Lectulandia

Los personajes de *Laura o la soledad sin remedio* son, sin duda alguna, la mejor expresión de la resignación paralizante ante el curso de la vida.

Compuesta en 1939 a partir de notas y observaciones tomadas en sus dos estancias parisinas, Baroja quiso ofrecer en ella un vivaz retablo de tipos de una Europa abocada a una guerra inminente, y de abundantes testimonios de la brutalidad de la guerra civil española. De alguna manera, la conclusión que nos transmite Baroja es que solo los débiles serán capaces de sobrevivir.

*Laura o la soledad sin remedio* se considera la mejor de las novelas de posguerra de Baroja.

Lectulandia

Pío Baroja

**Laura**

**o la soledad sin remedio**

ePub r1.1

Titivillus 17.06.15

Título original: *Laura o la soledad sin remedio*  
Pío Baroja, 1939  
Ilustración de cubierta: *Snow on the El*, Martin Lewis

Editor digital: Titivillus  
ePub base r1.2

---

más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)

---

# PRIMERA PARTE

La señora Monroy, doña Paz Avendaño, andaba aquella mañana de domingo por el comedor de su casa, más inquieta y bulliciosa que de ordinario. Murmuraba, hablaba sola y cambiaba los muebles de un sitio a otro con el exclusivo objeto de hacer el mayor ruido posible.

Su hija Laura estudiaba en un cuarto próximo. Se había dado cuenta de que algo le pasaba a su madre, quien cuando le entraba la inquietud no dejaba parar ni a su sombra.

Doña Paz hizo varias tentativas para ir a hablar a su hija y al fin se decidió y entró en el cuarto.

—¿Qué pasa? —preguntó Laura, que tenía dos o tres libros encima de la mesa, uno de ellos de cirugía con láminas en color.

—Ayer no creo que te dije que nos han mandado un aviso del Banco Hipotecario. Parece que ya tenemos allí tres recibos sin pagar.

—¿Tres recibos?

—Sí.

—¿Y se lo has dicho a Luis?

—Sí.

—¿Y qué ha contestado?

—Ha contestado que eso no tiene mayor importancia.

—Pues él ya lo sabrá.

—Esta casa va a ser nuestra ruina.

—¿Qué le vamos a hacer? Dejarlo. Yo creo que gente como nosotros, sin fortuna, no debía tener casa propia. Sería mejor que viviéramos en un cuarto alquilado.

—Sí, eso se piensa ahora, pero antes...

—Yo no he pensado antes de ninguna manera. Cuando comprasteis la casa, no había nacido.

—Sí, ya lo sé.

—¿Pues entonces?

—¿Qué quieres? Tu padre se empeñó en que la compráramos porque la ofrecían por muy poco. Pagamos lo necesario, y luego, para arreglar y subir un piso al edificio, tuvimos que pedir dinero al Banco Hipotecario.

—Y ahora resulta que debemos al Banco Hipotecario y debemos a Silvia, a mi prima —dijo Laura.

—Eso es.

—Pues yo creo que lo mejor es que Silvia se quede con la casa y nos devuelva lo que nosotros hemos puesto.

—No sabemos si querrá.

—Se le pregunta.

—Quizá lo mejor sería que tú le hablaras a Silvia.

—¿Y por qué no le ha de hablar Luis? Él tiene más prestigio que yo, sobre todo tratándose de negocios.

—Ella no tiene ninguna simpatía por Luis.

—¡Bah! Para cuestiones de dinero, eso creo que no importa.

—De todas maneras, tú háblale. Uno de estos días va a ser su cumpleaños; tú vas, porque ella sabe que yo salgo poco de casa. El andar por la escalera no me resulta, tengo miedo de caerme otra vez.

—No te vas a caer siempre.

—Bien, pero tengo miedo.

—¿Qué le digo a Silvia?

—Le dices que yo estoy preocupada por el pago de los recibos del Banco Hipotecario y que como Luis y tú no os ocupáis de eso, porque tenéis vuestros trabajos, sería mejor que de todo ello se encargara don Tomás, su administrador.

—Bueno, ya se lo diré. Ahora, es muy posible que luego las cuentas de don Tomás sean desastrosas para nosotros, que tú te lamentes, pero en fin, ¡qué se le va a hacer!

Doña Paz salió del cuarto de su hija y Laura siguió leyendo sus libros de medicina.

La casa en donde vivían los Monroy era relativamente moderna, de cuatro pisos y de seis balcones a la calle de Ferraz. Estaba construida a final del siglo XIX, por un contratista, en el mismo solar ocupado por dos hotelitos que se encontraban algo retirados de la alineación de la calle. Uno de los hotelitos de mejor material se aprovechó y parte de él quedó incluido en el edificio nuevo.

Cuando compró la casa el padre de Laura, tenía tres pisos, y él, por consejo de varias personas, le añadió otro. Esto fue durante la campaña de Marruecos de 1909. Se recordaba que uno de los jóvenes que trabajaba en la obra, muy simpático, tuvo que ir a Melilla y murió en el Barranco del Lobo. La disposición de la casa y de los inquilinos era por entonces la siguiente:

En la portería vivían el señor Manuel, empleado en el Ayuntamiento de vigilante en una oficina de higiene, y su mujer, la señora Paca. Tenían tres hijas, una mecanógrafa, otra aspirante a bailarina y otra de diez o doce años apodada *la Peque* que iba a la escuela del barrio, y un chico, Rafael, *Rafa*, el niño bonito de la casa, de quince o dieciséis años, muy pinturero y muy redicho. Todos eran alborotados, se las daban de comunistas y con frecuencia se oía *la Internacional* en la habitación de los porteros.

Las dos chicas mayores habían formado parte de una comparsa llamada los Micos. Estos Micos iban los días de fiesta vestidos de blanco, en formación, con bandera y música, al Pardo o a la Casa de Campo, y al volver entonaban rabiosamente canciones revolucionarias. Después se suprimió esta monería

alborotadora por orden del Gobierno.

En el principal, vivía en todo el piso la sobrina de doña Paz, Silvia Belvis, marquesa de San Felices, con una niña, hija suya, y varios criados. Silvia gozaba fama de caprichosa y de volandera. En sus amistades era, según se decía, poco segura. Cambiaba fácilmente de pensar y por ello, sin duda, doña Paz y su familia la tenían por falsa.

En el segundo, habitaban un hermano del difunto marqués con su mujer y un hijo, de treinta años, casado. Esta familia, muy entonada y muy ceremoniosa, estaba a todas horas en la iglesia del Buen Suceso y en un convento moderno de Carmelitas, con su capilla, próximo al cuartel de la Montaña. El padre y el hijo iban los dos vestidos de negro, muy serios y muy atildados, con el libro de misa.

«Son más cursis que un repollo con lazos», decía la señora Paca, que los odiaba.

El piso tercero estaba dividido en dos habitaciones; la derecha la ocupaba un militar retirado, de buena posición, con su mujer y dos hijos estudiantes. El militar hacía trabajos de topografía y, al parecer, ganaba con ello. La habitación de la izquierda la tenía un médico joven con su mujer y un niño.

En el cuarto piso habitaba la familia de Monroy, doña Paz Avendaño, viuda de un profesor; su hijo Luis, militar; Laura, estudiante en San Carlos, y una criada vieja, la Constantina, también viuda. A la izquierda estaba el taller de dos modistas vascongadas.

La criada de doña Paz tenía un hijo llamado Lorenzo, tipógrafo. Este chico, socialista, de la Casa del Pueblo, vivía con una patrona en las buhardillas, en compañía de un zapatero de viejo y de un empleado de la policía que no pertenecía al cuerpo, pues era solo ayudante o escribiente.

Doña Paz era una mujer de carácter, nacida en Burgos, hija de un militar. Su padre era castellano y la madre vasca. Siempre había hecho su voluntad aunque ella no lo creía.

Las personas amigas suyas atribuían el que esta no pudiera salir adelante con la casa a la mala administración. Los cuartos se hallaban ocupados, los inquilinos pagaban con puntualidad. Doña Paz replicaba mostrando las cuentas que indicaban que la propiedad aquella, en las circunstancias en que estaba, no era un buen negocio.



Una semana después de la conversación entre Laura y su madre, se reunían en casa de Silvia, la marquesa sobrina de doña Paz, con motivo de su cumpleaños, varios amigos y amigas. El piso principal de la casa mostraba un gran salón decorativo, resto del hotel que quedó incluido en el nuevo edificio.

Este salón, grande y pomposo, muy del siglo XIX, tenía tres balcones anchos a la calle, el techo muy alto, imitado en su decoración de algún palacio antiguo, con un artesonado y en él figuras de guerreros con casco, ninfas, angelitos y guirnalda de flores y de frutos. Una alfombra espesa, gris y rosa, cubría el suelo. Ostentaba también la sala una gran chimenea de mármol blanco tallado, con un espejo magnífico y claro encima; en las paredes, una tela estampada con flores y una gran araña de cristal en el centro. Los muebles eran ricos y suntuosos. Abundaban las consolas, los sillones dorados, dos o tres relojes Imperio en fanales de cristal, cornucopias y cuadros con marcos barrocos.

El día era de principios de mayo, muy luminoso y muy claro.

A media tarde fue el momento en que había más gente en la casa. Después fueron marchándose algunos que vivían lejos y quedaron los de la familia, y los íntimos, Luis Monroy, Laura, la novia de Luis, Mercedes García Pacheco y su hermana Adela, un hermano de Mercedes, estudiante de arquitectura medio comunista, uno de los hijos del militar del piso tercero, estudiante de Derecho, fascista; Margot Mac Donald, hija de un director de una sociedad de seguros, muy guapa, a quien había convidado Silvia a cenar; un diplomático, gesticulador y nervioso, con unos tics desagradables, que usaba monóculo; dos primos de doña Paz, Juan y Eduardo Avendaño, y un cura joven pariente de estos, llamado Miguel.

La reunión estuvo muy brillante. La dueña, Silvia, se destacaba por su traje y sus joyas. Entre las muchachas había tres o cuatro de concurso de belleza: Mercedes García Pacheco, morena, fuerte, con ojos negros y un cuerpo de diosa; Margot Mac Donald, rubia con un aire de figura de porcelana, y una chica andaluza de ojos resplandecientes. Entre las demás había mujeres guapas. Los jóvenes mariposeaban alrededor de ellas.

La conversación general era un tanto descosida, se pasaba de una cosa a otra sin transiciones, entre risas. Se opinaba sobre todo sin gran detenimiento ni discernimiento.

Dos personas hablaban de una manera un poco lógica y razonable.

Estas se hallaban un tanto apartadas de los grupos principales. Uno de los hombres era tipo de unos cincuenta y tantos años, alto, mal vestido con relación a los demás y con dos o tres libros en la mano, Juan Avendaño, primo de la madre de Laura; el otro, el cura joven, pariente suyo y que vivía en un pueblo de la Mancha y

pasaba temporadas en Madrid.

Hablaban de lo que debía hacer este.

El cura don Miguel se mostraba agrio e irascible. Tenía sin duda muchos motivos de descontento. Era pequeño, morenito, de treinta y dos o treinta y tres años. Al parecer estudió sin mucha vocación, pero como estudiante de talento y muy aplicado, llegó a ser de los primeros del Seminario. Después cursó filosofía y letras, también con gran brillantez. Indudablemente Miguel sabía mucho, era un pozo de ciencia, pero no tenía condiciones de inventor, de constructor; no aprovechaba sus grandes conocimientos; estos no le servían para hacer creaciones valiosas ni para vivir. Era como un diccionario que no se utiliza. Por otra parte, se encontraba en una situación desagradable. No le gustaba el dogmatismo vulgar de sus compañeros de profesión y no simpatizaba tampoco con los que marchaban a campo traviesa sin ocuparse de las viejas fórmulas escolásticas. No sabía por qué decidirse. ¿Iba a hacer oposiciones? ¿Iba a dedicarse a la predicación? ¿Intentaría someterse y crear, aunque fuera artificialmente, en su espíritu, una moral de sacrificio? Entre todo esto andaba luchando.

El cura era aficionado a la música y a la vida social, pero no se atrevía a acudir a las casas en donde se daban reuniones. Solo iba a ver a Silvia porque era parienta suya. En su charla con las muchachas se manifestaba demasiado tajante y no resultaba simpático. Él ya lo notaba y esto constituía uno de los motivos de su descontento y de su humillación.

Pasarse quince o veinte años estudiando cuestiones difíciles y abstrusas para que un tonto cualquiera, deportista o solo espectador de cines, le derrotara y atrajera la atención de todos, era para él muy desagradable.

Juan Avendaño le decía:

—Tú lo que debes hacer es ahorcar los hábitos y marcharte a América.

—¿Crees tú?

—Me parece lo mejor.

Miguel le oía sin saber a qué carta quedarse, porque con todos sus conocimientos, no era capaz de distinguir cuándo le hablaban en serio y cuándo en broma.

Se separaron los dos. Avendaño habló luego con Laura y le dijo:

—Este Miguelito, entra en las tertulias como las antiguas amazonas de los circos, dando saltos y rompiendo aros de papel. No comprende aún que, en una reunión, hay que pasar inadvertido para que no le tengan a uno antipatía. Él quiere lucir... y luego le choca que le odien.

—Tú, colaborando siempre en el descrédito del mundo —le dijo Laura.

—Sí, nunca se le desacreditará bastante. ¿Y tú qué haces con tu medicina?

—Sigo con ella.

—Has tenido larga conversación con Silvia.

—Sí, por la cuestión de la casa.

—¿No marcha?

—No.

—Creo que los Monroy no sois muy prácticos.

—Tampoco me parece que los Avendaño...

—Según... según...

En aquel momento el joven fascista y el joven comunista se pusieron a discutir de una manera agria cuestiones políticas; el diplomático que usaba monóculo dijo unos cuantos lugares comunes sobre los asuntos internacionales gesticulando mucho y Juan Avendaño aseguró con convencimiento:

—Aquí el mejor día va a pasar algo terrible.

—Sí —repuso Silvia—, yo creo que lo mejor va a ser marcharse definitivamente al extranjero.

Silvia preconizaba con frecuencia esta solución, pero era porque tenía dinero en Francia y en Inglaterra, y el problema de vivir lo llevaba de antemano resuelto.

—¡Si al menos supiéramos lo que va a pasar! —dijo aturdidamente Margot Mac Donald—. Es estúpido que no se pueda adivinar nada del porvenir. ¿Usted qué cree, don Juan, usted que sabe tanto?

—¿De dónde saca usted eso, Margot? Yo no sé nada, querida amiga.

—¡Bah!

—¿Me considera usted como un mago?

—Sí.

—¡Qué amabilidad!

—Yo creo que usted debe estar por la noche mirando las estrellas o haciendo combinaciones cabalísticas.

—Soy más vulgar que todo eso, mi querida amiga.

—Eso es modestia. ¿Usted no ha hecho nunca ningún horóscopo?

—Pues sí, he participado en uno de ellos.

—¡Ve usted! ¿Cómo fue eso?

—Hace treinta y cuatro o treinta y cinco años, en el Círculo de Bellas Artes, que estaba en una casa un poco churrigueresca pero muy bonita, en el comienzo de la calle de Alcalá, saliendo de la Puerta del Sol, a mano izquierda, nos encontrábamos una noche completamente aburridos un grupo de amigos sin saber qué hacer. Como ahora, alguien habló de que si se supiera o se conociera algo del Destino ya se podría uno manejar mejor, pero hubo quien dijo, con filosofía, que si el Destino se conociera como cierto no habría posibilidad de evitarlo; al final sería el mismo y su conocimiento no podría impedir que se realizara fatalmente.

El diplomático habló de que había profesores que aseguraban que la astrología y la quiromancia eran posibles ciencias, a lo cual contestó el cura don Miguel que había leído libros sobre eso y no decían más que tonterías.

—¿Y qué resultó de vuestra reunión en el Círculo de Bellas Artes? —preguntó Laura.

—Yo tenía un amigo...

—Sí, ese del que siempre hablas.

—Ese mismo. Pues ese dijo que a él se le ocurría una manera, no de conocer el porvenir, sino de hacer un horóscopo que tuviera sentido común. En la reunión éramos trece. A uno de ellos le conocíamos poco y le nombramos nuestro árbitro. Haríamos doce papeletas, cada una con el nombre de uno de nosotros, y escribiríamos una serie de preguntas, las que se quisieran, que iríamos contestando y que darían como la síntesis de lo que los demás creían de cada uno. Como he dicho, el que era poco conocido de nosotros se encargó del escrutinio. Después rompería las papeletas y las quemaría para que el interesado no supiera quién tenía hostilidad contra él. Como no había posibilidad de que las contestaciones fueran unánimes, el árbitro diría unas veces: «por mayoría»; y si había empate: «no hay acuerdo». Hicimos distintas preguntas: «Fulano, ¿tendrá suerte?; ¿llegará a ser rico?; ¿se casará?; ¿tendrá hijos?; ¿viajará?; ¿hará fortuna?; ¿intervendrá en política?; ¿será conocido por sus obras?; ¿de qué morirá?» Cada cual veía la papeleta de los demás, en donde escribía su contestación. Había que suponer que las malas intenciones triunfarán. Se hizo el escrutinio por el árbitro. Se vio la opinión adversa y malévolas. Había un amigo a quien quizá medio en broma y más o menos de una manera inconsciente le colgamos por unanimidad un horóscopo pesimista: No tendría suerte, no se casaría, no ganaría, no tendría hijos, no viajaría y moriría pobre. Me dio lástima porque en el fondo era lo que creíamos todos.

—¿Y se cumplió algo de eso? —preguntó Margot.

—Se cumplió mucho. Y a mí no me asombró. Cualquiera de nosotros, si hubiéramos tenido delante a un Napoleón no le hubiéramos hecho, aun sin querer, un horóscopo como a Perico el de los palotes.

—¿Y a usted qué le dijeron?

—Pues a mí me dijeron que no tendría ni buena ni mala suerte, que no tendría hijos y que moriría en la cárcel.

—¡Qué divertido! —exclamó Margot—, vamos a hacer también nosotros una cosa así.

—¿Para qué? —preguntó don Juan—. Luego, alguno empieza a tener preocupaciones y se asusta.

—¿Usted se asustó?

—Yo no. Además, para mí el horóscopo no tiene interés. Si ustedes quieren, yo haré el escrutinio...

—No, no —dijo Luis Monroy, el capitán.

—¿Por qué?

—Porque si hay algo desagradable, tú lo quitas. Ya te conocemos. Y eso ha de ser lo picante.

—Entonces no intervengo en nada. Me voy a subir a tu casa para hablar con tu madre.

El hermano de don Juan, Eduardo, hombre apático y poco avisado, se quedó a

ver qué se hacía sin comprender bien lo dicho por Juan.

Como la mayoría de la gente no había entendido de primera intención el procedimiento indicado por Avendaño, el cura don Miguel se tomó el trabajo de explicarlo repetidas veces para que todos lo comprendieran.

Después de la explicación del cura, Margot le dijo:

—¿Y usted quiere entrar entre las personas a quienes se va a hacer el horóscopo?

—No tengo ningún inconveniente.

La preparación del escrutinio fue bastante larga y hubo que dar muchas explicaciones para que todos supieran a qué atenerse y lo que tenían que hacer.

Al cabo de algún tiempo Laura subió a su piso, donde todavía estaba su tío don Juan.

—Ya hemos terminado nuestro horóscopo. Algunos y algunas me parece que han quedado bastante descontentos.

—Ya lo decía yo —exclamó don Juan—. No sé para qué se me ha ocurrido hablar de eso. ¿Y a ti qué te han dicho?

—A mí me han dicho que no acabaré la carrera, que me casaré fuera de España y viviré en el extranjero. Sin embargo, como no creo en ello, ahora mismo voy a ponerme a estudiar.

—No está mal. ¿Y a Margot Mac Donald?

—¿Te preocupa?

—¿Por qué no?

—Pues le han dicho que producirá grandes pasiones y se casará con dos hombres.

—¿Cuándo se quede viuda del primero?

—No, al mismo tiempo.

—¿Es decir, que será bígama? Me parece una estupidez. ¿Y a Silvia la marquesa?

—Silvia, según el pronóstico, se enamorará de un hombre que no le hará caso.

—Muy bien, muy caritativo.

—¿Y Mercedes García Pacheco?

—Mercedes se liará con un jefe comunista.

—¡Qué barbaridad! Veo que os habéis dedicado a la mala intención de una manera un poco sucia.

—Pues aún los hombres han tenido un pronóstico peor. Luis, tendrá que escapar de España; al hijo del militar del piso de al lado, lo fusilarán como fascista; al hermano de Mercedes le llevarán preso y desaparecerá; y Miguel el cura sufrirá la palma del martirio.

—No me hables más, veo que tenéis todos unas intenciones aviesas.

—Yo no, puedes creerme o no, pero yo no he puesto más que finales idílicos.

—¿Y de nosotros, no habéis profetizado nada?

—Sí, al último hemos hecho el pronóstico de los viejos, pero, naturalmente, aquí, como no hay envidias ni rivalidades, todo ha sido, como decía antes, mucho mejor. Mi madre vivirá tranquilamente en un pueblo donde se irá consumiendo; tú, como ya

has dicho antes que te anunciaron que te meterán en la cárcel, lo han repetido; tu hermano irá a vivir al extranjero a ver si se convierte en Séneca o en Aristóteles. Toda la mala intención de la reunión ha caído sobre los jóvenes. Sin embargo, al diplomático, que no es joven, se le ha pronosticado que en la primera revolución lo detendrán y se suicidará; y a nuestro vecino don Cenón, el dueño de la casa de al lado, que lo arrastrarán por la calle y lo fusilarán, quizá por bruto y por decir *apotosis* en vez de *apoteosis*.

—¡Amigos! Habéis estado verdaderamente piadosos. Gracias que vuestras ideas o vuestras opiniones no cuentan en las intenciones del Destino, que si no...

—No, yo ya te he dicho que no he puesto más que finales idílicos, pero estaban en minoría y no los han tenido en cuenta.

Laura Monroy, entonces de veintiún años, era de estatura mediana, de pelo rubio oscuro, ojos claros, entre azules y verdes, color sonrosado y voz bien timbrada.

Se mostraba como chica modesta, amable, muy servicial, inteligente. Al andar tenía un aire frágil, como de poco peso; parecía que marchaba por la tierra como podía hacerlo una ninfa o un ser fantástico. Tenía a veces una expresión de cansancio o de tristeza.

—¿Te pasa algo? —le preguntaba con frecuencia su madre.

—No.

—Pues, hija, tienes un gesto como si te molestara o como si te doliera algo.

A Laura, en la calle, le seguían los jóvenes y los viejos. Tenía aire de presa muy solicitada.

Aquellos ojos medio verdes, medio azules, bonitos y cándidos, atraían como una promesa. En la calle le seguían e intentaban hablarle. Esto le había producido en la adolescencia cierta satisfacción, pero después le llegó a repugnar.

Su padre, el señor Monroy, había nacido en América de madre irlandesa. No lo decía a nadie porque pretendía ser un español neto y sin mezcla, pero no lo era. Sus ojos, heredados por Laura, tenían una cierta expresión exótica.

Laura era el pajarito de colores del cual quiere apoderarse un chico para meterle en la jaula o atarle un hilo en la pata.

Algunos jóvenes no le encontraban ningún encanto; no era coqueta, no sabía bailar con aire voluptuoso, no tenía el *sex-appeal* (esta palabra ha llegado en los países latinos hasta las porterías); para otros, esta falta de coquetería constituía un gran atractivo.

A Laura el juego de la coquetería corriente no le agradaba y esa comedia que la gente del pueblo de Madrid llama «castigar» o «dar achares» no era su género.

Quizá influía en ello el estar preocupada y cansada con sus estudios, lo cual no le dejaba lugar para otras actividades más femeninas.

Laura había oído en la calle muchas brutalidades eróticas y la disgustaban profundamente.

—Yo no doy motivo a esas cosas que me dicen —exclamaba descontenta.

—Pero ese es el éxito —le advertía una compañera.

—Yo no quiero éxitos así. Que se guarden sus animaladas y no me las digan. Yo no creo que provoco esas bestialidades.

Laura vestía con sencillez, sin nada exagerado ni aparatoso.

«Es una flor de invernadero —aseguraba don Juan Avendaño—. No le conviene ni el sol fuerte ni las heladas, necesita un clima templado. En ella fermenta un poco la raza irlandesa.»

—Así te vas a quedar soltera —le decía su madre—. Creo que tienes muchos melindres.

—Yo no tengo melindres —replicaba ella—. Si llego a encontrar un novio serio, no pretendo que sea un duque ni un millonario, sino una persona sencilla, amable y nada más.

Laura estudiaba, desde hacía años, medicina. Siempre había tenido afición a cuidar enfermos, a poner inyecciones, a envolver y fajar niños pequeños.

Cuando vivía su padre, Laura llevaba una educación de muchacha rica. Tuvo profesora de francés, de inglés y de piano; cuando quedó huérfana y los ingresos de la casa disminuyeron, entonces se le ocurrió estudiar medicina.

Empezó por asistir a unos cursos de puericultura en la escuela dedicada a tal especialidad en la calle de Ferraz, y luego, por consejo del profesor, siguió la carrera de medicina en San Carlos, con alternativas de entusiasmo y de desesperanza.

A veces se creía con disposición para el estudio, a veces pensaba que era sencillamente una calamidad y que no entendía bien nada de cuanto leía.

Quizá el conocer la anatomía y la fisiología de los sexos le impidió sentir la seducción de lo erótico y hasta de lo obsceno, frecuente en la juventud. En tales cuestiones, todo lo que se halla velado es más atractivo que lo desnudo.

Laura se alegraba de haber estudiado medicina; para ella fue una lección de realismo duro y fuerte, le convenía para su carácter un poco soñador e idealista. La fisiología y luego el hospital la acercaron a la vida con sus necesidades y sus durezas.

No llegaba, como muchos estudiantes, al placer de la insensibilidad; pero sí a la comprensión del egoísmo y de la miseria del hombre. Quizá le dolía interiormente tal conocimiento, pero le convenía tenerlo.

El profesor de puericultura de la calle de Ferraz la llevaba con frecuencia como ayudante a algunas casas. Lo que se veía en ellas no era muy grato. El profesor le pagaba y Laura daba el dinero a su madre.

En muchas familias aristocráticas tenían a los chicos completamente abandonados, entregados a las criadas. Por contraste, en otras, los niños mandaban y los padres y los criados giraban alrededor de sus caprichos. Aunque esto fuese, también, pernicioso, era más humano que el abandono.

Una de las casas visitadas por ella fue la de un escritor en donde había una niña de siete u ocho años, enferma.

No le fue nada simpático aquel hombre cuya literatura le parecía hueca y afectada como él, pero un día se le presentó con un carácter odioso. Estaba tomando ella la temperatura a la niña enferma, y los hermanos gritaban y armaban un gran escándalo alrededor de la cama, cuando apareció el padre con un bastón en la mano y empezó a dar garrotazos a derecha y a izquierda.

«Este hombre es un animal», exclamó Laura.

Afortunadamente no tuvo que volver más a aquella casa.

La grosería le molestaba mucho; para calificar su manera de ser y caracterizarla



mejor, los estudiantes y estudiantas empleaban una frase muy generalizada en los colegios de Madrid.

«Es muy repipiada», decían de ella.

Había estudiantes en la Facultad un poco chulos, que hablaban en una jerga popular y callejera. Se decía de ellos que eran muy castizos, empleando esta palabra de una manera impropia y estúpida. Usaban frases tan elegantes y académicas como «Está que chuta»; «Hay que achantarse la muy»; «Para ti los quince»; «¿Y usted de qué la da?» Estos estudiantes llamaban a un muerto «el fiambre», una cosa buena era «chanchi» o la «chipén». De un chiflado decían que estaba «majareta» y al compañero o al amigo le gritaban: «Hola, *ninchi*.» Estas chulaperías no eran muy del agrado de Laura.

Otros estudiantes eran principalmente deportistas y leían con curiosidad en los periódicos las reseñas de los partidos de futbol carreras de bicicletas y pedestres o luchas de boxeadores. Había pocos compañeros entusiastas de los toros. Parecía que en la clase escolar madrileña, la afición taurina se iba olvidando.

Los estudiantes revolucionarios conocidos por Laura al entrar en la Facultad, habían desaparecido. Quedaban algunos comunistas, pero los que privaban y tenían más éxito eran los fascistas.

Los altos y bajos en las opiniones de la juventud, no se sabe bien de qué proceden. Suele haber una generación de jóvenes liberal y revolucionaria y después otra al contrario, conservadora y religiosa. Por qué una tiene aficiones literarias y otra no siente la menor curiosidad por la literatura, por qué una es deportista y la otra política, nadie lo sabe.

Unos y otros jóvenes, proceden de los mismos campos y de los mismos pueblos, y a pesar de ello hay esa marea que sube y baja automáticamente en la juventud y no se conoce lo que hace de luna para producir esos movimientos de subida y bajada de la sociedad humana.

No estaba a la moda en el tiempo ser antirreligiosos y había muchos que se decían muy católicos.

Entre las estudiantes, algunas no pensaban más que en salir de casa y andar con las amigas y amigos a fiestas, al cinematógrafo y a los campos de futbol. Los jóvenes tenían en general una actitud de petulancia.

Esta actitud de gallo y de rivalidad un poco ridícula de los mozos ante una muchacha guapa, no le gustaba nada a Laura. No quería comprender que era resultado de la naturaleza humana, de una rivalidad biológica, y no un capricho, ni una consecuencia de mala educación.

En personas cultivadas podría quizá velarse esta actitud, pero en el fondo, el sentimiento no variaba y existía lo mismo. En unos la hostilidad se mostraría con una frase torpe, y en otros con una sonrisa irónica.

Laura tenía reservas de simpatía y de afecto por la gente pobre en la sala del hospital.

Manifestaba benevolencia por algunos supuestos enfermos cucos e infelices sin casa y sin trabajo, que no padecían ninguna enfermedad y que querían estar en la cama y bajo techado, sobre todo durante el invierno.

A estos enfermos se les llama *calandrias* en la jerga hospitalasca, y mozos y practicantes se burlan de ellos. Laura, si podía los protegía y no tenía inconveniente en inventar que tenían fiebre para que no les echaran.

Tampoco se podía hacer esto constantemente, porque la cama ocupada por una persona sana se la quitaban a un enfermo que la necesitaba con más urgencia.

A veces Laura tenía una expresión melancólica como de implorar piedad, y alguna amiga poco caritativa solía decir: «Laura parece que nos dice a todos: ustedes quieren que yo tome caldo, pues yo, aunque se empeñen ustedes, no quiero caldo.»

A su madre, doña Paz, no le agradó al principio la decisión de su hija de cursar medicina. Podía haber seguido estudiando el piano y haciendo los quehaceres de la casa. Según ella, las mujeres no servían para estudios científicos. Si hablaban de su curiosidad por tales cuestiones, era solo por darse importancia y estar a la moda. La pretensión de ser doctora le parecía a doña Paz una pedantería de sainete.

—La mujer tiene bastante con dedicarse a los quehaceres y a la familia —decía.

—Si se casa bien, es verdad —le contestaba Laura—, pero si no se casa...

Laura dormía con frecuencia mal y pensaba que eso contribuía a su cansancio y a su fatiga. Tenía sueños complicados y a veces quería explicárselos racionalmente. Había oído algunas vagas teorías de Freud, interpretaciones desde un punto de vista erótico, pero ella, instintivamente, rechazaba tal origen. Con frecuencia soñaba en un río lleno de piedras blancas y de misterios que le producía un gran terror, no sabía por qué. Aunque parecía que lo que le ocasionaba la inquietud fuera la confusión de la visión, no era así. El miedo era anterior y estaba producido por alguna deficiencia del organismo, y, a base de él, el cerebro inventaba un motivo.

A veces se daba a sí misma en sueños consejos y advertencias. Le preocupaba esto porque los consejos generalmente eran de buen sentido y casi siempre iban en contra de sus inclinaciones.

Le hubiera gustado mucho explicarse la razón psicológica de sus sueños, pero no se hubiera determinado jamás a hablar de ellos a un médico psiquiatra. Le parecía esto un poco desvergonzado.

Laura no creía en el amor romántico. Pensaba que no tendría nunca entusiasmo por un hombre vulgar como cualquiera y que solo por una persona inteligente o muy buena a quien admirara de verdad llegaría a sentir algo como amor.

No creía en las pasiones de las novelas porque en la vida no las había visto y había pensado siempre que lo que llamaban pasiones o amores las compañeras o sus amigos, no eran más que resultado de la terquedad, de la tontería o solo del erotismo primario del sexo.

El ambiente familiar no era muy a propósito para dar ánimo y ayudar a terminar su carrera a Laura. A su madre no le gustaba la idea, a su hermano Luis tampoco, y a la misma criada vieja que se consideraba como de la familia, a la Constantina, le parecía una extravagancia.

Sin embargo, a fuerza de pasar tiempo, la carrera empezó a interesar a la familia; y la madre, el hermano y la criada comenzaron a tomarla en serio y a hacer preguntas a Laura acerca de lo que ocurría en San Carlos.

Primero las anécdotas de la clase de disección, después las operaciones, les atraían. A ellos, como a casi todo el mundo, les apasionaban los detalles de historias cruentas y macabras, porque hay en las personas un fondo de sadismo más o menos larvado y oscuro.

La familia de Monroy, a pesar de sus ingresos relativamente pequeños, salía los veranos de España e iba una temporada a Francia, al País Vasco.

A mediados de junio o principios de julio, todos los años marchaban doña Paz, Laura y la criada vieja Constantina a pasar tres meses a un molino antiguo de la finca Etchebiague, entre San Juan de Luz y Biarritz.

Laura hablaba bastante bien francés, doña Paz se hacía entender en caso de necesidad. La Constantina consideraba imposible que ella pudiera pronunciar dos palabras en una lengua tan oscura y enrevesada, y esta imposibilidad le parecía una muestra de su talento y de su buen juicio.

Luis, el hermano mayor, no podía estar la temporada entera en Etchebiague, sino el tiempo que le daban de licencia, una semana o dos.

La relación de la familia con esta finca del País Vasco venía indirectamente de un viaje realizado por el padre de Laura a la Argentina. El señor Monroy, catedrático de geología de la Universidad de Madrid, marchó en una ocasión a dar unos cursos a Córdoba, invitado por la Universidad de este pueblo argentino.

En el viaje intimó con un vasco francés llamado Ansorena que tenía negocios en la capital y era propietario de unos grandes comercios en donde se vendía indistintamente un automóvil, un saco de maíz, un mono o una pianola.

El viejo Ansorena concibió cierta admiración por el señor Monroy, al verle modesto y sabio. Le tuvo en su casa de Córdoba y le proporcionó las comodidades posibles.

Al cabo de poco tiempo, Ansorena se retiró en parte de los negocios y volvió a su pueblo, a Bidart, de donde había salido a los catorce años para regresar hecho un plutócrata.

Por entonces, el millonario compró parte de la finca llamada Etchebiague, del pueblo Bidart, a la izquierda de la carretera de Hendaya a Burdeos, entre esta y la costa; le correspondió un gran edificio con muebles antiguos, cuerdas, prados y huertas con magníficos frutales.

La parte comprada por Ansorena tenía una pequeña casa rústica que en otro tiempo debió de ser molino. Ansorena la arregló e invitó a su amigo el profesor Monroy a que fuera a pasar allí la temporada veraniega con su familia.

El profesor no quiso aceptar la invitación gratis y pagaba un precio irrisorio por este molino, rincón admirable rodeado de árboles y de jardines y a poca distancia del mar.

Ansorena vivía con su única hija, casada con un ingeniero, y sus nietas, dos niñas pequeñas.

El viejo indiano marchaba con frecuencia a la Argentina; su yerno seguía allí sus

trabajos de ingeniería.

Ansorena era un hombre alto, corpulento, con la cara larga, manos grandes y pies grandes. Le gustaba contar anécdotas de su vida con cierto humorismo. Hablaba de un amigo suyo de tanta estatura como él, que le decía con frecuencia:

—Los hombres altos como nosotros no tienen gracia; yo me cambiaría por el tipo más pequeño del pueblo.

También contaba que en los primeros años había vivido en la parte norte de la Argentina, en zona caliente, y que un día, en una fiesta, había sacado a bailar a una criolla pequeñita, morenita, muy guapa y que después ella había dicho a sus amigas:

—He bailado con Ansorena, pero como es tan alto y yo no le llego más que al cuello, al bailar con él, miraba a un lado y a otro y no veía más que el paño de su chaqueta.

La hija y las nietas de Ansorena, a las que no probaba el clima americano, se quedaban temporadas en Bayona. La hija del señor Ansorena, al parecer, tenía diferencias con su marido.

El viejo, en alguna época pensó que su hija debía casarse con Luis, el hermano de Laura, pero no se pudo arreglar la boda. Por otra parte, Ansorena atribuía a Luis Monroy el mismo carácter apacible de su padre el profesor, en lo cual se engañaba de medio a medio.

Luis, por entonces capitán, contaba ya más de treinta años y tenía una novia que conoció en Biarritz y que vivía el invierno en Madrid. Esta muchacha, Mercedes, de una familia rica, era alta, morena, con un tipo un tanto clásico, el mentón saliente; muy atezada, con los brazos y las piernas oscurecidos por el sol, gran nadadora y deportista. Le gustaban los ejercicios atléticos, la barra y el disco. Luis también se mostraba partidario de estos juegos.

Laura y Mercedes se miraron desde el principio con cierta indiferencia desdeñosa. A Laura le pareció Mercedes un hermoso animal, y a Mercedes, Laura, una señorita ñoña y remilgada.

A Laura no le atraía ni la playa, ni la arena, ni el sol, ni el andar medio desnuda. Decía que todo ello le aburría. Prefería la sombra, cuidar de las plantas, podar los arbustos y los rosales y leer sentada en un banco a la sombra de los árboles de Etchebiague.

Con mucha frecuencia acompañaba al jardinero y veía cómo recogía las semillas, cómo preparaba los viveros y regaba con una solución de sulfato de cobre algunos rosales cuyas hojas empezaban, enfermas por el *oidium*, a cubrirse de un polvillo blanco.

Doña Paz vivía con sus preocupaciones habituales en verano como en invierno. Se sentía bien con la Constantina, la criada vieja que era de su pueblo.

La vida de la familia de Monroy tenía por lo menos dos partes distintas, con su ambiente diferente, Madrid y el País Vasco. Este cambio hacía su existencia un poco más amena.

Laura conocía una muchacha estudiante, hija de un indiano, que veraneaba en Elizondo, y todos los años en julio o en agosto iba a verla y hacía con ella excursiones cortas por los alrededores. Solían comer con frecuencia en un restaurante del monte Larrun.

Doña Paz era dueña de una finca en Burgos que le daba una pequeña renta. En la finca había las ruinas de un castillejo con una muralla. Hubiera podido ser restaurado. Un maestro de obras, al verlo, dio un presupuesto tan alto para la restauración, que se consideró la cosa imposible. Doña Paz y sus hijos no se preocuparon de aquella tierra, ni fueron a visitarla, y pensaron solo en la renta que producía.

Doña Paz salía apenas de casa. Hablaba con su criada vieja, con la portera y con las vecinas del mismo piso, las dos hermanas vascongadas, modistas muy parlanchinas.

A veces subía su sobrina Silvia, la marquesa joven y viuda que vivía en el principal y había sido novia de Avendaño cuando ella era una muchachita y él cuarentón.

Silvia tenía participación en la casa; había prestado dinero a su tío, el señor Monroy, el marido de doña Paz. Esta, muchas veces, acusaba a su sobrina de que quería quedarse con la casa de Madrid y con la finca de la provincia de Burgos. Doña Paz aseguraba que el castillo era solicitado por muchos.

Silvia se mostraba un poco voluble. A veces manifestaba veleidades aristocráticas y hablaba de su familia y del título; a veces se olvidaba de ello. Tenía mala suerte en sus amores. Había estado a punto de casarse con Juan Avendaño y si la boda se deshizo se debió más a él que a ella. Luego, tuvo otros intentos amorosos: todos fracasados.

Silvia era una mujer guapa, blanca, de ojos negros y pelo negro, un poco vulgar. Se cuidaba mucho, vestía muy bien. Se mostraba muy apasionada; con unos ideales de mujer del pueblo, de modista o de criada. Para ella, un hombre debía ser un tipo guapo y un tanto chulo. De poca fortuna en las lides del amor, le quedaba siempre la esperanza de una gran pasión. No encontraba más que galanteadores de baja estofa y corredores de dote.

Doña Paz estaba muy preocupada porque veía que su hijo tenía ideas matrimoniales. El sueldo no se lo entregaba entero a ella, necesitaba gastar en sus cosas; lo que daba, ayudaba un poco a la marcha de la familia.

El oficial tenía que vestirse bien, los uniformes eran caros, había que acompañar a su novia al cine y a los hoteles en días de baile, él era gran bailarín, pero como también sabía economizar, le quedaba lo bastante para ayudar a la marcha de la casa.

Sin esta ayuda, doña Paz pensaba que solo con una pequeña viudedad de mil quinientas pesetas al año, la renta de la finca del pueblo, que llegaría a otro tanto y la de la casa de Madrid, mermada por la hipoteca, apenas podría pasar el mes por mucha ciencia y ahorro que desplegasen ella y la Constantina.

La Constantina tenía dos hijos, un chico cajista y socialista, Lorenzo; la otra, una muchacha doncella en casa de la marquesa en el piso principal, llamada Pascuala. La Constantina vivía con doña Paz, la Pascuala con la marquesa, y Lorenzo con la gallega, patrona de huéspedes en la buhardilla.

De la novia de Luis, aunque vivía en casa de gran lujo, tenía automóvil, vestía con mucha elegancia y veraneaba en Biarritz, se decía que no era rica. Se motejaba a la familia de aparatosa. Algunos cazadores de dote no veían allí cimientos sólidos.

El padre, un señor García Pacheco, intentaba toda clase de negocios y era hombre arribista, ambicioso y conservador. Según decían los cazadores de dote, se metía en asuntos muy complicados, en grandes empréstitos y salía no siempre muy bien librado. Aquello no era trigo limpio. Allí no había acciones seguras, sólidas y cédulas del Banco Hipotecario.

Cuando se encontraban juntas la novia y la hermana de Luis, Laura y Mercedes, se trataban con indiferencia desdeñosa.

Laura no se recataba en decir a sus amigos:

—No sé si mi futura cuñada es tonta o impertinente, aunque quizá haya otra eventualidad, y es que no tenga educación.

Así se lo había indicado a su hermano.

Este se quedó serio al oír la frase y dijo:

—Sí, ya sé yo que el primer momento de Mercedes es un poco seco pero, conociéndola, se ve que es una chica que vale mucho.

Laura deseaba a toda costa concluir la carrera; el profesor de la escuela de Puericultura de la calle de Ferraz, le había prometido un puesto en seguida, desde que tuviera su título.

Doña Paz, al principio de comenzar su hija sus estudios, los consideró como una fantasía, sin utilidad, casi estólida. Después empezó a mirar la medicina como algo salvador para ellas. Pensaba que Laura tenía las condiciones de su padre, el profesor de geología, de quien una vieja amiga suya romántica decía, repetidas veces, que era como las violetas; que a pesar de que apenas se les ve en los jardines, perfuman todos los alrededores.

Laura, en una época estudiaba mal, defectuosamente, pero al fin de la carrera comenzaba a sacar provecho de sus lecturas.

El cuarto de Laura era muy bonito; tenía un papel rojo y dorado, vistoso y elegante, una cama baja de madera, con incrustaciones de cobre, un escritorio antiguo, una estantería con libros de medicina y un retrato al óleo muy bueno de doña Paz en la pared. Delante del balcón, una mesa y una butaca cómoda. Desde él se veía un magnífico paisaje con el Guadarrama en el fondo, prolongado por la sierra de Gredos, un promontorio gris que iba penetrando en la tierra castellana. No le cansaba a Laura aquella vista, le atraía siempre mirar la Casa de Campo con sus cerros, el lago y sus

bosques y sus diferentes matices de color, según las estaciones y las horas del día.

Al anochecer, cuando las filas de faroles de la carretera del Campamento comenzaban a encenderse, solía contemplar estas filas de luces como las de los malecones de los puertos.

Muchas veces se pasaba el tiempo viendo cómo anochecía desde el balcón. Le entraba, entonces, una tristeza profunda, un sentimiento de angustia y de soledad, casi un deseo de morir y de desaparecer.

Después se decía a sí misma: «Yo no vivo en mayor soledad que las demás amigas mías, pero a mí me impresiona esta idea y a ellas no.»

En el tejado de la casa había varias terrazas para secar la ropa. Como los Monroy eran los amos, al menos legalmente, habían elegido para ellos una azotea que daba a la calle con unas vistas espléndidas.

Al comienzo del verano Laura la utilizaba como punto de reunión; ponía un toldo, unas macetas y regaba el suelo durante largo tiempo.

Algunas tardes de mayo y de junio, cuando se acercaban los exámenes, ella y dos o tres compañeras iban allá a estudiar y después charlaban de los cursos y del porvenir. Como no disponían de mucho dinero, escotaban entre todas y mandaban traer horchata o limón helado a la Constantina, del puesto de la calle, y lo tomaban con gran entusiasmo y algazara.

«Solo por la horchata final se puede soportar esta pesadez del estudio», decía alguna de las chicas.



Laura tenía cariño por su madre y por su hermano. Comenzaba a comprender por entonces que Luis era de un egoísmo profundo. Él, probablemente, no lo creía. Luis pensaba que los demás eran los egoístas. Su carrera, sus ascensos, su importancia, las ventajas que pudiese obtener, eran su preocupación habitual.

Si hubieran sido Luis y Laura de una edad aproximada, esta hubiera sido automáticamente sacrificada por la madre, pero Luis pensaba ya casarse pronto y la familia no le interesaba y no se ocupaba de ella.

La confianza en su Destino, en su estrella, le hacía creer que todo le saldría bien.

Mercedes, su novia, tenía una idea de la vida como de lucha y deporte. Ya notaba que la gente, ella y todos, en sus relaciones mutuas, adoptaban de primera intención un gesto de indiferencia y de sequedad. Hasta entonces no había necesitado tomar la ofensiva ni la defensiva. Se abstenía en la contienda y se dejaba vivir. Quizá Luis con su profundo egoísmo comprendió la gran energía latente de Mercedes y vio que le podía ayudar a subir en la vida. En él quizá esto no era una idea precisa sino, más bien, una intuición vaga, un atisbo inconsciente.

Mercedes parecía, si no tonta, por lo menos orgullosa e insensible. No decía nada que valiera la pena. Comía sin dar importancia a la comida, bebía, fumaba por moda, y no le preocupaba lo que le decían, ni lo que ella contestaba.

Muchas veces había pensado que andar, comer, dormir, bañarse, era lo suficiente y que no necesitaba más.

Esta actitud de diosa contrastaba con la de Laura, inclinada a desconfiar de sí misma, a encontrarse torpe y poco ágil de inteligencia.

La hermana de Mercedes, Adela, más coqueta y más intrigante, tenía un sentido de gran asimilación. Aprovechaba muy bien cuanto pasaba por su lado, experimentaba envidia por su hermana, cuya superioridad comprendía, halagaba a todo el mundo con sus adulaciones y sus hipocresías y no le gustaba trabajar en nada. Según su madre, era la perla de la casa. Mercedes, a veces, trabajaba como mecanógrafa, ayudaba a su padre y sabía hacer cuentas.

Adela siempre buscaba pretextos para zafarse de cualquier faena aburrida.

Ante Mercedes, como un ídolo indiferente, incapaz de bajar la mano para coger algo, Adela no dejaba de aprovechar nada, la mirada del joven y la palabra amable del viejo.

Los hermanos, el uno era parecido a Mercedes, fuerte y un poco bárbaro, el otro del tipo de Adela, insinuante y diplomático.

El primo de doña Paz, Juan Avendaño, hombre inteligente, de poca decisión, había sido novio de la marquesa, pero como se consideraba machucho y no tenía fortuna, no había querido casarse con ella.

Eduardo, su hermano, no decía ni hacía nada de provecho, era un pobre insignificante.

La madre de Silvia había casado a esta con el marqués de San Felices, hombre nulo, viejo, y poco simpático, del cual había tenido una niña.

Juan Avendaño, lleno de curiosidad por muchas cosas, sentía cierto entusiasmo por la marquesa, pero su entusiasmo no era bastante para acercarse a ella con intenciones amorosas.

Juan tenía amistades con tipos un poco raros, semianarquistas y semiteósofos y se dejaba influir por ellos.

Juan tenía un destino en el Ministerio de Instrucción Pública. Decía que él hubiera vivido más a gusto en el siglo XVIII que en la época actual. Después de pasar algún tiempo por las teorías teosóficas, se había dedicado a leer el Evangelio. Le había comunicado sus aficiones a su hermano Eduardo.

Juan era vegetariano, tenía más de cincuenta años y le gustaba considerarse valetudinario y decrepito, probablemente para evitarse compromisos y molestias. Este Avendaño se sentía antidemócrata y antiolecolectivista.

«Cuando se reúnen muchas personas en cualquier parte —decía—, no pueden hacer más que necesidades.»

Otro tipo que visitaba a veces a doña Paz y a la marquesa —el día del cumpleaños la había visitado— era don Cenón Garrido, el propietario de la casa próxima, antiguo tendero, hombre muy chinche en cuestiones de administración y economía doméstica. A este señor se le atribuían en la casa todos los disparates y quidproquos oídos y tradicionales. Había llamado una vez anacoretas a los aeronautas, decía *diferencia*, *excremento* por incremento, *apotosis* en vez de apoteosis y llamaba *fornicaciones* a las fortificaciones.

Doña Paz no salía apenas. Según decía, tenía dolores reumáticos en un pie y no podía andar, pero cuando quería daba más vueltas que una peonza.

Laura pensaba que era un pretexto inventado para no hacer faenas desagradables. En casa, doña Paz trabajaba mucho, cosía a máquina, repasaba la ropa, bordaba y escribía cartas.

La Constatina hacía las compras y los recados y daba las cuentas al céntimo, lavaba y tendía la ropa en la terraza.

Por la tarde, después de comer, doña Paz leía el periódico, el *ABC*, ponía la radio y oía música, conferencias, discursos y discutía con las vecinas modistas acerca de qué oradores eran más elocuentes. Las modistas se mostraban rojas y tenían odio por la aristocracia. La Constantina lo era también, a su modo, por influencia de su hijo Lorenzo, el impresor socialista.

Doña Paz creía que la época de la reina madre había sido la mejor de España.

«Sí, puede ser —le decían—, pero en esa regencia se han acabado de perder todas las colonias que quedaban al país. Ella no tendría la culpa, pero así ha sido.»

Esto era indudablemente cierto, pero también lo es que en la historia se achacan a

los reyes las eventualidades desgraciadas y se les atribuyen los errores y los éxitos, aunque ellos no sean los causantes ni de los unos ni de los otros.

En un saloncito de la casa de doña Paz, en un armario, había unos doscientos o trescientos tomos de novelas, los *Episodios*, de Galdós, folletines y obras modernas de escritores rusos, ingleses y franceses, que traían Luis o Laura.

Doña Paz solía decir a sus amigas:

—Me gustan más los folletines que esta novelería extranjera.

—Sí, pero los folletines son la mayoría extranjeros —le argumentaban.

Sin duda lo leído por ella, hacía ya mucho tiempo, se le figuraba una cosa próxima, como ocurrida en su misma calle o en los alrededores.

Doña Paz sentía gran admiración por su hijo aunque, en algunos momentos, comprendía el valor de Laura, más justa, más decidida, más inteligente y menos arbitraria. La idea del varón podía mucho en ella y quizá también el comprobar que su hijo había salido a los Avendaño más que a los Monroy.

Laura sentía afecto por las dos personas de su familia, un cariño casi más bien maternal que fraternal o filial.

Luis comprendía las grandes condiciones de su hermana y, en momentos, la admiraba.

—Sin duda, es una chica modesta, trabajadora y estudiosa, pero no tiene la prestancia de Mercedes.

Esta era, para él, gran virtud, superior a las cualidades de inteligencia y de buen carácter.

Llegó junio de 1936. Laura había pasado una temporada primaveral muy ocupada con sus exámenes. Además del estudio intenso en su casa, el ir y venir a San Carlos y el hacer visitas a donde le indicaba su maestro, le dejaban rendida.

Los estudios suyos se iban haciendo demasiado extensos. Había empezado la carrera sin darle demasiada importancia y, al avanzar en ella, se veía metida en un laberinto científico bastante difícil y árido. No tenía miedo de salir mal en los exámenes. Esto parecía descontado, los profesores le exigían trabajos, muchas veces excesivos.

Entre las compañeras y los compañeros tenía fama de estudiosa e inteligente, pero ella notaba que la carga era un poco superior a sus fuerzas. A la menor contrariedad, a la más pequeña indisposición, se desalentaba y se le quitaban las esperanzas y las ganas de estudiar.

Al final de junio Laura había terminado sus exámenes con muy buenas notas. Estaba cansada, rendida y en un momento de gran depresión.

Silvia, la marquesa, le convidó a pasar unos días en una finca próxima a El Escorial.

«Vete —le dijo su madre—, te vendrá bien.»

Se decidió a ir e hizo aquellos días muy buenas amistades con su prima.

Cuando volvió dijo a su madre:

—Me he llevado un gran chasco con Silvia.

—¿Pues?

—Porque ha estado conmigo muy bien, amable, simpática y llana.

—Sí, ya lo sabía. No sé por qué te figurabas tú que a nosotros nos tenía mala intención.

—No he sido yo. Ha sido una opinión que ha corrido en nuestra casa. Además, siempre se ha dicho que es una veleta.

Comenzó el mes de julio. Luis, al parecer, aquellos días andaba muy preocupado. Laura, al notarlo, le interrogó una mañana:

—¿Qué te pasa?

—No lo digas por ahí. Dentro de unos días va a haber acontecimientos muy graves. Yo creo que no podré ir a Bidart.

—¿Por qué?

—Ya te digo que va a pasar algo grave.

—¿Pero qué es lo que va a ocurrir?

—La política anda muy agitada y las guarniciones tienen que estar en sus puestos sin poder moverse.

—¿Es que os vais a sublevar?

Luis se echó a reír de esta pregunta ingenua.

—Tanto como eso, no te lo puedo decir, pero creo que lo mejor que podréis hacer, mamá y tú, es tomar cuanto antes el tren y marcharos a Bidart.

—No sé —dijo Laura—; creo que en este momento mamá no debe tener dinero.

—Pues se busca como sea. Empeñáis algo.

—¿Y tu novia qué va a hacer?

—Le he dicho a ella y a su padre lo que ocurre. Él está convencido de que no va a pasar nada, pero yo tengo la seguridad de que sí.

A los dos o tres días Luis volvió a decir a Laura:

—Esto anda muy grave, chica. Aquí va a ocurrir algo muy gordo. Coge de casa lo que puedas sin que se entere mamá, empeñalo o véndelo y marcharos en seguida.

—¿Y tú qué vas a hacer?

—Yo no tengo más remedio que quedarme aquí, al menos por ahora, luego ya veremos.

—¿Y te vas a quedar solo o con la Constantina?

—Yo preferiría quedarme solo, pero ella que haga lo que quiera. Háblate a mamá. Lo mejor sería que os marcharais las tres.

—Si mamá sabe el peligro tuyo no va a querer marcharse.

—Pues no se lo digas. Yo prefiero no tener la preocupación de vosotras.

—¿Y a Silvia, tú crees que se le debía avisar? Se ha portado muy bien conmigo.

—Bien, díselo, pero recomiéndale que no diga nada a nadie. Es muy cuca y muy egoísta y no resollará, porque verá que no le conviene.

Laura fue a ver a la marquesa un momento y habló con ella de los pronósticos que se hacían en Madrid.

—Mañana por la mañana yo salgo en automóvil con mi chica —saltó la marquesa—, y vosotras, tu madre y tú, podéis venir conmigo.

—¿Pero lo tenías ya dispuesto?

—Sí.

—Creo que mi madre no podrá prepararse tan pronto.

—Pues mira, pensadlo bien, porque puede ser una tontería grave el no hacerlo, es muy posible que dentro de unos días no haya billetes para el tren. Ahora mismo voy a decir a mi doncella que pregunte por teléfono a la central si hay billetes o no.

—Bueno, que lo pregunte.

Silvia, hábil en la conversación, le sonsacó a Laura cuanto había dicho Luis.

—Cuando lo dice Luis es cosa grave —terminó Silvia—. Esas noticias

concuerdan con las conversaciones de la portera, la señora Paca, que es roja como un pimiento.

—¿Qué te ha contado la portera?

—La portera ha dicho que mucha gente se escapa de Madrid, que se van a sublevar los militares y que el pueblo está armado para defenderse de ellos.

—¡Pues nos hemos divertido! Bueno, yo voy a subir a mi casa y a decirle a mi madre lo que ocurre. Nosotras necesitamos algún tiempo para prepararnos y llevar algún equipaje.

—Yo pienso ir con un auto para mí y otro para las criadas y los equipajes. Si hay billetes os avisaré, y si preferís ir en el tren, haced lo que os parezca y decídmelo.

Laura subió a su cuarto y fue a ver a Luis. Este se estaba poniendo el uniforme para ir al cuartel, a donde le llamaban. Le explicó lo que le había dicho Silvia.

—Nada, avísale pronto a mamá —indicó Luis.

Doña Paz leía el periódico.

—Oye, mamá —le dijo Laura.

—¿Qué pasa?

—Silvia me ha dicho que hay noticias muy malas. El ejército se va a sublevar y al mismo tiempo se van a sublevar los rojos y se arman y se preparan.

—¡Bah! Siempre nos están diciendo lo mismo —repuso doña Paz—, ya verás como no ocurre nada.

Se hicieron mil suposiciones: hablaron de cuándo irían a Bidart.

En esto llegó la doncella de Silvia.

—Ha dicho la señora marquesa que ya no hay billetes para el tren y que se decidan rápidamente, si tienen que ir mañana por la mañana en el auto o no.

—Bien, dígale a la marquesa que ahora bajaré yo a decírselo.

Laura se acercó a su madre.

—¿Quién era? —le preguntó.

—Era la doncella de Silvia.

—¿A qué venía?

—Luis ha dicho que convendría que nos marcháramos en seguida a Bidart, que hay sencillamente peligro quedándose aquí. He ido a ver a Silvia para advertírselo y Silvia me ha dicho que ella se marcha mañana por la mañana en auto y que lo mejor que podríamos hacer es ir con ella.

—¡Qué barbaridad! Mañana no podemos ir —exclamó doña Paz.

—Pues según parece ya no hay billetes en el tren. La gente se escapa.

Doña Paz y la Constantina protestaron a coro. Era imposible, la ropa estaba sin planchar, las cortinas sin quitar, las alfombras sin naftalina; ¿cómo se iba a preparar todo tan rápidamente?

Laura argumentó que Luis, al marcharse, le indicó que no había más remedio que hacerlo, que la cosa andaba muy mal y que no se trataba de una broma. Doña Paz y Constantina no estaban muy dispuestas para la labor pesada de hacer baúles y

cambios. Laura comenzó a abrir los armarios, y su madre y la criada empezaron a tomar parte en el trabajo.

—Deja eso. No andes ahí —le dijo doña Paz—, lo haremos nosotras.

Cuando vio que ama y criada tomaban la faena con empeño, abrió el armario de luna de su madre y sacó todo lo que había allí de valor: un reloj de oro con cadena, tres onzas antiguas, una en un collar y dos en pulsera, unos aderezos con amatistas, unos pendientes de diamantes, un collar de perlas. Lo metió todo en un maletín. Doña Paz no hacía más que lamentarse, mientras andaba de un lado para otro; la Constantina gruñía. De pronto, esta dijo:

—Yo no voy.

—¿Pues?

—Prefiero que vaya con ustedes mi chica la Pascuala y yo me quedo aquí el verano con mi hijo, con mi Lorenzo, y guardaré esta casa.

—Ah, bueno —dijo doña Paz de mala gana—. ¿Y querrá ir la Pascuala?

—Sí.

—¿No piensa llevarla con ella la marquesa?

—No.

—Entonces, bien.

A doña Paz no le hacía mucha gracia el cambio. La Pascuala era una buena chica, pero un poco pánfila. Por el contrario, a Laura le pareció muy bien la sustitución porque estaba un poco harta de los caprichos y de la suficiencia de la Constantina, que era muy sabihonda y pedantona.

Se sacudieron las mantas en la azotea, se doblaron las cortinas y se arrollaron las alfombras, que algunas se llevaron al desván.

La Constantina hizo una cena sencilla, calentó un poco de sopa que había quedado de la mañana, y puso huevos pasados por agua. Luis no se presentó. La vieja criada guardó los cacharros en la cocina y la vajilla en el armario del comedor.

Laura dejó la ropa de su hermano recogida en su cuarto y andaba en esto cuando se presentó Luis.

—¿Qué hay? —le preguntó ella.

—El movimiento se aplaza por unos días, lo que no quiere decir nada. Os debéis marchar en seguida: ¿tenéis los billetes?

—Silvia se va también a Francia y nos ha dicho que nos llevará en un auto, voy a ver qué dice.

Bajó Laura al piso principal.

Silvia contó que la señora Paca, la portera, había tenido una escena con sus hijas, que andaban hechas unas locas, y con unos jovencitos de una imprenta próxima y que habían dicho que eso de los condes y de las marquesas se iba a acabar en seguida, y que todo iba a ser de todos. Acabaron cantando *la Internacional* con gran furia.

—¿Y tu hermano, qué ha dicho de nuevo? —le preguntó Silvia a Laura.

—Parece que el movimiento está aplazado por unos días.

—Nada, hay que salir. ¿Tu madre y tú estáis preparadas?

—Sí, ahora la Constantina, nuestra vieja criada, no quiere venir con nosotros y quiere que llevemos a la Pascuala.

—Muy bien, yo llevo dos criadas, con ellas irá la Pascuala en el segundo automóvil. Mañana, a las ocho, hay que estar en el portal. ¿Qué equipaje tenéis vosotras?

—Un baúl y una maleta.

—Muy bien, yo mandaré a mi criado para que baje vuestro baúl y hasta mañana.

Subió Laura a su casa. Doña Paz y su hijo hablaban en el comedor sentados en las sillas, cubiertas ahora con fundas blancas.

Doña Paz se lamentaba. Luis parecía estar serio y la única que se encontraba contenta por su decisión de quedarse en la casa durante el verano era la Constantina.

Después de mucha conversación y de discutir en detalles lo que había que hacer, dijo Luis:

—Creo que lo mejor que podíais hacer es llenar otros baúles y mandarlos por el tren en gran velocidad a Hendaya. Si los preparáis, yo me encargaré mañana de que los facturen.

—¿Y tú vas a ir? —preguntó doña Paz.

—No sé, ya os avisaré, no te preocupes. Me ha dicho el padre de Mercedes que vaya a almorzar estos días a su casa hasta que se marche la familia, luego él volverá a Madrid después de dejar a los suyos instalados en Biarritz. Yo no vendré aquí más que a dormir, y eso cuando no esté de guardia.

Volvieron a preparar dos baúles entre Laura y la Constantina.

—¿Y qué vamos a llevar? —preguntó doña Paz.

—No sé —dijo Laura—. Esto ha sido idea de Luis. Si no quieres, le decimos que no te parece bien.

—No, no.

—Bueno, pues entonces tú dirás lo que hay que meter aquí.

—Pues pon los cubiertos de plata... y la ropa de invierno.

Laura y Constantina llenaron los baúles. Laura, rendida de cansancio, y sobrecogida y presa de la mayor incertidumbre, se metió en la cama y no pudo dormir.

Se levantó muy temprano, a las seis, y vio que Luis estaba en el balcón del comedor, vestido de paisano. Se preparaba un día caluroso.

Hablaron de lo que podía ocurrir en España. Luis dio a entender que todo estaba preparado; no esperaban más que la señal. Laura quedó llena de preocupaciones.

—¿Has desayunado? —le preguntó a su hermano.

—He comido un poco de chocolate. No quiero despertar a mamá. Ella, en el fondo, no comprende la gravedad de las circunstancias.



—¿Tú crees que esto puede ser largo?

—¡Qué sé yo! Lo mismo puede ser largo que corto. Esta es una experiencia gravísima... y nadie sabe nada de lo que puede ocurrir. Ponle las etiquetas a estos dos baúles que habéis llenado y a las diez mandaré yo a uno para que los lleve a la estación.

Laura escribió dos papeles con el nombre de su madre y las señas de Etchebiague en Bidart. Después se puso a hacer engrudo en la mesa del comedor en un cazo que trajo de la cocina, calentándolo con una lamparilla de alcohol, y pegó luego los dos papeles.

—Bueno, chica, me marchó. ¡Adiós! —dijo Luis de pronto—. Hasta que nos veamos.

—¿Pero te vas ya?

—Sí, quizá vuelva luego un momento.

Laura le abrazó y le besó y se quedó llorando. Tenía presentimientos de una desgracia.

Salió al balcón y vio alejarse a Luis, después se sentó en una silla con la cabeza apoyada en las manos al lado de la mesa y quedó instantáneamente dormida con un sueño profundo.

Cuando se despertó eran cerca de las ocho y estaban su madre y la Constantina levantadas.

—¿Y a Luis le has visto? —preguntó a su madre.

—Sí, ha vuelto un momento a despedirse, parece que tiene mejores noticias ya.

—Es lo que pasa siempre —dijo la Constantina—, se habla mucho y luego no pasa nada.

—Por mi gusto yo abriría de nuevo los baúles y me quedaría —repuso doña Paz.

—¿Para qué? —exclamó Laura—, ¿para ir dentro de siete u ocho días? Ya, vámonos.

—Sí, claro, lo mejor es que se vayan ustedes —afirmó la Constantina.

—Pero eso del automóvil a mí no me gusta nada. Me cansa. Prefiero el tren —indicó doña Paz.

—¡Bah!, eso pasa también pronto —replicó la criada.

—¿Has ido a casa de Silvia? —preguntó doña Paz a Laura.

—No.

—Pues vete, vete en seguida y no la hagas esperar, ya que ha tenido esta atención con nosotras.

Las cuestiones de cortesía eran muy importantes para doña Paz.

Bajó Laura, el criado de la marquesa se llevó el baúl y las maletas para ponerlos en el auto y fue después doña Paz al portal y se le unió la Pascuala.

Doña Paz se despidió de la portera, de la señora Paca que, muy soliviantada e impertinente, le habló como si quisiera protegerla. Una de sus hijas, la mecanógrafa, con una blusa blanca y un pañuelo rojo, tarareaba *la Internacional*; un mozo que

debía ser su novio dijo: «Esos canallas de fascistas quieren, sublevarse, pero los vamos a machacar».

Se instalaron Silvia con su niña, doña Paz y Laura en el primer auto y dos doncellas de la marquesa y la Pascuala en el otro y echaron a andar hacia la carretera de Francia.

Hacía calor, pero en el auto no se sentía apenas. Desayunaron en el campo, en Somosierra, debajo de unos árboles y tomaron el camino de Aranda y después el de Burgos. La luz y el aire hicieron que Laura, su madre y la marquesa quedaran medio dormidas. La chica de Silvia siguió durante todo el tiempo mirando a derecha e izquierda y hablando.

Comieron hacia las dos, entre Burgos y Miranda, en un raso con una fuente y después de un breve descanso siguieron la ruta no muy de prisa. Al anochecer, cruzaban el País Vasco. Estaba lloviendo.

—¿No queréis deteneros a cenar en San Sebastián? —dijo la marquesa, ya después de haber dejado atrás el pueblo.

—No, yo creo que es mejor pasar la frontera —repuso Laura.

—Sí, sí, es mucho mejor.

Silvia tenía verdadero deseo de entrar en Francia.

—¿Y vosotras dónde os vais a quedar? —preguntó.

—Para nosotras lo mejor será ir a la fonda de Hendaya. No tenemos arreglada la casa y pasar otro día con colchones y trastos me aterra —contestó Laura.

—Pues yo voy a hacer lo mismo.

Cruzaron Guipúzcoa, pasaron la frontera y fueron al Hotel del Comercio de Hendaya.

—Ya estoy tranquila —dijo la marquesa.

—¿Qué te habían dicho? —le preguntó doña Paz.

—Las noticias que yo tenía eran muy malas.

—Sí, lo que ha contado Luis no es tampoco muy tranquilizador —dijo Laura.

—¿Y entonces, por qué no ha venido con nosotras? —preguntó doña Paz.

—¿Pero cómo va a hacer eso un militar, y un militar comprometido?

—Sí, es verdad.

Cenaron en el restaurante grande del hotel, donde había muchos españoles, todos con aire inquieto, esperando noticias. También andaban por allá varios periodistas extranjeros. Estos pensaban, según se dijo, que se iban a desarrollar en España próximamente acontecimientos muy graves.

Se fueron a la cama y Laura no pudo conciliar el sueño.

Al día siguiente, la marquesa se marchó a Biarritz y llevó a Laura y a la Pascuala a Etchebiague a que comenzaran a arreglar la casa donde tenían que vivir.

Tres días después, doña Paz se presentó en el molino. El jardín de Etchebiague estaba muy hermoso. El jardinero nuevo, Baptiste, un muchacho de Oleta, que volvía de cumplir el servicio militar en Orleans y que había aprendido algo de jardinería en casa del coronel de su regimiento, lo cuidaba muy bien.

Las plantas traídas del valle del Loira habían brotado con gran fuerza, los rosales híbridos, las peonías arbóreas y los rododendros estaban llenos de flor. Las variedades de dalias y de cactus, algunas muy raras, tenían tamaños enormes. En la huerta, los frutales se mostraban llenos; los manzanos y melocotones se hallaban atestados de fruta que comenzaba a madurar.

La casa del molino se veía tapada por las enredaderas, viñas vírgenes y glicinas. Los jazmines de Guinea con sus grandes corimbos de flores rojizas y moradas llegaban al tejado.

Había también una pequeña avenida con árboles del paraíso en flor, en donde el aroma era fuerte como de perfumería.

El viejo Ansorena y su yerno se encontraban en la Argentina, su hija Marta no había llegado todavía a Etchebiague, retenida por la enfermedad de una de sus hijas, en Bayona. En la casa quedaban solo la vieja ama de llaves, madama Estefanía y el jardinero, y en la parte de labranza, los hortelanos y los mozos.

Al cabo de unos días de vida en el molino, Laura se encontraba tranquila y optimista; ya no iba a pasar nada en España y las alarmas del día de su salida de Madrid eran infundadas. Le parecía una tontería haber llevado ropas de invierno y cubiertos de plata.

Cuando llegaron las noticias de la revolución, otra vez vino la inquietud y el miedo. Pusieron un telegrama a Luis, pero no hubo respuesta.

Desde el extranjero, al menos, lo de España era una cosa oscura; parecía de todo punto imposible saber algo con exactitud.

El movimiento de los militares fracasaba momentáneamente en Madrid. Las noticias del resto del país eran muy poco tranquilizadoras. Laura decidió no hablar de esto a su madre. El ama de llaves de Etchebiague dijo que no venían periódicos y doña Paz se dedicó a leer folletines.

Laura se encontraba muy preocupada; muchos días no podía dormir. Le hubiera gustado volver a Madrid, saber algo de lo ocurrido a su hermano, a los amigos y amigas, pero ¿qué podía hacer ella? Evidentemente no podía hacer nada. Lo mejor sería quedarse allí, trabajar, estudiar el francés y cuidar de su madre.

Pasó un mes, que le pareció muy largo. Tenía muy malas impresiones. Seguía sin tener noticias de Luis, pensaba si lo habrían matado en la calle o en el cuartel de la Montaña.

Doña Paz y la Pascuala vivían tranquilamente. Hacían una vida monótona e igual. A doña Paz le gustaba sobre todo ver las gallinas y contar los huevos que había en los nidos.

Al anochecer llegaba el ama de llaves de Ansorena, madama Estefanía, y la casera con la leche, y se quedaban a hablar un rato. A madama Estefanía no le interesaban las noticias de España; la casera no hablaba francés ni español, únicamente vascuence. Laura le dijo a su madre que Luis estaba en el campo de los militares y que seguía la guerra.

«¡Qué se va a hacer!, es una profesión que ha escogido él», dijo ella tranquilamente. A Laura le chocó un tanto esta indiferencia de su madre que representaba la resignación y el egoísmo del viejo.

Doña Paz se preocupaba solo de los pequeños detalles de la vida del molino. Laura se sorprendió al ver a su madre oír indiferente las noticias de la guerra. Si alguno aseguraba que esta podía durar meses o años, se quedaba tan tranquila y tan impasible. Doña Paz no se paraba a pensar que si la guerra continuaba y perdían la relación con España les iban a faltar medios de vida. Se entendía muy bien con la Pascuala, su nueva criada, de un espíritu de solterona meticulosa y apocada, y se identificaba con ella.

Iban las dos los domingos a la iglesia de Bidart y los días de labor trabajaban en una serie de pequeñeces sin gran importancia.

Laura, con su buen sentido, comprendía que el desesperarse no venía a cuento; era mejor olvidar y seguir el ejemplo de su madre. Se cansaba de hacer proyectos inútiles sobre su hermano. Probablemente Luis habría muerto.

Laura trabajaba por las mañanas en la tierra, en los cuadros de la huerta que les dejaba el viejo Ansorena, oía los consejos de Baptiste, el joven jardinero, acerca de cómo se debían cultivar los guisantes o las judías e injertar los árboles frutales.

Baptiste volvía del servicio militar. Había estado en Orleans y después en Pau. Baptiste, en el ejército, se había hecho muy patriota y hablaba de Francia y de la bandera con entusiasmo.

A pesar de su patriotismo de neófito y de soldado francés, no tenía ninguna simpatía por los gascones. Le parecían tipos de poco fiar que hablaban mucho y engañaban a la gente. Sentía más curiosidad por los vascos y por los españoles. Los tenía por hombres muy estrambóticos y muy fieros.

Baptiste hablaba con mucho entusiasmo con Laura de sus plantas y cuando estaba solo cantaba con tono sentimental una canción vasca: *Ai hori begi ederra...* ('Ay, qué hermosos ojos') que si no estaba dedicada a Laura, lo parecía.

Por las tardes Laura estudiaba el francés con asiduidad y leía las novelas que le prestaba madama Estefanía. Al anochecer salía a la misma orilla del mar. Etchebiague tenía su playa con un acantilado.

Laura se paseaba largo tiempo por el arenal contemplando el movimiento de las olas y escuchando sus rumores en la costa. Sus preocupaciones y sus pensamientos iban y venían acercándose y retrocediendo en su imaginación.

Sin duda todo tenía en la naturaleza su ritmo; en el espíritu de los hombres como en el movimiento del mar.

A mediados de agosto, Laura marchó a Bayona a vender las tres onzas de oro sacadas de Madrid y a hacer pequeñas compras. Ya les faltaba dinero. En la calle se encontró con una muchacha de casa de Mercedes, la novia de Luis. La muchacha se apresuró a acercarse a ella. Laura no la conoció al principio.

—Yo soy la doncella de la señorita Mercedes, la novia de su hermano —le dijo.

—Ah, ¿es que están aquí ya?

—Estamos en Biarritz, han venido la señorita Mercedes, su madre y su hermana.

—¿Y de Luis, de mi hermano, saben algo?

—Nada. La señorita Mercedes ha venido muy desmejorada, muy enferma. Están aterrados.

—¿Y por qué?

—¡Oh!, allí en Madrid han pasado cosas horribles.

—¿Y los señores?

—El señor y los señoritos fueron detenidos en el camino cuando iban a Valencia y ya no se sabe dónde están.

—¿Y siguen ustedes en su antigua casa, ahí en Biarritz?

—Sí, por ahora, sí. Luego, probablemente tendremos que mudarnos.

—¿Y qué hacen Mercedes y su hermana?

—En los días que llevamos aquí, la señorita Mercedes no ha salido. Si usted quiere ir a verla...

—Sí, sí, ya iré un día de estos. Iría ahora mismo, pero tengo que volver a casa.

—Si quiere se puede usted quedar a dormir; hay cama.

—No, ahora tengo que volver a casa de mi madre; mañana o pasado iré por allá.

No tenía ninguna gana de ver a la novia de su hermano. Pensaba que seguiría tan orgullosa y tan tonta como en Madrid.

Al decir a su madre que estaba Mercedes en Biarritz, doña Paz indicó:

—Debes ir. No está bien que no le hagas caso. ¡Qué van a decir!

Para marchar de Etchebiague a Biarritz lo mejor era tomar el autobús en la carretera y así lo hizo Laura al día siguiente.

Laura se asombró del aspecto de Mercedes y de su hermana. Estaban las dos flacas, fatídicas. Sobre todo Mercedes. No recordaba a la mujer fuerte, deportista, orgullosa de antes. Al ver a Laura comenzó a llorar.

—¿Y de Luis qué sabes?

—Nada, yo creo que lo han matado. ¡Qué bien hiciste en salir de Madrid! ¡Qué horrores hemos presenciado! ¡No te lo puedes figurar; yo no he visto nunca tantos muertos! ¡Lo que hemos pasado! ¡Qué registros, qué insultos! Nos llevaron un día a mi hermana y a mí a un centro de milicianos anarquistas. Yo pensaba: «Aquí se acabó

todo, nos van a matar». Después no sé cómo se consiguió que dejaran salir a nuestra familia y en el camino echaron mano de mi padre y de mis dos hermanos y dijeron que no podían salir y se los llevaron. No sé lo que habrán hecho con ellos, un horror.

—¿Y a Luis, la última vez que le viste, cuándo fue?

—El mismo día de la revolución estuvo en casa. «Debéis salir —nos dijo— cuanto antes», pero ya era tarde.

—¿Y después, ninguna noticia?

—Ninguna.

—¿Y por dónde habéis venido? ¿Por Valencia?

—Sí, por Valencia, en un barco de guerra inglés. Lo malo es que no tenemos un cuarto, porque mi padre era el que llevaba todo el dinero.

—¡Qué situación!

—¡Horrible!

Mercedes la condujo a Laura ante su madre. Se hallaba esta enferma del susto y no hacía más que gemir, lamentarse y comparar la situación pasada con la del momento. La hermana, Adela, más inconsciente, no se daba cuenta clara de lo ocurrido. Al mismo tiempo que relataba, lloriqueando, hechos de Madrid, hablaba de las elegancias de Biarritz. Pensaba sin duda que con adornarse y pintarse iba a venir el joven millonario a postrarse a sus pies.

«Quédate aquí —dijo Mercedes a Laura—. Puedes telefonar a tu madre. Mi cuarto tiene dos camas. Hablaremos y hablando se consuela una.»

Laura se quedó por compromiso. Mercedes se mostró amable y cariñosa.

Las dos estuvieron charlando hasta muy entrada la noche. La situación les parecía difícil y crítica. Además de la falta de recursos, no sabían qué resolución tomar.

Por la mañana, ya más tranquilas, pensaron en las posibilidades que había para vivir en Francia. La señora de García Pacheco dijo que tenía algunas alhajas buenas que bien vendidas podían valer unos miles de francos.

Al despedirse, Mercedes le dijo a Laura:

—Ya te contaré detalles de lo que he visto y de lo que ha pasado a las amigas. Tenemos que hablar y ver qué vamos a hacer.

Al día siguiente Laura volvió al molino de Etchebiague y contó a su madre solo parte de la entrevista con la novia de Luis, por la cual nunca había tenido amistad, pero que ahora le parecía mucho más simpática.

Una semana después se presentó en el molino de Etchebiague Mercedes, muy triste y desencajada. No recordaba a la deportista de Madrid.

«¿Qué le habrá pasado a esta chica?», pensó doña Paz.

—He tenido una conversación con mi madre para poner nuestras cosas en claro —dijo Mercedes.

—¿Y habéis decidido algo? —le preguntó Laura.

—Yo por mi parte, sí. Mi madre cree, no sé por qué, que lo de España va a ser breve; yo le he dicho: «Ni tú ni yo sabemos lo que va a durar esto; pero hay que prepararse como si fuera algo largo». ¿No te parece?

—Me parece muy exacto.

—Así, hemos quedado en que dejaremos la casa de Biarritz y tomaremos otra más barata. La dueña nos ha salido con la historia de que si hubiera sabido esto hubiese alquilado la villa a una familia inglesa que le ofreció mucho más de lo que nosotros pagamos, y ha añadido que después de tener la consideración de dárnosla tan barata, salimos ahora con que no la queremos. Yo la he dicho secamente: «Señora, sobre todo hay que tener sentido común. Si fuera por nosotras, no estaríamos en esta situación lamentable». La señora ha llamado a su marido, ha comenzado su reclamación, yo le he contestado, y el marido ha dicho que yo estaba en lo cierto.

—Menos mal.

—Después se ha pensado en lo que debemos de hacer con las dos muchachas madrileñas que hemos traído. Una quiere quedarse con nosotras, por lo menos, por ahora; la otra la toma en seguida el amo de la villa que dejamos.

—¿Así que eso también lo habéis resuelto?

—También.

—¿Y a dónde vais?

—Hemos encontrado un cuartito pequeño; segundo piso, encima de un garaje en el camino de Bayona, que no tiene más que dos piezas y la cocina y lo vamos a alquilar.

—¿Os cuesta mucho?

—No, trescientos francos al mes. Después hemos preguntado en varias joyerías qué es lo que pueden dar por las alhajas buenas que tiene mi madre. Hemos ido cada una a una joyería distinta; pensamos que llegarán a dar unos veinte mil francos.

—No es mucho.

—¡Qué va a ser! Pero mi madre y mi hermana, que no tienen idea del dinero, piensan que es para toda la vida.

—Si no tenéis mucho cuidado, eso se os va en seguida.

—Por último, como a mí me fastidia el no darse cuenta de las cosas de mi madre y de mi hermana, les he dicho que creo que lo mejor es que nos separemos. Ellas piensan que sus amigos españoles de Biarritz, ricos, se van a ofrecer para todo. Yo no lo creo y supongo que habrá que trabajar. Yo estoy dispuesta a ir de criada si es necesario.

—Pero no estás en ese caso.

—No, pero lo voy a estar dentro de poco.

—¿Y si te separas de tu familia, a dónde piensas ir?

—Aquí, si me dejáis.

—¡Por Dios, chica!, con mil amores.



—Ya veré si me dan algún dinero en casa.

—Pero no es necesario para que vengas aquí; no te preocupes por eso.

—No es necesario, pero es justo. Una persona más, cuesta, y vosotras no estáis en buena situación.

—Sí, es verdad.

—Pues nada, cuando tenga arreglado mi asunto, me presento aquí. ¿Tendréis sitio en la casa?

—De sobra.

—¿No le molestaré a doña Paz?

—Por el contrario. Creo que siente por ti gran simpatía.

—Pues dentro de poco estoy con vosotras.

Efectivamente, al cabo de quince días, Mercedes se presentó en Etchebiague con su maleta en la mano, con un aire decidido de muchacha pobre.

Doña Paz la recibió muy cariñosamente.

—¿Qué habéis hecho? —le preguntó Laura.

—Mi madre ha vendido unos pendientes, sortijas y un collar a un joyero de Bayona por quince mil francos y me ha dado tres mil. Naturalmente, las joyas valen más. Se han quedado todavía con algunas otras en casa.

Traía noticias de su hermano, el mayor de los dos. Al llegar a Tarancón, camino de Valencia, le separaron de su padre y de su hermano pequeño. Allí encontró un compañero suya de la Universidad de Madrid, como alférez, al frente de unos soldados rojos. Este le invitó a quedarse con ellos y le nombraron sargento. Entre estos militares rojos se aseguraba que no se tenían noticias de la guarnición de Madrid; unos oficiales habían muerto en el cuartel de la Montaña y otros se hallaban presos. De Luis no se sabía nada. Su hermano estaba contento y hablaba del triunfo seguro de los republicanos.

Mercedes se instaló en un cuartito del molino de Etchebiague. No molestaba, no se la notaba apenas. Lo hacía todo ella y no pedía la menor cosa a la Pascuala. Laura la veía siempre seria y sombría. Quería esta tratarla con más confianza y así entraba con frecuencia en su cuarto.

Un día la encontró con la cabeza entre las manos y llorando con aire desesperado.

—¿Pero qué te pasa? Dime la verdad.

Mercedes miró con cierta desconfianza la puerta abierta y Laura, creyendo que tenía miedo de que la oyesen, la cerró con llave.

Mercedes dijo en pocas palabras que aquella noche en que la llevaron al centro anarquista, uno de los jefes, después de hacerla beber, la había forzado.

Tenía un recuerdo vivo de aquella noche terrible. Ahora creía que estaba embarazada.

—No sé qué hacer —terminó diciendo.

—Quédate aquí —le dijo Laura—, mejor sitio que este, más retirado, ninguno.

—¿Y tu madre?

—Mi madre no se enterará al principio. Luego, aunque se entere, no se pondrá contra ti. Ya lo verás.

—¿Y tú?

—¡Yo, cómo me voy a poner contra ti, criatura! ¿Cómo puedes creer un disparate de esa clase? Yo creo que lo mejor que puedes hacer es decir a tu madre y a tu hermana que te vas a España, al lado blanco, para que no se les ocurra venir aquí. ¿No tenéis algún pariente en el lado blanco?

—Sí, en Galicia tenemos parientes.

—Pues nada, le dices a tu madre que te vas a España y que te embarcas en Burdeos.

Mercedes contempló a Laura y le preguntó:

—¿Y tú qué piensas?

—¿De qué?

—De mi estado.

—Ya veremos si estás embarazada o no.

—Yo casi estoy segura.

—¿Pues qué me quieres preguntar?

—Te quiero preguntar lo que tengo que hacer. Yo he discurrido muchas cosas y, entre ellas, he pensado si provocar el aborto... pero luego he dicho: «No, me parece una cobardía y una miseria. Hay que seguir adelante... si viene el chico, con el chico».

—Yo haría lo mismo que tú.

Mercedes abrazó a Laura y quedó más tranquila y calmada. Laura comprendió que su hermano Luis tenía razón al decir que Mercedes valía mucho. Era una mujer de sentimientos firmes y aunque en aquel instante hubiese cierto trastorno en su cabeza, sabía tener una actitud natural y digna.

Aquella noche de dolor, de embriaguez y de sensualidad en Madrid, había producido a Mercedes una enorme confusión. Mercedes quedó sin duda ella misma sorprendida al ver que sus sentimientos no eran de la joven elegante y bien educada, sino los de una mujer primitiva a quien el fauno brutal sorprende en el bosque y la violenta.

Quizá para Mercedes era la revelación del amor físico que sin duda ella no había considerado tan importante. Después del hecho veía que este había sido para ella trascendental porque había cambiado todas sus ideas sobre la vida.

—¡Y qué cosa más rara somos las mujeres! —le confesó a Laura—. A ese hombre yo no le odio. La idea de tener un hijo suyo en las entrañas me hace pensar en él. A veces se tiene una inclinación perversa como si dentro llevara uno el peor enemigo y se piensa: «¡Ojalá me salga esto mal!». Probablemente debe ser para sentirse interesante.

—Esas son tonterías a las que no hay que hacer caso.

—Pero tú habrás estudiado esas cuestiones en la Facultad de Medicina.

—Sí, pero estudiar no es saberlas.

—¿Así que no se sabe nada de eso?

—Nada o casi nada.

—También me choca que ahora tu hermano me sea indiferente, y antes le tenía cariño. En cambio a ti te adoro en silencio, como se diría en cualquier folletín.

Laura se echó a reír.

Mercedes dijo:

—Cuando tenga el chico pienso dar a mi vida un rumbo diferente.

Laura pensó que la antigua novia de su hermano era muy distinta de las dos mujeres de su familia, su madre y Adela. Esta, en Biarritz, hacía la eterna maniobra de andar entre gente de alguna posición para ver si cazaba al novio rico, sin comprender que como las demás mujeres hacían igual, la caza no era fácil.

Adela tenía un novio dentista joven que se había escapado de Madrid y estaba trabajando con uno de Bayona. El joven era, al parecer, muy decidido, muy emprendedor y muy conquistador.

Mercedes quería que sus tres mil francos se emplearan en Etchebiague.

—No, no se los des en seguida a mi madre —le dijo Laura—, porque se los gastará. Mi madre, como la tuya, cree que eso del dinero es una cuestión de categoría social, no de tenerlo o de no tenerlo. Así que tú vas pagando tus gastos y no adelantes nada.

Doña Paz tenía mucho más entusiasmo por Mercedes que por su hija. Laura mostraba un intelectualismo, un deseo de análisis y de crítica y al mismo tiempo una debilidad sentimental que a su madre no le gustaba.

Cuando Laura contó a doña Paz lo pasado a Mercedes en Madrid, doña Paz sintió por la forastera una estimación y un cariño extraordinarios. A la Pascuala, la criada, le pasó lo mismo y juraron guardar el secreto y no decir nada del terrible lance.

Al llegar la hija de Ansorena de Bayona, Laura pensó que era difícil ocultarle que había una persona nueva en el molino y le dijo a Mercedes que no habría más remedio que contarle algo de ella.

—¿Qué clase de mujer es? —preguntó Mercedes.

—Es una mujer enérgica y que está muy bien.

—Entonces dile la verdad.

Laura contó lo sucedido a Mercedes en Madrid y la hija del indiano aseguró que todo lo que se necesitara lo pondría ella. Llamaría a su médico, traería una enfermera.

Así el hijo del crimen y de la violencia iba a ser recibido como el hijo de un matrimonio rico.

Laura fue varias veces en la temporada a ver a la madre y a la hermana de Mercedes.

Andaban con un aristócrata viejo y ya las malas lenguas decían, unas, que se entendía con la madre, y otras, con la hija. En Biarritz a las dos señoras y al aristócrata, que galopaban sin duda para adelgazar, les llamaban el trío de la bencina. Las dos mujeres se mostraban muy hostiles con Mercedes.

«Se ha querido marchar —dijo la madre—; allá ella; no escribe, no nos importa nada.» Uno de los amigos comunes le dijo a Laura: «Son dos mujeres que tienen alma de coristas o de figurantas y aún quizá de hembras de prostíbulo. La madre y la hija hablan de los jóvenes con una delectación que sorprende: quién, tiene los dientes blancos, otro, los labios carnosos, las orejas pequeñas. Si desprecian a alguno es porque va mal vestido o porque tiene aire frío y distraído. Interiormente, y aunque no

lo confiesen, encuentran la inmoralidad muy atractiva siempre que vaya envuelta en dinero, y la mujer que tiene un amante guapo y el mozo que recuesta a todas las casadas que encuentra, aunque sea amigo de los maridos, les parece muy bien».

Sin duda, Mercedes, mientras hacía su vida de deportista, no lo llegó a notar. No se ocupaba para nada entonces de su madre y de su hermana, pero después, en la miseria, las vio cómo eran y quizá por ello las abandonó.

La Adela —según el amigo— seguía una política un poco turbia; coqueteaba con el aristócrata y no abandonaba al dentista. Este, que era un petulante y un cínico, había dicho a uno de sus amigos: «La Adela me ha comunicado por teléfono que se casa con ese aristócrata viejo, y después me ha dicho: “Oye, me voy a casar, luego nos veremos con más libertad”. Yo la he preguntado: “¿Y tu marido no se escamará?” “No, ¡ca! Estos son predestinados”».

Laura se quedó asombrada; naturalmente, no contó lo que le dijeron a Mercedes.

La Navidad en Etchebiague fue melancólica.

El comedor del antiguo molino tenía mucho carácter. Era oscuro, muy ahumado, con un papel ennegrecido, chimenea grande de mármol, armario de madera para la vajilla y cuadros viejos vulgares con paisajes amanerados del siglo XVIII, pero con su encanto. En medio, una mesa ancha y tosca de nogal; el suelo de castaño, con clavos brillantes y a los lados de la chimenea dos sillones de cuero muy cómodos.

El día de Nochebuena se hizo un gran fuego. Pasaron doña Paz, Laura, Mercedes y la Pascuala hablando de Madrid y de sus conocidos. ¿Qué harían allí? ¿Tendrían para comer?

Todas marcharon con tristeza a la cama y al mismo tiempo con cierta animación del hablar y de hacer cábalas.

Transcurrida la primera época en que Mercedes se mostró intranquila, estaba ya resignada esperando el tiempo de dar a luz.

Había llegado poco a poco a esperar este suceso con un fondo de alegría y de esperanza.

Silvia, la marquesa, estuvo una temporada en Londres y volvió a Biarritz y al saberlo Laura fue a visitarla.

Silvia tenía noticias de Madrid. En la casa de la calle de Ferraz cayeron varias bombas y la gente de los alrededores, asaltando el edificio, se apoderó de la mayoría de los muebles. Era muy probable que todo se hubiera perdido.

—¿Te acuerdas de Margot Mac Donald? —preguntó la marquesa a Laura.

—Sí.

—Pues le ha pasado algo terrible.

—¿Qué le ha pasado?

—¿No recuerdas que en una reunión que hubo en casa y se habló de horóscopos, a algún mal intencionado se le ocurrió decir que Margot se casaría con dos al mismo tiempo? Pues algo de esto le ha ocurrido.

—Pero eso no es posible.

—Sí, en parte es posible.

Silvia contó algunos detalles de la familia de los Mac Donald y de lo que les había ocurrido.

El padre de Margot, director de una sociedad de Seguros, que estaba delicado de salud cuando la revolución, se amilanó y decidió no salir de casa.

Su hijo Federico, que hacía de subdirector, le sustituyó.

Se hallaba este casado con una muchacha de apellido alemán, judía, o por lo menos, medio judía. Ella se dedicaba mucho a la vida de sociedad y a cuestiones de beneficencia. Era bastante coqueta pero guardando siempre fidelidad al marido. Según se decía, le había dado a Federico un carácter muy judaico y muy práctico.

Federico tenía bastantes enemigos entre los empleados de la Sociedad de la cual era subdirector. Cuando llegó la revolución hubo muchas denuncias contra él y se decidió entre los anarquistas registrarle la casa y las oficinas. Afortunadamente, un amigo, y algo pariente de su mujer, muy influyente, le pudo dar el soplo de que le iban a registrar unas horas antes, y Federico tuvo tiempo para quemar todos sus papeles comprometedores y hacer desaparecer las pavesas.

En esto se presentan los de la FAI en la Sociedad de Seguros. Ordenan que todos se pongan de espaldas a la pared, registran los pupitres, los armarios, las cajas y separan a tres empleados para fusilarlos porque tenían cartas sospechosas. Uno de ellos, el más viejo, entre libros de devoción guardaba láminas y fotografías pornográficas.

Al verse libre de acusaciones, Federico llama al jefe de la patrulla a su despacho, le habla y le dice:

—Mire usted, le puedo dar diez mil duros y al mismo tiempo dejarle la casa

donde vivo. Está llena de géneros, de muebles, etcétera..., pueden ustedes poner ahí un ateneo libertario.

—¿Y qué quiere usted a cambio?

—A cambio quisiera que me dejen salir con toda la familia de Madrid.

—Para eso hay que tener el permiso del Gobierno.

—Eso yo lo conseguiré —dice la mujer de Federico, que asiste a la conferencia.

El jefe de los anarquistas contesta que unas horas después dará la respuesta por teléfono y se lleva a sus tres hombres para fusilarlos.

Federico reúne a la familia y explica su gestión y cómo van a salir inmediatamente para Valencia con permiso del Gobierno y de la FAI. El padre está horrorizado y quiere salir de cualquier modo. Margot dice que no, su madre no se encuentra buena, su novio, como militar, está en Madrid con el Gobierno y ella se queda.

Los anarquistas entran en la casa, se instalan en ella, consumen lo que hay y a las dos horas se llevan a Margot, que desaparece. De cuando en cuando telefonea que está bien y que no la busquen ni avisen a la policía, porque la podrían matar.

—¡Qué horror! ¿Y por qué dices que se ha casado con dos?

—Porque entre esos jefes anarquistas había dos rivales y se supone que la tienen entre los dos.

—¡Qué brutos! ¡Qué bestias!

Laura contó a Mercedes lo que le habían dicho de Margot y comentaron el caso. Otro día Silvia le habló de distintas personas sacrificadas en Madrid.

A dos viejas solteras amigas de doña Paz, que vivían en el barrio de Salamanca, las fusilaron.

El portero, muy amable antiguamente, las denunció, acusándolas de tener una capilla donde iba un cura a decir misa, y sacaron a los dos viejas de casa y las mataron junto a una tapia.

Laura recordó a estas dos pobres viejas, casi impedidas, y la idea de su muerte le produjo un terror espantoso.

También contó Silvia que al chico, hijo del militar, que vivía en su casa en la calle de Ferraz y que se había metido a hacer espionaje a favor de los blancos, lo sorprendieron y lo fusilaron.

Pasada la excitación que les ocasionó estas noticias, siguieron su vida triste y monótona. Laura leía y divagaba, Mercedes se dedicaba con energía a aprender francés.

Adelantaba muchísimo. Laura se quedaba sorprendida de su capacidad de estudio.

—Esto de aprender idiomas es un talento de monos —decía Mercedes.

—Pues chica, se ve que tú eres muy mona.

La idea de salir a trabajar, en las dos era cada vez más firme; estaban decididas a marcharse de Etchebiague y a emprender alguna cosa. Laura escribió muchas cartas que no tuvieron contestación y por lo tanto no dieron resultado.

Pasaron el invierno, en gran parte al lado del fuego, saliendo los días buenos por el parque y gastando muy poco. Tenían verduras, patatas, huevos y gallinas de la casa, a muy bajo precio. Doña Paz había olvidado sus asuntos y preocupaciones de Madrid; quería pensar que su hijo Luis estaba en seguridad. Ella se ocupaba solo de pequeños detalles de su molino.

Laura iba a misa todos los domingos. Mercedes, no; no quería mostrarse ante nadie; era además completamente incrédula. Laura en Madrid frecuentaba poco la iglesia; el estudio y el trabajo se lo impedían. Por otra parte la iglesia aldeana de Bidart con su gente campesina le emocionaba mucho más que el público de señoritas elegantes y de pollos currutacos del Buen Suceso.

Llegó el plazo previsto.

Mercedes dio a luz un niño blanco, rubio y fuerte, de mucho peso. El hijo del anarquista. En vez de asistir al parto el médico viejo, fue su hijo, hombre de treinta años, que naturalmente sabía la historia y lo ocurrido a Mercedes. El médico se llamaba el doctor Bearn. Era un hombre alegre y simpático, alto, corpulento, fuerte, muy dado a la risa, de pelo negro y de bigote corto. Lo tomaba todo a broma y tenía un aire de optimismo.

«¿Qué va a ser este chico? —dijo el doctor Bearn riendo y teniéndolo en brazos en alto—; ¡qué bárbaro, qué manera de gritar! Es un *morrosko*. Este va a ser un verdadero pirata.»

Dieron el niño a una mujer de un caserío próximo para que le sirviera de nodriza y después pensaron que le alimentarían con biberón.

Mercedes le podía haber criado, pero pensó que tendría que marcharse para ver si se ganaba la vida. Para eso valía más separarse de él desde el principio.



## SEGUNDA PARTE

I  
VIAJE DE POBRE

A la semana, Mercedes estaba ya muy bien. Se iba poniendo cada vez más rozagante.

—¡Qué inmoralidad la de la naturaleza, chica! —le decía Laura, riendo.

—¿Por qué?

—Porque tú te estás poniendo mejor que nunca y el chico es un bárbaro de lo más fuerte y de lo más guapo.

—Sí, es verdad.

—Tendremos que pasar las demás por ahí también para ver si nos ponemos un poco esponjadas.

Mercedes se reía.

—Si a ese hombre le encontrara y quisiera, me casaría con él —dijo una vez—, aunque fuera un obrero.

—¿Por qué?

—Me parece que era el hombre para mí.

Doña Paz y la Pascuala estaban entusiasmadas con el chico, lo bautizaron en la iglesia de Bidart, le pusieron el nombre del día: Gastón, y el apellido de la madre.

Cuando Mercedes se restableció del todo, ella y Laura decidieron marcharse a París a buscar trabajo. Mercedes tenía guardados unos mil francos.

Entre las gestiones que hizo Laura, había escrito a una señora francesa, profesora de un liceo, que conoció en Etchebiague, preguntándole si podría tenerlas en su casa, a su amiga y a ella, durante un período de pruebas, el tiempo necesario hasta que encontraran trabajo.

La señora le contestó que fueran, las tendría con mucho gusto. Esta señora vivía en los suburbios cerca de la Puerta de Versalles y era profesora del liceo Buffon. Se llamaba Camila Trousseau.

Le volvió a escribir Laura agradeciéndole su ofrecimiento. La profesora le indicó que señalaran el día de llegada y les dio instrucciones.

Al entrar en París debían ir en el Metro a la Puerta de Versalles y de allí, una de ellas, mientras la otra esperaba con las maletas, podía preguntar en una papelería del bulevar Lefèbvre, donde conocían a la profesora, y el mozo de la tienda les llevaría el equipaje.

Mercedes pensó que sus pequeños ahorros se gastarían en el camino si iban en el tren. Era necesario buscar otro procedimiento más barato.

Madama Estefanía, el ama de llaves de Etchebiague, tenía un sobrino propietario de dos camiones. Andaba con ellos de Bayona a Burdeos. Mercedes y Laura hablaron con él. Se llamaba Martín y era un buen hombre, amable y simpático.

«Sí; yo las llevaré a ustedes —dijo—. En Burdeos tengo amigos mecánicos de autobuses y de camiones que van hasta Tours y hasta otros pueblos más adelante del

camino de París. Les hablaré para que las lleven; quizá no sea del todo cómodo para ustedes, pero pueden avanzar en su marcha y economizar algún dinero.»

Fueron en automóvil con la hija de Ansorena a Bayona. La hija de Ansorena invitó a Laura a quedarse en su casa para cuidar de una chica enferma. Laura pretextó que no quería dejar sola a Mercedes; deseaba seguir la aventura y empezaba a tener a su amiga como a una mascota.

En Bayona se encontraron con Martín. Las citó el día siguiente a las siete de la mañana para llevarlas en su auto.

Martín era hombre ocurrente y jovial. Montaron en el camión y comenzaron su ruta. Mercedes mostraba una ciencia de la vida, hasta entonces inédita. Le extrañaba y divertía a Laura. La señorita tonta y orgullosa de Madrid evolucionaba maravillosamente. Daba la réplica a Martín, contestaba a la broma del gendarme del pueblo con gracia y parecía haber vivido siempre corriendo por la carretera.

Llegaron a Burdeos; Martín condujo a las dos amigas a la casa de huéspedes donde él se alojaba y no permitió que pagaran nada y al día siguiente otro chófer las llevó hasta Tours.

El viaje con este resultó un poco más pesado; fueron sentadas sobre unos sacos y el camión daba bastantes saltos y tumbos por la carretera.

El chófer era un rojo furibundo y aunque no sabía nada de España opinaba y había que darle la razón. Les dijo al llegar a la ciudad del Loira que se presentaran al alcalde.

Así lo hicieron; les explicaron cómo no tenían dinero y le pidieron sitio donde alojarse.

En el Ayuntamiento, Mercedes habló con gran seguridad y el alcalde les dio una boleta para comer y dormir en una casa. Pasaron en ella varios días.

De Tours marcharon en otro camión a Orleans, donde Mercedes fue a la alcaldía y de allí las dirigieron a un convento de monjas entre las cuales había dos españolas. Aquí, en vez de tener que aceptar las exageraciones de los rojos, se mostraron muy partidarias de los blancos y las monjitas las trataron muy bien; les dieron de comer espléndidamente y les consiguieron un billete gratis de tercera clase para París. Desde Orleans escribieron a Camila Trousseau, la profesora: «Llegamos mañana por la mañana —le decían— y seguiremos sus instrucciones».

En el tren se encontraron con un señor llegado de la Argentina. Era un italiano del Norte, hombre sonriente, de más de cincuenta años, que había vivido en América casi toda la vida, haciendo trabajos comerciales, ingratos, pesados y antipáticos. Quería resarcirse de la monotonía de los años transcurridos pasando una larga temporada en París. No estaba muy convencido de que en París se pudiera divertir porque se encontraba un poco viejo y no tenía mucho dinero, pero haría todo lo posible.

Se mostró muy amable con las dos muchachas, las ayudó a colocar las maletas y charlaron con una confianza mutua de sus respectivos proyectos. Dijo el italo-argentino que era un *atorrante*, un temperamento bohemio, amigo de vagabundear y

de vivir en desorden.

—¿Y ustedes saben bien el francés? —les preguntó luego.

—Sí, para entendernos, sí —contestó Laura—. Hemos vivido en Francia algún tiempo. ¿Y usted?

—Yo no sé si me las arreglaré con este francés de *cocoliche* que hablo —dijo el italiano.

Esto de *cocoliche* les hizo gracia a las dos, aunque no sabían lo que era; el señor les dijo que era la manera disparatada de hablar el español del italiano de teatro o de circo, del *gringo* recién llegado a la Argentina. Él no tenía inconveniente en hablar francés aunque se rieran al oírlo y, efectivamente, comenzó a hablar.

Dos chicas jóvenes que iban en el vagón y que eran estudiantes terciaron en la charla y se dedicaron, cuando hablaba el italiano en francés, unas veces a corregirle y otras a destacar las faltas gramaticales que cometía, con lo cual se rio todo el mundo y principalmente el italiano, que aseguraba que no esperaba menos de su francés de *cocoliche*.

Siguieron charlando y riendo de lo que decía el alegre compañero de viaje y llegaron sin darse cuenta a París, a la estación de Orsay.

El señor italiano les ayudó a sacar las maletas y se despidió de Mercedes y de Laura amablemente. Un empleado del tren les dijo lo que debían hacer para llegar a la Puerta de Versalles.

Salieron de la estación, llevando sus equipajes como pudieron, tomaron el Metropolitano, y aparecieron en la Puerta de Versalles. Por el nombre de Versalles se habían figurado que sería un barrio aristocrático, pero no tenía nada de eso.

Al salir del Metro se encontraron en un descampado ancho con unas torres de ladrillo y unos edificios modernos de poca altura y entre la niebla, como gigantes, varias chimeneas grandes que iban echando humo en el aire gris. Aquella explanada parecía que era un campo de maniobras y de aviación.

Siguiendo las instrucciones de la profesora, Mercedes fue a la papelería del bulevar Lefèbvre y apareció poco después a la entrada del Metro con un muchacho que les llevó las maletas al portal de una calle próxima.

—¿Sabes lo que hemos gastado desde Bidart hasta aquí, las dos? —le preguntó Mercedes a Laura, al llegar al portal de la casa.

—No, ¿cuánto ha sido?

—Veintidós francos, con la propina del mozo.

—¡Qué barbaridad! Eres una financiera terrible.

—Sí, desde el pequeño accidente de Madrid, indudablemente me voy despabilando.

Laura se echó a reír. Mercedes la iba sorprendiendo cada vez más. Tenía unas condiciones extraordinarias para desarrollarse en la vida.

Camila Trousseau vivía en una calle pequeña de aspecto triste, en una casa moderna. Tenía varios cuartos, un saloncito, el comedor, la cocina y el baño. La francesa les recibió muy bien. Podían quedarse en la casa el tiempo que quisieran, si se arreglaba una de ellas a dormir en el saloncito, en un diván.

—Yo dormiré en el diván. Me gusta —indicó Mercedes.

—Lo dices por decir —repuso Laura.

—No, es verdad que me gusta. En cambio, esas camas blandas donde se hunde el cuerpo, no me hacen gracia.

Laura encontró a Camila marchita.

La francesa se enteró de las pretensiones de las dos españolas de buscar trabajo y les dijo que la cosa era difícil pero no imposible; habría que andar mucho de un lado a otro para llegar a conseguir algo.

Camila hablaba muy bien. Se explicaba con una gran claridad y exactitud en un francés muy perfilado.

Camila tenía en su casa a su padre y a un sobrino que estudiaba en el Liceo. El padre, un señor muy viejo, llevaba una vida mecánica de persona agotada y enferma. El sobrino Carlos no manifestaba ninguna condición para el estudio. El comprobarlo producía la tristeza de la profesora, pues no veía más camino para él que la enseñanza, en cuyos centros ella tenía amistades.

Laura, los días siguientes, fue a la Facultad de Medicina y a varios hospitales; no había empleo pequeño ni grande retribuido. Sus visitas le sirvieron únicamente para conocer a algunos muchachos estudiantes. Estuvo también en tratos con una señora vieja que vivía en una casa semiconvento de Passy, y necesitaba una acompañante médica.

Esta señora le ofreció presentarla a varias personas distinguidas de la aristocracia española y francesa, pero no habló de pagar más que de una manera muy vaga.

Luego preguntó a Laura si era monárquica y como esta dijo que era cuestión que no le interesaba, la vieja se incomodó y comenzó a perorar y a decir que una española que no era monárquica era una renegada.

«Bueno, bueno —dijo Laura—, yo no he venido aquí a oír sermones.»

Las demás tentativas para buscar empleo resultaron inútiles. Esto le hacía estar mustia, entristecida y pesimista.

Mercedes dio también sus pasos y fracasó y se decidió a esperar. No encontraba por el momento nada de provecho.

Los ofrecimientos que le hicieron no valía la pena de tomarlos en cuenta. Uno de ellos fue de entrar de figurante en un *music-hall*. Había que salir al escenario desnuda haciendo como de estatua. Otra plaza de institutriz, sin sueldo, le ofrecieron en casa

de un matrimonio de aire muy pobre y de aspecto sospechoso.

La ambición de Mercedes, no muy grande, era llegar a ser señorita de mostrador. Estuvo de interina más de una semana con sesenta francos al día. El sitio estaba lejos, había que almorzar en un restaurante. Pudo ganar seiscientos francos y ahorró trescientos.

Después y mientras esperaba algunas respuestas a sus demandas, se dedicó a la cocina. Camila, la profesora, le dijo que así hacía en la casa un trabajo utilísimo para todos porque no estando ella comían muy medianamente.

—Si ustedes quieren, yo no tengo reparo en guisar —dijo Mercedes.

—Ah, claro que queremos —le replicó Camila—. Si usted desea ser la dueña de la casa estaremos encantados. Ahora, si lo encuentra denigrante...

—Yo no, ¡yo qué voy a encontrar eso denigrante! ¿Por qué?

—Bueno, pues entonces se encarga usted por ahora de la casa. Yo le daré lo que necesite. Después ya veremos si le sale a usted algo bueno.

El sobrino de Camila, Carlos, chico holgazán por excelencia, se constituyó en mentor de Mercedes. Le decía dónde debía comprar y cómo.

A Carlos no le gustaba hacer nada. Era un tipo un poco decadente, enemigo de la vida moderna. Le entusiasmaba el lujo y no pensaba más que en hacer versos, en montar a caballo y en lucir.

Si le obligaban, estudiaba de mala gana y se empeñaba en no enterarse.

—Su padre, mi hermano, era todo lo contrario de él —decía Camila—; se pasaba la vida leyendo, estudiando, tomando notas... ¡qué lástima!

—¿Qué le pasó?

—Murió en la guerra.

—¿Y la madre?

—La madre era una mujer inteligente, un poco nerviosa... pero este es una calamidad. Cualquier cosa le gusta más que estudiar...

—Quizá tenga condiciones de hombre de mundo —le dijo Laura.

—Sí, tiene condiciones para vivir bien sin hacer nada. Lo que es, si no cambia, no sé cómo acabará este chico... porque no quiere a nadie ni le importa por nadie... hace lo suyo y nada más.

La calle donde vivía Camila era calle de arrabal, todavía poco urbanizada. El barrio tenía casas antiguas de dos pisos, de todos los colores, verdes y azules, amarillas y grises, alabeadas, condenadas a desaparecer; ahumadas, desconchadas, con las puertas y ventanas rotas; algunas convertidas en almacenes de materiales de derribo, con montones de tejas, persianas verdes, tablas, puertas de cristal, jarrones y estatuas sin narices y sin brazos y barracas de madera y zinc. De trecho en trecho había pasadizos o callejones angostos con cierto aire napolitano y plazuelas dentro con casas leprosas, negras, ropas en las ventanas puestas a secar y tiestos y jaulas de pájaros en las puertas.

Se veían también hotelitos del siglo XIX petulantes, ridículos, con balcones de

fundición que querían parecer forjados y una verja roñosa y carcomida que rodeaba un jardín raquíto.

En medio de esta construcción pobre y miserable se levantaban algunos edificios altos, enormes, de cemento, de color amarillento y rojo pálido.

La calle tenía ciertas pretensiones de elegancia en algunos portales y tiendas. De día se notaba cierta animación, pero de noche era desolada.

Todo el barrio ofrecía el mismo aspecto provisional y poco definitivo. Formaba parte de esas afueras de las grandes ciudades, borrosas, sin carácter y sin gracia.

De lo antiguo no quedaban más que barracas despintadas, casuchas bajas y grises y de ladrillo rojo, talleres de cantería con lápidas sepulcrales de mármol y algunos almacenes negros de carbón y de leña con las paredes de entramado de madera.

Lo moderno eran aquellas casas grandes de cemento de diez o doce pisos que parecían enormes cuerpos pálidos y anémicos, y los garajes inmensos como estaciones de tren. El comercio era mezquino y daba la impresión de sordidez y de miseria: fruterías, tiendas de comestibles, algún restaurante, alguna papelería y alguna tienda de modas que parecía allí extraviada.

Había una calle próxima con una escalera; tenía unos desmontes de hierba verde llenos de papeles y de basuras. Pasaba un ferrocarril de circunvalación por una zanja que probablemente era el foso de las antiguas fortificaciones de París.

Había también un colegio y cerca estaba la calle de Cádiz, sin ningún aspecto andaluz, húmeda y sombría y que tenía cierto nombre porque había en ella una academia de baile que se anunciaba en las tapias y en las estaciones del Metropolitano.

Los domingos, en la Puerta de Vanves y de Versailles se notaba algo de feria por los alrededores: tivovivos, montañas rusas, rifas callejeras, loterías y tiros al blanco. La gente se amontonaba alrededor de los vendedores ambulantes.

Desde el balcón de casa, hacia el campo, se veían entre la niebla casas pequeñas, negruzcas, barracas, torres, depósitos de agua y aquellas chimeneas altas de algunas fábricas de Issy que parecían reunidas en un conciliábulo misterioso. Se oían las bocinas de los autos en el bulevar próximo, sirenas de las fábricas y rumores de gramófonos y de organillos en la feria.

Laura no quería insistir en las sensaciones porque veía que eran habitualmente melancólicas y amargas y se empeñaba en no darles importancia.

Como desde la infancia en Madrid había pasado largas horas en una azotea, allí subía también a una pequeña de la casa a mirar lo que se veía alrededor.

Aquel mar de tejados, brillantes con frecuencia por la lluvia, le llamaba la atención: los había de zinc, con claraboyas, de tablas reverdecidas por la humedad, llenos de piedras, de tejas planas con buhardillas de todas formas y colores. ¡Qué chimeneas más raras! ¡Qué garitas! ¡Qué estudios de pintor o de fotógrafo cubiertos de cristales!

Se advertían muestras de ingenio. En un almacén de madera se había hecho que

los árboles atravesaran el tejado y extendiesen su follaje por encima de él. Así el propietario, que vivía detrás del almacén, en vez de tener delante de los balcones unas tejas negras y sucias, contemplaba un bosquecillo verde y tupido en primavera y en verano.

Había tejados que mostraban una variedad de chimeneas retorcidas y de distinto tamaño, cubiertas de zinc y de plomo, ventanales, tragaluces y buhardillas de toda clase de formas y de colores; paredes con escalas de hierro, torres y veletas.

Alguna gente convertía la azotea en un jardín, otra en un palomar o en una conejera; quién en un gimnasio, o en un invernadero con sus cristales y su chimenea. Toda clase de fantasías individuales se desarrollaban sobre los tejados.

En la casa de Camila no se conocía a los inquilinos. Había mucho matrimonio, parejas jóvenes que dejaban el cochecito del niño en un cuarto próximo al portal, obreros con su mujer y dos o tres hijos, y viejos retirados, solitarios y sombríos. La mayoría era gente tranquila aunque no siempre, pues a veces había sus riñas y sus escándalos. Aquella gente trabajaba mucho y la casa y la calle eran como colmenas. Se veía que todo el mundo buscaba el pan con energía y por procedimientos lo más rápidos posibles. Hasta el trapero pasaba en automóvil anunciando su comercio, en un automóvil sucio y destartado pero que andaba como otro cualquiera.

En las buhardillas vivía una vieja alborotada y libidinosa que algunos decían que era echadora de cartas.

Esta mujer, ya de más de sesenta años, bajaba con alguna frecuencia a una taberna del bulevar y se emborrachaba, y cuando estaba ya alcoholizada, empezaba a provocar a algún jovencito medio chulo y se lo llevaba a su casa. La fisonomía de esta vieja era pesada, vulgar, de un rojo terroso. Cuando se exaltaba por el alcohol su cara tomaba un aire erótico y fiero que le iluminaba y le daba un aspecto trágico y desafiador de bacante. Según decían, en su cuarto fumaba en pipa.

—¿Y cómo no la echan a esta mujer? —preguntó Camila, al conserje varias veces.

—¿Qué quiere usted? Paga bien.

Esto era allí lo esencial.

Laura vio alguna vez a la mujer aquella en la escalera, pero cuando no tenía alcohol en el cuerpo se mostraba tranquila y humilde.

Otro personaje raro que había en la casa era un vejete, tipo de mal genio a quien Camila llamaba *Ferragus*, héroe de una novela de Balzac. El viejo tenía traza de espadachín retirado, y de hombre peligroso, aunque quizá en él todo era fachenda y no pasaba de ser un pobre diablo, antiguo empleado en alguna oficina o almacén. Tenía una cicatriz en la mejilla, una mirada de águila, dura, un bigote blanco que debía de haber sido rubio, erizado como de gato, que se retorció con aire de mosquetero. Usaba un sombrero raído con el ala sobre los ojos y un bastón con el que



golpeaba la acera. Marchaba despacio, en actitud de desafío. Camila lo encontraba sin duda parecido al personaje romántico de Balzac en su decadencia.

Mercedes, de ama de casa, comenzó a ir diariamente de compras a un mercado del bulevar Lefèbvre, que estaba cerca. Había allá de todo, en una fila de puestos instalados delante de la tapia de un depósito de forrajes.

En la calle de la Convención existía también otro mercado, pero estaba ya más lejos.

Al cabo de un mes, Mercedes conocía a los dueños de los puestos del bulevar Lefèbvre y las tiendas de la calle de los alrededores de su casa y saludaba a los amos o dependientes y cambiaba con ellos algunas palabras.

Mercedes tomaba a broma lo que le decían, pero aunque no les diera importancia, le gustaban los cumplimientos de los vendedores y vendedoras del mercado. Discutiendo con ellos el precio y la calidad de los géneros, Mercedes aprendía a hablar el argot popular y como tenía condiciones de adaptación y de imitación, lo empleaba. Evidentemente era más fácil usando este argot no dar la impresión de extranjera. La pronunciación y la construcción de las frases era más sencilla que la un poco afectada y académica del francés elegante.

Mercedes necesitaba quien la orientase en su papel de ama de casa. Camila no se ocupaba más que de sus lecciones del Liceo y no sabía dónde se compraba barato y bien. La profesora llegaba cansada y a veces tarde del colegio y se contentaba con tomar como cena algún bocadillo que compraba al paso y una taza de té que calentaba en el mechero de gas.

La propietaria de una pequeña tienda le dirigió a Mercedes en el comercio del barrio.

La tienda esta se encontraba en una casa baja con un chaflán, entre dos calles. Era una casita de color azul oscuro, antigua, de las pocas de otro tiempo. Tenía solo un piso con ventanas pequeñas, con las jambas pintadas de rojo, un tejado negro, con claraboyas y chimeneas altas y sobre el chaflán una torrecilla con un mirador recubierto de zinc. Debajo estaba la tienda, o pequeño bazar, con la muestra con un solo nombre: *Honorina*.

Esta tiendecita tenía de todo; un género muy variado; había en ella ropa blanca, ropa de chicos, medias, guantes, mercería, paraguas, zapatillas. El escaparate mostraba anuncios en colores, estampas, cajas de sobres, pastas para los dientes, y un busto de mujer con una camisa blanca calada, amarillenta por la acción del tiempo. La tienda se comunicaba con el interior de la casa por un pasillo largo, lleno de armarios repletos.

Había un escritorio pequeño en un ángulo, a la izquierda del mostrador. Invasado por las cajas y los paquetes, se hallaba iluminado por una ventana con una cortina roja. Tenía una máquina de coser, una mesa con libros de comercio y una estantería con trescientos o cuatrocientos tomos encuadernados con la misma pasta. A la puerta del despacho había una estufa grande de porcelana verde.

La dueña de la tienda era un tipo raro. Al principio a Mercedes le pareció seca y antipática, después llegó a simpatizar con ella y a hacerse amiga suya.

Esta mujer, la señorita Honorina, mostraba una cara severa, marchita y fatídica. Sin embargo, debía de haber sido guapa; usaba anteojos de metal y una peluca rubia.

Si no había parroquianos, Honorina pasaba a su despacho y se ponía a trabajar en la máquina, a coser y a bordar, mientras dos gatos, el uno negro y el otro gris, dormían al lado de la estufa.

Cuando estaba cansada de coser, entonces se dedicaba a leer los libros de su biblioteca y los leía íntegramente con un aire lúcido y un perfil de erudito parecido al de un retrato de Erasmo. Esta mujer, además de que vendía mucho, aunque barato, tenía pequeñas comisiones; aceptaba ropa para teñir, botas para componer, camisas y calcetines para zurcir y enviaba esta labor a gentes que conocía y cobraba ella un tanto por ciento de comisión. Se creía que con todo esto ganaba abundantemente su

vida.

Pronto Honorina convidó a Mercedes a entrar en su escritorio, donde la invitaba a tomar café.

La casa de Honorina cogía el piso bajo entero y era grande y confusa, llena de estanterías en los cuartos y en los corredores con géneros de todas clases. El comedor era muy íntimo, muy agradable, tenía una ventana grande a un patio como de casa de aldea, un aparador de nogal antiguo con una vajilla de Sèvres, con centro de mesa de plata y unos muebles viejos, cómodos y oscuros. En invierno la planta baja estaba completamente a oscuras y había que encender la luz para buscar algo. Honorina recordaba muy bien dónde se encontraba lo guardado por ella.

La señorita Honorina tenía una idea clara y fría de las cosas. Era una mujer pesimista, escéptica y misantrópica. Creía fuertemente en la maldad nativa del hombre. Decía que donde ella se encontraba más a gusto era en su casa del pueblo, sola, con sus dos gatos.

No conocía bien el París moderno; desde hacía mucho tiempo no le interesaba lo más mínimo a pesar de haber nacido en la capital.

La tendera tenía una ahijada bonita, pálida, con un aire ligero y un poco insustancial: Visitación. Esta oía las frases misantrópicas de su tía, así llamaba a Honorina, como quien oye llover. Llevaba las cuentas en los libros. A veces se quedaba en la tienda sola porque su tía estaba enferma, y como la clasificación del género era un poco confusa entraba por un pasillo a preguntar a la dueña que descansaba en la cama, en su cuarto: «Tía, ¿cuánto vale esto?».

Honorina hablaba con una claridad violenta, no velaba sus palabras. Pensaba mucho en la carestía de la vida y en los impuestos:

—Esta subida del precio de todo no para —decía—. Vamos a ir a la ruina.

—Si es igual —decía Visitación—, sube la comida y suben los jornales y los sueldos.

Visitación no encontraba más que motivos de optimismo. Cuando el periódico de la noche venía lleno de relaciones de crímenes, decía:

—Hoy este periódico vale diez francos por la diversión que trae.

—La calle de París promete mucho y parece que da algo, pero en realidad da poco o no da nada, prefiero con mucho el campo —decía Honorina.

Visitación contestaba:

—Yo adoro París. El campo me parece aburridísimo.

A uno de los que odiaba más violentamente Honorina era a un rival, el señor Brunot, dueño de otro bazar por el estilo, a poca distancia del suyo. Aquel hombre, según ella, era un hipócrita, un falso. Había tenido el atrevimiento de poner a su tienda el título petulante de: *A la Marquesa de Pompadour*. ¿Qué pensaba este hombre? ¿Qué relación podía haber entre gentes tan vulgares como los Brunot y la célebre marquesa protectora de las artes? Como decía a veces Honorina, el cinismo de la época llegaba a extremos insospechables.

El señor Brunot parecía un sacristán o un demandadero de monjas. Tenía una cara larga y un aire plácido de filántropo. Llevaba unas antiparras de plata. Hacía unos saludos muy ceremoniosos. Honorina hablaba siempre de él con desprecio.

La rivalidad de Honorina y del señor Brunot llegaba a grandes extremos. Se odiaban los dos a muerte. Si se encontraban, el señor Brunot miraba a Honorina con una indiferencia y una mansedumbre que hacía hervir la sangre a la tendera. Por su voluntad, se hubieran aniquilado el uno al otro.

«Es un Tartufo —decía Honorina con desprecio—. No tiene dignidad y es capaz de cualquier bajeza.»

Honorina sentía cariño por su ahijada Visitación, pero no la estimaba. La consideraba insustancial y ligera, capaz de casarse con un estúpido y de vivir enamorada de él.

—¡Si fuera como usted, señorita! —le decía a Mercedes.

—¡Bah! Ya se despabilará —le replicaba esta—. No tenga usted cuidado.

—No creo.

A Camila, la profesora que enseñaba español en un Liceo, le asombraba lo rápidamente que Mercedes aprendía el francés.

—¡Cómo habla! ¡Qué bien! —decía Camila—. Yo que llevo aprendiendo el español veinte años y todavía no lo sé.

—Ella dice —le contestaba Laura— que eso de aprender idiomas es cosa de monos.

Una de las aficiones de Camila era ir por la mañana los domingos a la feria de la puerta de Clignancourt, donde solía comprar algunos muebles y objetos antiguos. Laura fue varias veces con ella. Este Rastro parisiense era muy interesante y pintoresco. Camila sabía muy bien lo que compraba, y adquiría curiosidades que encontraba en esa feria conocida vulgarmente con el nombre de Mercado de las Pulgas.

Mercedes revelaba unas condiciones de adaptación extraordinarias, conocía a gentes de la vecindad, de las casas y de las tiendas. A los dos meses de vivir allí ya había recibido varias cartas de amor y hasta peticiones de mano, de las que ella se reía.

—La verdad, no sé por qué no me gustan los franceses —decía Mercedes a Laura—, me parecen muy interesados.

—Pues también lo somos nosotras ahora.

—Pero nosotras estamos en una situación anormal. Si tuviéramos un poco de dinero no lo seríamos.

—¿Y las francesas, también crees que son interesadas?

—Las francesas están muy bien siempre. Son inteligentes, guapas, bien vestidas, muy bien...

—¿Y para ti todos los franceses son avaros?

—Muchos, sí.

—Pues me parece que estás predestinada a casarte con algún francés.

—Ya veremos. ¿Y tú no tienes galanteadores? —preguntó Mercedes.

—Ya que me haces esa pregunta te voy a contar en secreto una cosa.

—¿Y es?

—Que Carlos, el sobrino de Camila, se ha destapado escribiéndome cartas absurdas. Luego me parece que mira por el ojo de la cerradura de mi cuarto... En fin, que no me hace gracia.

—¡Pero si es un simple!

—Puede ser; a mí me parece un chico un poco raro. Se levanta de noche y anda por el cuarto recitando versos...

—Tienes una coquetería infernal —dijo riendo Mercedes.

—¿Crees tú?

—Cuando has sacado de sus casillas a ese tontaina... Bueno, que también al jardinero de Etchebiague lo tenías loco con tu aire inocente y modestito. Eres una mujer fatal.

—Sí, fatalísima. Lo malo es que Carlitos nos va a fastidiar... Yo creo que está un poco loco. Nos va a producir un conflicto con Camila y no vamos a poder estar aquí porque entre su sobrino y nosotras no vacilará.

—Nada. Ya lo arreglaremos. ¿No crees tú que sería conveniente que yo le dijese a Camila como si lo hubiera observado...?

—Pruébalo.

—Le diré que en una cosa que no tiene sentido, lo mejor es cortarla cuanto antes.

—Bueno, díselo. Ya veremos qué hacemos.

Mercedes, con grandes precauciones se lo dijo a Camila. Esta le habló a Laura

para enterarse mejor.

—¿Tiene usted las cartas de Carlos? —le preguntó.

—Sí, las he guardado por si me las pide para devolvérselas.

—¿Quiere usted dármelas?

—Sí.

Camila las leyó y dijo:

—A mí me da miedo este chico; no sé qué hacer con él. No tiene idea sana.

Por lo pronto, como en el curso Carlos tenía muy malas notas, Camila decidió ponerlo interno en un Liceo de Angulema.

El chico se marchó indiferente; escribió dos cartas más a Laura y luego sin duda se olvidó.

Se volvió en la casa a la vida normal.

Camila estaba muy sorprendida de la actitud enérgica de las dos muchachas españolas con relación a la vida. No pretendían ir al teatro, o al cinematógrafo o alguna fiesta. Nada.

Parecía que se decían convencidas: «Es la época mala. No hay que pensar en diversiones.»

Camila pensaba que las españolas en general eran alegres, inconscientes, y a las de casa las encontraba serias, hurañas, sin pensar más que en buscar trabajo. Sobre todo Laura, asustada de la vida de la gran ciudad, desconfiaba de cuanto veía.

Una noche, con Camila y Mercedes, fue a un café de Montparnasse, donde había mucha gente y mujeres de vida galante. El mozo reñía con una de ellas de una manera grosera porque ocupaba un asiento en la terraza esperando a alguien y no tomaba nada, ni hacía gasto. A lo que decía el mozo, contestaba ella con una burla sarcástica y violenta.

Era un indicio de la supuesta galantería de la vida ligera y amable.

«Yo no quiero volver más a sitios así —se dijo Laura—. El vicio podrá ser algo feo, pero unido a la frialdad y a la dureza me parece repugnante.»

Por influencia de Camila Trousseau se consiguió que Laura fuera a casa de un profesor de la Facultad de Letras. Este se ocupaba de literatura, de historia de los países latinos y de fonética. El profesor tenía un hijo y una hija todavía pequeños. Quiso que Laura les diera lección de español, les sacara de paseo, comiera y durmiera en casa.

A Laura no le agradó por completo la proposición de aquel señor, porque le quitaba libertad. Ella pretendía sobre todo disponer de las mañanas para seguir sus estudios y ver si salía algún trabajo médico. Después de una larga conversación con aquel señor y con Camila quedaron de acuerdo en que ella iría todos los días para la una a comer, daría la clase a los niños, de español, y después vería periódicos y revistas en francés, inglés y alemán; marcaría ciertos artículos que había que copiar,

consultaría con el catedrático y a las seis se marcharía con ellos a casa y los copiaría en papeletas por orden de materias o los recortaría haciendo fichas. Por esto le daría mil francos al mes.

La casa del profesor estaba en el bulevar Montparnasse, cerca de una estación del Metro. Era vieja y oscura. Tenía un portal profundo que terminaba en un patio con varias escaleras. Tomando una de ellas con los escalones desgastados se llegaba al piso. Después de un vestíbulo repleto de muebles se pasaba a un cuarto grande lleno de libros, de cuadros, de montones de revistas y de periódicos. Cerca del balcón había una máquina de escribir sobre una mesa. El cuarto comunicaba con un comedor al cual los libros habían invadido completamente, no dejando sitio para un alfiler. Allí trabajaba el profesor y comenzó a trabajar Laura. Su tarea era a veces agradable, las lecciones con los chicos, nunca. Siempre le parecían fastidiosas y pesadas.

La mujer del profesor se lamentaba de la invasión de los libros y papeles de su marido que no dejaba lugar para nada y que iba dominando veladores, sillas, sillones, el armario y la chimenea. La casa no tenía calefacción central y se encendía una estufa en el despacho y otra en el comedor.

El profesor era un hombre seco, flaco, un tanto agrio y pesimista; con una idea bastante mala de todos sus compañeros. Era escritor de talento, reaccionario por motivos sociales. Sentía amor por la pompa y la solemnidad y pensaba en Versalles y en la corte de Luis XIV con entusiasmo.

Probablemente, si hubiera vivido en esa época, hubiera sido de la gente que protestase del tiempo y lo considerara detestable. Era de esos franceses que piden disciplinas muy estrechas... para los demás. Él era católico, pero no iba a la iglesia nunca; muy partidario de la autoridad en política y en religión, pero se consideraba con derecho a manifestarse enemigo del jefe de su país y hasta del papa.

Estas gentes quieren hacer ellos lo que les dé la gana, y los demás, que estén sometidos. Es lo más cómodo del mundo.

El hombre tenía una preocupación exagerada por la posible guerra, que la veía como un cataclismo feroz de ruinas y de muerte que acabaría con los pueblos, las iglesias, las obras de arte, los museos y todo.

—¿Usted no tiene ese terror? —le preguntó a Laura.

—Nosotros los españoles estamos dentro de él —le contestó Laura.

El profesor había hecho obras de mérito. No reconocían la importancia de sus trabajos los colegas y estaba disgustado. Era un solitario que veía el aislamiento ya como irremediable porque hasta en la familia creía sentir una sorda hostilidad contra él.

En su casa, el chico y la chica, adictos a la madre, se mostraban en contra de su padre, lo que a este le entristecía.

A pesar de sus esfuerzos, muchas veces tenía un aire inquieto e intranquilo, disfrazado con una indiferencia fingida. La voz le sonaba entonces a hueco y a falso como si le apretaran la garganta y no se atrevía a mirar cara a cara a los ojos de la

persona que tenía delante. Otras veces, en cambio, se olvidaba de sí mismo y hablaba con claridad y con alegría.

Este profesor —pensó Laura— era algo como ella, un hombre tímido y reconcentrado, que vivía en su cueva, en el subterráneo, mirando desde la reja lo que pasaba en el mundo. Ella comprendió que era digno de piedad, pero se dijo: «No, no. Nada de pensar en otros. Tengo que emplear toda mi preocupación y mi lástima en mí misma, porque si no estoy perdida».

Al cabo de pocos días de ir a la casa, el profesor comenzó a hacer preguntas a Laura sobre su vida y después a galantearla, así como a tantear la fuerza de sus ideas morales. Laura se manifestó medio en broma intransigente en esta cuestión y dijo una vez que ella creía que no tenía ni pasiones ni fuerza para ser inmoral.

El profesor le indicó que alguna vez la llevaría al teatro. Ella contestó:

—Yo estoy tan acostumbrada a no ir a ningún espectáculo que prefiero esta costumbre a otra, pues, si no, me molestaría el no poder ir algunas veces por no tener dinero.

—¿No ha estado usted nunca en la Comedia Francesa? —le preguntó.

—No.

—¿No piensa usted ir?

—No. Primero hay que tener lo elemental de la vida.

—¿No tiene usted entusiasmo artístico?

—Ninguno.

—¿No va usted a los museos?

—No.

—¿Al cine tampoco va usted?

—No, nunca.

—¿Ni a pasear al Bosque de Bolonia o a los Campos Elíseos?

—Tampoco.

—¿Es usted una mujer ascética?

—No. Una mujer sin medios.

—¿Y no lee usted literatura?

—Ahora no; pero de estudiante sí, leía algo.

—¿Y qué leía usted?

—¡Qué sé yo! Libros, novelas, lo que corría: Dickens, Tolstoi, Dostoievski, folletines...

—¿Pero leen ustedes en España poco francés?

—Yo he leído algo de todo, pero sin método.

—¿No se conoce la literatura francesa?

—Supongo que sí, pero siempre cada país leerá la suya, me figuro yo. Aquí tampoco creo que se conozca la literatura española...

—¿Cómo que no? Se conoce muy bien Cervantes, Lope de Vega, Calderón...

—Pero desde entonces acá, ha habido también autores que han escrito y esos



seguramente en Francia no se conocen.

El profesor creía que España era un país que se había parado en el siglo XVII y que después no había hecho nada. Era una idea muy de francés.

—¿Es usted monárquica? —le preguntó otra vez.

—En política no soy nada. No me he ocupado nunca de eso.

El profesor se mostró al poco tiempo desanimado.

A Laura le gustaba ir por las mañanas a la clínica del Hospital Baudeloque, donde conocía algunos estudiantes. Se presentó también en una Escuela de Puericultura del bulevar Brune, pero no había nada que hacer.

Las lecciones en casa del profesor no eran muy agradables. Los chicos estaban atrasados. La madre de ellos le reprochaba a Laura su aire distraído. Lo que pensaba sin duda era que no sentía entusiasmo por sus vástagos, que eran antipáticos y de mal humor y se mostraban caprichosos y bárbaros.

Durante la comida, la mujer del profesor trataba siempre a Laura con despego e ironía. Mostraba cierto vago sentimiento de celos inmotivados, quizá porque se sentía hostil a las inclinaciones literarias. La hostilidad que revelaba por la institutriz, más que por Laura en sí, era por el tipo intelectual que considera lo más importante en la vida el leer, el comprender y demás. Ella aseguraba que el hombre que admiraba era el que sabía vivir y ganar dinero.

Muchas veces los chicos decían que no querían dar la lección y la madre se ponía de su parte.

El profesor se lamentaba de la educación deficiente de sus hijos. Después de dar la lección por la tarde, Laura reunía varias revistas y periódicos y los leía y marcaba con lápiz artículos y párrafos. El profesor revisaba lo anotado. Luego le decía: «Ya puede usted ir a su casa».

Cuando Laura volvía a la Puerta de Versalles al anoecer, si llovía, en el Metro, y si hacía bueno, por la calle de Vaugirard, le entraba una gran tristeza y recordaba la calle de Ferraz de Madrid, la vida con su madre y su piso cuarto desde donde veía las arboledas de la Casa de Campo.

¡El Metropolitano era tan aburrido! Siempre el señor que iba descifrando un jeroglífico de palabras cruzadas de la cuarta plana de un periódico, y la gente indiferente y triste.

A veces algún hortera decidido y conquistador se le ponía a hablar, pero ella decía que no entendía y cambiaba de sitio.

Cuando llegaba a la Puerta de Versalles con sus edificios de las exposiciones, sus casas modernas tan feas y aquellas nueve chimeneas imponentes que echaban humo en el ambiente gris, le entraba una profunda tristeza y suspiraba.

Por la mañana tampoco era nada alegre la salida de casa. En estos días de invierno la niebla fría y gris inundaba la calle. Las chimeneas vomitaban su humo

negro. Pasaban carros de traperos, llenos de sacos, y los camiones de la limpieza con cierto aspecto de máquinas de guerra. La gente, con aire encogido, corría a coger el Metro, y todo, personas y cosas tenían aire de sombras.

La vida y el movimiento de París, a Laura le daban miedo. El verse sin protección en este ir y venir de la multitud le espantaba. Muchas veces pensaba si sería mejor para ella ir a refugiarse a Etchebiague y meterse en aquel rincón. Pero, ¿qué iba a hacer allí siempre? Era enmohecerse en la soledad. Además no tendría medios de vivir. El pueblo grande, su barullo, su sensualidad, le producían pánico. ¿Encontraría alguna vez el hombre para acogerse a su protección? Pensaba que sería difícil.

Mercedes se adaptaba, hablaba con unos y con otros y se ocupaba de los crímenes que contaban los periódicos.

Laura no quería leer estos crímenes terribles, le daban terror. Si llenaba la imaginación con aquellas historias, de noche se asustaba y pensaba en hombres escondidos y tenía que cerrar con llave la puerta del cuarto.

Cuando veía durante el invierno por los bulevares exteriores a los chicos de las escuelas en fila con sus bufandas y sus abrigos y sus carteras, le entraba una gran compasión por ellos. ¡Qué infancia más pobre la de estos niños de las grandes ciudades!

Esta sensibilidad, esta hiperestesia para el dolor de los demás y para el suyo, le achicaba el espíritu.

Laura copiaba o cortaba en su cuarto los artículos y notas señalados antes por ella y revisados después por el profesor y los iba pegando en papeles. A veces, Camila Trousseau le señalaba otros textos útiles que recoger.

A la hora de cenar, entre las tres mujeres arreglaban la mesa, ponían el mantel y los cubiertos y cenaban lo preparado por Mercedes, que se excedía. Después Camila y Laura fregaban los platos y los secaban.

—La verdad es que estamos resolviendo nuestra vida con cierta facilidad —le decía Laura a Mercedes.

—Sí, es cierto.

—¿A ti no te asombra?

—A mí, no.

—Pues a mí me choca muchísimo. Yo veía en perspectiva cosas muy negras.

Como Camila le había indicado a Mercedes, que naturalmente no tenía que pagar nada, se lo dijo también a Laura, que no hacía más que cenar con ellos, y esta, dos o tres veces a la semana, compraba un postre que tenía gran éxito casi siempre.

Camila le consultaba a Laura sobre algunas cuestiones prácticas de español. Era, la profesora, muy entusiasta de España. Sus alumnas iban tomando algunas costumbres españolas. Firmaban con el nombre y con los dos apellidos, paterno y materno. Había, según decía, algunas judías y estas se destacaban por su viveza, por

su ingenio y también por cierta adulación y servilismo con la profesora.

Mercedes estaba tranquila y animosa, sus proyectos giraban alrededor de su hijo. Laura se hallaba más inquieta. No sabía qué hacer. La casa de Madrid probablemente destruida, el final de su hermano que no conocía, la carrera sin terminar, todo esto le preocupaba. Era inútil, porque de esta preocupación no podía obtener absolutamente ningún provecho, pero pensando en ello se desazonaba y muchas veces le entraba la melancolía y no podía dormir y al llegar un día de fiesta se quedaba en la cama.

Mercedes se sentía un poco maternal con Laura.

—Tú debes obedecerme —la decía a veces con fingida severidad.

—¿Por qué?

—Porque soy madre de familia.

Laura se echaba a reír. Mercedes la cuidaba y la trataba con una ironía cariñosa.

—¡Pobre hija mía! —le decía en broma—. Es mi hija. Es como un corderito. No tiene fuerza para vivir esta vida asquerosa y dura y hay que cuidarla.

—¡Ríete de mí!

—¡Yo, qué me voy a reír de ti! Si soy tu madre y te quiero más que doña Paz, que es una vieja un poco tonta que no te comprende. A ella no le parecen bien más que las personas que van y vienen y saben de cuentas, pero como tú no sabes nada de esas cosas, te desprecia.

Un día le dijo:

—A mí no me sorprendería nada llegar a quererte a ti con amor.

—No me digas barbaridades, porque me asustas —le replicó Laura.

—¡Qué quieres! —replicó Mercedes riendo—. Tienes un aire de corderito dulce y suave y parece que acariciarte a ti debe ser como acariciar a un niño pequeño —y la besó en la mejilla. Luego añadió en broma—: No te he besado en la boca para que no te alarmes.

Una muchacha con la que intimaron Laura y Mercedes fue una compañera joven de Camila. Había llegado de una capital de provincia y empezaba a dar clases en el mismo Liceo.

La profesora Gabriela era muy amable, muy ingenua, con un fondo de bondad y de gracia. Después de largos estudios tenía a veces la sospecha de que había perdido el tiempo y de que por el camino que llevaba no iba más que a una vida pobre y mediocre.

Gabriela era del Mediodía y había vivido en un pueblo pequeño; sentía un gran entusiasmo por el campo, por el sol y el aire. En la adolescencia la convencieron los profesores de que debía estudiar y comenzó el bachillerato y luego la carrera y llegó a hacer oposiciones y las ganó. Ya terminadas, y con un cargo oficial, pensaba que hubiese sido mejor para ella no estudiar nada y dejarse vivir en el campo sin preocupaciones ni disgustos y casarse con un aldeano y ser madre de familia.

El ambiente de París, la oscuridad, la humedad, le molestaban mucho. Se sentía como un pájaro enjaulado y recordaba con nostalgia su aldea y el paisaje soleado.

—Cuando venga el verano irá usted allá —le dijo Laura.

—Sí, iré, pero me parece que he perdido la vida.

Esta muchacha tenía unas ideas y una timidez infantil. Creía que todo el mundo sabía más que ella.

Vivía con su madre en un entresuelo de la calle de Varenne con un balcón a un patio con árboles en medio de un gran silencio. La madre trabajaba y la hija volvía de sus clases a veces rendida.

En aquella casa reinaba un ambiente tranquilo y conventual. No llegaban los gritos y estridencias de la calle. Gabriela tenía sus dificultades. Contó a Laura en broma sus primeros ensayos de profesora de Liceo. Estuvo durante algún tiempo en París sin cargo fijo, y luego la enviaron a una capital de provincia.

—En el Gran Hotel del pueblo —dijo Gabriela— no había cuarto de baño. El primer día que quise tomar un baño, al pronto vi que producía sorpresa. ¿Es que pasa algo?, pregunté.

—No, no. Es que no hay baño en el hotel —me respondieron.

—Yo creí que esas cosas estarían muy bien aquí en Francia —dijo Laura.

—No. Se conoce que en los pueblos cuanto más tradicionales y más artísticos son, hay menos confort.

—¿Y ese era un pueblo tradicional?

—Sí. Luego mi madre y yo —siguió diciendo la profesora— alquilamos una casa en la ciudad. La dueña se las echaba de aristócrata y vivía sacrificándolo todo al buen tono. Tenía una criada y a veces esta le echaba en cara sus trampas y sus tacañerías.

Armaban entre las dos grandes escándalos. Esta señora había dividido su casa en habitaciones muy pequeñas para sacarle mayor rendimiento, pero no quería tener en ella más que personas religiosas.

—¿Pero es que no había más que gente religiosa en el pueblo?

—La mayoría lo era. Se hablaba de una maestra socialista que solía ir en las manifestaciones con una bandera roja, a quien todo el mundo consideraba como un energúmeno femenino. Después mi madre y yo creímos hacer un gran hallazgo. Vimos una villa de buen aspecto con un jardín con flores al lado de una carretera. Alquilamos un piso de la casa. Mi madre pretendió que la dueña nos diera las llaves de la habitación que ocupábamos porque aquella mujer entraba con frecuencia en nuestro cuarto sin avisar. «¿Y para qué quieren llaves? Esta es una casa segura y honesta», nos decía. Nos chocaba a las dos que de noche se oyera abrir y cerrar puertas y que hubiese gente que entraba y salía. Una mañana, temprano, al pasar por la carretera en una villa próxima, vi a una chica de mi colegio y le pregunté:

»—¿Usted vive aquí?

»—Sí.

»—Quisiera hablar con alguno de su familia.

»La chica me hizo pasar a la casa y me presentó a su padre. Yo le hablé y le expliqué dónde vivíamos y las sospechas que íbamos teniendo. El hombre, que era un tipo grueso y sanguíneo, nos dijo que la villa que habíamos alquilado tenía muy mala fama.

»—¿Y por qué no nos lo han advertido? —pregunté yo.

»—No tiene uno la obligación de desacreditar el pueblo —contestó él.

»Era el espíritu miserable, mezquino, de la ciudad pequeña.

»Entonces mi madre y yo fuimos a la policía, porque habíamos pagado un mes por anticipado, y el comisario hizo que se presentara la dueña de la villa y nos devolviera el dinero. Así anduvimos de un lado a otro.

La profesora decía que de chica había sido muy celosa de su madre y que cuando algún hombre se acercaba a hablarla creía que se iba a casar con ella y a llevársela, lo que le daba mucha rabia.

A Laura le sorprendía, y quizá no le debía de haber sorprendido, que gente de París y de un medio intelectual fuera tan sencilla y tan ingenua como podían serlo personas de una aldea o de una pequeña ciudad.

Esa idea de que la gran ciudad pervierte y complica y hace a la gente alambicada y pérfida, es una idea romántica que no tiene base ninguna. Todos los elementos que puedan producir la ambición, la codicia, la sensualidad o la doblez, aparecen en la ciudad pequeña y hasta en la aldea.

Quizá solamente la sensibilidad o por lo menos una clase de esta se da con más frecuencia en el tumulto ciudadano que en la paz campesina.

Un día se le presentaron a Laura, a la salida del hospital Baudeloque, dos señores ya viejos, españoles, un antiguo discípulo de su padre el profesor Monroy, en compañía de un militar retirado. El discípulo antiguo era ingeniero geógrafo, venía huyendo del lado rojo y tenía el proyecto de ir a Colombia. El militar resolvía la vida en París jugando al *bridge* y al ajedrez, en lo cual era una especialidad.

Como el ingeniero conocía a Laura, cuando supo que Mercedes vivía con ella, les convidó a las dos a comer en un restaurante español próximo a los grandes bulevares, en donde el militar tenía vara alta porque el amo era un discípulo suyo de *bridge*.

Se citaron al día siguiente, que era de fiesta, a la salida del Metro Montmartre.

—Nos darán una buena comida —dijo el militar—, porque el hombre me admira como jugador de *bridge*. —Luego añadió, dirigiéndose a Laura y a Mercedes—: Pidan ustedes algo que no sea corriente.

Mercedes optó por una perdiz y Laura por un lenguado.

El patrón se excedió.

—Aquí hemos convidado el otro día a una discípula mía muy guapa —dijo el geógrafo.

—Mejorando lo presente... —indicó burlonamente el militar.

—Y con perdón de la mesa —añadió Mercedes, con ironía.

—¿Y qué dijo la discípula? —preguntó Laura.

—Pues la discípula resultó que sabía tanto de cocina como el cocinero de la casa.

—Aquí mi amiga Mercedes es una maestra —dijo Laura.

—No, querida amiga, no tanto.

Charlaron de todo durante la comida. El geógrafo se mostraba ameno, original y observador.

Hacía observaciones científicas en las calles parisienses y en los cafés, como si hubiera estado en un país desconocido y lejano. El militar se mostraba muy burlón.

—Como yo soy de puerto de mar —dijo el geógrafo— me gusta ver a las mujeres comer pescado.

—¿Y por qué? —preguntó Laura.

—Toman un aire gatuno muy gracioso. Las que comen carne tienen más facha de hombres...

—¡Muchas gracias! —dijo Mercedes—. Supongo que eso de parecer hombres, para usted no es un elogio ni mucho menos, pero tiene usted razón. Laura come pescado como un gato.

—No sé cómo quieren ustedes que coma —replicó ella.

—Usted no haga caso. Oiga lo que se dice y siga.

El geógrafo continuó con sus observaciones.

El Metropolitano era para él una de las cosas más admirables de París. Era la realización de una utopía del tipo del comunismo libertario. Allí no había empleados que mandaran en el público, ni autoridad, ni nada. Cada cual hacía lo que le daba la gana, evidentemente, sin estorbar; en las estaciones, los que tenían que entrar esperaban sin precipitarse a que salieran los que tenían que salir; todo esto lo había convertido el público en costumbre porque era para él lo cómodo. El viajero, si quería, podía pasarse un día dando vueltas por todas las líneas del Metro, pero como no le servía para nada, no lo hacía nadie. Seguramente, si estuviera prohibido, alguno lo hubiera hecho, pero no estándolo, no.

—Yo tengo mi campo de observación en el Metro —siguió diciendo el geógrafo—. Se asegura que en el Metro, en París, no se suelen encontrar mujeres guapas y elegantes, lo que no es del todo cierto. Claro que en general no van las duquesas, ni las millonarias.

—¿Y qué observaciones importantes ha hecho usted en el Metro? —le preguntó Laura.

—Yo tengo la tesis de que en toda Europa hay como dos polos de la raza blanca; el uno el tipo atlántico occidental y el otro el tipo oriental chino o achinado. El occidental de cara larga, nariz larga, cabeza también larga, ojos muy rectos y a veces con tendencia a tener cierta inclinación para abajo en las comisuras exteriores, y el oriental de cara cuadrada con los pómulos pronunciados y los ojos oblicuos. Exagerando la nota, se podría decir que hay dos tipos: el moro y el chino.

—¿Y eso lo ha comprobado usted en el Metro?

—Sí. Por cierto que esta idea se considera como algo insultante, no sé por qué.

—¿En dónde?

—Aquí, en París, entre los amigos franceses, yo creo que debe de haber muchos núcleos genéticos desde el Atlántico al Pacífico; cuántos, no se sabe.

—¿Cómo? ¿Núcleos genéticos? ¿Qué quiere decir eso?

—Puntos donde ha brotado el hombre. Yo creo que los atlánticos medio europeos, medio africanos, han dado origen, transformándose, a los mediterráneos y a los nórdicos europeos por cruce o por influencia del medio. Respecto a los tipos achinados yo no afirmo que hayan venido del lado asiático, porque todo hace pensar que antes había razas primitivas en Europa de aire mongoloide.

—Nos presenta usted unas cuestiones de las cuales no tenemos idea —dijo en broma Mercedes.

—Pero que son importantes. En la raza blanca se da una degeneración que produce el tipo mongoloide; puede ser que sea una regresión, un salto atrás. En los genios se presenta esta con frecuencia; así Beethoven, Schopenhauer, Paul Verlaine, Balzac, Goya, y otros muchos tenían cierto aire de mongoles.

El geógrafo, como vio que no le atendían gran cosa ni Laura ni Mercedes, abandonó

sus explicaciones antropológicas, reconociendo que no interesaban.

El militar se lamentaba de la miseria de la vida. Todo iba subiendo automáticamente de precio, la casa, la comida, el autobús y el Metro... ¿Dónde acabaría esto? Había tenido que ir a legalizar su firma a un consulado americano para un contrato de un libro de juegos de cartas que quería publicar allá y le habían llevado por la legalización de la firma seiscientos francos.

El fisco se quedaba con todo. En una sociedad así, las ideas románticas, amistades, amores, heroísmo, eran mentira, repeticiones de fórmulas pasadas. El dinero, según él, no permitía estas fantasías.

Únicamente España estaba dando un ejemplo de romanticismo, pero pasado el momento se hundiría como todos los países en la vida prosaica y mercantil.

Contó algunas cosas muy románticas de la guerra española, entre mil bestialidades; un obispo había salvado a un revolucionario, teniéndolo en su palacio y llevándolo después a Portugal; dijo que muchos se habían salvado haciendo signos masónicos, entre ellos el signo del peligro, de *détresse*.

—¿Y cómo es? —preguntó Laura.

—No lo sé. He intentado aquí sonsacar eso a un masón y me ha dicho: Si sigue usted por ese camino y con esas preguntas, no puedo hablar con usted.

—¡Qué lástima! Saber eso sería lo más curioso —dijo Mercedes.

—A ustedes no les puede servir, aunque estuvieran en peligro, porque no hay mujeres masonas en España.

El militar, en la conversación, habló de Margot Mac Donald.

—¿Qué fue de ella? —preguntó Laura.

—La fusilaron en Madrid.

—¿Cómo? ¿La fusilaron?

—Sí. Dicen que hacía espionaje a favor de los blancos, con un aparato de telegrafía sin hilos que disimulaba con una máquina de escribir. Aseguran que pertenecía al Círculo Azul del falangismo...

—No hemos oído hablar nunca de eso —indicó Mercedes—, ni sabemos lo que es.

—Yo tampoco lo sé, pero supongo que será algún comité directivo. El caso es que la mataron.

—¡Qué mujer! ¡Qué destino!

—Estuvo muy valiente. Salió de la cárcel a tomar el auto, muy guapa, elegantísima, con los labios un poco pintados, sonriendo a un lado y a otro...

—¡Qué valor!

—Se dijo que uno de los milicianos quiso salvarla... y que ella dijo que no... que prefería que la mataran a vivir entre los rojos...

—¿Y cómo se metió en ese Círculo Azul? —preguntó Mercedes.

—No sé; parece que ha habido en el lado rojo y en el blanco unas sociedades de espionaje de mujeres en que se mezclaban señoras de la aristocracia, marquesas,



cómicas, bailarinas... Entre los rojos había una que llamaban la Sim.

—Yo no he oído nunca hablar de ella —dijo Laura.

—Parece que es una policía. SIM. Servicio de informaciones militares. Estilo ruso.

—Hasta nosotros no han llegado esas noticias —indicó Laura.

—Historias hay a montones. A otra muchacha amiga, de familia conservadora, la llevaron presa a una alcaldía para fusilarla, y un militar rojo, joven y de buen aspecto, al verla tan guapa le ofreció casarse con ella para salvarle la vida. Se casó, y al ir a ver a su padre que estaba escondido, le dijo lo que le ocurría. El padre le gritó: «No quiero verte más».

»La muchacha se fue con el militar y tuvo la mala suerte de que al marido lo mataron en el campo, y después, desamparada, tuvo que echarse al surco.

—Y del novio de Margot, ¿se supo algo? —preguntó Laura.

—Esa es otra historia. El novio de Margot, Juan Brabo, estaba muy enamorado de ella y cuando supo lo ocurrido y cómo le habían secuestrado y luego fusilado a su novia, sintió un deseo de venganza terrible. Se mezcló en el espionaje contra los rojos e iba a hablar a una emisora de radio clandestina de los Cuatro Caminos, donde le daban lo necesario para vivir. No tenía documento ninguno más que un carnet de falangista, de aspecto igual al de los milicianos, y cuando le pedían la documentación lo enseñaba y pasaba. Un día, al marchar por la Ciudad Lineal lo detuvieron y el miliciano, que sabía leer, leyó el carnet de arriba abajo.

»¿Así que tú eres Juan Brabo? ¡Hombre! Pues no sabes lo que nos alegramos. Te andábamos buscando. Hala. Vente con nosotros.»

»Entraron en un auto, Juanito, tipo pálido y sonriente e interiormente de una violencia extraordinaria, llevaba solo pensamientos de venganza. Se le ocurrió gritar como decían que habían hecho otros al pasar delante de un retén de los rojos y hacer que los fusilaran a él con los que iban en el auto. No cruzaron por sitios donde hubiera grupos de milicianos.

»Al bajar y pasar cerca de un merendero, Juanito dijo:

»—¿Qué? ¿No vamos a beber algo? Yo aquí tengo cinco duros que me han dado por decir unas cuantas verdades a los rojos. Si queréis los bebemos.

»—Bueno. Vamos.

»Entraron en el merendero. Bebieron y alguien pidió unas cartas. Juanito lució sus gracias madrileñas un poco chulescas.

»—Este es un tío valiente —dijo el jefe de los milicianos—. ¿Para qué lo vamos a matar?

»—Pues entonces, ¿qué hacemos con él? —preguntó otro.

»—Dejarlo escapar.

»Lo dejaron en la estación de Vallecas y Juanito se fue.

—¿Y usted estuvo mucho tiempo en Madrid? —preguntó Laura al militar.

—Sí.

—¿Y no le pasó nada?

—Nada mayor. Una noche sí, me registraron la casa los de la Brigada del Amanecer; el propio García Atadell.

—¿Ese que prendieron en Canarias? —preguntó el ingeniero.

—El mismo.

—¿Y que luego agarrotaron en Sevilla?

—Ese.

—¿Y qué tipo era?

—Era un hombre todavía joven, moreno, de lentes; más que obrero parecía un señorito. Se presentó, habló de un modo fino. Dijo que él dependía de la Dirección de Seguridad y que habían denunciado mi casa. —Bueno; pasen ustedes, les indiqué yo. Entraron los *chacales*, como les llamaban. Por cierto que entre ellos iba una mujer. Les dirigía un lugarteniente que creo que se llamaba Penabad, que había andado por América. Hicieron un registro y uno de los milicianos vino con un tomo de los *Episodios Nacionales*, de Galdós, que había encontrado en mi armario. «¿Cómo tiene usted este libro con bandera monárquica?», me preguntó. «Vea, le dije, la fecha de impresión». No se quiso convencer y llamó a Atadell, que de mal humor gritó: «¡Deja eso ahí, idiota! Vámonos». Y se fueron. Si hubiera sabido que era Atadell el visitante, me hubiera echado a temblar.

—¿Era hombre terrible?

—Terrible. Había echado al otro mundo con su cuadrilla cuatrocientas o quinientas personas para robarlas.

—¡Qué bárbaro! ¿Y cómo terminó? —preguntó Laura.

—¿No han oído ustedes? Se escapó, me parece que de Valencia, con unas maletas llenas de oro y joyas a Marsella, y de aquí salió en un barco inglés que iba a América y no debía tocar en ningún puerto español. Sin embargo, el barco paró en Canarias no se sabe por qué. La policía reconoció el barco, lo detuvo y unos meses después lo llevaron a Sevilla, donde lo agarrotaron.

—¿Y era de esos de la FAI?

—No. Era socialista. Últimamente estaba de tipógrafo en el periódico del partido y antes en el *ABC*. Había sido un católico, un místico, y lo seguía siendo.

—Se ve que hay gentes como fieras —indicó Laura.

—El caso de López Ochoa fue también duro —siguió diciendo el señor—. Parece que este general estaba en el hospital militar de Carabanchel. Cuando comunistas y socialistas lo supieron, fueron agrupándose alrededor del hospital con intenciones aviesas. Entonces se dijo que el director del hospital le indicó a Ochoa: «No veo más manera de salvarlo que decir que usted ha muerto». Después se le lleva dentro de un ataúd al depósito de cadáveres y por la noche se entierra el ataúd vacío y usted se escapa. López Ochoa aceptó; se echó a correr la noticia de su muerte, lo condujeron al depósito de cadáveres dentro de la caja y, cansado de esperar, se incorporó: Alguien le vio, lo descubrieron, lo llevaron hacia Madrid y en el puente de Toledo le

mataron y le cortaron la cabeza, que pasearon por las calles.

—¡Qué bestialidad! ¿Y mataron mucha gente? —preguntó Laura.

—Mucha. Yo tuve que ir al depósito porque una señora amiga me pidió que averiguara el paradero de un hijo que había desaparecido y vi un gran álbum que había allí con fotografías de muertos.

—¿Y para qué hacían eso? —preguntó Mercedes.

—Sin duda para identificar los cadáveres. En el depósito había un álbum de los muertos en Madrid, y en la Diputación otro de los encontrados en las carreteras y en los campos de la provincia.

—¿Y cuántos habría?

—Miles. La impresión que daban era extraña. Se veían caras demoniacas con un aire de desesperación terrible.

—¡Qué horror!

—Entre los escritores —siguió diciendo el militar— ha habido rasgos de una crueldad canallesca, cómica y al mismo tiempo espantosa. El de un licenciado de filosofía y letras que en el periódico *Claridad* escribía artículos contra algunos colegas presos e impulsaba a los milicianos a que los fusilaran e iba a ver si los sacaban de la cárcel, lívido de odio y de envidia. Había otro que hacía lo mismo en el periódico *La Voz* y denunciaba a periodistas, a cómicos, a gentes sin ninguna importancia, acusándoles de fascistas y pidiendo su eliminación física. También es extraordinario el caso de un poeta bohemio que consiguió ser el jefe de una partida y tener prisionero a otro poeta a quien llevó varias veces a una pared y le decía: —No te fusilo por antirrevolucionario, sino por mal poeta—. Y tuvo dos veces al rival amenazado de muerte e hizo que le dispararan sin bala hasta que el pobre diablo, por la emoción, se volvió medio loco.

—¡Qué barbaridades! —exclamó Laura—. ¿Es que seremos nosotros los españoles peores que la demás gente del mundo?

—Creo que si nos rascan a todos, a los de aquí y a los de allá, y nos quitan la corteza, apareceremos igualmente bárbaros. Claro que muchas cosas no se sabe hasta qué punto son ciertas. Aquí le dicen a uno: «A Fulano le han fusilado», y a los pocos días le cuentan que está en San Juan de Luz o en Perpiñán. No se sabe nada.

Después de comer, el ingeniero dijo a las muchachas:

—Les acompañaré a ustedes, porque yo vivo cerca de su calle.

—Yo también voy hacia allí —repuso el militar—, tengo en un café de Montparnasse una partida de mus y los franceses nos miran con bastante asombro, primero porque es un juego en que apenas se habla, y luego porque se usan fichas para apuntar los tantos; así que les da a los espectadores una impresión de misterio.

—¿Y qué son los jugadores? ¿Españoles?

—Ah, claro. Entre ellos hay un aragonés que dice que trabaja de faquir, un gitano que es escultor, un cura madrileño y gente por el estilo.

Tomaron los cuatro el Metropolitano, y el militar se quedó en la estación de

Montparnasse.

—¿Qué tal es el barrio de ustedes? —preguntó el geógrafo.

—Es un barrio pobre y mísero, no tiene nada que celebrar —contestó Laura.

—En París, a pesar de su belleza, hay mucha cosa negra aún. ¿No han andado ustedes por la calle Mouffetard y los alrededores?

—No.

—Pues hay mucho rincón oscuro y laberíntico por ahí. Yo vine por primera vez hace años a pasar una temporada a una casa de la rue Saint Jacques y andaba por esos barrios entre el Val de Grace y el Jardín de Plantas. Me queda una vaga idea de que todo eso era un poco siniestro y he andado ahora por esas calles y verdaderamente es sombrío, tétrico. ¡Qué calles! Esa calle Broca que la están derribando, ¡qué pasadizos tiene!, ¡qué oscuridad!, ¡qué negrura! El París de Balzac de hace cien años debía de ser algo terrible.

Luego el geógrafo preguntó a Laura si necesitaba alguna cosa; si podía hacer algo por ella.

—Nosotras vamos arreglándonos —dijo Laura—. Mi amiga es la que no ha encontrado nada todavía.

—¿Y qué quiere usted encontrar?

—Yo me contentaría con ser vendedora en un almacén —dijo Mercedes.

—Pues yo conozco a una muchacha que está en relaciones con un médico judío y que es enfermera de los empleados de un gran bazar. Gana muy bien su vida. Yo la acompañaré a usted a verla, porque tiene mucha influencia. Deme usted sus señas y yo la escribiré.

Efectivamente, el ingeniero geógrafo llevó a Mercedes al despacho de aquella señorita y la colocaron en seguida en un gran almacén. Tuvo que abandonar la cocina y Camila tomó una asistente, y desde entonces empezó a comerse mal en casa de la profesora.

Mercedes se reservaba para los días de fiesta, en los cuales se dedicaba a hacer platos complicados y sabrosos.

Mercedes llevó a Laura a que conociera a Honorina, la dueña del pequeño bazar de la calle donde vivían y con quien tenía buenas amistades. A Laura le pareció una mujer de aspecto un tanto siniestro. Era pequeña, de ojos azules, como de cristal, con un perfil agudo, la piel marchita y amarillenta; llevaba peluca de color de estopa. Miraba al que no conocía, pocas veces de frente.

Aquella mujer había padecido sin duda una enfermedad terrible de aire de maldición bíblica.

Laura no hubiera sabido diagnosticarla. Había quedado envejecida y sin pelo. Al mismo tiempo parecía como desecada por una pasión intensa. ¿Cuál sería esta pasión? ¿Amor? ¿Envidia? Manifestaba evidentemente odio por las mujeres. Durante mucho tiempo, por lo que dijeron, vivió sola, no iba nadie a su casa; después aceptó a la sobrina, que era amable y simpática con todo el mundo.

Mercedes admiraba a Honorina por su energía en trabajar y por vivir sin el menor entusiasmo ni ilusión.

Esta mujer de tipo tan duro tomó cariño por Mercedes, de quien hablaba con una sonrisa de amistad.

A la casa solía ir de asistenta una mujer cuadrada, rubia, rechoncha, sonriente, que debió ser muy guapa en su juventud. Tenía un tatuaje en el brazo derecho. Se llamaba Colette. Iba también a casa de Camila, los sábados por la mañana, a hacer la limpieza. Laura charlaba con ella.

—¿Por qué se puso usted eso? —le preguntó una vez, señalándole el tatuaje.

—Pues verá usted —le contestó ella—. Cuando era muy jovencita tenía un novio en el pueblo, que era compañero de juegos de la infancia. Este cayó enfermo, tísico. Era un muchacho caprichoso y de ideas raras. Un día me llamó al hospital y me dijo que se había pintado de una manera indeleble en el pecho mi nombre y que si yo quería me pondría el suyo en el brazo. Así seríamos el uno para el otro hasta después de la muerte. Yo le dije que me parecía bien y me puso su nombre, picándome con un alfiler, en el brazo. Por cierto que me dolió.

—¡Qué absurdo!

—¿Le parece a usted?

—Claro. ¿Y qué pretendía con eso?

—Pretendía que yo me considerara como de su propiedad.

—Como si fuera usted una vaca.

—Él también se tenía como mío. Son las fantasías de los enamorados.

—¿Y luego murió su novio?

—Sí.

—¿De dónde es usted?

—Soy del Norte, de un pueblo muy bonito.

—¿De una aldea?

—Sí, de una aldea muy pequeña.

—¿Y se vive a la antigua?

—Sí, mucho.

—¿Se cree en hechizos y en cosas así?

—Sí. Cuando yo era niña había una vieja muy vieja y se la veía sentada a la puerta de su casa mirando a la luna o a las estrellas. Era una mujer que decían que hacía mal de ojo. Un día, unas cuantas chicas pasamos a la cocina de su casa porque ella nos invitó. Tenía una chimenea alta, y arriba de la chimenea, entre las llamas, nos enseñó a unos diablos vivos que saltaban.

—¿Pero cómo diablos vivos? —le preguntó Laura.

—Sí, unos diablos.

—¿Pero usted cree que hay diablos?

—¡Ah! Yo no sé, pero eso decían.

—¿Y brujas habrá también?

—También.

En su aldea, por lo menos, había unas viejas de esas que, según se contaba, curaban con hierbas y decían el porvenir consultando con una gallina negra, o mirando el vuelo de los pájaros, o dejando en un platillo los posos del café.

Laura le preguntó si conocía la vida interior de Honorina y si era verdad que había tenido un desengaño amoroso.

—Sí, he oído decir que ha tenido una historia de amor —contestó Colette—, que en su juventud ha sido muy guapa, que un hombre la engañó con una amiga suya y que después tuvo una enfermedad. Algunos dicen que esto podía ser consecuencia del desengaño amoroso. No sé. Es lo cierto que ha sido una cosa terrible, que le ha dejado la piel llena de manchas y la cabeza sin pelo.

—Pero eso yo no creo que pueda ser de un desengaño.

—Yo tampoco. Esos desengaños obran en el estómago. Yo ya tuve uno, pero me dio más ganas de comer que otra cosa.

Laura celebró el antiguo desengaño amoroso de Colette, que en vez de quitarle el apetito se lo aumentó.

—Pues fue así. Sin duda yo no soy sentimental.

—¿Y Honorina cree usted que lo es?

—Así me parece. Al principio Honorina mostraba siempre gran odio por los hombres y por las mujeres, pero ya se le va pasando y cuando trajo a vivir con ella a su sobrina, cambió y se humanizó mucho.

—¿Se entiende usted bien con su patrona? —le preguntó Laura.

—Sí, porque me necesita —contestó ella.

—¿Tiene mal carácter?

—Sí, pero todo se le va en palabras amargas.

—¿Y es rica?

—Parece que mucho.

—¿Y no tiene miedo de vivir casi siempre sola?

—No. Es muy valiente. Tiene una pistola guardada en el cajón de la mesa. Una vez, de noche, oyó ruidos en la tienda y se presentó con la pistola en la mano. Había un hombre con careta y todo, y al ver que le amenazaban salió corriendo como un gamo.

—No me choca. Honorina con una pistola debe parecer algo terrible.

—Un fantasma.

—¿No tiene familia aquí o fuera de aquí?

—Sí, la señorita Visitación.

—¿Qué es? ¿Sobrina?

—Eso dicen.

—¿Cómo eso dicen? ¿Es que usted no lo cree?

—Las malas lenguas dicen que es hija suya.

—¿De verdad?

—Eso se cuenta. Lo cierto es que se parece mucho a ella. Aquí una mujer amiga de los Brunot asegura que Honorina tuvo una hija de su amante: Visitación; y que la llevó al campo a que la criaran; que luego volvió a quedar embarazada y por entonces la abandonó el hombre; que ella se decidió a abortar y que poco después le vino la enfermedad. Visitación, hasta hace dos o tres años no venía aquí; estaba en el colegio. Ahora Honorina ya se siente vieja y sola, y va cediendo y le va a dejar su fortuna. Su amiga de usted, la señorita Mercedes, ha conquistado a esta mujer, yo no sé cómo. Le ha dicho cuatro cosas, le ha dado una palmada en el hombro y ya la tiene a su favor. Por ella haría cualquier cosa. Cuando le habla se le cambia la cara y sonrío...

—¿Y cómo la conoció usted?

—La señorita Honorina tenía una criadita pequeña a la cual yo no sé si mataba de hambre o no la dejaba salir, el caso fue que la chica esta se escapó de casa y no volvió. Entonces a mí, que vivía en la vecindad de un ruso que tiene El Yogourt del Cáucaso...

—No sé quién es.

—Un ruso que tiene una tienda de comestibles en nuestra calle, que se llama así. Pues ese ruso me preguntó si quería ir de asistenta a casa de Honorina y fui. Me quiso tratar rudamente, pero yo le paré los pies. Después llamó a mi marido, que es español, por si quería arreglar el tejado y la buhardilla de la casa, y fue, y se han hecho los dos muy amigos y tienen largas conversaciones. Mi marido a veces parece un bruto, pero tiene mucho arte para ganarse a la gente y le dice bromas y ella se ríe.

—¿Así que su marido es español?

—Marido no es, porque no nos hemos tomado el trabajo de ir a la alcaldía o a la iglesia... Pero en fin, es mi hombre y hemos tenido dos hijos.

—¿Y qué trabajo les costaba ir a la alcaldía?

—Es igual. ¿Qué nos importa eso? ¿A quién conocemos? Tenemos que trabajar mucho para ganar un pedazo de pan y la respetabilidad nos tiene sin cuidado.

—Eso de trabajar es nuestro destino —le dijo Laura.

—Ah, señorita, usted acepta eso con mucha calma. A mí muchas veces me indigna porque hubiera querido vivir mejor y divertirme.

—¿Usted habrá sido muy guapa?

—Eso decían... no crea usted que no me he divertido... pero ahora...

Laura conoció al hombre de Colette, un murciano que llevaba ya quince o veinte años en París.

Este hombre, muy alegre, le dijo que hablaba en su casa el castellano para que su chica y su chico no lo olvidaran y no supieran solo francés.

—¿Y usted trabaja aquí en París? —le preguntó Laura.

—Yo hago de todo; he sido albañil y he trabajado en estos *batimán* hasta *crevar* —le contestó él para demostrar sus conocimientos hispánicos.

—Así que ha sido usted principalmente albañil.

—He sido también *chofor* y *brocantor*, he *bricoleado* siempre buscando el *buló*. En el *batimán* donde ustedes viven he trabajado yo. En este *cardé* todo el terreno está lleno de *trus*, pero que no crea usted, que son muy grandes, porque llegan hasta las *cameras* y París está lleno de *cameras*. Lo mismo da que los llene usted de *cimento* y ponga usted una buena *putra*. La *putra* se *gonfla* y se *gonfla* y no resiste. Se le agujerean a usted los *parqués* en un momento. ¡Ah, mi Dios! Hay que tener buena *pepeta* para hacer un *batimán* así.

A Laura le pareció muy cómico que este murciano quisiera enseñar a sus hijos un lenguaje híbrido de francés argótico que él creía que era el español.

—¿Y tiene usted una hija? Creo que muy guapa.

—Sí, es guapa. Está ahora estudiando. Yo la *defenderé* que se *futre* de la familia y ande ahí como las chicas del *cardé*, que son una *lufocas*. Esas salen del *atelié* y están ahí en la calle con los mozos besándose y cuando van a casa y les reprochan que han tardado, dicen: «Una media hora de *rabió*.» Esas se *fishan* de todo.

¡Qué idioma el de aquel murciano!

Laura fue a ver otras veces a Honorina. Era una mujer de facciones correctas y debía de haber sido bonita como su hija o supuesta sobrina. Cuando no mostraba su expresión habitual de indiferencia o de cólera, llegaba a tener una sonrisa agradable. El gesto corriente de rencor le daba su aire extraño y sombrío.

La asistenta de la casa, Colette, decía:

—A la señorita Honorina, desde que habla con frecuencia con Visitación y con Mercedes, se le va pasando el mal genio.

Colette no necesitaba cambio de esta clase para tener buen humor. Todo lo encontraba alegre y divertido y para ella no había ningún motivo de tristeza o



desesperación. Únicamente cuando pensaba en el trozo de pan que había de ganar con esfuerzo hacía muecas de disgusto.

Por entonces llegó a París el doctor Bearn, el médico de Bayona, amigo de Ansorena, que había atendido a Mercedes en Etchebiague.

Parecía que tenía algo que hacer. Se presentó en casa de Camila con su aire fuerte, sonriente y confiado.

Convidó a comer a Mercedes y a Laura, habló extensamente con Camila y las llevó a las tres al cinematógrafo.

Al día siguiente el doctor Bearn, a quien le había dicho Laura que por la mañana iba a la clínica Baudeloque, se presentó en el hospital y la acompañó al bulevar Montparnasse donde trabajaba con el profesor. Laura supuso que Bearn quería enterarse de la vida que hacía Mercedes.

—¿Qué le pasa a Mercedes? —le preguntó—. Me ha parecido encontrarla muy preocupada.

—Preocupada, no —contestó Laura—. Mercedes es una mujer que se está revelando como un carácter muy firme que acepta los hechos consumados. Ella se ha dicho: Ya no me van a querer y voy a poner toda mi preocupación, primero en ganar la vida, y después en mi hijo. Esta actitud no le cuesta ningún esfuerzo. Está aquí como si hubiera vivido siempre. Yo antes la consideraba como muy superficial, pero es todo lo contrario.

El doctor Bearn le preguntó sobre la vida en Madrid de Mercedes. Laura le contó que había sido la novia de su hermano, y cómo entonces se mostraba muy elegante, muy deportista, hasta que llegó la revolución, y cambió. El doctor quiso que le definiera su carácter.

—Mercedes tiene un buen sentido que yo no sé de dónde lo ha sacado.

—¿Antes no lo tenía?

—No. ¡Ca! Antes parecía tonta, pero, amigo, ahora, ¡qué instinto!, ¡qué conocer a la gente! Se hace amiga de todo el mundo, consigue lo que quiere. Es extraordinaria. Empiezo a creer que es como una fuerza de la naturaleza. Una mujer para tener diez o doce hijos, para ser una heroína o fundar una ciudad.

Laura dijo que la consideraba muy serena, muy fuerte, de poca fantasía y que ella iba sintiendo por su amiga cada vez mayor admiración.

—A Mercedes —terminó diciendo— yo le digo en broma que es una mujer fatal y ella se ríe, pero tiene atracción, es evidente; yo creo que antes no se daba cuenta de ello, pero ahora que lo sabe, necesita conquistar a todo el que se le acerca. Es una serpiente llena de malicia y de seducciones.

—Pero eso mismo dice ella de usted y habrá que pensar que las dos son ustedes unas coquetas terribles y que la única diferencia entre ustedes es el procedimiento.

Laura se rio de que el doctor considerara esta condición de coquetería como algo

que no le podía ofender, lo cual significaba que tenía muy buena pasta.

Generalmente, cuando se sale al extranjero en plena juventud, las impresiones recogidas suelen ser un tanto falsas y no concuerdan siempre con la realidad.

Del país a donde se va se forja el viajero una idea más buena o más mala que la verdadera. También es cierto que muchas veces, el país presenta a los ojos del extraño aspectos no habituales en él y tipos de excepción que desconciertan.

Los días que Laura fue a Passy a entrevistarse con la vieja señora aristócrata y enferma, que buscaba una acompañante médica a la cual no quería pagar, vio en el Metro, repetidas veces, tipos raros: uno de ellos era un señor pálido, manco, que se quedaba derecho, inmóvil, agarrado al respaldo de un asiento y con el brazo postizo que sostenía un bastón de cayado. Le vio varias veces como si estuviera dormido con el mismo aire de autómeta. Parecía un fantasma, con unos ojos claros, sin expresión.

Otro día vio a una mujer con un traje de baile muy marchito, un sombrero con unas estrellas plateadas y zapatos de lentejuelas muy usados. Hablaba por lo bajo y se reía. Daba la impresión de que estaba bajo la influencia de una droga. La mujer se detuvo en la estación de Passy y después de mirar repetidas veces el escaparate de una frutería y de hacer gestos y ademanes, se marchó aprisa y corriendo.

Luego, como si esto fuera un reclamo, ya no vio Laura más que tipos corrientes y vulgares en el Metro.

A los dos meses de estar en París fue a buscar en la Prefectura de Policía la tarjeta de identidad y se encontró en la sala de espera con una española de un pueblo próximo a Bilbao por la cual sintió, al hablar con ella, un cierto atractivo. Así pudo olvidar el sitio triste y desagradable en que estaba, y tener de aquel antro de la burocracia en donde instalan a la gente como al ganado enfermo del carbunco o de la glosopeda, un recuerdo casi simpático.

La española era pequeña, de color amarillento, con las facciones vulgares y la boca entreabierta, de labio inferior grueso, de persona débil, pero con unos ojos admirables de expresión. Le dijo que no era vascongada, sino mezcla de inglesa y de andaluza y nacida en Algeciras. Se llamaba Halma. Era hija de un pastor protestante, maestra, y su marido, que también lo era, estaba en el ejército rojo. Se encontraba por el momento en Santander a punto de trasladarse a Asturias.

Halma tenía un gran entusiasmo místico por la gente del pueblo y en política se manifestaba muy roja. Su voz ronquilla y pastosa, sus ojos admirables, le daban gran atractivo.

Vivía con su madre y un pariente en la calle Brancion, al lado de los mataderos y del mercado de caballos, en un último piso pequeño y mísero. A la puerta había una

carnicería con reses desolladas y adornos rojos.

Laura fue varios días de fiesta a visitar a la maestra. Hacían la tertulia en un cuarto estrecho con una cama, dos o tres sillas, lavabo de hierro y hornillo para la comida. Todo muy pobre. Los visitantes tenían que sentarse en la cama.

Había españoles, del lado rojo, que iban allí buscando una orientación. París les parecía como un palacio herméticamente cerrado en donde no se encontraba rendija para entrar y al cual iban dándole vueltas y más vueltas sin hallar la menor coyuntura para pasar al sitio en donde la gente vivía o por lo menos vegetaba.

Pronto Laura y la maestra tuvieron confianza y se hablaron de tú.

—Chica, tú debes producir grandes pasiones —le decía Laura— con esos ojos.

—Pues siempre me han dicho que era fea.

—Si tú eres fea, tu fealdad atrae más que la belleza de las otras.

Halma daba lecciones de español y de inglés y cuidaba de su madre que estaba enferma y de un tío andaluz borrachín y guitarrista a quien apodaban *el Caliente*, que aseguraba que entendía algo el francés, pero que no podía pronunciar unas palabras tan difíciles.

La maestra hablaba con mucha frecuencia de política con la fraseología de la época. A todos los que no eran rojos les llamaba fascistas y a los rojos los clasificaba en stalinianos y trotskistas. Hablaba de los *putschs*, que a Laura le parecían una familia de apellido catalán; de la demagogia de ciertos revolucionarios, de las maniobras de los derrotistas, y empleaba otras fórmulas pedantes, sin duda a la moda.

Los amores de Halma con su marido, por lo que contaba ella, estaban entremezclados con recuerdos de sus trabajos revolucionarios y para ella eran casi la misma cosa.

Así debieron ser los rusos en tiempos del nihilismo, con el mismo sentido exaltado y místico.

Halma tenía interés en demostrar que los hombres eran iguales.

—No hay una persona tan buena que no tenga algo malo ni una persona tan mala que no tenga algo bueno —decía—. Lo que separa es la cantidad, no la calidad.

—No estoy de acuerdo —le contestó Laura.

—¿Por qué?

—Porque eso mismo se puede decir del alimento y del veneno y de todo. La leche es un alimento, pero si se toma en cantidad enorme hace daño. El arsénico es un veneno, pero a pequeñas dosis es un medicamento. Sin embargo, son diferentes. Unos, alimentos, y otros, venenos.

—Entonces todo tiene un carácter relativo.

—Nadie lo duda, no tenemos otra manera de entendernos, pero más relativo aún son las teorías políticas. Eso sí que es relativo.

Halma, desde entonces, no quiso discutir con Laura.

La maestra, mujer de un humanitarismo exaltado, creía en la bondad innata de la gente y que solo por convencionalismos y por artificios las personas se sentían malas,

envidiosas y crueles. Era imposible convencerle de lo contrario. Estaba dispuesta a no perder su optimismo de ningún modo.

Halma tenía sentimientos caritativos y románticos. Su última obra de esta clase había sido salvar a una muchacha que vivía en el mismo piso que ella. Esta muchacha, Clotilde, una infeliz, tenía un amante, un hombre de buena posición, y una niña de él. La muchacha creía todo lo que le decía el señor aquel y un día, con un pretexto cualquiera, la abandonó.

La muchacha trabajaba y ganaba bastante bien su existencia y vivía con su madre, que estaba separada del marido y tenía otro hombre.

Su madre se quejaba a Clotilde de que mientras iba a la oficina ella tenía que quedarse a cuidar de la niña pequeña, lo que le fastidiaba.

«Voy a coger a esta chica y llevarla al asilo», dijo una vez.

Clotilde sufría al oír esto. Esperaba siempre a su amante, que creía iba a aparecer a buscarla de un momento a otro.

Una mañana tuvo la desdicha de detenerse en las escaleras de la iglesia de la Magdalena y vio bajar a una pareja de recién casados que salían del brazo, ella vestida de blanco y él de frac. El hombre era su amante, que acababa de celebrar su boda.

Clotilde fue trastornada a su casa y Halma comprendió que le había pasado algo y la vigiló y la siguió.

Por la tarde, al anochecer, la vio marchar hacia el Sena, con su hija, llegar al muelle de Issy y mirar a derecha y a izquierda, con aire de mujer trastornada. Comprendió sus intenciones, se le acercó e hizo que le confesara lo que le había pasado y su intención de suicidarse.

Clotilde le contó lo ocurrido y le dijo que estaba dispuesta a matarse con su hija porque ni a la niña ni a ella les quería nadie.

Halma le habló con lágrimas en los ojos, la convenció que no debía tomar una medida tan desesperada, la llevó a casa y días después le presentó a un amigo suyo, a un español un poco loco que quiso casarse con Clotilde y marcharse con ella y con la niña a América.

En casa de Halma había reunión en un cuarto pequeño.

Solía ir mucha gente. Era un poco raro que a una casa pobre y lejana fueran tantas visitas, y algunas elegantes y vistosas.

Entre ellas estuvo una china que volvía de Barcelona y que marchaba a Moscú, en donde al parecer se encontraba muy bien.

En esta casa conoció Laura a algunas españolas que iban los domingos.

Una de ellas, Genoveva, era una asturiana con anteojos, la frente abombada, el

pelo rizado negro, las ideas un poco absurdas y libres.

Otra era una aragonesa que había vivido en Barcelona y se llamaba Paulina. La asturiana Genoveva mostraba un carácter turbulento. La aragonesa era rubia perfilada, de ojos claros, cara cuadrada, labio inferior un poco grueso, dientes blancos y expresión burlona con algo de cínife. La asturiana había estudiado medicina en Madrid y la aragonesa letras en Barcelona. Genoveva tendía a lo popular y Paulina mostraba pretensiones aristocráticas, y era muy ambiciosa. Dijo que en su casa conservaban una ejecutoria y el escudo de la familia. Experimentaba un gran desdén por la gente pobre; en cambio, la asturiana no sentía la aristocracia y la consideraba completamente ridícula.

La aragonesa decía, para mostrar su desprecio por algunos jóvenes:

—Esos se casarían lo mismo con una cocinera.

—¿Y por qué no? —replicaba la asturiana—. Entre una mujer y otra me parece que hay muy poca diferencia y a veces la cocinera puede que valga más y, por lo menos, guisará mejor.

Paulina se enfurecía al oír esto.

Paulina vivía en un barrio tan popular como el de Grenelle. En este barrio, según contaba, había una gran cantidad de españoles, rusos, polacos, árabes, y todo el mundo hablaba en su idioma en el mercado que se armaba debajo del puente del Metropolitano entre la plaza Cambronne y la Avenida de la Motte-Piquet.

Le indignaba a Paulina, por su aristocratismo conservador, el ver por las noches en el bulevar la gente obrera que iba a las reuniones comunistas del Velódromo de Invierno, y los domingos las criadas, los soldados y los *spahis* con su fez rojo que llamaban *chechia* y un cinturón encarnado, que marchaban a los bailes de los alrededores de la calle de Courbe y de la de Croix-Nivert.

En algunas épocas, como en primavera, había una feria bulliciosa en el bulevar de Grenelle y en el de Garibaldi, con tirovivos y tiros al blanco y una gran cantidad de adivinatoras que en sus barracas se llamaban la gitana Aurora y la gitana Preciosa o la hindú Sankhara.

Paulina había entrado en estas barracas a consultar a las adivinatoras que se llamaban metoposcopianas porque decían adivinar el porvenir por la cara.

Paulina conocía a un señor que era amigo de su padre, hombre completamente afeminado, el vizconde de Montfort. No se sabía a punto fijo si se llamaba así o le llamaban así porque de esta manera había firmado durante algún tiempo en los periódicos de Barcelona. Aquel hombre era un *dandy*. Vestía de un modo llamativo y se pintaba los ojos y los labios. Era crítico de música y había publicado hacía tiempo una traducción de una comedia de Oscar Wilde, por el cual tenía gran entusiasmo.

Paulina iba con frecuencia a visitar al vizconde de Montfort y había llevado un ramo de flores rojas a la tumba de Oscar Wilde en el cementerio del Père Lachaise. Fue también con el vizconde a la casa donde vivió el autor inglés en la calle de Bellas Artes, pasadizo estrecho de la orilla izquierda, y el dueño del hotel les mostró la habitación del poeta y su dentadura postiza, herramienta poco poética que no sugería la idea de las hadas ni de los elfos.

Era extraña la admiración de la muchacha que tenía tantos prejuicios morales y sociales, por un autor inmoral.

Paulina creía que su amigo el vizconde, el viejo *dandy*, era una reencarnación de Oscar Wilde. Contaba cómo se presentaba pálido, pintado, elegante, con una mirada vaga de unos ojos que parecían de cristal. Al parecer, últimamente, ya en la miseria, hacía en París una vida terrible en un hotel sucio y miserable. Cuando no tenía invitación para ir a alguna casa se quedaba en la cama y se levantaba para comer un pedazo de carne que solía dejar en la ventana cinco o seis días, y un poco de queso con pan.

En su cuarto frío y polvoriento tenía colgados de clavos un traje nuevo y una

camisa impecable que se ponía para ir a las casas, y cuando tenía algún dinero marchaba a la puerta de Clignancourt, al Mercado de las Pulgas, a ver a unos chicos moros y a convidarles a café y a hablar con ellos. El vizconde tenía como criado a un exmiliciano rojo que iba dos o tres horas por la mañana a hacerle recados y a quien trataba desdeñosamente e insultaba con frecuencia. El miliciano, que era malhumorado, a veces decía: «A este tío cochino y pintado, el mejor día le voy a clavar yo con un cuchillo en la pared como a un murciélago».

Al miliciano le imponía aquel espectro que ya no tenía fuerza para levantar un bastón.

Halma no comprendía la curiosidad de Paulina por un decadente así, tan despreciable; le parecía una aberración de la muchacha. Sin duda esta lo encontraba aristocrático, lejos de lo vulgar y de lo cotidiano.

Por el consejo del vizconde, Paulina había leído el *Padre Goriot*, de Balzac, y lo encontraba magnífico, con sus duquesas y sus damas y sus bandidos.

Halma, que tenía mucho sentido literario, le dijo:

—Es evidente que el *Padre Goriot* es una gran novela y que ha producido la sugestión sobre París en el mundo entero, pero en España hay un libro muy superior a él.

—¿Cuál?

—El *Quijote*. Porque hasta en ese punto de la sugestión es distinto; producir la sugestión sobre París, que es una ciudad famosa, rica, grande, no puede ser difícil, pero producirla sobre la Mancha, ¡una tierra pobre!, ¡ese sí que es mérito!

—El *Quijote* será un libro de gran mérito, pero a mí no me gusta —replicó Paulina—. Allí no se habla más que de criadas de ventas, de arrieros y de presidiarios. ¡Qué horror!

Los demás rieron.

—Pero si un libro es malo porque habla de gente pobre y otro bueno porque se ocupa de gente rica y de la aristocracia, la crónica de salón será la mejor literatura y el Almanaque de Gotha todavía mejor —replicó Halma.

Paulina no contestó.

Laura pensó que la maestra tenía razón.

Paulina, desde que había sido iniciada en el balzaquismo por el vizconde, ponía con frecuencia, según contaba, una flor en la tumba del novelista en el cementerio del Père Lachaise.

El vizconde vivía en un cuartucho de la calle de los Pirineos y sus dos lugares para pasear eran el parque de Monceau y el cementerio del Père Lachaise, que conocía bien. El vizconde le había enseñado a Paulina la tumba de Abelardo y Eloísa y le había hablado de Rastignac, el *dandy* tipo de Balzac que, desde lo alto del camposanto, después de enterrar al viejo Goriot, mirando hacia París y pensando en la mujer que amaba, decía: «Ahora, todo para los dos».

Las reuniones en casa de Halma, en el cuartucho pobre, se renovaban



constantemente.

Mercedes estuvo alguna vez allí y no quiso volver; aquella gente le parecía un poco aburrida y redicha. Además decía: «Todos tienen ahí un aire de conjuración que no me gusta.»

Genoveva, la asturiana, conocía a un profesor español de cirugía muy rojo, escapado al principio de la revolución. Su mujer era francesa y la hija, guapa, llamativa como una mariposa brillante. Le había llevado a Laura a la casa para que conociera a la chica y Laura contó a Halma cómo eran.

—La chica está muy bien. Es muy guapa.

—¿Y el novio ruso? —preguntó Halma con interés.

—El novio ruso es un zoquete que no dice nada que valga la pena.

—¿Se va a casar con ella?

—Sí, parece que sí. El ruso es comunista y es hombre que no sabe nada de nada. Dice que es un técnico; yo no sé de qué será técnico. No ha oído hablar de Lutero ni de la Reforma y no sabe las religiones que hay en Europa...

—Eso lo dirá en broma.

—Lo dice en serio. Cree que eso no tiene importancia.

—No lo puedo creer.

Halma, en su romanticismo, hablaba de una manera inspirada de la libertad del amor y de la pasión en los jóvenes. Suponía que la vida tenía que ser sacrificio. Paulina afirmaba todo lo contrario.

Para ella lo primero era la elegancia, el buen tono, la distinción. El amor sin dinero —contigo pan y cebolla— era una ridiculez para gente de poco más o menos. Todo lo que no fuera acompañado de lujo, de pompa y de arte no valía la pena de tomarse en serio.

Laura se decía a sí misma que ella no aspiraba a pasiones violentas; quería una vida suave y gris; leer, cuidar de la casa, trabajar, bordar, tocar un poco el piano. Hubiera habido que saber hasta qué punto esto era cierto en la intimidad profunda.

Durante una temporada Laura solía acudir casi todos los días de fiesta a la calle Brancion a visitar a su amiga; le interesaba la gente que iba.

Allí conoció a una griega: Elena. Era una mujer pequeña, de ojos negros, pálida, de poca prestancia. Únicamente cuando hablaba llegaba a hacer efecto, porque se expresaba de una manera muy clara y muy concreta.

El primer día que la vio contó a Laura su historia, probablemente sin ocultar nada, con un cierto fondo de cinismo.

Su padre antes de casarse era muy pobre. El abuelo suyo se había quedado con muchas hijas en un pueblo de Macedonia. La griega pronunciaba Makedonia. En el país, según ella, se casaban las hijas solamente cuando tenían dote; si no la tenían no se casaban.

Entonces el abuelo, que regentaba un pequeño comercio, creyó resolver el asunto familiar metiéndose en negocios de contrabando en combinación con algunos granujas. Ganó al principio algún dinero, después fue preso y estuvo en la cárcel dos años.

Su mujer hizo gestiones para casar a la hija mayor y como contaba con pocos medios encontró para marido un joven inútil, holgazán, especialista en no hacer nada: el padre de Elena. Se casaron y decidieron marcharse a América.

Fueron a Nueva York, la madre trabajaba lo que podía y el padre vagabundeaba. Ella sentía cariño por su padre, a pesar de su inutilidad manifiesta. Entró en el colegio y fue una buena discípula. Su padre y sobre todo su hermano le decían: «Debes trabajar y no estudiar. ¿Para qué estudiar? Eso es solo bueno para ricos».

Cuando salía del colegio la ponían a vender bombones por la calle.

«Nada, nada; hay que trabajar todo el día —le recomendaban el padre y el hermano— y no perder el tiempo.»

El padre lo hacía por su idea de aldeano griego de considerar absurdo que una mujer estudiara. El hermano obraba por egoísmo.

Pretendieron sacar a Elena de la escuela. No lo consiguieron. Había que contar con la dirección de un comité de profesores que se opuso. Ya de adolescente, Elena fue al Liceo y acabó sus estudios.

Llevaba una vida de un trabajo difícil. A los dieciséis años, por la mañana daba lecciones, por la tarde iba de asistenta a una casa a barrer y a limpiar suelos; luego encontró otra ocupación por la noche. Los amos, que eran cómicos, salían y dejaban la casa sola, ella les reemplazaba y le pagaban por esto.

Con el dinero que daba a su familia, su hermano pudo terminar la carrera de médico. Este gran egoísta, no quería que su hermana hiciera una vida independiente, sino que fuera a vivir con él y le sirviera de ama de llaves. Ella no quiso, él se ofendió, se estableció y no apareció por la casa jamás, ni dio nada a la familia.

La griega siguió adorando al padre y a la madre, que le querían imponer su criterio para la vida y hasta un matrimonio con un compatriota ya viejo.

Elena tenía un compañero de Liceo que era su prometido y quedaron en casarse a pesar de la oposición de la familia.

El idilio amoroso duró algún tiempo y se casaron. A los dos años de matrimonio vio a su marido siempre en compañía de una amiga muy bonita. Su marido y la amiga se veían constantemente, iban juntos al teatro y a hacer excursiones.

Elena, olvidada, se mostró impasible como si no se diera cuenta de lo ocurrido, pero llegó un momento en que la infidelidad apareció tan palmaria que tuvo que tomar una decisión. Como aún le tenía cariño al marido, le dijo:

—Mira, nos vamos a divorciar.

—Pero, ¿por qué?

—Lo sé todo. La quieres a tu amiga, está bien, te puedes casar con ella y yo quedo libre.

Él le dijo que esperara y el divorcio legal no se verificó. Entonces ella, ya sola, se dedicó a trabajos literarios y comenzó a escribir en los periódicos. Al mismo tiempo daba lecciones y recibía de cuando en cuando la visita de su marido.

Este, que leía los artículos y poesías de su mujer, sentía gran entusiasmo por ellos y cierta compasión por la autora. La suponía con genialidad, pero desequilibrada y poco comfortable para la vida corriente.

Ella comienza a ponerse triste y enferma, y el médico le dice que trabaja demasiado, que está deprimida y que le convendría hacer un viaje o estar sin hacer nada durante algún tiempo. Le faltan medios.

Su marido, al saberlo, le da dinero y le sugiere la idea de que podría dar la vuelta al mundo. Ella se dispone a hacerlo, y está en China, en el Japón, en la India y va con gran entusiasmo a Grecia, de donde salió a los cinco o seis años. Grecia le desilusiona.

Esta americana feminista encuentra a su país de origen anquilosado y muerto. En Grecia la mujer no tiene importancia y no interviene en la vida social, ni en la cultura. La gente se ríe de sus explicaciones y de sus propuestas. Nota la disparidad porque en América del Norte pasa lo contrario, el hombre aparece disminuido y aminorado por la mujer.

Elena contaba el caso de un matrimonio sin grandes recursos en que la mujer inteligente y brillante sostenía la casa en una alta posición.

La mujer había quedado embarazada tres veces y de común acuerdo el matrimonio hizo provocar el aborto para sostener el rango de la casa, pero con la tercera operación la mujer quedó enferma.

Esto representaba para Laura una gran inmoralidad repulsiva.

Después de contar su historia, Halma preguntó a Elena:

—Y ahora, ¿qué vas a hacer?

—¡Ah!, no sé —contestó la griega—. Mi marido, que no está divorciado, me ha dicho al tomar el barco: «Si tienes amores en Europa y algún hijo no te preocupes, porque yo le atenderé, le educaré y le daré mi nombre».

Paulina aseguró que el hombre que opinaba así debía de ser un calzonazos y un cínico, y Laura encontró que el hecho representaba una cierta bondad.

Se discutió qué era mejor, si la moral griega y meridional o la moral nórdica. Paulina dijo que las mujeres del Norte eran unas sinvergüenzas, que a ella le había contado un joven que en Londres se había hecho amigo de un matrimonio y que al día siguiente la mujer se le sentaba en las rodillas.

—¡Bah! Falta saber si es verdad —le dijo Laura—, y además falta saber quién era esa mujer. Yo esas historias tampoco las creo. Lo que sí es evidente es que el mundo ahora está envuelto en un erotismo agudo.

—Pero eso habrá sido siempre —dijo la griega.

—Sí, es posible.

—Eros y Afrodita no se han inventado ni en Londres ni en París ni en Nueva York.

Otro día apareció en la casa de Halma una americana llamada Juana Harrison. Era una mujer un poco corpulenta, de ojos azules, rubia, cara larga, nariz corta y el mentón muy pronunciado. Su prognatismo le daba un aire un tanto brutal. Hablaba con mucha gracia. Sabía español porque había estado cerca de dos años en Méjico, pero se explicaba con cierta dificultad en este idioma y con grandes confusiones. Cuando comprendía que no la entendían, se echaba a reír.

A esta mujer, Halma la había encontrado de noche en una calle desierta al salir de un *cabaret* de Montparnasse, seguida por dos tipos de mala traza. Halma, que era decidida y valiente, detuvo a la americana e interpeló a los dos apaches o golfos, que se escabulleron. La maestra habló a la Harrison con su efusión romántica y la americana le confesó que estaba borracha y que todo le daba lo mismo.

—¿Pero tiene usted desgracias? ¿Está usted sin dinero?

—No, no; pero la vida es tan estúpida, tan aburrida...

—¿Y no tiene usted amigos?

—Sí, pero me he portado tan mal con todos que no me quieren —dijo ella ingenuamente.

La americana, en casa de la maestra contó su historia sin que nadie se lo pidiese.

Se había enamorado de un señor a los quince años y le escribió cartas inflamadas.

El padre se incomodó con esta conducta a su parecer escandalosa, la llamó, la riñó, y ella le contestó de una manera insolente defendiendo la libertad del amor y de la pasión.

Entonces el padre le dijo:

—Si no te arrepientes de tu conducta y no cambias, te llevaré a un reformatorio.

Efectivamente, así lo hizo. Según ella, el reformatorio era un infierno. Intentó suicidarse. Después el padre le propuso sacarla de allí si quería casarse con un señor amigo suyo, ya de cincuenta años. Se casó con la idea de ser independiente, pensando que si se enamoraba de alguno se escaparía con él. El marido murió y se quedó con una renta. Entonces se marchó a Méjico a ver qué pasaba en este país de aventureros y si encontraba entre ellos su hombre. No lo encontró y se marchó a Inglaterra. Se dedicó a nadar, a beber y a aprender a cantar. Reconocía que a veces se emborrachaba en su cuarto, y no porque sintiera un placer al beber, sino de cólera y de asco que le daba el mundo y la sociedad.

Ella se consideraba como una mujer enérgica y aventurera. Solía decir: «A un antepasado mío le cortaron la cabeza en Inglaterra; quizá a mí, el mejor día me lleven a la silla eléctrica».

Al decir esto se reía como una loca. Mostraba gran desprecio por los ingleses, que según ella tenían bastante mal gusto en música.

Uno de los contertulios de Halma, hablando mal de la americana y con una indiscreción muy masculina, dijo que hacía días, al despedirse de ella, le había preguntado la señora Harrison:

—¿No me besa usted?

Y él le había dicho:

—No, aquí no. No me atrevo, no tengo todavía bastante confianza. Si quiere usted, la besaré en su cuarto.

A uno de los amigos que visitaban a Halma, que era juez en España y que había escapado huyendo de los que le querían matar, le llamaba la Harrison el Señor de la Justicia.

—Yo no sé si me confunde con el verdugo —decía él.

La americana era mujer muy loca, pero muy graciosa. Era difícil que se pudiese llegar a más desprecio por la respetabilidad.

En varios domingos oyeron defender a la Harrison proposiciones extraordinarias y absurdas entre carcajadas estentóreas. Pensaba ir a España; lo mismo le daba un lado que otro. La cuestión para ella era encontrar el hombre si es que el hombre existía en alguna parte.

Durante algunos días de fiesta no apareció Paulina en casa de Halma y al último se supo que estaba en el hospital.

—¿Qué le ha pasado? —preguntó Laura.

—Que ha tenido un ataque repentino de apendicitis con grandes dolores. La llevaron al hospital, al Hotel Dieu, y la reconocieron varios médicos y vieron que tenía además supuración de los ovarios y la operaron y le extirparon el apéndice y los ovarios rápidamente.

Antes de que avisaran a la familia ya estaba operada.

Fueron a verla, Laura, Halma y Genoveva un domingo y se encontraron a Paulina en una sala del hospital, ya casi curada.

En vez de encontrarse contenta estaba enormemente ofendida por la operación y por encontrarse entre mujeres pobres; una con un pecho de menos, la otra con un brazo cortado, todas en camas próximas, entre sábanas ásperas y remendadas del hospital, aunque limpias, oliendo a desinfectante.

Le sorprendió a Laura ver a Paulina, que ya comenzaba a estar bien, furiosa y humillada, sin querer hablar con nadie y sin poder adornarse y pintarse.

«¡Qué dignidad más tontamente colocada! —pensó Laura—. ¡Qué reacción de estetismo más rara y más estúpida!».

Paulina dijo que pasados unos días iba a llegar una persona de la familia y la iba a sacar de allí.

Después se contó que Paulina se había marchado a España.

La asturiana estudiante de medicina, Genoveva, le presentó a Laura una de las tardes de domingo a dos tipos como españoles. Uno de ellos era un hombre de unos veinticinco a treinta años, alto, cuadrado, de ojos claros. Hablaba como un madrileño. Sin embargo, tenía en la expresión algo que no parecía de español. Se llamaba Adolfo. Era moreno, con el pelo negro y rizado.

Adolfo quiso lucirse. Contó que había estado un año en Madrid, durante la revolución, de amigo de confianza de un político; después se había escapado, valiéndose de sus papeles de extranjero. No era fácil saber qué opiniones defendía. Debía de tener dinero o algún sueldo o comisión en París, porque, al parecer, vivía bien y gastaba en grande. Era un hombre fuerte y membrudo, con algo de gitano.

El otro que le acompañaba era uno alto, seco, con una nariz de gallo, estúpido, muy acicalado, medio americano, medio portugués, y había vivido en Barcelona. Se creía interesante y de gran tipo. Se llamaba de nombre Hércules y la Harrison comenzó a decirle *el Elegante*.

El Adolfo había recogido toda la chulapería de la calle de Madrid. Exageraba el tonillo madrileño, lo que hacía reír a Laura.

Hablaba el español perfectamente, el francés como un parisiense y el inglés como un americano.

En francés se expresaba de una manera pintoresca y argótica. A París le tenía que llamar *Panam*, al dinero *pognon*, al pan *miche* y al vino *pinard*.

Además empleaba muchos apócopos. La facultad era la *fac*, el bachillerato *le bachot*, el suplemento *le rab* de *rabiau*, el bulevar Saint-Michel el *Boul-Mich*.

Esta manera excesiva de emplear el lenguaje popular, a un francés culto le hubiera dado probablemente la impresión de que aquel hombre era un extranjero.

En la primera conversación que tuvo con Laura, Adolfo le dijo unos cuantos timos madrileños.

«Yo soy muy castizo y me balanceo en un chorizo.» «Pa mí que nieva.» «Es más chulo que un ocho.» «Tiene lo suyo.» «Y échele usted un hilo a la cometa.»

El Elegante le admiraba a Adolfo. El Elegante era un tipo pinturero y dijo que estaba estudiando medicina.

Toda su originalidad estaba en hablar muy alto en castellano y en decir impertinencias. Esto creía él que era imponerse a los demás.

Tenía la cabeza en forma de martillo y una voz de flauta que le salía de la frente más que de la garganta. A Laura le dio la impresión de un mentecato.

Vieron a estos tipos varias veces en casa de Halma.

Adolfo se mostraba muy amable y muy servicial con Laura.

La primavera hizo su irrupción en París en una semana llenando de verde los árboles de los parques, de las plazas y de las avenidas. Hubo días de calor, luego días de lluvia y después quedó el tiempo claro y fresco.

Adolfo le dijo a Laura si quería ir una tarde de día de fiesta a comer a un merendero de Sceaux.

Laura no vio en esto ningún peligro y aceptó.

Le hacía gracia el tipo de Adolfo. El Elegante le molestaba por su tontería.

Un domingo, día de sol, a las once, tomaron el tren de Sceaux, la Harrison con el Elegante y Laura con Adolfo. Pararon en la estación de un pueblo lleno de restaurantes, cafés, jardines con espectáculos de feria y otras atracciones.

Después de cruzar un parque se acercaron a un merendero y entraron en él.

Se llamaba el establecimiento Le Père Tranquile, traducido literalmente ‘El Padre Tranquilo’, pero más bien El Tío Tranquilo. Pasaron a un pequeño comedor.

La Harrison, que tenía apetito, devoró lo que le pusieron delante, bebió, se rio a carcajadas y dijo mil disparates. Adolfo quiso que Laura comiera y bebiera también mucho, pero ella no tenía ganas y comió poco y bebió menos. En la comida Adolfo demostró que sabía decir sus chistes tan pronto en español, en francés o en inglés. Habló con la Harrison y dijo una porción de timos con acento americano.

Al terminar el postre, La Harrison después de beber de una manera desaforada indicó que iba a echarse en la hierba del parque al sol. El Elegante la siguió.

Laura consideró que todo ello era una broma. De pronto vio en la mesa un libro.

—¿Qué han dejado aquí? —preguntó Laura.

Era un libro pornográfico.

—Lo habrá dejado esa americana —dijo Adolfo.

Seguramente lo había puesto él.

Adolfo quiso mostrarlo, pero Laura lo rechazó.

Entonces Adolfo comenzó a hablar de una manera sentimental a Laura y le cogió la mano. Ella retiró la mano con cierto desdén. Adolfo sonrió y de pronto se levantó rápidamente, fue a la puerta y la cerró con llave. Ella tuvo un momento de espanto, se levantó y empezó a gritar. Él, riéndose, quiso besarla. Ella agarró el mantel involuntariamente y tiró una botella y varios platos al suelo. El entonces la insultó violentamente y ella gritó desesperada. A los gritos, comenzó a dar golpes en la puerta el dueño del restaurante y Adolfo abrió.

El dueño era un hombre gordo y rojo con una cabeza piriforme, el abdomen abultado y un aire de borracho. Al darse cuenta de la situación se puso contra Laura y dijo que cuando se iba a un sitio así con un hombre ya se sabía a lo que iba.

A las explicaciones de ella, él replicó groseramente:



—*Qu'est-ce que ça me peut foutre á moi?* (¿Qué me importa a mí eso?)

Como había bastante gente en el merendero y todos sin duda tenían curiosidad por saber lo que ocurría, se asomaron a la puerta del cuarto y unos se pusieron a favor y otros en contra de Laura. Algunas mujeres se rieron, otras dijeron que era una señorita a quien llevaban engañada. Ella indicó rápidamente al dueño del restaurante que pagaría.

«¿Cuánto vale lo que se ha roto?».

El hombre no contestaba y ella dejó un billete de cincuenta francos y se marchó.

Llena de vergüenza fue a la estación, tomó el tren y volvió a su casa.

Contó a Mercedes lo que le había ocurrido.

«No hay que apurarse —le dijo esta—, no tiene importancia.»

Los días posteriores Laura recibió dos cartas de Adolfo a las cuales no contestó y como quería acabar con la cuestión, hizo que Mercedes diera a su galanteador una cita delante de su casa.

Se presentaron Adolfo y el Elegante.

Laura habló de una manera muy clara y dijo que ella no había dado ningún motivo para que Adolfo la tratara como la había tratado.

Mercedes pensó que Adolfo podía haber engañado en parte a Laura, que era un poco inocente. Tenía aspecto; sin duda le había hablado como a una niña y la natural tontería de las mujeres, como decía ella, le había podido hacer que la engañara. Adolfo podía ser un tipo peligroso. El otro, el Elegante, era un majadero tan mezquino, tan estúpido, que a Mercedes le chocó que Laura no le hubiera conocido en seguida y no le hubiera despreciado. A ella le pareció repulsivo.

El Elegante hablaba de una manera pedantesca y a Mercedes le dijo una serie de tonterías.

Adolfo y el Elegante quisieron acompañar a las dos muchachas, pero estas los rechazaron. Unos días después, el Elegante volvió a la carga; se presentó de parte de su amigo Adolfo a decir que quería tener una entrevista con Laura. Laura contestó que no; que le había dicho lo que tenía que decirle y que no le quería ver.

El otro insistió y añadió una serie de impertinencias.

—Usted es un imbécil —le dijo Mercedes—, déjenos usted.

El Elegante contestó que no quería.

Se acercaron las dos a la casa, y al entrar, Mercedes advirtió al portero:

—No deje usted entrar a ese señor, que nos está molestando.

El Elegante las insultó y gritó:

—He de volver.

Volvió un día, pero el portero, hombre fuerte y musculoso y antiguo gimnasta, le advirtió que no se presentara más por allí.

La persecución de los dos hombres siguió.

Les habían visto en una taberna del bulevar Lefèbvre, muy visitada por chóferes y que no legitimaba su título, pues se llamaba: A la Cita de los Impresores.

Laura contó a Camila lo ocurrido, mitigando un poco su imprudencia, y esta le dijo:

—No tenga usted cuidado, conocemos al comisario de policía del distrito y le diremos que mande un agente a vigilar la casa, y si esos hombres insisten en molestarle a usted los meterán en la cárcel.

Efectivamente, en compañía de Camila, Laura pasó por la comisaría del distrito y tuvo una breve conversación con el jefe de policía amigo. Le contó lo ocurrido, yendo con la Harrison y con los dos jóvenes que hablaban español, luego lo pasado al quedar sola con Adolfo y cómo había tirado dos o tres platos al suelo y dado al dueño del merendero, como indemnización, cincuenta francos.

—No hay que fiarse de esas amistades rápidas, y menos con extranjeros —dijo el comisario.

Luego, cuando explicó que el Adolfo y el Elegante solían aparecer algunas veces rondando la calle, el inspector le preguntó a Laura:

—¿A qué hora suele usted volver a casa?

—De seis a siete de la tarde.

—¿De dónde viene usted?

—Del bulevar Montparnasse, de casa de un profesor donde trabajo.

Laura le dijo el número.

—Bueno, yo mandaré durante un par de semanas a un agente que le siga a usted.

Laura le advirtió que, en general, tomaba el Metro, pero que, algunos días que hacía buen tiempo iba a casa a pie por la calle de Vaugirard adelante.

—Bueno, no se preocupe usted.

Los días posteriores, que llovía y fue en el Metro, Laura tuvo la curiosidad de pensar si alguien de la policía le seguiría.

Vio un hombre gordo y rojo que la miraba.

«¿Será este tipo el policía que me sigue?», pensó.

Unos días después de esto, Laura se acercó a la tienda de Honorina, donde supuso estaría Mercedes. Efectivamente, la encontró allí y salieron las dos y se dirigieron hacia casa. En el camino aparecieron Adolfo y el Elegante y pretendieron otra vez hablarles y unirse a ellas.

A la repulsa desdeñosa de Mercedes, el Elegante comenzó a insultarla con una estúpida petulancia, como si sus insultos fueran una gracia. Se apresuraron las dos a entrar en el portal de su casa y entonces un señor correcto, de aspecto de buen burgués, se acercó a los cuatro y les dijo:

—Hagan ustedes el favor de dar sus nombres.

Mercedes se quedó un poco inquieta y Laura también, pero mayor fue la inquietud de los dos que las seguían.

El señor aquel hizo una seña al conserje para que no dejara escapar a nadie y este

antiguo gimnasta de circo se puso a la puerta.

Laura comprendió que el señor debía de ser el agente que había mandado el comisario de policía.

A las dos muchachas les dijo que se retiraran y, poco después, al pasar un auto lo hizo detener y se llevó con él a los dos hombres.

Dos o tres días después se presentó el comisario de policía, amigo de Camila, la profesora, quien le había invitado a tomar el té. Estuvo hablando con Laura. Hizo que le contara con detalles cómo había conocido a Adolfo. Ella explicó sus visitas a Halma, la maestra, a quien vio por primera vez en la Prefectura.

—Ahí en esa casa de la calle Brancion había una reunión de comunistas —dijo el comisario.

—No creo.

—Sí, sí; los domingos probablemente iban algunas personas no iniciadas, pero los días de labor se trabajaba por los rojos y había un grupo de células comunistas que tenían allí su enlace. Es el sistema actual.

Laura se quedó extrañada.

—¿No conoció usted algunos rusos y búlgaros? —siguió diciendo el comisario.

—No.

—¿Tampoco apareció ninguna china?

—Sí, vi una china que había estado en Barcelona e iba a Moscú.

—La misma. Está al servicio de los soviets.

—¿Y no tenían mejores sitios donde reunirse?

—Ahora en verano una casa en donde hay varios pisos desalquilados y gente que está fuera de París es un buen lugar para reuniones de esa clase —indicó el policía—. Luego, pasa el verano y se cambia de punto de cita.

—Así será —dijo Laura.

—¿Y cómo se relacionó usted con ese Adolfo? —preguntó el comisario.

—Me lo presentó una chica estudiante de medicina. ¡Hablaba tan bien el español!

—Pues le voy a hacer a usted una advertencia. Fuera de su país y de gente que no sepa usted quién es, sospeche usted de toda persona que hable bien su lengua. Lo más probable es que sea un aventurero o algo peor.

De Adolfo dijo lo que era. Se le suponía judío alemán. Había vivido largo tiempo en la Argentina y en España. Se sospechaba que estaba mezclado en negocios de cocaína y de trata de blancas. El otro a quien llamaban el Elegante era un chulo de mala sombra. El comisario debió tomar cartas en el asunto y arregló la cuestión con rapidez. Exigió del dueño del restaurante Le Père Tranquile que devolviera los francos que le había dado Laura y le echó una reprimenda; al Elegante le debieron de asustar y ya no volvió más.

—A dónde vamos a parar nosotras —decía Laura a Mercedes—. ¡Con qué

gentuza se puede mezclar una!

—¡Bah!, no te preocupes. A toda mujer que quiera vivir independiente le tienen que pasar estúpidas aventuras así.

Laura pensó que se contaría lo ocurrido. Era una preocupación porque ello a nadie le importaba lo más mínimo.

El caso dio mucha desconfianza a Laura.

«En la calle no se podía encontrar nada bueno», pensó convencida.

Decidió no volver a ir a visitar a Halma. Lo sentía porque era buena persona.

Adolfo fue expulsado de París. Supo después Laura que una muchacha noruega, estudiante de medicina, se paseaba con el Elegante y le parecía sin duda haber hecho una gran adquisición.

Pensó que debía advertir a la noruega la clase de hombre que era aquel.

—Déjalo —dijo Mercedes—, le gustarán los estúpidos. No se puede meterse a redentor. Ella quizá no quiera más que divertirse y pasar el rato y el Elegante es como cualquiera.

—Como cualquier imbécil.

—No se va a exigir que para acompañar a una chica se tenga que ser un sabio.

Entre las estudiantes del hospital Baudeloque había una rusa muy simpática. Se llamaba Kitty Bazarof. Era muy afectuosa, de mediana estatura, con los ojos claros, la cara ancha, vestía una capa azul y llevaba un gorrito blanco sobre su cabeza rubia. Tenía evidentemente algo de china, como hubiera dicho el ingeniero geógrafo. Kitty se ruborizaba con facilidad; su cara de muñeca de color de manzana y el rubor le molestaban mucho.

«Parezco una campesinota —decía—. Con esta cara no se puede ser elegante.»

Kitty Bazarof era de Ucrania. Quería creer que se hallaba enamorada de un militar ruso que había conocido en la infancia, pero esto era un poco de fantasía. Era nieta de un general zarista e hija de un ingeniero.

Kitty vivía con su madre en una casa pequeña de la calle del Comendador, calle curva y triste que parecía de pueblo y que estaba hacia la Puerta de Orleans. Tenía una amiga compañera de estudios en la plaza de Montrouge. En esta plaza hay una estatua de Miguel Servet con una leyenda que dice: «Miguel Servet. Quemado vivo».

*Kitty, por curiosidad, había leído la historia de este médico español herético y le preocupaba mucho y hablaba de él con frecuencia.*

Kitty vivía en pleno romanticismo. Estaba expuesta a fracasos con sus ideas exaltadas.

A veces acompañaba a Laura hasta la casa del profesor del bulevar Montparnasse, hablando con ella. Tenía muchas ilusiones.

«Nosotras no tenemos esas ilusiones —le decía Laura—. Vivimos en un mundo de desengaños.»

Un día Kitty la invitó a ir después de cenar a una reunión de rusos blancos, cerca del bulevar Blanqui. Laura estuvo a punto de no ir, por miedo a encontrarse metida en algún lío, pero luego pensó que tampoco se podía exagerar la prudencia porque entonces no habría manera de vivir.

—Sí quieres, te acompaño —le dijo Mercedes.

—Bueno. Vamos.

Se citaron a las nueve de la noche en el Metro de la estación de la Glacière ('la Nevera'), donde apareció Kitty. Bajaron al bulevar Blanqui, desierto, y tomaron la calle del Campo de la Alondra, más desierta aún y, en aquella hora, imponente.

«¡Vaya un sitio! —dijo Mercedes—. Al lado de esta, nuestra calle es alegre.»

Entraron en un portal estrecho que tenía una fuente y comenzaron a subir unas escaleras hasta el último piso.

Aparecieron primero en un vestíbulo lleno de gabanes, de sombreros y de bufandas, después pasaron a un cuarto cuadrado con una mesa redonda y alrededor quince o veinte personas, en su mayoría mujeres, que hablaban el ruso; tras de este

cuarto había otro en donde algunos hombres jugaban a las cartas.

Las mujeres charlaban alrededor de la mesa redonda; por lo que dijo Kitty, casi todas eran de la aristocracia; los hombres, profesores y coroneles transformados en chóferes, mecánicos y pequeños empleados de París. La mayoría tenía delante una taza de té y en medio un samovar.

Estas señoras, algunas princesas ya de cuarenta a cincuenta años, eran pálidas, gordas, con la nariz un poco informe, de patata, el pelo sin color, los ojos verdes claros, el aire bondadoso. Llevaban alguna alhaja antigua en el pecho y charlaban por los codos. Entre ellas había dos o tres muy morenas, de ojos achinados y de aire tártaro.

Los muebles del cuarto eran pobres, había en la pared un retrato en color del zar y otro de la emperatriz.

Kitty fue presentando a Laura y a Mercedes a varias personas. Primero a un profesor alto y canoso. Se expresaba este en francés bastante mal; dijo que los jóvenes se reían de ellos, de los viejos, por lo mal que hablaban el idioma. Después les presentó una rusa alta de aspecto mongólico, morena, con la cara ancha, la boca grande y los ojos negros y brillantes.

Era curioso cómo los rusos al hablar un idioma extraño como el francés elegían otros giros y otras palabras que los españoles. Sin duda unos y otros traducían de sus respectivas lenguas.

La rusa, alta y mongólica, habló de la cuestión de España con energía: «Ustedes, los españoles —dijo—, están al principio; nosotros creemos que estamos al final, pero no lo sabemos todavía. Como España es un país más pequeño que el nuestro y más metido en Europa o por lo menos más dentro de las corrientes comerciales, quizá se arreglen ustedes más pronto que nosotros».

Entre aquellos rusos corría la idea de que lo que pasaba en España era una repetición de lo de Rusia.

«Todos creemos lo mismo, aunque no sabemos con qué garantía.»

Kitty llevó a Mercedes y a Laura entremeses con huevos, tomate en rebanadas, caviar rojo y té con rodajas de limón.

Kitty se mostraba contenta y animada entre sus paisanos.

Un periodista pequeño y mal vestido contó que en su barrio había un hotel donde vivían muchas familias rusas emigrantes. Estas no se asimilaban completamente al medio de París y hablaban algunas solo ruso. Unos eran mecánicos y chóferes.

El periodista llevaba cerca de treinta años en París y hablaba de cuando se reunía con los revolucionarios de entonces y veía a Lenin en el parque de Montsouris paseando con su mujer y lo encontraba en los cafés del barrio Latino discutiendo con otros rusos, o lo veía marchar pedaleando en una bicicleta, con una gorra bastante ridícula en la cabeza, a la Biblioteca Nacional para leer libros y encontrar argumentos contra los enemigos del comunismo.

Según dijo otro, Lenin, que era como un gnomo malicioso y audaz, saltaba la

verja del parque de Montsouris de noche y se paseaba solo por sus avenidas. Había oído también decir que una vez chocó yendo montado en su bicicleta con el automóvil de un príncipe ruso y cayó al suelo.

En aquella casa se citaba a Kerensky, a Miliukoff, al general Denikin, nombres que Laura no había oído nunca y que a Kitty le daban la impresión de cosas antiguas y desvaídas. Se decía que se publicaban varias revistas y periódicos rusos en París y que estaban abiertas al culto ocho o diez iglesias ortodoxas.

Aseguraban que había princesas auténticas, lavanderas, enfermeras y camareras.

Se habló también de la lucha de la GPU y de la Gestapo que tomaba un carácter dramático.

En aquellas cuestiones de secuestros y de muertes oscuras y misteriosas, las versiones eran variadas y unos los atribuían al Intelligence Service, otros a la GPU y otros a la Gestapo.

Se comentó la desaparición de Kutiepoff y la muerte de Navachin. De este último se decía que, puesto en el engranaje de dos policías rivales, había sido eliminado por estorbar a las dos. Se habló de una cantante, la Plevitskaia, que se consideraba como espía del gobierno soviético y que era mujer muy peligrosa.

Luego se habló de la lucha de las radios.

En Alemania se solía oír la emisora negra que en alemán se llama Der Schwartz Sender. Esta producía grandes preocupaciones al gobierno alemán porque no podía localizarla. Había siempre una gran lucha entre las emisoras rusas y las alemanas, y cuando sonaba una, la interrumpían con interferencias las otras para que no se oyera.

Vivían todos estos rusos en un ambiente de folletín que no se parecía en nada al de los emigrados españoles.

Uno de los rusos jóvenes le dijo a Laura que había oído hablar de ella.

—¿De mí? Creo que es imposible.

—Sí, de usted. Usted estuvo en casa de un profesor español de cirugía que tenía una hija guapa.

—Sí, sí; es verdad. ¿Y qué hizo esa chica?

—Se casó con el ruso..., pero ahora se va a divorciar, dice que el matrimonio es una cosa mediocre...

«Evidentemente, el mundo es muy pequeño», pensó Laura.

Al final de la reunión entró un señor alto, todavía joven, que habló con Kitty y que esta presentó a Laura y a Mercedes.

Por la conversación comprendió que Kitty Bazarof le había contado algo novelesco sobre ella, dándole un carácter de persona extraordinaria, cosa no muy rara dado el carácter entusiasta de la rusa. Mercedes, un tanto aburrida, dijo a Laura:

—Bueno. Vamos.

—Espera un poco.

—Sí, pero yo tengo que levantarme temprano.

—Sí, es verdad; vámonos.

Al ir a despedirse para salir, el señor alto que Kitty había presentado a Laura, las saludó.

—¿Se van ustedes? —les dijo.

—Sí, ya nos vamos. Es un poco tarde para nosotras.

—Les voy a acompañar, porque esta calle es muy triste y a unas muchachas solas les pueden dar un susto.

El señor las acompañó hasta la escalera del Metro, les tomó los billetes y allí se despidió de ellas. Las tres dijeron que aquel señor era un hombre muy simpático.

—¿Cómo se llama? —preguntó Laura.

—Se llama Golowin.

—¿Y qué es?

—Es astrónomo y matemático.

—Parece que un astrónomo tiene que ser un tipo raro —dijo Mercedes.

—¿Por qué? —replicó Kitty.

—Se debe sentir un hombre un poco loco mirando esas piedras que andan por el aire.

Laura se rio de la observación.

El día de Navidad fue alegre y cordial en casa de Camila. Esta invitó a su compañera Gabriela y a su madre, a Laura, a Kitty, a Mercedes y a Visitación, la ahijada de Honorina, la del bazar de la calle.

Laura y Mercedes quisieron pagar entre las dos la cena, pero Camila no lo permitió y la pagaron entre las tres. Fue la cena muy alegre y comieron muy bien. Se rieron mucho. Visitación trajo una botella de vino de Málaga y otra de Champagne que sacó a su tía. Hablaron por los codos, se contaron muchas historietas y a las doce se marcharon los invitados para que los que vivían lejos pudieran coger el Metropolitano. En la calle caía la lluvia mezclada con la nieve, pero no hacía frío.



Unos días después de Navidad, Kitty avisó a Laura que el primer día del año iría a buscarla para llevarla a una casa en donde se daba una lectura, al parecer, muy interesante. Les acompañaría el señor Golowin, que tenía deseos de hablar con Laura. Este señor era el que había salido con ellas, noches antes, de la calle del Campo de la Alondra y las había llevado a la estación del Metro.

Kitty y su acompañante fueron a casa de Camila poco después de comer y marcharon con Laura hasta la estación de la Glacière.

—¿Vamos a visitar a nuestros paisanos? —preguntó el señor Golowin a Kitty.

—No.

—Es mejor. A nuestros paisanos hay que tomarlos en dosis pequeñas.

—¿Por qué dice usted eso? —preguntó Kitty algo escandalizada.

—Porque son muy ilusos, muy embrollones y charlatanes.

Bajaron al bulevar Augusto Blanqui por la escalera de la estación del Metro y, dirigidos por Kitty, tomaron por la calle de Vergniaud a recoger a una señorita rusa que vivía allí.

—Hace mucho frío para estar quieto —dijo Golowin a Laura—. No se vaya usted a enfriar. Movilicemos.

A Laura le chocó que aquel señor ruso le hablara como si la conociera toda su vida y que ella tuviera confianza en él.

Echaron a andar dando pasos adelante y atrás. Golowin, que era observador, se fijó en una pequeña iglesia que hacía esquina a la calle Wurtz, con el atrio cerrado por una verja y que tenía un letrero: «1913. Culto Antoinista». Entró en el atrio y leyó unas indicaciones que había en la puerta, en que se hablaba del pueblo que sufre y del Padre.

Cuando bajó la amiga de Kitty y se reunió con ellos le preguntó Golowin:

—¿Usted vive aquí en esta calle?

—Sí. ¿Por qué?

—Para que nos diga usted qué es este culto antoinista que se anuncia aquí.

—No sé. ¿Es que pone ahí eso?

—Sí. ¿No ha tenido usted curiosidad nunca de ver esta capilla?

—No.

—Esta chica, sin duda, no tiene condiciones para la observación —le dijo a Laura el ruso.

El señor Golowin era hombre de unos treinta y cinco años, alto, vestido de negro, con el pelo rubio ya blanco por las sienes.

La cara de Golowin había conservado ciertos rasgos y cierta expresión de la primera juventud y aun de la niñez. Se notaba en él el hombre tímido y distraído; no

le gustaba, sin duda, lucir su estatura y se encorvaba un poco, como si pensara que no tenía derecho a marchar enteramente erguido y a ocupar demasiado espacio. Cuando se reunió la señorita de la calle Vergniaud con Kitty y Laura, empezó a hablar con las muchachas en ruso.

—Hable usted en francés —le dijo Kitty—. Mi amiga Laura no entiende el ruso.

—Es verdad. Me dijo Kitty que era usted española —dijo, dirigiéndose a Laura—. ¿Española de origen o española de España?

—Española de España.

—¡Ah, pobres españoles! Están casi tan mal como nosotros, los rusos. No he tratado a ningún español, ni hombre ni mujer.

—Pues ahora puede usted tratar a mi amiga. ¿La mujer de usted, era italiana? —preguntó Kitty.

—Sí, italiana; lo es, porque vive. Tengo una hija, una chica de nueve años que es, como diría un etnógrafo racista, «el caos étnico».

—¿Por qué?

—Mi padre era ruso, mi madre de Lituania, de familia muy alemana. Mi mujer italiana y su abuelo materno griego. Así, mi hija ha salido de gustos medio rusa, medio italiana y medio griega. De alemana tiene poco, quizá algunas condiciones negativas.

—¿Y usted se siente muy ruso? —le preguntó Laura.

—Lo soy.

—No creo que tenga usted mucho tipo eslavo.

—Pues sí debo tenerlo. Hace una semana iba por la Avenida del Observatorio, con un libro de astronomía, que acababa de comprar, en la mano, y me crucé con una pareja de tipos nórdicos. El hombre se me acercó y me dijo:

»—Perdone usted; ¿quiere usted decirme si ese libro que lleva usted se vende en las librerías?

»—No sé si estará agotada la edición —le contesté—, lo acabo de comprar en la calle, en el bulevar Saint-Michel.

»Mi interlocutor pensó, sin duda, que yo no hablaba con rapidez el francés y me indicó:

»—Hable usted en su idioma.

»—¿En qué idioma?

»—En ruso.

—¿Le había conocido? —indicó Kitty.

—Sin duda.

—Puede que le conociera de antes —observó Laura.

—Es posible; pero no me lo dijo.

—Quizá no quería decirlo.

—¿Por qué no? Yo, como no me he mezclado en cuestiones políticas, no soy sospechoso de nada. Además, parece que inspiro confianza y los que me conocen me

llaman en seguida familiarmente Golowin.

—¿Se llama usted Golowin, tal como se pronuncia? —le preguntó Laura.

—Sí; mi padre se llamaba Alejandro y yo me llamo Nicolás Alexandrovich Golowin.

—¿Cómo lo escriben ustedes?

—En francés, con una *e* al final. Entre nosotros, terminando en *n*.

De la calle Vergniaud fueron a la de la Esperanza, donde vivía una señora rusa teósofa. La calle de la Esperanza era una calle pobre, próxima a la Butte-aux-Cailles, el ‘Alto de las Codornices’, que tenía en una encrucijada una plazoleta de aire aldeano. El barrio debía ser muy optimista, porque cerca de la calle de la Esperanza estaba la de la Providencia.

Kitty subió a una casa amarilla, de traza mísera y salió poco después con una señora. Esta dama llevaba un sombrero pequeño, una capa y un paraguas que manejaba como una lanza. Parecía un sereno de Madrid. Era también rusa y teósofa.

Reunidos, se dirigieron en dos grupos por la calle de la Colonia. Soplaban un viento helado y comenzaba a nevar. El cielo estaba gris, las calles envueltas en una niebla espesa.

—¿Es usted teósofo? —le preguntó la señora rusa a Golowin.

—No, soy astrónomo. ¿Qué es lo que va a haber en ese sitio a donde nos lleva Kitty?

—Se va a leer y a comentar una obra: el Apocalipsis de San Juan, descifrado por el poeta lituano Miloscz.

—No lo conozco.

—Un gran poeta y un gran filósofo.

—¿Y esa lectura, va a ser en una casa?

—Sí, en casa de una señora hindú. Allí suelen acudir martinistas, espiritistas, teósofos y Rosa-Cruces.

—Hay que reconocer que nos quejamos de vicio —dijo Golowin con una aparente seriedad.

—¡Oh!, ¡qué escéptico es usted! —exclamó Kitty.

La señora rusa dijo que el barrio aquel donde vivía era muy revolucionario, que durante la Commune, en 1871, se habían batido los federales con gran energía y que el portero de su casa, viejo ahora, y que entonces era un niño, recordaba las escenas de la lucha.

Llegaron a una barriada nueva con hotelitos pequeños de todos colores. Aquello debía de ser la Colonia. Las calles, que algunas eran privadas, no abiertas al público, tenían nombres poéticos de vegetales; calle de las Orquídeas, de las Glicinas, de los Lirios, de las Enredaderas, de los Volubilis, etcétera.

Había un zumbido en el aire, muy fuerte y desagradable.

—¿Qué pasa? ¿Por qué hay este ruido? —preguntó Golowin.

—Esto es de la fábrica de aeroplanos Gnome et Rhone, que está aquí cerca, en el

bulevar Kellermann —contestó Kitty, que conocía el barrio.

La teósofa se dirigió a un hotelito que tenía una placa en la puerta con un letrero hindú para la mayoría indescifrable y llamó. Pasaron a una sala y hubo las presentaciones consiguientes.

La dueña de la casa era una india baja y regordeta un tanto mofletuda, de color de membrillo oscuro, con una nariz que parecía que miraba por sus agujeros negros, y una marca, como una oblea roja, entre ceja y ceja que debía ser indicación de la casta a que pertenecía. Llevaba una combinación de trajes y de velos, entre amarillos y azules, que detonaban y hacían rechinar los dientes. Usaba sandalias de cuero.

Había en el salón doce o catorce personas un poco absurdas: un señor muy alto y muy flaco, con aire de pájaro; otro pequeño y de cabeza redonda; una vieja de nariz picuda; una inglesa desgarrada, con anteojos y de aire muy agudo, como un cínife; varias señoras gordas, teñidas y pintadas y unos jovencitos con cierta traza de afeminados.

Los más importantes, a juzgar por su aspecto, debían ser un francés rubio, poeta, con larga melena y nariz respingona y roja y un alemán de cara triste e hipócrita, que era, por lo que dijeron, un *Bibelforscher*.

—¿Qué es eso? —preguntó Laura.

—En Alemania, estos *Bibelforscher*, o estudiantes severos o fanáticos de la Biblia, son gente mística, que no acepta el servicio militar, ni reconoce la autoridad del Estado —dijo Golowin—. Ahora los tienen encerrados en campos de concentración, para que no propaguen sus ideas, y parece que dan muchos disgustos al gobierno.

Se fueron sentando todos. En el fondo había una mesa, y encima, en la pared, un retrato de Gandhi. Sobre la mesa, un candelabro de nueve brazos. Se pusieron como formando un tribunal; la india en medio; el poeta melencólico que era caballero de la Rosa-Cruz, a un lado; y el alemán investigador de la Biblia, al otro.

Cuando iba a abrirse la sesión apareció una mujer morena, alta, muy guapa, muy bien vestida con un abrigo de pieles. Esta hizo a todos una ligera inclinación de cabeza y se sentó en primera fila.

La hindú dijo en un francés infantil que ellos no eran doctrinarios, ni fanáticos; que aceptaban todo lo que llevara luz y espiritualidad al alma.

Por desgracia en el mundo no se leía el Upanishad del Gran Aranyaka, ni el Rig Veda, ni el Bhagata Purana, ni el Pantchatantra. Las doctrinas de madama Blavatsky, de Annie Besant, de Jinarajadasa y de Krishnamurti no eran comprendidas. ¡Qué se iba a hacer en pueblos que no leían el Pantchatantra!

Golowin escuchaba con una cara de asombro y de ironía que a Laura le daba gran gana de reír.

Tras del prólogo de la dueña de la casa se llamó a un jovencito para que leyera el

trabajo de Miloszcz. Luego lo comentarían el poeta melenudo y el alemán bíblico.

El jovencito leyó bastante mal. El Apocalipsis descifrado por el escritor lituano resultaba tan confuso como el libro mismo. Entre ángeles y trompetas y candelabros, estrellas y bestias triunfantes, no se comprendía gran cosa.

—Debe ser una explicación muy profunda la de ese lituano —dijo Golowin.

—¿Por qué? —preguntó Kitty.

—Porque yo no he comprendido nada.

Después vino la exégesis del poeta melenudo. Este empezó diciendo que era caballero de la Rosa-Cruz. Contó que había estado en un pueblo de Bohemia que no decía cuál, donde le mostraron un libro de los grandes secretos de la orden, pero este libro no se lo podían dar a leer hasta que alcanzara un grado más en la sociedad. No había llegado aún a esa categoría. Ello no era obstáculo para que avanzara algunas convicciones. Podía asegurar bajo palabra de caballero —de caballero Rosa-Cruz— que la ciencia moderna no había descubierto nada. En el palacio de Nabucodonosor se empleaba la electricidad, los faraones más antiguos utilizaban la radio y la telegrafía sin hilos, Cleopatra empleaba el gramófono en sus ratos de ocio.

Luego el poeta hizo una disertación acerca de los Rosa-Cruces y dijo que el primero que habló de esta orden ilustre, Andrés de Carolstadt, se burló de ella para despistar al público, pero los adeptos, con mucha pupila, lo comprendieron.

—Estamos oyendo cosas extraordinarias —dijo Golowin.

Laura volvió a reír por lo bajo.

El poeta entró en la explicación del Apocalipsis, lanzando fantasía sobre fantasía, sin discernimiento alguno. Según él, en el libro, ni los candeleros querían decir candeleros, ni las trompetas, trompetas, ni los ángeles, ángeles, ni las estrellas, estrellas, ni las piedras blancas, piedras blancas. Todo era secreto, criptográfico y misterioso.

Gustó mucho la peroración del poeta y se le felicitó efusivamente.

Después habló el *Bibelforscher* con un tono pesado y aburrido.

Este tendía a pensar que no había necesidad de interpretar nada en el Apocalipsis ni en ninguna otra parte o pasaje de la Biblia. Para él todo era como estaba en el libro: y los dragones eran dragones, los ángeles, ángeles, y las trompetas, trompetas.

Por último volvió a tomar la palabra la hindú y dijo lo mismo que antes; que defendía la luz y la espiritualidad, que la ciencia no era trascendental en la vida, ni la industria, ni el comercio; que un tornillo podía sujetar bien una cerradura, pero que no hablaba al alma. Lo que el mundo necesitaba era luz; mucha luz.

Después de cosas igualmente profundas se sirvió té y se discutió lo que se había dicho.

Una señora aseguró al ama de la casa que había sido una sesión encantadora de la que guardaría un recuerdo inolvidable toda su vida.

—¿Y a usted qué le ha parecido? —le preguntaron a Golowin.

—A mí, muy bien. La verdad, no he entendido nada de lo que ha leído el joven y

menos lo que ha explicado el melenudo. Lo que decía el alemán, investigador de la Biblia, lo he entendido perfectamente. El cree que donde el autor del Apocalipsis ha puesto que había unos saltamontes que parecían caballos, ha dicho eso y no otra cosa. Yo, la verdad, hubiera sospechado si todo ello tendría caracteres de broma si no hubiera visto a la gente tan seria.

La dueña de la casa preguntó a Golowin a qué se dedicaba. Este le dijo que a la astronomía.

—La astronomía. ¡Ah! —exclamó ella—. El orden... la sabiduría divina.

—Y el desorden y el absurdo.

—No, no... imposible, imposible... El Éter... El Éter.

Luego preguntó a Laura:

—¿Y usted, señorita, es española?

—Sí.

—Yo conozco San Juan de la Cruz... Santa Teresa... Molinos... por referencias... ¿Y en España hay teósofos?

—Sí. Yo no los conozco. Creo que pocos.

—¡Qué ceguedad! Veo que es un país dominado por los *Kamarrupas*. ¿Y espiritistas?

—Espiritistas parece que hay más. Mi padre contaba que en las capitales de provincia españolas había sociedades para hacer hablar a los veladores y que los que dirigían esas sociedades eran casi todos militares. Los militares se distinguían por ser espiritistas y masones.

—¡Qué oscuridad! ¡Qué absurdo! —dijo la señora hindú—. Esa es la influencia de los *Kamarrupas*.

Después volvió a asegurar que lo que se necesitaba era luz, luz. Espiritualidad. Espiritualidad y leer el *Pantchatantra*.

Nada de tornillos, ni de máquinas de coser, ni máquinas tricotosas... sino Luz... Alma... Éter, mucho Éter.

Golowin escuchaba todo esto con una gran sorna y una expresión casi mefistofélica. Kitty decía que no había que tomar las cosas serias en broma.

—Es verdad —replicó Golowin—. Las cosas serias no hay que tomarlas en broma ni las bromas en serio. Es evidente.

En esto se acercó a Laura la señora joven y guapa que entró la última en el salón y le preguntó en castellano:

—¿Es usted española?

—Sí.

—Yo soy uruguaya.

—¿Y cómo se le ha ocurrido venir aquí? —le dijo Laura.

—Pues mire usted, yo estoy aquí en París hace unos meses y tengo una chica y un

chico que dan lecciones con un profesor. El profesor es teósofo y me ha hablado de esta reunión.

—¿Es que eso le interesa?

—Me interesa muchísimo. Tengo gran afición a ir a casa de las adivinas profetisas y quirománticas.

—¿Y de qué le viene a usted esa afición?

—La he tenido siempre. La primera prueba que hice fue para mí extraordinaria. Vivía en mi pueblo y se presentó una francesa que leía en la mano. Decía que había escapado de Paris porque su marido había hecho una falsificación. Fui a ver a la francesa y me habló de mi pasado de una manera tan clarividente que me asombró. Después me leyó el porvenir, y como yo, dentro de mi credulidad, tengo cierta tendencia crítica, le dije a la quiromántica: «Voy a escribir lo que me ha dicho usted y usted lo firmará. ¿Quiere esto?». «Con mucho gusto, asintió ella». Hice un borrador, luego lo copié, lo leyó ella y lo firmó.

—¿Y salió mucho de lo pronosticado por ella?

—Casi todo.

—¿Y eso le ha inclinado a creer en brujerías?

—Sí. ¿No le parece que es extraordinario? Una vez que estuve en el Brasil supe que en una aldea del interior había un santo negro a quien llamaban Elomango. Este hombre que algunos conocían por *el Chitomé*, presidía todas las semanas una especie de misterios, de noche, en una cueva. Mi chófer, un inglés, era amigo de un boxeador negro y el boxeador le conocía al Chitomé. Me dijo que lo consideraba como hombre extraordinario en el culto Macumba.

Yo decidí ir y en el auto con el chófer y boxeador negro marchamos en plena noche hasta una aldea de chozas totalmente igual que las de África. Dejamos el auto, echamos a andar y avanzamos a la luz de la luna y entramos en una cueva grande con el suelo de arena, iluminada con velas como una iglesia. En medio, sobre una piedra cuadrada, estaba el hechicero vestido de blanco de la cabeza a los pies. Era un tipo robusto de un color negro muy subido y con mucho blanco en los ojos. A su alrededor, formando como un semicírculo, había unos jóvenes negros de ambos sexos también vestidos de blanco y descalzos. Enfrente estaba el público: doscientas o trescientas personas sentadas y acurrucadas. Nos quitamos, el chófer, el boxeador y yo, los zapatos y esperamos. El chófer llevaba la pistola en el bolsillo y estaba dispuesto a disparar si nos atacaban. Claro que nos hubieran matado. Empezaron a sonar unos tan-tan y después unos cantos monótonos que tenían como estribillo la palabra gan-gan, o algo parecido. Así estuvieron horas y horas. Luego interrumpieron los cantos con bailes, unos bailes terribles, dislocados, eróticos. El chitomé paraba un momento el canto levantando la mano y decía: «Que venga la Fulana». Esta salía del público, se acercaba a él, se ponía de rodillas y el hechicero le decía: «Has pecado». La negra comenzaba a llorar y se arrastraba a los pies del Chitomé y seguía la música y el coro. Me llegó la hora a mí. «¿Qué quieres?», me dijo el mago. «Quiero conocer

tu religión y entrar en ella». Me hizo arrodillarme y comenzaron otra vez las canciones en coro. Yo empezaba a estar mareada. Entonces el Chitomé me puso la mano en la frente y empezó a mirarme con sus ojos blancos. Parecía que quería hipnotizarme. Me daba vueltas la cabeza, pero seguía firme. Cantaron y cantaron, y yo seguía derecha y sin rendirme... Entonces empezó a entrar un rayo de sol en la cueva, el hechicero negro me dijo: «Tienes tanta fuerza o más que yo. Ven la semana que viene.» Salí con mi chófer y con el boxeador negro y en el auto me desmayé.

Kitty tradujo al ruso lo que contó la uruguaya, para que lo entendiera Golowin.

—Algo he entendido —dijo este—. Lo que no comprendo es para qué hizo eso, con qué objeto.

—¿Qué le parece a usted esa fantasía mía? —preguntó la uruguaya en francés a Golowin.

—Que le debieran poner a usted como a las niñas traviesas en los colegios, de pie y con la nariz hacia la pared.

La americana se rio. El ruso siguió diciendo:

—Tiene usted, sin duda alguna, elemento de raza inclinado a lo fantástico. Por su tipo parece usted una española, pero los españoles no creo que sean muy partidarios de esta clase de cosas. ¿No tiene usted algún ascendiente irlandés?

—¿Cómo no? Sí. Mi padre era irlandés. Es curioso que lo haya adivinado.

—He supuesto, nada más. No me vaya usted a tomar por un hechicero.

Se despidieron de la uruguaya. Salieron a la calle. Hacía mucho frío y marcharon todos corriendo a tomar el Metropolitano.



Durante el invierno Laura tuvo noticias de su hermano. Llegado a Francia, vivió en Etchebiague. Silvia le escribió una carta larga, contándole las aventuras de Luis.

Su historia, al parecer, había sido bastante accidentada.

El día de la revuelta, al ir al cuartel de la Montaña, vestido de paisano, le hicieron prisionero y lo llevaron a la cárcel Modelo. Pasó mucho tiempo allí, suponiendo que de un día a otro le llegaría el fusilamiento. No sabían quién era y lo pusieron de pinche en la cocina.

Un día estaba haciendo el rancho, y un tipo con aire de policía preguntó:

—¿Hay aquí un oficial que se llama Luis Monroy?

—No; aquí no. Yo al menos no lo conozco.

Le trasladaron a una cárcel de Alcalá. Se hacía llamar como un ordenanza de su padre, que tendría entonces cincuenta años, Segundo Martínez. Se dejaba las barbas, usaba anteojos negros y estaba absolutamente desconocido.

Como sabía conducir le pusieron de chófer en un camión que iba y venía de Madrid a Alcalá. Algunos días conducía solo y tenía que hacer la carga y descarga, otros llevaba un muchacho como grifo que tenía la condición extraña de dormirse cuando empezaba a marchar el auto y a funcionar el motor.

Un día, al pasar por la calle de Ferraz, por delante de su casa, había gente en los alrededores y tuvo que pararse. En el portal próximo vio que sacaban al dueño de la casa vecina, a don Cenón Garrido, y lo llevaban sin duda para fusilarlo. Recordó con espanto el pronóstico de la tertulia de Silvia. Cierto que a don Cenón no lo arrastraban, pero no le faltaba mucho. A Luis no le conoció nadie.

Oyó decir en la calle que el señor Garrido se había refugiado en una Embajada; después le habían dicho que estaban robando su finca y la preocupación de propietario superó a su miedo y por la mañana fue a verla y el portero avisó a una patrulla de milicianos que le había prendido y le llevaba a fusilar.

El caso le dio a Luis ganas de escaparse a la carrera. Una mañana después cargó su camión en un depósito del paseo de las Delicias. El chico, medio simple o mal alimentado, al cuarto de hora estaba completamente dormido.

Llegaron tarde a Alcalá. El almacén donde había que descargar fuera del pueblo estaba cerrado. El chico se fue a buscar un sitio donde poder dormir. A Luis se le ocurrió continuar con su camión por la carretera. Cerca de Torija encontró a un grupo de milicianos:

—¡Alto! —le dijeron echándose el fusil a la cara.

Se paró.

—¿A dónde vas, camarada?

—Voy a Guadalajara con el carbón y se me ha hecho tarde.

—¿Sabes el santo y seña?

—Yo no sé nada.

—Bueno. Pues sigue adelante.

Antes de llegar a Guadalajara dejó el camión en la carretera y se echó a dormir algunas horas. Cuando se despertó estaba empezando a amanecer. Se encontró con unos milicianos de un pueblo próximo. Le detuvieron y decidieron quedarse con el carbón. Los milicianos se repartieron los sacos, llevaron a Luis a un cuartelillo y le inscribieron entre los suyos con el nombre que dio: Juan López García.

Al cabo de algunos días le agregaron a una partida que iba a ocupar un pueblo.

Anduvieron a tiros con unos grupos de fascistas y se acercaron a la Mancha. Lo que Luis quería era alejarse de Madrid y marchar donde nadie le conociera.

En el pueblo de la Mancha estuvo en la casa de un cosechero rico y la hija de la casa se llegó a interesar por él. De la Mancha fue a Andalucía, de donde contaba cosas horribles. Había visto personas a las que iban a fusilar con un collar de ojos de personas al cuello. Como en todas las guerras españolas, el sadismo aparecía más en el sur que en el Norte. En el Norte era más la brutalidad simple: el fusilamiento y el incendio.

Herido en la pierna, Luis volvió al pueblo de la Mancha y se casó con la hija del cosechero.

Había quedado un poco cojo.

La familia de su mujer tenía amistades en Alicante y fueron allí. La documentación de Luis no era muy clara y no podía presentarse en ninguna oficina con garantías de no ser detenido. Como era hombre de voluntad, decidió escapar. El único procedimiento que encontró fue el salir un día a nado y abordar a un barco a la salida del puerto. Se preparó durante un mes, yendo a la playa y poniéndose a nadar cada vez más lejos.

Su mujer tomó pasaje para ella y para él en un paquebote que iba a Argelia y el día de la partida en que ella esperaba en el barco, Luis llegó a la escalerilla, casi desmayado de cansancio, subió a la cubierta y se tendió en el suelo. Le llevaron a un camastro y le abrigaron con mantas. El barco se dirigió a Orán. Pasó en esta ciudad el matrimonio unos meses y después fueron los dos a Marsella y de Marsella a Bayona.

«Tu hermano Luis —concluía diciendo Silvia en su carta—, ha tomado un aire de viejo y de raído. Se le nota en su cara, como en su moral, lo que antes no se le notaba tanto. Se ve en sus facciones el egoísmo y el espíritu mezquino. Su mujer es una aldeana con aire de tosca y voluntariosa y creo que tú no podrías entenderte con ella.»

Silvia nunca había tenido simpatía por Luis. Entre ellos había pasado algo y se odiaban. Añadió que Luis había hecho gestiones para entrar en España en el lado blanco, pero sus gestiones habían sido infructuosas.

—Yo, la verdad, no me casaría con él aunque quedara viuda —dijo de pronto Mercedes a Laura.

—¿Y por qué?

—Primero porque él no querría, después porque yo no lo querría tampoco. Eso ha pasado para mí ya para siempre.

—¡Pobre Luis! Parece que todos os ponéis en contra de él. Yo no digo que no tenga defectos, pero ahora, sin duda, no se le perdona nada.

## TERCERA PARTE

I  
EL DOCTOR BEARN

Quince días después, Laura preguntó a su amiga Bazarof:

—¿Se marchó nuestro amigo, el ruso?

—No; tiene algunas cosas que hacer aquí.

Laura estaba, por aquel tiempo, muy entretenida con los amores del doctor Bearn y Mercedes. Mercedes aseguraba que no eran partidaria de cambiar de vida.

—Ya me han pasado cosas bastante desagradables —decía.

—El casarse no creo que sea desagradable siempre —le replicó Laura en broma.

—Quiero vivir para mi hijo y no quiero que me reprochen el haberlo tenido. La verdad, me parece muy bien tener un hijo y no tener marido, porque así no necesito ocuparme más que del chico.

—A ver si tú vas a decir como las mujeres comunistas o anarquistas en una manifestación de Madrid.

—¿Qué decían?

—Hijos, sí. Maridos, no.

—Ya que no tengo marido, ¿por qué no? Hay que acomodarse a las circunstancias.

Luego aseguró que no pensaba absolutamente nada en Luis.

—¿Es verdad?

—Verdad completa. Se dice que las mujeres somos volubles. Yo no lo soy. Estaba pensando siempre en Luis. Viene un bárbaro y me hace un hijo; pues ya no pienso más en él ni en nadie.

Mercedes estaba colocada en un almacén, como había deseado, y el verano iba a ir a Deauville.

El doctor Bearn quería casarse con ella. Adoptaría el hijo, al cual daría su apellido. Así se lo dijo a Laura repetidas veces. Luego añadió:

—Tengo el plan de marcharme a los Estados Unidos. Allí hay un compañero que ha puesto una clínica y que me invita a reunirme con él y hasta me llama con urgencia.

Anteriormente había retrasado el viaje porque no tenía necesidades y en Bayona vivía con su familia con gran comodidad, pero prefería marcharse ya casado.

Mercedes no se decidía y ponía reparos al proyecto de su matrimonio. ¿No le reprocharía Bearn después lo ocurrido? Si tenían otros hijos, ¿no despreciaría a su *morrosko*, al hijo de la violación? El doctor aseguraba que no, que estuviera tranquila.

Después de discutir el médico con Mercedes preguntó su opinión a Laura.

—Mercedes es una mujer que está muy bien —le dijo Laura—, y cuidado que yo antes no la podía ver ni en pintura; pero tiene un carácter muy noble y muy digno. No quiere tomar una decisión rápida. Considera, y es verdad, que ella no ha cometido

ninguna falta. Ha sido el Destino que le ha hecho madre y quiere poder querer a su hijo, como otra madre cualquiera, y ver qué camino puede seguir en la vida.

El médico defendía el matrimonio como la solución mejor para Mercedes.

Esta le dijo al médico:

—Venga usted al principio del otoño, si es que yo no voy a Bidart, y entonces nos explicaremos y me decidiré.

El ruso Golowin, durante la primavera propuso a Laura y a Kitty Bazarof el pasar unos días a orilla del lago de Lucerna, donde tenía una Casa alquilada. Si aceptaban, él les mandaría un billete de ida y vuelta a cada una y un amigo suyo se encargaría de proporcionarles un pasaporte.

Kitty explicó a Laura que Golowin era hombre rico, generoso y amable; tenía una niña de nueve a diez años, un poco enfermiza, caprichosa y nerviosa, y quizá quería llevarlas a ellas para ver si su niña simpatizaba con alguna de las dos y entonces él pensaba proponer, a la elegida, si quería ser institutriz de la niña.

—Ya veremos si insiste —dijo Laura— o se olvida.

Por entonces Silvia, la marquesa, volvió a escribir a Laura hablándole de su hermano.

Luis tuvo la pretensión de entrar en España en el ejército blanco, pero le negaron la entrada y se marchaba de nuevo a Argelia.

Según Silvia, Luis, como muy egoísta y desconfiado, al saber lo ocurrido a Mercedes, había dicho: «Sí, esos son los pretextos de la mujeres, siempre pasa lo mismo. Las fuerzan, ellas no quieren.»

Laura se lo contó a Mercedes, que se echó a reír.

—¡Pero qué idiota es ese hombre! —dijo Laura—. Y él se casa. Yo voy a reñir con toda la familia.

—Déjalo, ¡qué importa!

—Es demasiada necedad.

Laura contó también al doctor Bearn la opinión de su hermano acerca de Mercedes y el doctor se encogió de hombros.

—¿Mercedes y usted son buenas amigas? —le preguntó a Laura.

—Sí, pienso que sí. Yo, al menos, le deseo la mayor felicidad a Mercedes con todo mi corazón.

—A ella le pasa lo mismo con usted.

—Sí, es cierto. Antes, la verdad, no nos queríamos y nos mirábamos desdeñosamente; pero luego hemos cambiado.

—Ella también la quiere a usted mucho. Yo desearía que usted le aconseje bien, que le impida hacer alguna tontería por querer mostrarse demasiado independiente.

Un día apareció el señor Golowin y volvió a preguntar a Kitty y a Laura si estaban dispuestas a ir a pasar unos días de vacaciones a Lucerna, a su casa. Estaba allí de temporada.

Ellas contestaron que sí.

—¡Las mujeres son ustedes tan raras! —dijo el ruso con candidez—, y no sabe uno sus reacciones. Yo todavía no he podido entenderme con ninguna.

Las dos muchachas se echaron a reír.

—No se ríen ustedes, es la pura verdad. Lo más triste es que con mi hija, que no tiene más que nueve años, tampoco me arreglo bien.

—¿Por qué?

—Mi chica tiene una psicología de gato.

—¿Y usted?

—Yo creo que la tengo de perro. Así que no nos podemos entender.

—Pues, ¿qué les pasa?

—Ha tenido tres institutrices, dos alemanas y una polaca. A mí me parecían bien, pero ella a todas las encuentra insoportables y con todas ha reñido.

—Quizá tenga razón —dijo Kitty.

—Sí, pero mientras tanto a mí no me deja vivir en paz. Yo quisiera dedicarme a mi astronomía, pero es imposible. Siempre tengo riñas, quejas. ¿Ninguna de ustedes dos tiene aficiones pedagógicas?

—Laura da lección a dos chicos —dijo Kitty.

—Pero no me luzco como institutriz.

Golowin convidó a comer a las dos muchachas y habló de una manera un tanto pesimista de la vida suya y de la vida en general.

—Es evidente que para que los hombres vivan satisfechos tienen que tener cierta confusión en la cabeza —dijo—. Yo siempre he pretendido ver claro y es una estupidez. Cuando las gentes empiezan a ver claro están perdidas. No advierten a su alrededor más que absurdos y monstruosidades, oscuridad y extravagancia.

—Yo creo lo contrario —repuso Kitty—. A mí me parece que el ser desgraciado viene de no entender.

—No, no. Para mí la mayoría de las personas dicen que son desgraciadas por motivos falsos; los motivos verdaderos, si los conocen, casi siempre se los callan porque les avergüenzan.

—¿Qué idea más negra tiene usted de todo, príncipe! —le dijo Kitty.

—No me llame usted príncipe, porque no lo soy.

—Pues yo he oído decir que sí, que los Golowin lo son. Y usted me parece que tiene mucho aire de serlo. Tiene usted, por otra parte, una mala idea de la masa

humana, que es la que posee a veces sentimientos más nobles.

Kitty era una mujer optimista y exagerada. Todo le parecía extraordinario. Mostraba una tendencia marcada por la hipérbole y la amplificación.

—Yo creo que lo que se convierte en sentimiento colectivo —dijo Golowin— es porque es falso y aparatoso. ¿Qué ideas nobles puede tener una masa brutal y llena de apetitos? Ninguna. Todos sus proyectos serán feroces, egoístas y vengativos.

—¿Y las mujeres?

—Las mujeres quizá sean mejores, aunque creo que tienen, en general, menos idealismo que los hombres y más claridad en sus juicios. Una mujer considera que comer, beber, bailar, hacer un poco de *sport*, constituye una vida agradable. A casi todas las mujeres les gusta la vida ordinaria y cotidiana; a los hombres les gusta también, pero hay una parte de ellos que sueñan con aventuras.

—¿Y por qué le parece a usted eso mejor?

—¿Mejor? No sé. Por lo menos más interesante. El hombre, que creo que es más malo que la mujer, es más ambicioso, y por eso más insatisfecho.

—Yo también creo como usted —dijo Laura—. Las mujeres somos mediocres.

—No estoy de acuerdo —exclamó Kitty.

Golowin contó que en una conferencia de un pueblo de Suiza alemana, habló de un modo un poco lírico, sin proponérselo, y al salir se le acercó un señor francés que era catedrático y le dijo: —*Surtout pas d'ailes, monsieur*—. Frase que el pensar en ella le hacía reír.

Golowin era muy inclinado a la raza germánica. Contaba que al día siguiente de dar su conferencia y de oír la observación del francés, al entrar en una librería, tres jóvenes alemanes se habían parado a su paso y de pronto los tres se habían descubierto y le habían saludado sin decir nada.

No es que él creyese que su conferencia fuese una maravilla, pero estaba bien este romanticismo juvenil.

Unas semanas después, Kitty Bazarof le dijo a Laura:

—Golowin me ha repetido que te pregunte si quieres ir a pasar dos semanas de vacaciones a la casa donde vive ahora en Lucerna.

—¿Es que sigue con el proyecto de que alguna de las dos seamos la institutriz de su chica?

—Sí, él cree sobre todo que tú le servirías muy bien.

—No sé, ¿y qué es lo que habría que hacer?

—Enseñar a la chica un poco de matemáticas, de geometría, de historia, etc.; parece que la niña está muy atrasada, que es un poco caprichosa, como hija única.

—Malo. ¿Y dónde hay que vivir?

—Por ahora en Lucerna, en una hermosa casa a orillas del lago, luego en Basilea. Él me ha dicho que paga trescientos francos al mes a las institutrices, pero que a la que supiera enseñar y educar a la chica le daría cuatrocientos francos suizos con gusto.



—¿Qué son?

—Unos tres mil francos franceses.

—Es mucho. ¿Y la vida?

—Todo gratis.

—Es ofrecimiento magnífico.

—Pues nada, decídete. Si vas el verano, yo voy contigo, porque Golowin quiere que te acompañe.

Era lo cierto que no había ningún obstáculo para su marcha.

El pensar que le podía enviar dos mil francos a su madre al mes le parecía a Laura muy bien.

Mercedes y Camila Trousseau hablaron largo rato con Golowin, le encontraron muy distinguido, muy guapo y le dieron muchas bromas a Laura sobre su futuro patrón.

Mercedes, desde que estaba en el almacén, se mostraba muy satisfecha. En parte era muy comprensible. Se distinguía. Uno de los dependientes de importancia de la casa la trataba con muchos miramientos, la acompañaba, la galanteaba y algunos domingos salía con ella.

Era un joven un tanto comunista y presuntuoso. Con relación a España se mostraba muy rojo. Decía también que el gobierno ayudaría a los obreros de París a que explotaran al burgués de todos los países con la Exposición Universal.

A Laura le chocaba que Mercedes hubiera olvidado por completo a su hermano Luis. Ya comprendía que había hecho bien, que no valía la pena de pensar en el pasado. Una vez se lo dijo:

—¿Qué quieres? —le replicó ella burlonamente—, tú eres una chica muy romántica y yo no. Tu hermano Luis y yo somos vulgares. Nos consolamos pronto, tú no, tú eres una sensitiva. No eres para andar con horteras como yo. Vete con tu príncipe, que es lo mejor que puedes hacer.

Laura vacilaba en ir a Suiza y explicó a Golowin que temía, de aceptar su proposición, el fracasar en Lucerna y perder la plaza que tenía en París.

—No se preocupe usted por eso —le dijo él—. Haremos un contrato de seis meses o de un año si quiere usted. Si a mi chica no le gusta tenerle a usted como maestra, se queda usted en casa y hace para mí unos trabajos de traducción.

En estas condiciones, Laura aceptó.

Al día siguiente, decidida a marchar a Lucerna, fue a casa del profesor donde trabajaba, quien al indicarle que se marchaba de París, se mostró sorprendido e impresionado.

—¿Y a dónde va usted? ¿A España? —le preguntó.

—No, voy a Suiza.

—Pues me fastidia usted. Podría usted haberme avisado.

Era una reacción de hombre tímido que se encontraba muy identificado con ella y se había hecho ilusiones.

—¿Se siente usted mal aquí? —la preguntó luego.

—No. Todo lo contrario. Le agradezco su amabilidad.

—¿Pues entonces?

—Aquí no estoy mal, pero no le puedo mandar ningún dinero a mi madre para que pueda vivir, y he encontrado ahora una plaza con buen sueldo.

—¿En dónde?

—En Lucerna.

—¿Suiza alemana?

—Sí.

—Si no se entiende usted bien allí en Suiza, vuelva usted aquí y avíseme.

Aquel hombre le daba a Laura cierta pena. Comprendía que era como ella; que a pesar de su mujer y sus dos hijos se sentía solo como un hongo y que tenía que vivir con sus ilusiones y su trabajo, en el cual no creía gran cosa.

La mujer del profesor despidió a Laura con cierta ironía.

Los dos chicos a quienes daba clase y que no tenían muy buena intención para ella, se alegraron de que se marchara su profesora, pero tuvieron que mostrarse de mal humor, rencorosos y decirle cosas desagradables.

Kitty y Laura hicieron sus preparativos. Les habían arreglado los pasaportes y telegrafiaron a Golowin: «Salimos mañana para Basilea. Iremos al Hotel del Parque.» Allí les había indicado que fueran.

Para celebrar el viaje cenaron en un restaurante de la Plaza de Montparnasse con Camila y Mercedes.

—Nada, yo la veo a Laura casada con Golowin, hecha una dama rusa —dijo Mercedes.

—No digas tonterías —replicó la aludida.

—¿Pues qué quieres? —añadió Mercedes—, tengo el presentimiento de que así ha de ser y me parece que los dos os habéis de entender muy bien.

Al día siguiente Kitty y Laura, después de almorzar, fueron a la estación. En el tren se encontraron con un joven alemán, de lo más clásico alemán que podía darse, alto, flaco, rubio, melencólico, con anteojos de lentes muy convexas. Era un lector desenfrenado, un espíritu entusiasta y fogoso; sabía historia, filología, latín, griego, árabe y sánscrito, y estaba preparándose para el profesorado. Kitty habló con él y compitió con el joven sabio en entusiasmo y en optimismo generoso. Laura se reía por dentro.

—¡Qué tipos! —pensaba.

Luego Kitty le dijo que el joven alemán le parecía uno de aquellos herejes españoles del Renacimiento, como Miguel Servet, que a ella le preocupaban.

Llegaron ya de noche a Basilea y fueron, como habían dicho, al Hotel del Parque. Kitty avisó a Golowin por teléfono que se encontraban allí.

A Laura le hizo muy buena impresión el levantarse de la cama, abrir la ventana y encontrarse frente a los árboles del parque iluminados por un sol claro.

A las diez de la mañana apareció el ruso en un automóvil reluciente y charolado.

—¿Han dormido ustedes bien? —preguntó Golowin.

—Muy bien.

—¿Quieren ustedes que vayamos?

—Vamos en seguida.

—Pasaremos un momento por mi casa, donde tengo que recoger unos libros, y comeremos en el camino.

El ruso ordenó a un mozo que colocara el equipaje de las dos muchachas en el automóvil e inmediatamente echaron a andar.

Fueron a una altura en donde estaba la casa en la que vivía Golowin.

—No las invito a entrar —les dijo—, porque está todo cerrado. Esta es la casa donde he vivido siempre en Suiza, pero me trasladé a Lucerna porque el ir allí le ilusionaba mucho a mi hija. Aquí, en la terraza esta, pueden esperar un rato. Es cuestión de cinco minutos.

Pasaron Laura y Kitty a una terraza en donde daba el sol. Se veía a lo lejos una cadena de montes. Poco después volvió Golowin, entraron en el auto, salieron a la carretera y siguieron la marcha.

Comieron en Berna, en un café céntrico lleno de gente, y continuaron el camino. Este era tan variado, tan lleno de curiosidades, que charlando de lo que veían y oyendo las explicaciones del ruso llegaron al lago de Lucerna y después de recorrer la orilla durante media hora, se desviaron de la carretera, alejándose del lago un kilómetro y avanzaron por un parque treinta o cuarenta metros hasta parar delante de una puerta con una marquesina de cristal y una escalera de ocho o diez escalones.

Les salió a recibir una señora de alguna edad, fuerte y sonriente, y una niña delgadita, pálida, con el pelo rubio y los ojos brillantes.

La niña tomó la mano a Laura y le hizo una reverencia de colegio, echando el pie hacia atrás mientras la miraba fijamente con sus grandes ojos brillantes y su cara seria y blanca.

—¿Es ella? —preguntó la niña a su padre.

—Sí. Aquí tiene usted a Natalia, a mi hija, que estaba muy ilusionada esperándola a usted —dijo Golowin.

—¡Ah! ¿Esta chica es su hija?

—Sí.

—Parece una infanta de Velázquez.

Natalia tenía la tez blanca, la boca rosa y ojos medio azules, medio verdes, tan brillantes y tan intensos que parecían negros.

Alrededor de la niña se agitaba un perro blanquecino con barbas, que se puso a saltar delante de Laura y de Kitty.

—Este también tiene gana de dar la bienvenida —dijo Golowin—. Bueno, *Troll*. ¡Abajo!

El perro, que tenía cara de persona, corrió y ladró de derecha a izquierda.

Por lo que dijo después Golowin, desde que su hija supo que le iban a traer como institutriz a una española empezó a leer una colección de cuentos. Había dos o tres que pasaban en España y no hizo más que preguntarle a su padre si en España había palmeras, si las mujeres iban con mantilla y si todavía quedaban moros con turbantes como en un cuento, aunque creía que esto debió de pasar hacía mucho tiempo.

Entraron Laura y Kitty en la villa con sus tejados puntiagudos de pizarra. Esta se hallaba en un parque poblado de árboles espesos, limitado por una verja con tela metálica. Los tilos grandes, los álamos y abetos, formaban al Norte una muralla. Hacia el Mediodía, se extendían árboles frutales puestos en hilera, en túneles o respaldados en las tapias.

Lo intrincado de los árboles quitaba en parte luz y aire y dejaba un poco triste la villa. Se llegaba al piso bajo y allí se salía a un vestíbulo oscuro. Se pasaba de él a varios salones de tono apagado y sombrío. En estas salas se veían cuadros de color negruzco. En el otro extremo del piso había un pabellón de cristales que daba al jardín. Las enredaderas y las plantas parásitas lo rodeaban de tal manera de follaje verde, que le quitaban toda claridad. Allí se comía habitualmente, menos cuando llovía, porque entonces el cenador quedaba sin luz.

El salón principal tenía algunos libros antiguos, casi todos en alemán, cuadros y estampas y un aparato de radio sobre una mesa.

Había también una caja de música que no funcionaba. Era como un armario pequeño que tenía en la parte alta un saloncito muy chico con un cristal delante y dos monos sentados vestidos con casaca azul y pantalón corto, llenos de lazos, el uno que tocaba un violoncelo y el otro un violín. Natalia quería a todo trance que arreglaran la

caja para ver moverse a los dos muñecos, pero Golowin le decía que en tal caso tenían que pedir permiso al dueño, que no estaba por entonces en Lucerna.

En el piso bajo estaban las habitaciones y gabinetes, y en el segundo alcobas y varios locales para distintos trabajos caseros y una especie de estudio.

La villa era grande; el conjunto, triste.

—Demasiado árbol —dijo Kitty.

—Sí, queda todo esto un poco oscuro.

Kitty encontró que aquella casa entre árboles recordaba la descripción del palacio de una novela corta de Edgard Poe. Laura había leído también esta novela, pero no le parecía que la mansión misteriosa de Poe tuviera ninguna semejanza con la villa suiza de aire burgués donde estaban.

—Luego, todo es decoración del siglo XIX —dijo Kitty.

—¿Y qué? ¿Tú crees que es más bonita la del siglo XX? Yo no lo veo.

—Por lo menos es más limpia.

—Más limpia, quizá, pero más fea también. A mí no me disgusta el papel de color, la chimenea, el espejo, las molduras, los cuadros...

—Todo lleno de polvo, antihigiénico.

—Sí, ¿pero cómo se va a vivir con una higiene completa? Si el vivir es antihigiénico ya de por sí.

—No digas tonterías. Veo que las españolas están locas.

—Escojan ustedes el cuarto que les guste más —dijo Golowin a las dos muchachas—, y si quieren, aquí, al lado, tienen ustedes un salón con cuadros que no se utilizan, y si les gusta alguno de los cuadros o estampas, lo llevan a su cuarto y lo cuelgan allí.

Laura escogió para ella un cuarto en el segundo piso, alegre, desde cuya ventana se veía el lago y la otra orilla con un embarcadero y una casa. Llevó a este cuarto un paisaje y una estampa del salón, como le había dicho Golowin. Cerca, en otra alcoba próxima, se instaló Kitty y sacó todos los cuadros que había como si constituyeran un peligro para la salud. Las dos habitaciones tenían un zócalo alto de madera, sin duda por la humedad.

La señora rubia que salió a recibirlas, el ama de llaves, hizo los honores de la casa. Se llamaba de apellido Bergmann. Esta señora acompañó a su cuarto a Laura y le dio algunas explicaciones. Laura iba a sacar la ropa de la maleta y del baúl, a colocarla en el armario, pero la señora Bergmann no lo permitió y llamó a la doncella y le encargó esta labor.

Después Laura se reunió con Kitty y con Golowin.

Kitty se desenvolvía mejor, sobre todo al principio; tenía la ventaja de que podía hablar alemán y ruso con las personas de la casa.

Salieron a darse cuenta de los alrededores y fueron paseándose por la orilla del lago y

Golowin les mostró lo más pintoresco y curioso de los alrededores. Les indicó los montes de la orilla opuesta. Volvieron a las ocho para cenar.

Estaban sentados todavía a la mesa cuando se presentó la niña. Venía a saludar a Laura para irse a la cama. Se le acercó con un aire de interrogación a darle la mano.

Laura la cogió en brazos y la besó. La chica se acurrucó en su regazo como un niño pequeño.

Kitty Bazarof sonrió y dijo a Golowin:

—Tiene un carácter muy maternal.

La niña, cuando notó que el ama de llaves se acercaba, se levantó de prisa y se marchó diciendo:

—Hasta mañana.

Después llegó un amigo de Golowin, un señor elegante, viejo, antiguo diplomático que estaba por entonces jubilado.

Golowin dijo:

—Si están ustedes ya cansadas y quieren, deben irse a acostar.

Ninguna de las dos estaba cansada y escucharon lo que contó el diplomático, que se dedicó a ironizar sobre sus paisanos. Antes de las once se retiraron.

Kitty entró en el cuarto de Laura, cuando esta estaba ya acostada.

—¿Qué tal? —le preguntó.

—Muy bien. Ahora tengo un poco de escalofrió.

—Pues le diré al ama de llaves que te traiga una bolsa de agua caliente para los pies.

Efectivamente, así lo hizo, y las dos amigas charlaron media hora de la casa y del amo.

—¿Ahora estás mejor? —preguntó Kitty.

—Ahora estoy muy bien.

—Bueno, hasta mañana entonces.

Laura se durmió. Se despertó por la mañana. El lago tenía un aire de juventud y de brillantez espléndido. Kitty todavía dormía como un tronco.

Laura fue a ver a la señora Bergmann.

Habló con ella. El señor Golowin, según dijo, se había marchado a una casa de lo alto del monte, a donde subía en su auto para hacer sus observaciones astronómicas. Volvería para comer. El señor Golowin había indicado que mientras Kitty estuviera en la casa, la niña Natalia no daría lección y estos días se tendrían como vacaciones. Mientras hablaban vino Natalia con el perro y charló por los codos, y después llegó Kitty.

—Vamos a dar una vuelta a orillas del lago.

—Vamos.

El perro *Troll* las siguió y empezó a dar saltos y cabriolas y a mostrar por Laura un entusiasmo extraño.

—Lo has conquistado también —le dijo Kitty.

—Sí, parece que sí.

El paseo fue muy agradable.

A Kitty le pareció todo maravilloso. Laura quizá encontraba aquello demasiado idílico, demasiado teatral. El agua del lago llegaba en algunos sitios cerca de los parques de las villas. A lo lejos pasaban botes y algunos vapores grandes llenos de gente. Al volver, el ama de llaves, la señora Bergmann, les consultó sobre la comida. Natalia comía sola, pero estos días de vacaciones se cambiarían las costumbres y se reuniría con todos los demás en la mesa, siempre que prometiera ser formal.

La señora Bergmann era una rusa viuda que tenía un hijo en un colegio de Zúrich. Era antibolchevique furibunda. El señor Golowin le había dicho que Laura era española y muy inteligente. La señora Bergmann le recomendó que se quedara en la casa, donde reinaba gran paz. A la niña, que tenía, según la señora Bergmann, demasiada imaginación, le ilusionaba que Laura se quedara.

La última institutriz que tuvo, una señorita alemana, era, según decía el señor Golowin, muy dogmática. Para ella la sabiduría entera radicaba en Alemania; en los demás países había solo torpeza. Cuando le decía a Natalia que esto o aquello se hacía en su país de una manera perfecta o que las niñas de Alemania eran más inteligentes o más correctas que en Suiza, Natalia se enfurruñaba y le contestaba impertinencias.

El señor Golowin le decía a la institutriz alemana:

—No insista usted demasiado en ciertas cosas.

Ella no podía refrenar la satisfacción que le producía el poner a su país y a sus compatriotas como el modelo acabado de todo.

La señora Bergmann al hablar así se encogía de hombros. Después le preguntó a Laura por España. Laura le contestó con algunas vaguedades.

—Todos los trastornos de nuestra época vienen de la influencia y de las intrigas de los bolcheviques, que son verdaderos diablos —terminó asegurando la señora.

En esto apareció Golowin, se reunió con ellas, y fueron con él al comedor.

Después de comer preguntó a las dos muchachas si tendrían interés en subir al monte donde tenía algunos aparatos para sus observaciones astronómicas. Las dos dijeron que sí.

Golowin estaba haciendo estudios en esa zona mixta entre la astronomía y la física. Al parecer era muy fuerte en matemáticas; trabajaba en observatorios corrientes de poca altura y necesitaba estudiar en otros de gran altitud y pensaba ir más pronto o más tarde al monte Rosa a seguir sus investigaciones.

Después de tomar café, fueron a subir en el auto.

Natalia quiso montar también, pero su padre le indicó que tenía que hacer una visita a una familia de la vecindad, puesto que se había comprometido a ello.

La chica quedó desilusionada y mustia, y Laura dijo al señor Golowin:

—Déjela usted por una vez.

—Sí, sí; yo soy partidario de dejarla hacer todo, pero me parece que hay que

cumplir lo que se promete y ella prometió ir.

Entró la niña en el auto, y después saltó el perro y subieron en una media hora por una carretera en zigzag hasta arriba. En lo alto había unas cuantas fincas; luego un camino entre un bosque tupido de abetos un tanto sombrío, y en la cúspide misma una casa solo de un piso. Allí trabajaba el astrónomo. El señor Golowin mostró algunos aparatos que manejaba, y su hija, muy petulante, quiso dar también sus explicaciones.

Golowin advirtió a Laura que no cediera siempre con Natalia porque tenía un carácter un poco absorbente y no le dejaría vivir en paz.

—¡Pobre chica! ¿Usted cree que tiene un carácter absorbente?

—Sí, sí.

—Lo que le pasa es que vive sola. Si tuviera hermanos...

—No sé. Ella, indudablemente, se siente el centro del mundo; a mí, en cambio, me da la impresión mi vida de que debo de ser un satélite de un sistema astronómico muy poco importante.

—Pero usted es un hombre y un astrónomo. De chico no sería usted así.

—Creo que igual.

La niña enseñó a Kitty y a Laura los rincones de aquella casa y un pequeño jardín abandonado.

El perro se movía de un lado a otro y ladraba como diciendo:

—¡Qué bien estamos aquí todos!

Después de curiosear por allí y de preguntar por los montes, pueblos y aldeas que se veían, bajaron a la orilla del lago y fueron a merendar.

La niña les quiso enseñar sus juguetes. Había cerca de la casa un jardín con muchas plantas y flores. Algunas Laura las conocía muy bien y dijo a la chica:

—Entre las dos haremos un herbario.

Después Laura indicó a Natalia:

—Ahora creo que debes ir a hacer la visita que te ha recordado tu padre y que prometiste.

—Bueno, pues ya lo haré.

Efectivamente, salió.

Laura y Kitty se quedaron hablando durante largo rato hasta que apareció Golowin. Después llegó Natalia.

—¿Has ido a hacer la visita? —le preguntó su padre.

—Sí.

La niña contó a su padre lo que habían hecho; le dijo que su profesora nueva sabía mucho de las plantas y de las flores y que entre las dos iban a comenzar a hacer un herbario.

Natalia, con sus ojos brillantes y sus rizos rubios, ejercía cierta fascinación sobre las personas de la casa y le gustaba, sin duda, demostrarla.



El señor Golowin se fue al pueblo en automóvil y volvió para la hora de cenar.

Golowin tenía bastantes amigos. Estos iban con frecuencia a verle, entre ellos un fabricante de cerveza y un médico.

Por lo que contó, los dos eran inseparables. Hacía treinta años que salían juntos, los días de fiesta y finales de semana. El cervecero, un artista, pintaba una acuarela del lugar donde habían estado y generalmente era una cosa muy bonita y de buen gusto. A Golowin le producía asombro y entusiasmo que este hombre capaz de hacer algo bien no pretendiera industrializar su talento ni exhibirse y se contentara con hacer las acuarelas para su compañero de excursiones y que las vieran solo algunos conocidos.

A la hora de cenar se presentó como la noche anterior el vecino, antiguo diplomático, el señor Wollgraff, con un paquete redondo en el brazo. Eran unos discos de gramófono elegidos por él sin duda pensando que iban a ser oídos por dos señoritas, una rusa y otra española.

El señor Wollgraff pidió el gramófono a la señora Bergmann y lo puso en la galería.

La noche estaba espléndida, las estrellas brillaban en el cielo y se reflejaban en el agua tranquila del lago.

El señor Wollgraff era un señor alto y canoso. Había estado enfermo varios años en un sanatorio, con una profunda misantropía que le impulsaba a no querer ver a nadie, pero se encontraba ya curado. Solo a veces tenía dolores fulgurantes en las piernas y se paraba y decía:

—El rayo..., es el rayo..., ya ha pasado.

Después Laura y Kitty oyeron su extraña historia.

El señor Wollgraff había estado neurasténico durante mucho tiempo. Un día salió de casa, tomó el tren y se marchó hasta Viena. Había vivido allí de joven. Se alojó en un hotel donde solía alojarse en tiempo de su mocedad y cuyo amo le conocía y se encontró con que había olvidado su nombre y su residencia. Poco tiempo después, en el pueblo del lago de Lucerna, en el que veraneaba, apareció un cadáver en el agua y algunos creyeron que era el del señor Wollgraff, y se le dio por muerto. A los tres meses de andar por Viena el señor Wollgraff se encontró con un conocido suizo que se paró a hablar con él.

El señor Wollgraff dijo muy cariacontecido:

—Dígame usted cómo me llamo, porque se me ha olvidado.

El conocido comprendió que su amigo estaba enfermo; lo llevó a una clínica para que le viera un médico y lo enviaron a Suiza con una enfermera. Le hicieron ingresar en un sanatorio y al año salió curado, aunque muy misántropo y aficionado a la soledad.

Poco a poco se le iban pasando estas inclinaciones y volvía a una vida normal.

Laura no había conocido a nadie en España con una enfermedad así; ya sabía que existían casos de amnesia, pero solo los había leído en libros de medicina, como una

curiosidad extraña.

El señor Wollgraff puso los discos en el gramófono después de pasarles un pañuelo de seda por encima.

Escucharon romanzas italianas, entre ellas una napolitana, *O sole mío*, después una jota española y la habanera *La paloma*, de Iradier. El diplomático dijo:

—Un viejo amigo mío oyó esta canción en casa de Bismarck.

La señora Bergmann aseguró que hacía muchos años en Rusia, en un viaje que hizo el zar, al llegar a las estaciones del tren tocaban eso, y Wollgraff recordó que en Méjico le dijeron que cuando fusilaron a Maximiliano la banda de música repitió la conocida habanera.

El diplomático debía estar muy enterado de la historia de la música.

Luego colocó en el gramófono el Concierto de Brandemburgo, de Juan Sebastián Bach. Su entusiasmo por el tal concierto le hacía ponerse delante del aparato y mover los brazos como si él mismo estuviera dirigiendo una orquesta.

Después puso discos de Don Juan, de Mozart, entre ellos el célebre dúo *Reich mir die Hand mein Leben*.

—¡Qué música esta de Mozart! Debía de ser un hombre sencillo y alegre —dijo Golowin.

—¡Algo maravilloso! —exclamó Kitty con entusiasmo.

—Yo creo que era un poco *polisson* —afirmó la señora Bergmann.

Golowin mandó al ama de llaves que subiera de la bodega una botella de champagne y se la bebieron alegremente.

Kitty, nada partidaria del reposo, comenzó los días siguientes a tocar el piano. Tenía muchas más condiciones que Laura para la ejecución, pero no muy buen gusto. Le entusiasmaba el estrépito y sobre todo Wagner.

Laura tocó alguna cosa sencilla de Beethoven y de Haydn, y Golowin la felicitó.

—No debe usted abandonar la música —le dijo.

No le hacía mucha gracia a Laura volver a ponerse en el piano, pero pensó hacerlo para no defraudar al señor Golowin.

La chica Natalia tenía buen oído, le gustaban las canciones italianas, pero la música clásica no la comprendía aún.

Días después, Golowin las llevó por la mañana a ver la ciudad, que parecía salida de una caja por ser tan limpia, tan pintada y ornamentada.

Vieron el puente cubierto de los Molinos con sus varios cuadros, reproducción de la Danza Macabra que hubo anteriormente en Basilea. Después, el de la Capilla, que cruza el río Reuss antes de salir al lago y que tiene una torre. Este puente forma un zigzag y está adornado con pinturas de la vida de San Leodegardo y de San Mauricio, patronos de la ciudad, y de otros cuadros que representan acontecimientos de la historia suiza.

Golowin les habló de Zwinglio, cura fanático y radical, que no contento con predicar, guerreaba y que murió en la torre del puente, herido, después de una batalla.

Estuvieron también a ver «el león de Lucerna», que está tallado en hueco en una roca. El león cuyo modelo hizo Thorwaldsen entre 1819 y 1821, está dedicado a los suizos muertos en la Revolución francesa, en defensa de la monarquía, y tiene esta inscripción: «*Helvetiorum fide ac virtute*» (a la fidelidad y virtud de los suizos). Golowin dijo que *virtute* debía traducirse mejor por valor que por virtud. Natalia pidió a su padre que les llevara a otros sitios en auto. Estuvieron por la tarde en Morat o Murten, donde hay un gran castillo, y un lago con antiguos palafitos. Aquí hubo una batalla entre borgoñones y suizos perdida por los primeros, a quienes mandaba Carlos el Temerario.

A Laura le recordó algo este lago de Morat, y pensando en ello le vino a la memoria que era una novela del vizconde de Arlincourt que tenía su madre y que ella leía de chica, titulada: «El solitario del monte salvaje», con una laminita con esta leyenda:

—«¡Cielos! ¿Dónde estoy?» —decía la virgen del monasterio.

—«En el osario del Morat» —contestaba otro con gran solemnidad.

Kitty se rio mucho de este recuerdo. Después fueron al lago de Neufchâtel. Las forasteras lo encontraron, por sus alrededores, con un aire de bahía del mar. Anduvieron por la ciudad, que les pareció muy alegre. Encontraron Neufchâtel un pueblo elegante y bonito y pasaron por las hermosas calles y avenidas.

—¿Por qué no nos dejas estar aquí esta noche, papá? —preguntó Natalia.

—Muy bien. Si es deseo general, aceptado —contestó el padre.

Cenaron en una terraza del café que daba al paseo del lago. El anochecer fue espléndido, tranquilo, de una temperatura suave.

Todavía después de cenar anduvieron paseando por el pueblo. Natalia hubiera querido embarcarse en una lancha y andar por el lago a la luz de la luna, pero Golowin no lo aceptó y se negó rotundamente. Natalia se echó a reír en vista de la oposición seria de su padre.

Se acostaron y al día siguiente, por la mañana, fueron en automóvil a Berna.

La ciudad la encontraron un poco seria y sombría. Comieron en el café Central, lleno de gente. Después vieron la fosa de los osos, hundida en el suelo, y Natalia echó zanahorias secas, que se vendían en paquetes, a los plantígrados encerrados allí.

Una de las cosas que celebró la niña fue ver que una señora inglesa vertió un chorro de leche de una botella desde lo alto y un oso pequeño puesto de pie tuvo la habilidad de bebería y se relamió satisfecho.

Por la tarde volvieron al lago de Lucerna, durmieron en un hotel de Saint Nicklausen y en el camino vieron la casa donde vivió Wagner, convertida en museo. Al día siguiente estaban en casa. Por la noche y por la radio oyeron un concierto de Cremona, en el aniversario de Stradivarius. Tocaban solo a Bach y a Boccherini, y tocaban muy bien; la gente aplaudía con gran entusiasmo.

Pronto pasaron los quince días y Kitty Bazarof se marchó a París con gran sentimiento suyo porque, según dijo con una efusión ingenua y cómica, adoraba a Golowin.

Después de estudiarlo y pensar en él había encontrado que debía parecerse a los herejes españoles del tipo de Miguel Servet, lo que era su manía.

Laura comenzó a llevar una vida monótona y agradable; tenía la impresión de que iba a cansarse pronto de aquella tranquilidad. Las lecciones de Natalia constituían lo más importante de sus trabajos. Le gustaba también ocuparse de los pequeños acontecimientos de la casa.

Tenían una cocinera, un mozo, una doncella y una mujer que hacía de criada para todo, una gigantesca alemana a quien el señor Golowin apodaba *la Walkiria*. Se llamaba Marta. No hablaba más que alemán y comenzaba a decir alguna que otra palabra en francés.

Entre la señora Bergmann y Marta solía haber discusiones y riñas. La Walkiria era muy hitleriana y, a veces, en el jardín donde trabajaba con la azada, ponía algunas flores que trazaban una cruz esvástica, y también había hecho una torta con adornos de cruces esvásticas de canela o de vainilla. Era una mujer muy independiente y muy poco sentimental. En la casa había una gata con cinco crías que estaban cuidadas por Golowin y por su hija.

—¿Para qué quiere usted estos gatos? —le preguntó Marta a la señora Bergmann un día—. Si usted quiere, yo los mataré ahora mismo.

Marta tenía una personalidad selvática y un tanto demoniaca. Un orgullo extraordinario. Se consideraba ofendida por muchas cosas. Creía que la querían rebajar por gusto.

Marta daba contestaciones absurdas.

—¿Por qué se marcha usted sin avisarme? —le preguntó la señora Bergmann una vez.

—Porque soy libre.

—Yo necesito saber cuándo está usted o no en casa —añadió la señora.

—Las horas que no tengo trabajo hago lo que quiero.

Aquella mujer era activa y turbulenta. La hija de Golowin, Natalia, la miraba con asombro y con cierta simpatía. Un día, la «Walkiria» estaba arreglando el jardín con la azada y le llamó la señora Bergmann. Marta tiró la azada, se acercó a la terraza y saltó a la cocina por una ventana que tenía cerca de dos metros de alta sobre el suelo.

Marta decía que soñaba con frecuencia con luchas de lobos feroces. Unas veces se acometían entre ellos y otras la atacaban y se defendía a palos.

La doncella, Fanny, de cerca de Neufchâtel, de una aldea, era muy seria, protestante y usaba anteojos, hablaba francés, miraba a la Walkiria como a un individuo raro y le hacía observaciones discretas.

Había pequeños detalles que a Laura le divertían mucho. Trajeron a un hombre ya de más de cuarenta años para que limpiara el jardín y ayudara a la Walkiria. Era un hombre alto, rubio, de buen aspecto, con barba y melena, pero trabajaba tan poco que

casi no hacía nada.

Golowin dijo de él, sonriendo:

—Es un ario noble y no puede trabajar como otro tipo vulgar.

A Golowin todo el mundo le parecía bien. No sentía antipatía ni odio por nadie y cuando se le hablaba de acciones malvadas, de sentimientos innobles, daba explicaciones cándidas y absurdas. Una canallada de perversa índole la atribuía a una educación deficiente, a una confusión, a un razonamiento inexacto o alguna otra cosa parecida.

A fuerza de tener buenas condiciones había llegado a colocarse en el mundo en una posición de las más cómodas en que podía colocarse un hombre.

En la casa todo el mundo tenía gran entusiasmo por el patrón. Los criados le miraban y le sonreían, los amigos se sentían a veces celosos unos de otros. Era un hombre tan condescendiente y tan amable que era difícil no tenerle simpatía. Producía atracción entre la gente, quizá sobre todo en las personas humildes. Su misma condescendencia le producía la aversión pasajera de sus conocidos, que le reprochaban el ser indiferente y versátil, el no dar importancia a las cosas y el sentir fácilmente simpatía por otros.

Uno de los visitantes de la casa era un músico viejo, violinista, que anduvo viajando por el mundo y sacó a flote una familia numerosa con su trabajo. Se llamaba Müller. ¿Qué le faltaba a este hombre para llegar a ser una celebridad? Era difícil saberlo. Efectivamente, no le faltaba arte, ni conocimientos, ni maestría, pero no había llegado a la fama. Él se felicitaba de ello porque decía que el éxito lo hubiera impulsado a hacer tonterías que no hizo.

Golowin lo consideraba como un verdadero germano de tipo aquilino. Era hombre amable, tocaba algunas veces con Laura, aunque esta aseguraba que no podía acompañarle porque no estaba a su altura.

Otro de los visitantes que iba con frecuencia era un viejo alcohólico. Este había estado entre España y Filipinas quince o veinte años y tenía por los toros y por las costumbres españolas una admiración extraordinaria. El señor Keller era de Basilea y conocía a Golowin de allá. Estaba retirado, tenía una pequeña pensión y pasaba una temporada el verano en casa de un amigo de Lucerna.

A este suizo españolista, Golowin le llamaba *el Español*. Era un aventurero, borracho, un poco cínico y entusiasta de los toros, que le parecían algo serio y admirable. El señor Keller, muy amigo del vino, no hacía más que repetir siempre las mismas anécdotas, pero, sin duda, a Golowin le hacían gracia y no le importunaban. Él tenía admiración por Golowin, a quien llamaba San Golowin porque lo consideraba como un bendito.

Era hombre grande y fuerte, con aire de toro, el pelo rojizo y unas manazas poderosas. Comía como un bárbaro y bebía lo mismo. Se le invitaba a comer con frecuencia.

Alguna vez decía a la señora Bergmann:

—Deme usted más, porque esto debe de estar muy bueno.

—¿No lo sabe usted? —le preguntaba ella con cierto desdén.

—No, todavía no. Cuando haya comido más lo sabré.

Keller decía muchos refranes. Aprovechaba la ocasión para enfilearlos sin gran oportunidad. Así que en su charla en español aparecían proverbios clásicos: «A perro viejo, no hay tus tus»; «el comer y el rascar, todo es empezar»; «no es tan fiero el león como lo pintan», etcétera.

—¿Quién le iba a decir a usted —exclamó Golowin, dirigiéndose a Laura con humor— que se iba a encontrar en Suiza con el auténtico Sancho Panza? Pues aquí lo tiene usted.

—No me ofende lo que dice usted de mí San Golowin —replicó Keller—, porque Sancho Panza es un sabio y yo he leído libros de grandes escritores antiguos y modernos que no me han parecido de una filosofía superior a la de Sancho Panza.

—¿Pero de verdad los ha leído usted?

—Sí, sí. Le diré a usted que debajo de una mala capa se esconde un buen bebedor.

Muchas anécdotas de almanaque le oyó contar y repetir Laura, algunas ya muy conocidas. Contaba con repertorio completo. Como Golowin tenía un espíritu científico, las catalogó en suizas, de gente conocida, españolas, filipinas, de salvajes y definiciones.

Golowin, en broma, le atacaba por sus anécdotas y le decía que eran viejas y de almanaque. Keller las contaba en francés y, si estaba delante Laura, en español. Golowin le salía al encuentro. De las españolas contaba con fruición esta, conocida:

«Como se sabe, en un pueblo de Andalucía, durante un sermón de la Pasión, predicado por un fraile elocuente, todo el mundo lloraba a lágrima viva menos un campesino, arrimado a un pilar, a quien no le hacía efecto la plática. Se le preguntó después qué le pasaba, porque no estaba conmovido. Él siguió frío e indiferente:

»—¿Pero usted, compadre, no ha llorado? —le dijo uno.

»—No.

»—¿Y por qué?

»—Porque yo no soy de la *pirroquia* —contestó él.»

—Bien, no tiene gracia, pero es curiosa —dijo Golowin.

De uno de los sabios, profesor de matemáticas de Zúrich, decía que conservó la memoria hasta la muerte. Estaba acabando y ya no hablaba, cuando le preguntó un colega al oído:

—¿La fórmula de la circunferencia?

»— $\pi r^2$  —contestó él, y se quedó muerto.»

—Amigo Keller, anécdota vulgarísima —dijo Golowin—, atribuida a varias personas.

—Entre nosotros —decía la señora Schulze— todos somos personas decentes. Cierto que mi cuñado hace versos, pero nosotros no tenemos la culpa y además no es de nuestra sangre.

—Eso ya está bien —indicó Golowin al oírlo—. Es muy suizo.

El señor Keller contaba también anécdotas de Filipinas, en donde había estado.

En la casa en que trabajaba él, eran muy religiosos. Un fraile que les visitaba les dijo una vez:

—Está bien que trabajen ustedes, pero hay que pensar en la salvación del alma.

El que hacía de jefe de los empleados, que era un vasco, contestó al fraile muy ingenuamente:

—Si el tiempo que tenemos que dedicar a la *salvación* del alma se considera dentro de las horas de *ofisina* lo *aseptamos* con gusto, pero si se considera fuera, nos tendrían que dar un extraordinario.

Otra anécdota que contaba de Manila le producía una gran alegría a Keller.

Un sabihondo de la ciudad, un pedante que estaba en una tertulia de señoras, encontró en un periódico un suelto que decía: «El brickbarca *La bella Julia* ha salido esta mañana de la bahía impulsado por un hermoso viento del S. E. (*sudeste*)».

El pedante leyó así:

«El brickbarca *La bella Julia* ha salido esta mañana de la bahía impulsado por un hermoso viento de Su Excelencia».

El dueño de una funeraria recibió de un señor viudo un encargo de poner en una corona: «Descansa en paz, hasta que nos veamos».

Una hora más tarde el cliente telefoneó: «Ponga usted en la corona como le he dicho: “Descansa en paz, hasta que nos veamos”, y añada “en el cielo” si hay sitio en la cinta».

El de las pompas fúnebres hizo el encargo, y como estaba acostumbrado a fantasías no le chocó, y al día siguiente, cuando la corona se puso en el coche fúnebre, la gente leyó con asombro: «Descansa en paz. Hasta que nos veamos en el cielo, si hay sitio».

El señor Keller decía: «En Filipinas los españoles se burlaban de mí porque no hablaba bien el castellano y me decían que únicamente me aceptarían entre los suyos cuando recitara una relación que empieza diciendo: “El perro de San Roque no tiene rabo”».

De los salvajes contaba varias historias, algunas de almanaque, otras inéditas.

—Los tagalos de Filipinas —dijo una vez— siguen practicando la magia con cosas modernas. A un paralítico, un médico tagalo le mandó frotarse con gasolina porque decía: «Si la gasolina hace andar a los autos, hará andar a las personas».

—¿Y qué le pasó al enfermo?

—Que se curó.

—Es curioso —dijo Golowin.

Luego Keller contó una historieta de almanaque:

—Un misionero vio llegar a un jefe de caníbales que quería hacerse cristiano. Le interrogó, le preguntó por su vida y costumbres y se enteró de que era polígamo.

»—Hasta que no tengas más que una mujer —le dijo— no vengas por aquí, no



puedes ser cristiano.

Al cabo de algún tiempo el buen salvaje se presentó humildemente:

»—Mire usted, padre —le dijo al misionero—, ya no tengo más que una mujer.

»—Muy bien, muy bien, hijo mío, ¿y qué has hecho con las otras?

»—Me las he ido comiendo, padre mío.

—Amigo Keller, eso es viejo, muy viejo. Inaceptable.

—Dirá San Golowin que también es viejo lo que yo he oído a un viajero que contaba que en la Australia había sido mordido por un *boomerang*, y no decía que le había envenenado por milagro.

—No, no. Eso no es viejo. Está bien.

Cada una de estas anécdotas terminaban con grandes risotadas que a la señora Bergmann le indignaban. Además de las anécdotas, había las definiciones y las frases: «Las mujeres son como las chuletas —decía—, cuanto más se les bate, están más tiernas.»

Pronto se acostumbraron a oír al chusco como quien oye llover.

El viejo Keller tenía entusiasmo por Laura, que le escuchaba, y muchas veces iba con algún ramo de flores para ella y antes de entregárselo, con un aire sentimental, llevaba el ramo al pecho a la altura del corazón y se lo daba después.

Ella sonreía y tomaba las flores.

—¿En su tiempo era usted un enamorado, Keller? —le decía Laura.

—Sí, entonces no me ocupaba, como ahora, tanto de la comida.

—¿Y no tuvo usted éxito?

—Poco.

Golowin trajo su violoncelo, que hacía mucho tiempo lo tenía olvidado, y tocaron a dúo, Laura y él, algunos trozos de Schumann, muy bien.

Golowin, hombre amable, sin prejuicios, tenía una gran benevolencia para todo el mundo. Lo que más le molestaba era la tragedia familiar, las actitudes dramáticas, lo que él llamaba el ibsenismo y el wagnerianismo casero.

—Mi hija ya tiene un poco esta tendencia —decía.

—Bien, es una cosa de niña.

—Cierto, pero hay que buscar que no se le desarrolle. Formaremos usted y yo una alianza defensiva.

—¿Contra ella? ¡No! ¡Pobrecilla!

—Para defendernos nosotros, que somos más tranquilos.

Los días se sucedían apaciblemente.

Laura sentía por Golowin un sentimiento de afecto, de ternura y de simpatía; quizá le desilusionaba verle vacilante y poco decidido.

Aun siendo para ella mucho más peligroso, le hubiera gustado más un hombre de decisiones fuertes aun a trueque de que se mostrara egoísta y bruto.

«¡Qué complejo de hembra más asqueroso, como diríamos en la Facultad!», se confesaba a sí misma en broma.

No le faltaba más que transigir con la tragedia familiar y casera y hasta desearla.

Ella creía que era su fondo instintivo de mujer lo que le inclinaba a esto. Quizá, también, el contagio con las ideas de Mercedes, y su admiración por el bárbaro que la había forzado, le inducían a pensar así.

Si la suerte hacía que ella viviera con Golowin, iban a formar una pareja débil. Cierta que ella se encontraba muy bien a su lado, y le tenía mucho cariño a Natalia, pero la debilidad de aquel hombre y hasta su blandura, su necesidad de abnegación, le parecían un grave defecto. Desde el principio pensó que una mujer corriente podría dominar a Golowin. Ella no se sentía con suficientes condiciones para esto y pensaba que, si lo intentara, se exponía además a quedar, ella también, dominada.

Laura iba perdiendo la preocupación de la inseguridad de la vida. Tenía un reposo que hasta entonces no había tenido, ni aun siquiera en España. Muchas veces se entristecía pensando en sus estudios interrumpidos probablemente para siempre; en su casa de Madrid, bombardeada y destruida, y no se sentía tan bien, ni tan contenta como lógicamente debía estarlo.

Comprendía que aquello no podía durar toda la vida y que este sosiego se había de interrumpir de algún modo.

Había abandonado por completo sus estudios médicos y lo olvidaba todo con rapidez. Acompañaba también al viejo violinista Müller a tocar alguna sonata de Beethoven, de violín y de piano, como la *Sonata a Kreutzer*. Golowin no era constante en la música, se cansaba pronto del violoncelo y se pasaba meses sin pensar

en él, ocupado con sus problemas astronómicos.

Por la noche, a primera hora, se acostaba a Natalia, que muchas veces se mostraba caprichosa y no quería ir a la cama. La señora Bergmann se quedaba medio dormida en un sillón haciendo algún jersey para su hijo, al lado de la lámpara. Golowin fumaba sentado en la oscuridad pensando en sus cuestiones científicas.

Laura terminaba su sonata y Golowin no se había dado cuenta.

—¿Para eso quiere usted que toque el piano?

—Me forjo algunas ilusiones mientras usted toca.

—Sí, pero yo no me forjo ninguna.

—Si alguna cosa que yo pueda hacer le gusta, me lo dice usted y lo haré inmediatamente.

Laura ya lo sabía, pero tenía el instinto de mostrarse un poco descontenta.

Cuando estaba sola ponía en el gramófono los discos que había traído el diplomático, la mayoría de Mozart, y escuchaba uno tras otro. También oía la radio.

El otoño y parte del invierno pasó así.

Laura se decía algunas veces que estaba en el limbo. Toda su vida le parecía gris, y las emociones, mitigadas.

Al comienzo de la primavera, Natalia, que padecía un catarro fuerte, amaneció un día con dolores en todo el cuerpo. Laura le puso el termómetro: la temperatura pasaba de cuarenta grados.

Avisaron al médico, antiguo amigo de Golowin, y dijo que la niña tenía una gripe muy fuerte. Si no se presentaban complicaciones, la cosa no era grave.

El señor Golowin desde aquel momento ya no vivió en paz, ni dejó vivir a nadie. Se paseaba constantemente con un aire preocupado, entraba y salía en el cuarto de la niña, preguntaba a cada instante cómo se encontraba.

Laura estaba a todas horas al lado de Natalia. Esta no quería que se separara un momento de ella.

Así pasaron noches angustiosas. El médico la reconocía a diario. Golowin hacía que Laura la reconociera con el estetoscopio. El catarro se había extendido por los bronquios grandes y pequeños, pero no se encontraba foco de neumonía.

El médico no daba ninguna medicina a la niña, sin duda para que no quedara encubierta la enfermedad y no pudiera pasar inadvertida cualquier complicación si se presentaba. Un poco después de la primera semana, la fiebre bajó, continuó unos días por la tarde y desapareció.

Natalia empezó a encontrarse bien, aunque de un humor desigual y caprichoso.

Golowin comenzó a respirar con calma y a marcharse algún tiempo a su observatorio.

Laura puso su cama al lado de la niña; ella se lo pedía con lágrimas en los ojos.

La convalecencia duró todavía dos o tres semanas. La chica quedó un poco débil, había crecido mucho, no tenía ganas de comer, estaba nerviosa y cualquier motivo insignificante le hacía llorar a lágrima viva.

Laura la animaba y la contemplaba todo lo que podía. Natalia tenía buen carácter, pero a veces se ponía insoportable.

Era la tragedia a domicilio lo que más desesperaba a Golowin. Le parecía que estaban haciendo víctima a Laura y que abusaban de su bondad.

Pasó la mala racha y la niña comenzó su vida normal.

Iba a jugar al tenis, a nadar, comía con apetito y estaba alegre y animada.

Fue una época muy tranquila y muy dulce.

Laura estaba a gusto.

«Siempre pasa lo mismo —se decía—. Durante la paz se encuentra esta demasiado monótona y pesada, y cuando se interrumpe la paz, entonces se la echa de menos y se la mira como un ideal.»

La chica ya no le daba mucho que hacer, aunque tenía a veces arrebatos de lágrimas y se abrazaba a ella y lloraba. Laura vivía tranquilamente ocupándose de sus pequeños asuntos, leyendo y saliendo a pasear a orillas del lago. No podía tener mejor suerte, pedir más, era una verdadera gollería, y sin embargo, no se encontraba siempre contenta.

Le escribía con mucha frecuencia a Mercedes. Esta se hallaba de cajera en el almacén de precio único que había abierto una sucursal en Deauville, y después de pasar tres meses en la playa de moda se veía muy a gusto en París. Camila Trouseau había pasado una temporada cerca de Angulema, en casa de unos parientes, con su padre, y Mercedes estaba, en aquel momento, sola. Ya sabía esta que Luis había aparecido en Francia con su mujer, que no le dejaban ir a España al lado blanco y que se marchaba a vivir definitivamente a Orán.

Los días tristes pasados con la enfermedad de la niña le habían hecho a Golowin pensar que quizá la casa de Lucerna era húmeda y malsana y decidió marcharse definitivamente a Basilea. Mandó que hicieran en ella varias obras y, mientras tanto, se dispuso a andar de un lado a otro.

Golowin llevó a Laura y a su hija a la villa de un amigo pintor y escultor, que vivía en un pueblo cerca del lago de Thun.

Pedro Nick, alto, rubio y desgachado, era un entusiasta del arte cristiano de la Edad Media. Se firmaba Peter Nick. Tenía un gran estudio con cuadros y estatuas un poco inspiradas en Grünewald y Schongauer. También imitaba al Bosco y a Breughel. Con estas inspiraciones, el taller andaba muy cerca de parecer un manicomio. Quizá era un pintor expresionista, a quien no le gustaba representar las cosas tal como se ven, sino exageradas, modificadas y hasta deformadas. Golowin decía que su amigo podía llamarse en vez de Peter Nick, Old Nick, el viejo Nicolás, o sea, el nombre que dan los ingleses al diablo. Nick les convidó a comer el primer día en el jardín, pero Golowin pensó que hacía frío para su hija y para Laura y comieron en un cuarto pequeño y después anduvieron paseando por los alrededores.

Golowin quería ver si algún monte próximo a Thun reuniría condiciones para hacer sus estudios astronómicos y se decidió a ir a pie a las cimas próximas. Laura no se consideraba con energía para estos paseos y marchaban solos Golowin y Peter Nick.

De noche Laura y la niña iban a dormir a un cuarto recubierto de madera. El primer día por la mañana Laura abrió la ventana de su cuarto y vio que enfrente tenía un monte de silueta triangular y a la izquierda de este unos picos nevados de la Jungfrau. Dieron la niña y ella un paseo hasta la aldea y se detuvieron a sentarse en un hotel con una terraza que en aquel momento iluminaba el sol.

Delante del hotel había una iglesia con una torre que tenía un letrero que decía en alemán: «Construida en 933, restaurada en 1400.» La torre era cuadrada, con un reloj, y en lo alto, una veleta con una media luna. La iglesia tan pequeña parecía menor que la casa rectoral aneja.

Estuvieron hablando Natalia y Laura largo tiempo y fueron después paseando hacia la villa del pintor. El primer día de estancia les pareció largo, luego ya corrieron los días rápidamente.

Por la mañana el paisaje era fresco, encantador. Desde la altura en donde se encontraba la casa se veía, entre montañas, el lago azul verdoso; al otro lado de él, un monte triangular, muy simétrico, abajo, sin vegetación, y en la cima, desnudo. En la falda del monte aparecía un pueblecito.

En el silencio se oían los cencerros de las vacas. El cielo solía estar muy azul. El

lago reflejaba la falda de los montes que le rodeaban. Sobre la superficie pasaban y brillaban al sol vapores blancos que dejaban una estela que quedaba marcada en el agua. El humo salía de las chimeneas de los vapores. Todos los barcos llevaban la bandera roja con la estrella blanca de Suiza. Los domingos se oían ruidos de campanas. El lago tenía un aire poético; desde allí aparecía hundido entre sus montes altos y nevados. Fueron a la ciudad de Thun con su castillo imponente. Todos estos pueblos, por la mañana, con sus antiguas calles y sus fachadas pintadas, tenían un aire fresco y joven. Daban una impresión de algo rústico y, al mismo tiempo, delicado. Se veían hermosos jardines con terrazas y belvederes.

Había también, en el lago, barcas de pescadores, y ello, en contraste con los montes nevados, daba al paisaje un aire de decoración de teatro.

En los pueblos de los alrededores del lago se veían campesinos que llevaban a la espalda un depósito lleno de leche; en las quintas donde dejaban su mercancía había un olor muy desagradable. El domingo Golowin llevó en auto al pintor y a su mujer, a Laura y a Natalia.

El día de fiesta en Suiza, en el campo, es alegre, sobre todo en verano. Por la mañana se oyen ruidos de tambores o de acordeones, cantos a coro, gente que sale por los caminos en bicicletas, motocicletas o autos.

Van también en formación, como soldados, hombres y mujeres. Los pueblos están engalanados, adornados con grandes banderas de diez o doce metros de largo, blancas y rojas.

En algún soto próximo a la carretera, desde el mediodía hasta la noche, hay mesas llenas de gente que come y bebe y alguna tribuna donde unos señores leen pesados discursos, a los que se aplaude por entretenimiento. De noche, todo el mundo vuelve en su vehículo, corriendo en el auto o pedaleando tres o cuatro horas en su bicicleta.

Suiza ofrece esto a la vista; aldeas limpias, repintadas, campanarios góticos, torres de aire bizantino con cúpulas en forma de cebolla, casas cuidadas, tabernas y posadas con pinturas alegóricas; el cartero atildado como si fuera un oficial de ejército, y los domingos, aldeanos, con aire de teatro, marchando al tiro al blanco con una escopeta y una pluma o un manojito de hierbas en el sombrero.

El campo de Suiza es la consecuencia de una vida ordenada de trabajo y de paz.

—Nosotros no tenemos eso —decía Laura.

—Yo supongo que el recuerdo de las antiguas guerras debe quedar constantemente en la tierra española —decía Golowin.

—Sí, quizá por eso nuestro campo es dramático y triste.

—Es la psicología de la guerra; en cambio, aquí la gente vive la psicología de la paz en bueno y en malo. Acá la gente tiene pocas necesidades espirituales. A orillas de un lago de estos no se piensa más que en comer, en nadar y en remar.

Laura recordaba que ella había creído durante mucho tiempo que vivir dentro de

un paisaje bonito, ya debía bastar para hacer a una persona feliz. Sin duda no era cierto.

—¿A ti te gusta esto de veras? —le preguntó Natalia una vez, con una intuición y perspicacia extrañas.

—No cabe duda que es muy bonito.

—Pues a mí no me gusta y yo creo que a ti no te debe gustar.

—Evidentemente, no es dramático —replicó Laura, y añadió—: Quizá influya en esto la idea del turismo, la impresión que da de fotografía de colores. Parece también que en quince días se puede estar habituado a un paisaje así y que ya no produzca curiosidad alguna.

—¿Y los campos de España? —le preguntó Natalia.

—Los de Castilla parece que siempre emocionan.

Laura no tenía autoridad ninguna sobre la niña, que se consideraba casi como su hermana y hasta a veces se burlaba un poco de ella.

Un día le dijo después de abrazarla:

—Cuando te cases tú con papá, yo, como seré mayor, haré de mamá y de dueña de la casa y vosotros dos seréis mis hijitos.

Laura no supo qué contestarle y se turbó.



Días después se presentó en la casa de Peter Nick una poetisa a quien conocían sus amigos con el nombre de Ofelia. Al parecer, había publicado, en su comienzo de escritora, unos versos con ese seudónimo. Se llamaba Irene Uhlenbeck. Era una mujer rubia, delgada y pálida. Había escrito varios poemas muy notables y muy atrevidos. Decían que tenía gran talento. Vestía de un modo muy vaporoso y llegó con un galgo blanco del que decía que era una especialidad.

A pesar de que la poetisa presumía de débil, era muy fuerte; quiso acompañar a Golowin por los montes a encontrar un sitio apropiado para que el astrónomo colocara algunos de sus aparatos y pudiese hacer sus observaciones. Irene solía bajar a la orilla del lago y bañarse a la luz de la luna y cruzar a nado de una orilla a otra. Decía que tenía vocación de ondina.

La mujer de Nick le dijo a Laura que Irene padecía un romanticismo exagerado y morboso. Escribía poesías eróticas desesperadas; algunas muy bien. Era muy admiradora de Nietzsche; amiga y partidaria de una escritora alemana que firmaba con el seudónimo de *Sir Galahad* y que publicó un libro titulado *Mujeres y amazonas* en el cual se defendía el matriarcado. Irene amaba el Mediodía y el calor, porque hasta en el verano tenía frío, según aseguraba.

Se contaba de ella que tenía sangre real; su madre era hija ilegítima de un príncipe. Este había ido, ya viejo, a visitar a Irene a Suiza y al oír hablar a su nieta con tanta libertad le había dicho:

—Nadie diría, señorita, que tiene usted sangre real.

—Yo tampoco lo digo —contestó ella—, porque me parece una estupidez. Yo soy princesa de la poesía.

En Basilea, la poetisa había sido amiga de la condesa Gabriela, austríaca o húngara, que había tenido sus amores con un archiduque y una tertulia donde iban muchos de los intelectuales del pueblo. La condesa acabó suicidándose.

Irene hablaba de Suiza como de un pueblo pequeño y burgués. La mujer del pintor dijo que se contaba de ella que una vez, cuando era una muchachita, paseando por los alrededores de Basilea con su novio y con un joven del cantón del Tesino, moreno y de buen aspecto, exclamó con aire romántico:

—¡Qué flores! ¡Qué hermosas flores, aquellas de allá lejos! ¡Qué color! ¡Qué entonación!

El novio le preguntó:

—¿Es que las quieres?

—Sí, pero están tan lejos, tan lejos...

—Si tú las quieres, yo voy...

El novio fue y, cuando se alejó y se perdió de vista, ella se echó sobre el

acompañante, el joven del Tesino, y le besó y le abrazó.

Sin duda era una licencia poética, un pequeño escarceo de su alma soñadora.

—Luego —aseguraban también los maliciosos— cuando dijeron que por el camino de un pueblo del Jura aparecía un sátiro que forzaba a las mujeres, la poetisa se presentó con frecuencia por allí, sin duda por cierta curiosidad psicológica y literaria. La poetisa no tenía miedo a nada. Se decía que una vez había asegurado que había abortado.

—Aunque fuera verdad no había que decirlo —replicó una amiga.

—¿Por qué? Para mí eso no tiene importancia.

A ella, al parecer, no le preocupaban estas cosas. Buscaba antes que nada el desenvolvimiento de su personalidad literaria.

A Laura le manifestó desde el principio de conocerla una indiferencia cortés. Sin embargo, la consideraba como una mujer distinguida.

—Usted debía casarse con un aristócrata rico —le indicó una vez.

—¿Es que eso es tan fácil?

—Yo creo que sí. ¿Es que no le gustan los aristócratas?

—Según.

Irene andaba visitando a mucha gente y entrando en todas partes; era muy práctica y, al mismo tiempo, muy romántica. Se pintaba mucho y se arreglaba. Le habían dicho que parecía un elfo porque tenía los hombros anchos y las caderas estrechas.

—Entonces debe usted de tener un Oberón escondido —le dijo alguno.

—Lo he buscado pero no lo he encontrado —replicó ella.

Se veía que era una mujer audaz. Le gustaba poco hablar con las mujeres, prefería la discusión con los hombres. No se tomaba el trabajo de despedirse. Cuando se cansaba de estar en un sitio se levantaba y se marchaba.

No manifestó el menor interés por Laura. Le hablaba con amabilidad. La consideraba como a un viajero de tren de quien nada se espera. En cambio se vio que quiso conquistar a Golowin.

Natalia concibió por Irene una antipatía profunda. Por su parte, la poetisa no le prestaba la menor atención a la niña, ni la miraba siquiera.

—¿Por qué papá trae a esa mujer? —preguntó Natalia a Laura, manifestando su desprecio.

—No es tu papá. Es el pintor.

Un día fueron a Thun; Irene se puso a hablar en el café con una señora rubia que Laura creyó conocer de alguna parte. Después Irene se la presentó como la señora de Golowin. Era una mujer decorativa, muy pintada, llena de joyas, con aire de altivez.

—Cómo, ¿es usted la mujer de Golowin? —preguntó Laura cándidamente.

—La misma.

—¿La madre de Natalia?

—Eso es.

Hablaron las dos durante algún tiempo, y Laura se lanzó a decirle que debía volver a vivir con su marido.

—¿Usted es española? —le preguntó ella.

—Sí.

—Lo comprendo.

—¿Por qué?

—Porque es usted una mujer romántica, y eso ya no se estila. Golowin no me quiere y yo tampoco le quiero a él. Estamos divorciados. No tengo inconveniente en reconocer que es un hombre excelente, de buenas condiciones morales, pero yo no me entiendo con él, ni puedo soportar sus explicaciones astronómicas. ¿Me dirá usted que tengo una niña? Sí, es verdad, es mi hija, pero ¿qué se va a hacer? Tampoco me quiere. Yo me voy a casar de nuevo, y todo eso de que me habla usted es historia pasada.

—¿Tan mal se entendían ustedes? —le preguntó Laura.

—Es cuestión de temperamento y de aficiones; él pensaba en las estrellas y en las flores y en que hay que vivir de una manera contemplativa, y yo quiero vivir de una manera activa entre la gente.

—¡Es lástima!

—¿Por qué? Lo mejor que puede usted hacer si congenia con él es casarse con mi ex marido.

Después de dicho esto, la señora le estrechó la mano y se fue.

Sin duda aquella mujer no podía entenderse con Golowin. Era una mujer de mundo, para hacer efecto.

Unos días después, al volver a Lucerna, supieron que el señor Keller, el de los refranes y anécdotas, había tenido un ataque apoplético y que había estado muy mal.

El médico, al parecer, le dijo que si no dejaba de beber se moriría antes de medio año.

El hombre dejó de beber y se convirtió rápidamente en una piltrafa humana. Se hizo insociable y misántropo y ya no quería ver a nadie, ni contar sus anécdotas de España ni de Filipinas.

En la casa lo echaron de menos. Golowin fue a verle y lo encontró muy triste, pero al parecer le animó y le dio esperanzas.

## **CUARTA PARTE**

I  
—  
LAS VACACIONES

Al llegar a mediados de septiembre, Golowin indicó a Laura:

—Cuando a usted le parezca, tome usted sus vacaciones. Dígame usted en qué época las quiere.

—Yo quisiera ir quince días, a primeros de octubre, a ver a mi madre.

—¿Y dónde tiene usted a su madre?

—En un pueblo vasco francés, próximo a San Juan de Luz.

—Yo voy contigo —dijo Natalia al oír el proyecto.

—Tú no sabes si a esta señorita la estorbas o no.

—Ya sé que no le estorbo.

—Es cierto, a mí Natalia no me estorba nada, todo lo contrario.

—Bueno, pues entonces iremos los tres.

Efectivamente, fueron juntos a París en automóvil, un viaje muy rápido y muy agradable, y se instalaron en el hotel Lutecia, del bulevar Raspail.

En seguida Laura fue a encontrar a Mercedes, que seguía viviendo con Camila. A esta la encontró triste.

—Chica, lo siento pero tengo prisa —dijo Mercedes—, tengo que ir a mi oficina; no puedo estar mucho tiempo contigo.

—Te llevaré en auto.

—Bueno, entonces vamos.

Bajaron a la calle y entraron en el coche.

—Está triste Camila —dijo Laura.

—Sí; ¿no sabes lo que le pasa? No, no lo sabrás.

—¿Qué le pasa?

—Que el sobrino Carlitos se ha muerto.

—¿Que se ha muerto?

—Sí.

—¿En el Liceo?

—No. Durante las vacaciones. Y lo malo es que parece que se ha suicidado. Tenían una sociedad de tres o cuatro jóvenes medio poetas que tomaban no sé qué cosas para experimentar sensaciones raras y, sin duda, Carlitos tomó demasiado y lo encontraron muerto.

—¡Qué barbaridad!

—No hubo escándalo, no se dijo nada; Camila encontró entre los libros del chico un frasco de no sé qué droga.

—Camila estará impresionada.

—Muchísimo. La pobre mujer se encuentra muy afligida y ahora va todos los días a la iglesia.

Llegaron al almacén donde trabajaba Mercedes, con tiempo sobrante.

—Me viene bien —dijo esta— para terminar unas cuentas. ¿Dónde estáis?

—En el hotel Lutecia, bulevar Raspad.

—Cuando salga de aquí voy en seguida allá.

—Ven a cenar. A las siete.

—Muy bien. Allá estaré.

Efectivamente, al salir del almacén Mercedes tomaba el Metro y se presentaba en el hotel. Las dos amigas se retiraron a charlar en un rincón del *hall*.

—¿Sabes que Luis, tu hermano, habla mal de mí? —dijo Mercedes.

—¿Y a ti qué te importa de él?

—¿Crees tú?

—Se ha casado, se ha marchado a Argelia y va a tomar cuentas de lo que tú has hecho. Es estúpido.

Luego Laura le preguntó:

—¿Y el doctor Bearn?

—Me sigue escribiendo.

—¿Y quiere casarse contigo?

—Eso dice.

—Pues creo que haces una tontería en no hacerle caso.

—¿Así te parece?

—Sí. ¿Qué más se le puede pedir a un hombre? Es inteligente, joven, de buen aspecto, de porvenir...

—No; si a mí me parece muy bien; pero ahora me han entrado los escrúpulos, aunque si quieres que te diga la verdad, me los han ido sugiriendo. El otro día, hablando con Camila, que se está haciendo muy mística impresionada por la muerte de Carlitos, me dijo que debía confesarme y ella misma me recomendó a un cura. Le he ido a ver y le he explicado lo que me ha ocurrido.

—Eres valiente. Yo creo que no me hubiera atrevido nunca, en tu caso, a tomar una determinación así —dijo Laura.

—¡Pues si hubieras visto las preguntas que me hizo!

—¿Te hizo preguntas terribles?

—A ver, había que poner la cuestión sobre el tapete, como se dice en los periódicos.

—Me asombras, chica ¿Y qué te ha preguntado?

—Figúrate, las impresiones de la violación. Si tenía una conciencia clara de lo que me había ocurrido en todos los momentos, si había experimentado placer o dolor, si el acto había durado mucho tiempo.

—¡Qué horror; no me digas!

—Si recordaba a aquel hombre y cómo lo recordaba, si me sentía unida a él por aquel acto.

—¿Y tú que le has contestado? —preguntó Laura.

—La verdad. Yo le he dicho que sí, que durante algún tiempo me he sentido unida y preocupada por él. Después le he explicado que tenía un novio que sabía lo ocurrido, que quería casarse conmigo, pero que yo sentía miedo de que al vivir con él se me representara siempre el otro hombre por el recuerdo.

—¿Y él que te ha dicho entonces?

—Que este recuerdo sería una especie de adulterio espiritual y que debía esforzarme por olvidar lo ocurrido en Madrid. La confesión creo que me ha servido, porque todo lo que sea aclarar un asunto es quitarle interés y debilitarlo. El cura con quien me he confesado, que estuvo hace años en los departamentos franceses del Este, me ha dicho que algunas mujeres casadas, durante la guerra, que habían sido forzadas por los invasores, le habían confesado que sus impresiones eróticas habían sido mucho más enérgicas que en su vida normal. Al parecer, esas mujeres reconocían que casi no sabían lo que era el amor hasta que había llegado la época de la guerra.

—Sí, yo creo que eso se podría explicar dentro de la fisiología.

—Después, una de estas señoras de la compañía del bazar en donde trabajo, que es judía, me ha dicho que ella estaba neurasténica y que solía consultar con un médico austríaco y también judío, que ha venido de Viena, que practica eso que llaman el psicoanálisis. La señora me ha indicado: «Si usted tiene algún problema sentimental, véale usted.» Fui a verle y el médico me ha dicho que para una buena cura psicoanalítica es necesario pagar al médico con puntualidad aunque sea pariente o amigo. Si no se paga al médico, el sistema no es eficaz. Se ve que es un procedimiento que han inventado los judíos, como los bazares que se llaman Monoprix.

—¿Y no te has decidido a seguir una de esas curas?

—No, le he dicho al médico que tengo poco dinero. La persona que se entrega a un tratamiento de esos no debe ocultar nada; ni lo que ha sentido, ni lo que ha pensado, ni aun lo que ha soñado.

—A mí me parece peligroso —dijo Laura—, porque quién sabe el uso que va a hacer el médico de esos conocimientos.

—Es cierto. No creo que esos judíos sean tan de fiar. El caso es que yo no me he puesto en sus manos. El médico se ha debido de quedar un poco defraudado.

—Ya veo que te vas riendo de tus aprensiones.

—Sí, las voy tomando en broma.

—¿No piensas ir a Bidart a ver a tu chico?

—Sí, iría con mucho gusto; pero he mandado allá todo el dinero y no me queda.

—¿Tienes posibilidad de pedir vacaciones en el almacén donde trabajas?

—Sí, eso sí.

—Pues entonces nosotros te llevaremos. Iremos con Golowin. Yo se lo diré y te llevará encantado.

—¿Y qué tal con tu patrón?

—Muy bien; es un hombre muy amable y muy generoso. Ahora vendrá.

—¿Sigue enamorándose de ti?

—No pienso en eso. Tenemos una amistad tranquila. El no creo que sea muy apasionado y yo tampoco. Te llevará con mucho gusto. Lo mejor es ir en seguida porque ahora hará allá un hermoso tiempo.

—Bueno, entonces yo reclamaré mis vacaciones y te avisaré.

Llegaron Golowin y su hija y saludaron a Mercedes.

Golowin la invitó a quedarse con ellos unos días. Mercedes no podía. Se reunieron en una mesa del comedor grande, ceremonioso, muy decorado, y estaban en los postres cuando Mercedes se echó a reír y señaló a Natalia dos ratones pequeños que salían de un agujero del suelo y se acercaban a la mesa. Natalia lo celebró mucho y Golowin se lo indicó al mozo, que dijo con calma:

—Vienen a saludar a los clientes.

Golowin contestó:

—Evidentemente, se ve que son ratones muy civilizados. Natalia sintió gran simpatía por Mercedes, que le pareció muy guapa y muy elegante.

Después de cenar, Laura acompañó a la niña a la cama.

Golowin se quedó charlando con Mercedes.

—¿Y ustedes no han ido alguna vez a estos *music-halls* de París? —le preguntó.

—No. Es cosa para nosotras muy cara.

—¿Quieren ustedes que vayamos hoy?

—Por mí, vamos.

—¿Usted, a qué hora va a su trabajo?

—A las nueve —le dijo Mercedes.

—Entonces, aunque se acueste usted a las dos de la mañana...

—No me importa. Tengo tiempo para dormir.

Golowin consultó con el mozo y este les aconsejó un *music-hall* de Montmartre.

Fueron a un sitio en el que había revistas de gran espectáculo y al mismo tiempo baile para el público en una pista del centro del teatro.

Estaba lleno. Golowin le preguntó a uno de los acomodadores, con candidez, qué había que hacer. El acomodador le dijo que si quería participar en el baile debía tomar una mesa y pedir una botella de champagne, y si no quería más que ser espectador, se podía ir a unos palcos altos.

—No nos privaremos del derecho del baile —dijo Golowin—; aunque yo no baile más que la Osa Mayor.

El acomodador les llevó a una mesa próxima y les trajo un cubo de hielo y dentro una botella de champagne.

Se oía por allí toda clase de idiomas: inglés, francés, alemán y ruso.

Había cerca una mesa en donde se hablaba algo parecido al español. Laura se



puso a escuchar con atención. A veces se oían palabras españolas, pero otras no.

Como el acomodador, un tanto cicerone, se acercó a Golowin, este le dijo, señalándole el grupo:

—¿Españoles?

—No. Sefarditas.

—Ah, ya.

Un joven invitó a bailar a Mercedes, que aceptó y subió a la pista. Otro se dirigió a Laura, pero esta no quería exhibirse.

Golowin estuvo hablando filosóficamente del baile nuevo en que se hacían fantasías grotescas y se daban gritos. Había interrogado a uno de los acomodadores sobre la nueva danza; se llamaba el paso del canguro.

El hombre contestó muy ceremoniosamente. El paso del canguro, unos decían que estaba inspirado en la manera de andar de este animal; otros que no, que era la imitación de la manera de marchar de los traperos, y otros, de unos condenados que pasaban un vado en un pueblo de Inglaterra. Era evidentemente un baile grotesco y alegre que no tenía la solemnidad aparatosa del tango, ni la agitación un poco repulsiva del charlestón y de otras danzas por el estilo.

Golowin dio las gracias por estos informes. A pesar de su cortedad, el ruso tenía una manera de pedir de príncipe.

Mercedes no sabía el baile nuevo, pero hizo lo que veía que hacían los demás y sin duda se divirtió. Entre las figuras había una en la cual los bailarines se daban golpes en los muslos y después gritaban y levantaban las manos.

Tras el baile de la gente del público, se representaron otros espectáculos en el que intervenían muchas mujeres desnudas, muy finas, muy bellas, con todo el cuerpo al aire. Bailaban frenéticamente el cancan, que hacía mucho tiempo estaba olvidado. El French Cancan, se le llamaba ahora.

—No me hace mucha gracia esto —dijo Golowin—. Siento cierta lástima por estas mujeres tan guapas que tienen que exhibirse ante un público de metecos tan vulgar.

A Laura le pareció también algo triste y desagradable.

—Yo creo que vivirán bien estas chicas —dijo Mercedes—, quizá hubiera sido más sabio hacer como ellas.

—Entonces habría que pensar —contestó Golowin— que el principio de la sabiduría no es el saber dudar, sino que el principio de la sabiduría es el saber bailar.

Después del espectáculo erótico y del French Cancan desenfrenado, el baile se convirtió en literario, y las mujeres danzaron unas poesías de Baudelaire.

—Esto me parece francamente ridículo —dijo Golowin, y dio su opinión y la explicó, sin pensar si a alguno le podían molestar sus ideas.

Contó una anécdota que decía que era de Chamfort.

Un curioso había visto que en un teatro de París se anunciaba como baile la *Atalia*, de Racine, y dijo:

—Si sigue así, pronto veremos bailar las *Máximas*, de La Rochefoucauld, o el *Espíritu de las Leyes*, de Montesquieu.

En el momento en que Golowin divagaba irónicamente, ocurrió un hecho que a Laura le sorprendió. Una señora muy elegante se puso a escuchar sonriendo.

Golowin, con su sencillez habitual, preguntó a la señora:

—¿Es que está usted conforme con lo que yo digo?

—Oh, yo entiendo mal el francés —dijo ella—. Soy inglesa.

—Yo me había hecho la ilusión —replicó Golowin a la dama en su idioma— de que me entendía usted y que por eso asentía.

—No, no, pero habla usted de una manera tan expresiva y tan humana...

—Muchas gracias.

—Me gustaría hablar con usted. Venga usted alguna vez al hotel donde vivo.

La señora sacó una tarjeta pequeña con una corona encima de su nombre y se la dio. Estaba en un hotel de la Avenida de los Campos Elíseos. Al poco rato se levantó con la que le acompañaba, saludó sonriendo y se marchó.

Laura quedó extrañada. Evidentemente, Golowin tenía atractivo; todo el mundo le atendía. Él no se daba cuenta de su prestigio y creía que era un hecho general. Antes de terminar el espectáculo, salieron del teatro, tomaron un auto, llevaron a Mercedes a su casa y volvieron después al hotel Lutecia.

Al día siguiente por la mañana, Laura buscó a sus antiguas amigas estudiantes de medicina. A Kitty Bazarof la encontró lo mismo, siempre alegre, decidida y de un optimismo a prueba de desengaños. Kitty andaba vacilando, según dijo, entre dos pretendientes y no sabía por cuál decidirse. El uno, francés y profesor, era simpático, pero tenía una familia muy entonada, muy conservadora y muy cargante y había que vivir con ella; el otro, ingeniero y ruso, le hacía mucha gracia, pero vivía como un bohemio, sin sentido práctico alguno, y cuando no tenía dinero, lo cual le pasaba con frecuencia, se alimentaba de pan y té.

—Así es la vida. No se encuentra nada completo —le dijo Laura.

—Ya se encontrará.

—Chica, celebro verte siempre tan optimista y tan alegre. El día que te vea juiciosa y melancólica me voy a echar a temblar.

Kitty habló de sus amigos rusos de la calle del Campo de la Alondra y de lo que habían hecho unos y otros. Luego se fue tan contenta. Laura la convidó a cenar en el hotel.

París estaba muy animado y hacía un tiempo suave.

Fueron Golowin, Laura y Natalia a varios teatros, y una noche a la Ópera a ver *Rigoletto*. Natalia estuvo admirada y haciendo mil preguntas a Laura. Algunos espectadores próximos se incomodaron y dijeron: «¡Silencio!».

—Realmente, en estas óperas antiguas y ya tan conocidas, en algunos

parlamentos muy vulgares se podía dejar hablar a los espectadores —dijo Golowin.

Como Natalia creía que Laura era la sabiduría personificada, le hacía mil preguntas.

—Mira, Natalia, déjala —advirtió Golowin—; porque la agobias con tanta pregunta.

Golowin estaba un poco inquieto.

—¿Qué le pasa a usted? —le preguntó Laura.

—Esta música me perturba y me fastidia. Y el argumento es de un melodrama desagradable.

Cuando acabó la ópera, Golowin se levantó.

—Creo que falta el baile —le dijo Laura.

—¡Psch! Eso qué importa.

—Pero a Natalia le gustará verlo.

—Sí, sí. Yo quiero verlo —exclamó la niña.

—Bueno, entonces yo les espero a la puerta.

Efectivamente, lo encontraron a la salida, donde tomaron un auto para ir a su casa.

A los ocho días Mercedes telefoneó que ella estaba dispuesta para el viaje, y Golowin con Laura y con Natalia marcharon a buscarla en automóvil. Hicieron el viaje deteniéndose en Tours y en Burdeos y fueron a pasar la noche a un hotel de Guethary. Al día siguiente estaban en Etchebiague.

Laura encontró a doña Paz muy encantada con el hijo de Mercedes. La Pascuala lo estaba también. Era novia de Baptiste, el jardinero. El chico de Mercedes era un chiquillo guapo, fuerte, con una cara burlona. Hacía sus gracias. Le llamaban el *morrosko* en Etchebiague; constituía el entretenimiento de la casa del molino.

Laura habló con su madre de su hermano Luis.

—Aquí estuvo con su mujer —dijo doña Paz.

—¿Qué tipo es su mujer?

—Me pareció una mujer del campo. Él quería ver si podía pasar al ejército de los nacionales, pero no se lo han permitido.

—¿Y sabía lo de Mercedes?

—Sí.

—¿Y qué dijo?

—Nada. Se lamentaba mucho de que a nuestra casa de Madrid la hayan bombardeado.

Mercedes se enteró de que su madre y Adela hablan entrado en San Sebastián. De los hermanos suyos el uno estaba con los rojos y escribía a Etchebiague, el otro con los blancos. Su padre había marchado a Venezuela, y pedía por carta las señas de Mercedes, que era su predilecta, para escribirle.

Del cura don Miguel se supieron noticias terribles. Perseguido, se había metido, con el párroco del pueblo de la Mancha donde vivía, en la sacristía de la iglesia, y la gente echó gasolina por la ventana y luego unas estopas encendidas y murieron los dos de una manera horrorosa, dando alaridos.

Pocos días después llegó el doctor Bearn y acompañó constantemente a Mercedes.

El viejo Ansorena invitó a Golowin por si quería alojarse en su casa, pero Golowin siguió en el hotel. Natalia no quiso separarse de Laura y fue a vivir con ella al molino de Etchebiague. Empezaba a hablar en español con doña Paz y con la Pascuala. Sin duda tenía grandes condiciones para aprender idiomas.

El entusiasmo de Natalia era el chico de Mercedes, que le producía un interés y una risa extraordinarios. Si le dejaban tomarlo en brazos era para ella una gran satisfacción.

Por la mañana, Natalia, con otras chicas de Etchebiague, iba a la playa y, vigiladas por un hombre, solían bañarse en el mar. En el mes que pasó allí se fue

poniendo muy fuerte y muy guapa. Se reunía con las nietas de Ansorena y aprendía con ellas el vascuence.

Laura sentía afición, como antes, a quedarse en el jardín. Estaba un poco melancólica. Veía que en el fondo ella no interesaba a su madre. Sin duda esta la encontraba como siempre: irresoluta y sin decisiones fuertes. Tenía, en cambio, doña Paz, una gran admiración por Mercedes, asombrada de su aplomo de mujer decidida y resuelta.

Doña Paz no cotizaba tampoco el que su hija le enviara todos los meses una cantidad para vivir cómodamente en el molino.

Laura buscaba pretextos para legitimar su desaliento, pero ya comprendía que no eran estos hechos o los otros los que le daban una sensación de soledad, de tristeza y de angustia, sino que la sensación la llevaba con ella sin motivo o, mejor dicho, por un motivo psicológico nervioso, de debilidad de su espíritu.

Mercedes atendía a Laura.

—Chica, no te dediques a la melancolía —le decía—. Andas sola y luego se te pone mala cara.

—Qué quieres, tengo esa tendencia. Estaba deseando venir aquí a ver a mi madre, pero me ha recibido con tanta indiferencia que me ha desilusionado. No le interesa lo mío. Lo que ha hecho mi hermano, lo que ha hecho Silvia, que está en Inglaterra; lo que pasa a su primo Juan, que está preso, tiene que tener, según ella, mucha importancia para mí, pero de lo que me pasa a mí, de eso no hay que hablar.

—No hagas caso de ella —le decía Mercedes—. Es una vieja tonta que hay que tomarla como es.

Laura se reía.

—Lo tuyo, para ella, es demasiado próximo —seguía diciendo Mercedes—. En tus cosas le interesa principalmente que se acaben bien, pero como han pasado, no le importan.

«De todas maneras —pensaba Laura—, me sirve de ejemplo para comprender cómo me tratan aquí y cómo me tratan allá.»

Golowin llevaba con frecuencia en automóvil a Laura, a Mercedes y a Natalia.

Se acercaban a Hendaya, veían la costa española, luego iban a la orilla del Bidasoa y contemplaban Fuenterrabía e Irún, este último pueblo con las casas destruidas por el incendio.

También estuvieron en el alto de Ibardin, y Laura habló con los falangistas que hacían la guardia en la parte de la frontera española.

Una tarde fueron a San Juan de Luz, luego a la estación de Saint Ignace, tomaron el funicular del monte Larrun y merendaron en lo alto de este monte.

Laura se separó de todos un momento y estuvo contemplando aquellos picos y

aquellos barrancos severos de España, que los conocía desde hacía tiempo y los había recorrido con una amiga.

Mercedes se le acercó y vio que estaba llorando.

—Tú estás chiflada, chica —le dijo—. Vámonos de aquí.

Golowin intervino.

—¿Pero qué le pasa a usted? —preguntó a Laura, alarmado.

—Nada. Este sol... estos montes que he visto hace años... me dan una impresión de tristeza.

—Es una sensitiva esta niña. Yo creo que estar aquí no le conviene —indicó Mercedes.

—Es verdad —dijo Golowin—. Está poniéndose desmejorada.

—No se preocupen ustedes de mí. A veces cuando estoy contenta me encuentro desanimada y tengo ganas de llorar.

—Es la vecindad de España lo que la inquieta. Le recuerda sin duda su vida pasada. A mí mismo me hacía efecto, cuando estaba en Polonia, la vecindad de Rusia. Entonces me dediqué a la astronomía para olvidar.

—Tendrá que estudiar algo esta chica —replicó Mercedes—. Le tendrá usted que enseñar algo de astronomía. La medicina no le conviene. Es un carácter como el de usted, para tocar el piano o el arpa a la luz de la luna.

Golowin se rio de la definición.

—¿Y usted? —preguntó.

—Yo no. Yo soy un poco insensible. Para andar entre la gente aunque sea a trastazos.

—¿Así que usted cree que Laura debe estudiar?

—Sí, algo espiritual, bonito.

—Se ríe de mí —dijo Laura.

—No, ¡qué me voy a reír de ti!

—¿Y usted se encuentra bien en esta soledad del campo? —le preguntó Golowin a Mercedes.

—Muy bien, pero lo que me preocupa es lo que voy a hacer con el chico. Está tan bien aquí...

—Si no vais a pasar mucho tiempo fuera, déjalo —le indicó Laura.

—Es que no sé el tiempo que pasaremos fuera.

—Entonces no sé.

—Me preocupa que si Bearn se casa conmigo y no le ve, no le querrá, pero por otro lado, si nos vamos los dos a América, el chico ha de ser al principio un engorro.

—¿Por qué no vienes allá a Suiza conmigo antes de casarte con el doctor Bearn?

—No, vosotros sois, y no lo digo en broma, muy espirituales, y yo no. A mí no me gusta leer, ni pensar en las estrellas. Yo soy un poco vulgar a tu lado. ¿Qué quieres que yo haga en una casa solitaria, hablando con un señor que es astrónomo y muy simpático? Nada. Ahora, el día que me necesites para algo, allá estoy.

Otro día en que se encontraban Golowin, Laura y Mercedes, esta le dijo a su amiga:

—¿Cómo se llamaba tu padre?

—Pedro.

—¿Así que Laura, si se hiciera rusa —le preguntó a Golowin—, se llamaría Laura Petrovna?

—Sí.

—¿Y luego su apellido?

—Eso es.

—¿Y si se casara con usted, se llamaría Golowina?

—Sí.

—Pues es muy bonito.

Laura se ruborizó un poco y Mercedes le dijo, poniéndole la mano en la cabeza:

—Ay, mi pequeña Golowina. Siempre serás una niña.

—Tiene mucha gracia su amiga de usted —le dijo luego el ruso a Laura.

El doctor Bearn quería casarse con Mercedes pronto y marchar a los Estados Unidos a ejercer. Mercedes pensaba en ayudarle y trabajar como pudiera.

Golowin y el doctor Bearn se hicieron amigos y paseaban juntos.

—¿A usted qué le parece que sería lo mejor para la educación de esta chica mía? —le preguntó el ruso—, ¿la conoce usted?

—Sí. Creo que tiene un carácter fuerte. Se va a acostumbrar a dominarles a ustedes y a hacer siempre lo que le dé la gana. Creo que sería lo mejor llevarla a un colegio para que se encuentre con personas decididas, de temperamento también fuerte y se acomode un poco a ellas.

—Sí, es posible que le viniera bien. Y entonces, ¿a dónde la llevaríamos? ¿A un colegio francés?

—Con ese objeto quizá fuera mejor un colegio inglés o norteamericano.

—Sí, puede que tenga usted razón.

—Pues eso no será difícil.

Golowin se lo dijo a Laura.

—¿Y a usted qué le parece este proyecto?

—A mí me parece muy bien, aunque por otra parte lo siento.

—¿Por qué?

—Porque tendré que separarme de ella y de usted también y venirme aquí a casa.

—¡Ah, no! Eso no. Yo no estoy dispuesto a dejarla a usted. He pensado que podríamos llevar a Natalia a un colegio de niñas de Inglaterra y que usted estuviera en el pueblo del colegio o en otro próximo, en un hotel, yendo a verla todas las semanas hasta que ella se acostumbrara, y entonces ya veríamos qué es lo que hacíamos. ¿Usted no ha estado en Inglaterra?

—Yo no.

—Pues también le puede convenir a usted.

—Si lo cree usted así, estoy dispuesta.

—Bueno, pues dentro de unos días vamos a Inglaterra de viaje de exploración y dejamos a Natalia en el colegio. Usted se queda y yo iré a buscarlas después.

—¿Y usted qué piensa hacer?

—Yo quisiera ir a Polonia —dijo Golowin—, donde tendré que pasar una temporada. Voy a ver si puedo liquidar unas propiedades que tengo allí y que casi me dan más disgustos que otra cosa. Cuando acabe ya con eso, para lo cual necesitaré, como le digo, algún tiempo, volveré a Suiza. Mientras tanto, la niña estará en el colegio y usted a su lado en el pueblo. Me hará usted un favor de amiga; yo no le confiaría ese cuidado a otra persona, pero sé que mi hija, teniéndola a usted cerca, se ha de encontrar como si estuviera conmigo.



Se terminaba el tiempo de las vacaciones. Mercedes marchó a París con el plan de arreglar sus pequeños asuntos y liquidar con el almacén donde trabajaba. Después de reunirse con el doctor Bearn se casaría y embarcarían.

Más tarde Golowin se fue a Suiza con la idea de volver a encontrarse con Laura y Natalia y pasar a Inglaterra. Estas se quedaron en Etchebiague. El tiempo era delicioso.

Al marchar, doña Paz le dio un encargo a su hija. Se le había presentado un señor que conocía a Juan Avendaño, que estaba en Madrid preso y enfermo, y le había dado para su hermano Eduardo, que se encontraba en Francia, en Burdeos, unas alhajas para ver si las podía vender.

El señor dijo que le habían asegurado que Eduardo se encontraba en Burdeos, pero que él no iba a tener tiempo para buscarle porque se marchaba al día siguiente a embarcarse para Méjico. Ansorena, que tenía conocidos en la ciudad del Garona, hizo que preguntaran en la Prefectura por Eduardo Avendaño y le contestaron que trabajaba en una librería de la Porte Dijeaux.

«Bueno, pues le llevaré las alhajas», dijo Laura.

Adelantó unos días el viaje, se despidió de su madre y siguió en compañía de Natalia con la intención de ir primero a Burdeos y después a París y a Inglaterra. La niña iba muy contenta de viajar con Laura. Se mostraba siempre amable y cariñosa.

Doña Paz las despidió con mucha tranquilidad. No le interesaba más que lo que pasaba en Etchebiague.

En Burdeos se encontraron con el doctor Bearn, quien marchó a la librería de la Porte Dijeaux, donde le dieron las señas de la casa de Eduardo Avendaño. El doctor y Natalia, que no quisieron separarse de Laura, fueron a ver a Avendaño después de almorzar.

Se hallaba este empleado en una librería de viejo, que tenía algún comercio con América; le pagaban mil francos al mes. Su principal ocupación era hacer el catálogo, sobre todo de obras en español.

Avendaño vivía en una buhardilla. Acababa de comer y estaba en su cuarto. Subieron a verle y le encontraron arreglando unos libros. Por lo que dijo, compraba unos cajones de tabaco que le costaban un franco y los ponía uno encima de otro y hacía su biblioteca. Laura le entregó las alhajas, que él tomó sin gran interés y las guardó en su mesa.

Hablaron largamente tío y sobrina.

—Si yo no fuera hombre descontento, estaría muy bien aquí —dijo Avendaño.

—¿Y tú eres descontento?

—Sí, orgulloso, vanidoso, susceptible.

—Creo que te haces ilusiones.

—Como quieras. Cualquiera cosa me molesta y me perturba.

Laura no tenía mucha simpatía por su tío. Lo creía completamente tonto y nada más, sin interés de ninguna clase.

Por lo que dijo Avendaño, en una buhardilla próxima vivía un pintor español amigo suyo que tenía un pequeño estudio.

—Es un genio —dijo con cierta pedantería.

—¡Bah! —replicó en broma Laura.

—Lo creas o no lo creas, lo es.

—Sí, sí, puede ser.

—Abajo hay un bar donde comemos el pintor y yo. Les voy a invitar a ustedes a tomar café y le invitaré al pintor para que le conozcan ustedes.

Bajaron al bar. El dueño, que conocía al doctor Bearn, le dijo a este que el señor Avendaño era un buen hombre pero que el pintor era un sucio. Cuando comía allí con sus amigos, manoseaba el pan, cogía los mejores trozos de carne y tiraba los huesos al suelo.

Llegó el pintor. Era un hombre pesado, gordo, con el pelo blanco, morrudo, con hocico y una mirada de jabalí. Tenía una voz de importancia estúpida y, al andar, un movimiento como de mujer gorda.

Les presentó Avendaño, diciendo que el pintor era un hombre genial. El hombre no se mostró agradecido al elogio, sino que hizo una mueca de desdén.

Se sentaron en la misma mesa. Hablaron castellano. A Laura le pareció el pintor un hombre antipático. Al doctor Bearn no le hizo gracia. Natalia le contempló sonriendo. El pintor se decía un artista extraordinario.

—¿Pinta usted mucho? —le preguntó Bearn.

—Aquí no puedo, pero yo he pintado lo que no ha pintado nadie y todo el mundo me lo ha dicho.

A pesar de la opinión laudable de este *todo el mundo*, para él, la gente era hipócrita y canalla y trataba de perjudicarle y desacreditarle.

Él se consideraba hombre puro e intransigente, pero en el fondo era muy cuco y sabía muy bien la aguja de marear. Se creía heroico y valiente y era capaz de doblegarse y de humillarse cuando le convenía. Todo lo que no tenía relación con él era malo.

—Sí, aquí en Burdeos hay un hermoso río —dijo—. No es como el Manzanares, pero a mí me gusta más el Manzanares porque soy madrileño y yo me alegraría que el Garona se les secase a estos cochinos, porque son unos cochinos.

El doctor Bearn, al oír esto, hizo un gesto de desagrado.

—¿Qué hombre, qué ironía tiene! —dijo Eduardo Avendaño convencido.

—Porque yo comprendo las cosas y los demás no las comprenden y son unos idiotas.

—¿Quiénes son idiotas?

—Estos pintores de aquí que creen que son algo porque llevan el pelo largo. Yo lo llevo al rape.

—¡Bah! ¿Usted cree que eso tiene alguna importancia?

—Para mí nada tiene importancia más que el arte.

—¿Y por qué solo el arte?

—Porque el arte es una lucha por el ideal y lo de menos es ser bueno o malo en la vida, envidioso o generoso, si se hace una obra que valga. Porque las obras de arte se hacen con sangre.

Esta frase se la había oído seguramente a alguien, y la consideraba una importante adquisición.

—No creo que el arte tenga la importancia que usted le da —dijo el doctor Bearn—; ¡hay tanto reunido en los museos...! ¡Influye tan poco en la vida!

—Eso creerá usted; yo creo lo contrario.

—Nadie se lo impide. A mí, que soy médico, me parece más importante que una mujer pueda dar de comer a su hijo que no que haya la cien mil obra de arte en un museo.

—A mí me parece lo mismo —dijo Laura.

Después el pintor aseguró que como cantante era el mejor cantante del mundo y que nadie, ni los tenores de más fama, estaban a su altura.

Como esta afirmación no produjo ningún efecto, el pintor se levantó defraudado para marcharse. Avendaño hizo lo mismo y le acompañó a la puerta. Cuando volvió, Laura le dijo:

—¡Qué bruto es tu amigo!

—No; es que está poco educado.

—Bah, como si por educarse uno dejara de ser egoísta y animal.

—¡Cómo gruñía! —dijo Natalia, riendo.

—Estas gentes brutales, que practican un arte mejor o peor, se consideran importantísimos porque periodistas y críticos tratan lo que hacen como algo trascendental —dijo el doctor Bearn.

—Para eso los alemanes son los más notables —repuso Laura—. El otro día vimos una revista de hace años, de Berlín, con unas disquisiciones en las que se habla al mismo tiempo de las teorías de Kant y de las de Picasso. Yo me figuro que hablando del futbolismo, de la gimnasia o de la cocina, los alemanes tendrán que remover la filosofía griega con la matemática y con la historia.

Avendaño no comprendía que tanto su sobrina como el doctor Bearn hablaran de su amigo el pintor con desdén.

—Sin embargo, es un hombre de genio —dijo repetidas veces.

—A mí me ha parecido un perfecto animal —replicó Laura.

—Siempre es posible —añadió el doctor Bearn— que un hombre que tenga una especialidad en la que esté bien, sea un perfecto zoquete. Ha sido la idea cándida del siglo XIX el creer que un pintor es algo como un filósofo o que un hombre de ciencia,

cuando muchas veces, como espíritu, no está muy por encima de un confitero.

Avendaño no comprendía esta hostilidad por su grande hombre.

—Él cree esas cosas.

—Que las crea —replicó Bearn—. A mí no me interesa nada su opinión, ni tampoco el arte.

—A mí me interesa el arte, pero también me preocupa la moral y la cuestión religiosa —dijo Avendaño.

El doctor Bearn terminó diciendo:

—Este es un Calibán, un hombre que vive encerrado en una estúpida egolatría sin comprender que hay otras gentes alrededor que la mayoría valen tanto como él, y mucho más que él.

Como Avendaño había quedado desilusionado con el poco éxito de su pintor, Laura, para contentarlo, le convidó a comer al día siguiente en su hotel.

Salieron a la calle.

—Ese hombre, ese pintor, es muy desagradable —dijo Bearn.

—Sí, es verdad, y mi tío, como habrá usted visto, es un tonto.

Aquí el Destino había estado ciego salvando al hermano estúpido y dejando preso al hermano inteligente, que hubiera podido hacer algo en el extranjero.

Después de la visita a su tío, Laura fue a ver a una señora conocida de Ansorena y esta señora le habló de Eduardo Avendaño.

Al parecer, una amiga suya viuda había querido proteger a Eduardo y hasta estaba dispuesta a casarse con él, pero Avendaño se había mostrado como un hombre absurdo y había rechazado la proposición.

Laura preguntó a su tío Eduardo si era verdad que una señora rica y de buena sociedad quería casarse con él.

—Sí.

—¿Y tú no quieres?

—No.

—¿Y por qué?

Eduardo dijo que él no era hombre para vivir en una posición elevada, que le faltaban condiciones para ello; se encontraba solo perfectamente bien. Se ponía en su mesa con sus papeles y los libros que iba comprando con su dinero. Consideraba que hacer un catálogo tenía mucha importancia y decía que era un bibliógrafo. Afirmaba que se cosía los botones de la ropa muy bien y que no quería casa rica ni complicada.

—Eres un hombre absurdo —le dijo Laura—, tú no puedes soportar a esa señora y, en cambio, sí puedes soportar a ese pintor que es bruto, rencoroso y antipático.

—No, no lo es tanto.

—No sé cómo puedes aguantarlo.

—Es hombre interesante.

Laura, por intermedio de la amiga de Ansorena, llegó a visitar a la señora francesa que había querido casarse con Eduardo Avendaño. La señora conoció a Eduardo porque este había ido una vez a mostrarle dos cuadros del pintor que vivía con él por si los quería comprar.

A la señora le gustaron los cuadros y los compró. Después le vino la duda de si aquel hombre habría dado el dinero íntegramente al pintor y mandó preguntarle a este y vio que sí y que no se había guardado nada de comisión.

Luego le entró la curiosidad por Avendaño y le llamó y le habló y le insinuó la posibilidad de casarse con él. Él rechazó las insinuaciones.

Aquella señora era una mujer de talento y de energía a quien sin duda no podía comprender un tipo así, con su espíritu pobre y franciscano.

Ella supuso que quizá estaba enfermo o tenía algún vicio inconfesable.

—Es un hombre a quien no le gusta la vida brillante —le dijo Laura— y se encuentra contento en su cuarto solo. No tiene ambiciones y es capaz de ayudar a cualquiera por desinterés. Que este pretenda ser un gran pintor, que el otro quiera ser rico, a él todo ello le parece muy exterior y no tiene ningún inconveniente en ayudarlo. Es pariente mío —concluyó diciendo Laura—. Es primo de mi madre. Hay que reconocer que es una buena persona, de sentimientos delicados, pero de inteligencia muy mediocre.

—Yo no le he encontrado tan mediocre —dijo la francesa.

—Es un hombre que no conoce a la gente, que no sabe distinguir. Es una nulidad perfecta.

La francesa escuchó las opiniones de Laura con gran atención, pero, al parecer, sin estar muy de acuerdo con ellas.

Laura, que quiso despedirse de su tío, volvió a la carga y fue a ver a Eduardo a la misma librería. Le dijo que hacía una tontería en no aceptar una proposición brillante, que podría tener una mujer inteligente, rica y amable.

A vendado replicó:

—No, no; ¿por qué voy a cambiar mi vida humilde y tranquila por otra más complicada y llena de preocupaciones y de problemas? No, no. Si ella me hubiera dicho si quería ser su administrador, probablemente hubiera aceptado, pero ser su marido no lo acepto.

—Veo que eres un hombre sin sentido.

—Lo que tú quieras, pero no acepto. Yo no tengo condiciones para una vida fastuosa.

—Así que tú no quieres más que lo mediocre.

—¿Me voy a meter yo ahí, en una casa complicada, con esa señora que tiene un hijo de quince años y una señorita de trece, teniendo ya una vida tranquila y segura? Sería una verdadera locura intentar el dirigir ese cotarro.

—Eso te vendría muy bien.

—No, no; prefiero esta buhardillita.

Avendaño vivía como un salvaje, muy satisfecho en su soledad. Se lavaba él mismo la ropa, cosía y remendaba los calcetines con mucha paciencia y muy hábilmente; tenía un presupuesto del que no salía y del cual hablaba como si fuera algo muy complicado y bien estudiado. Gastaba veinte francos de pensión al día, lo cual era seiscientos francos al mes, treinta francos de lavado y planchado, que era solo para la ropa de día de fiesta porque la otra se la limpiaba él; sesenta francos de café; cien de libros, y empleaba en algunos extraordinarios lo restante. Esto le parecía una maravilla de crematística.

Avendaño mostró a Laura varios cuadernos que hacía él, con el título común de Misceláneas, donde había pegado recortes de periódicos y de revistas.

—Estos son mis tesoros —dijo.

Laura examinó sus tesoros.

En la elección de trozos revelaba la mediocridad más absoluta. De todo lo que leía iba escogiendo lo más vulgar y lo cortaba y lo pegaba en su antología. Tenía sin duda para esto un arte especial.

Laura le contempló con lástima, pero no había motivo porque el hombre estaba muy contento.

Como introducción a sus Misceláneas había escrito una especie de apólogo en donde aparecían, *monsieur* le Douleur, *madame* la Souffrance, el criado Regret, la vieja portera La Mère, la Purée, y otros personajes simbólicos. Todo ello para demostrar que sabía algo de francés. Laura leyó parte de esto; le chocó que lo que había escrito y elegido fuera tan insípido y tan vulgar.

Era curioso que un hombre extraño en algunas cosas se mostrara después tan insignificante.

Estando charlando con su tío, se presentó el librero, un señor con aire de catedrático y un gorrito de seda negra en la cabeza. Saludó a Laura y le dijo a Eduardo que tenía que hacer un recado.

Al salir Avendaño, Laura iba a marcharse, pero el librero le dijo:

—Vuelve dentro de cinco minutos. Puede usted esperarlo si quiere.

El librero quería, sin duda, hablarle. La preguntó si era pariente de su empleado.

—Soy sobrina suya —contestó Laura.

—Pues tiene usted un pariente que es un hombre muy raro.

—¿Por qué?

—Tiene un espíritu franciscano extraordinario. Todo le parece bien y considera que debe ayudar a la gente. Le lleva la caja de pinturas y los lienzos al bruto del pintor con quien vive. Si ve alguna mujer que marcha con un paquete pesado le dice: Deje usted, señora, yo se lo llevaré a usted. Es un caso extraño. No cree en nada

malo. Todo lo justifica. Esas cosas terribles que se cuentan de España no son verdad, según él. Exageraciones de mala intención. No hay que hacer caso de eso.

Después de oír al librero, Laura se marchó a su casa.

Al día siguiente, ya al final de octubre, fueron Laura y Natalia a París y se reunieron con Golowin en el mismo hotel del bulevar Raspail.

Unos días después encontraron al doctor Bearn y a Mercedes ya casados. Se disponían a marcharse a Nueva York. Habían decidido ir con el niño. Al *morrosko* le llevaba una muchachita vasca. El chiquillo tenía un aire atrevido y audaz, y Laura y Natalia le acariciaron y besaron.

Su despedida fue tierna.

—¡Adiós, querida! ¡Adiós, corderito mío! —le dijo Mercedes abrazando a Laura.

—¿Me escribirás?

—Sí.

—Y volved lo más pronto posible.

—Ya veremos.

Mercedes, que había contado su historia a Honorina, la del bazar, le llevó a su hijo para que lo viera. Honorina estuvo entusiasmada con el chico, se rio y lloró, y cuando se marchó Mercedes le dio en un sobre cinco mil francos.

Laura había escrito a un colegio de una ciudad del sur de Inglaterra pidiendo datos acerca del ajuar que tenía que llevar la niña.

Hicieron este ajuar en París, y Natalia, Golowin y Laura fueron a Londres.

Natalia prometió que estaría en el colegio muy seria, muy bien, y que no tendría rabietas y que luego, cuando su papá y Laura se hubieran casado, la vendrían a buscar para llevarla a su casa, y que después la traerían a ella un hermanito como el hijo de Mercedes.

Laura, turbada, no sabía qué contestar.

Golowin, al oírlo, dijo: «Creo que el consejo de la niña es el mejor. ¿Dónde nos casamos? ¿Usted quiere un matrimonio decorativo, con alguna fiesta, o prefiere casarse en la alcaldía de un pueblo suizo?».

Ella dijo que prefería casarse en la alcaldía de un pueblo suizo. Al fin y al cabo él era un hombre divorciado. Hicieron el viaje por Calais. Laura comenzó a marearse cuando iban llegando a Dover. Golowin tenía un pasaporte especial, iba a dar una conferencia en Oxford y esto le daba importancia y no le molestaron nada, y no tuvieron que esperar en el puerto ni dar explicaciones. Llegaron a Londres y fueron al Hotel Nacional de Russell Square.

Golowin se marchó a dar su conferencia. No quiso que fuera Laura a oírle porque al parecer se trataba, en su disertación, de cuestiones abstrusas.

Laura fue a visitar a su prima. Silvia vivía en una pensión muy elegante. Estaba sola; a la hija la tenía en un colegio de Pau. Al saber lo que deseaba Laura, la llevó a casa de una amiga chilena de buena posición, que tenía tres hijas en un colegio inglés. Esta chilena indicó a Laura dónde estaba el colegio, en una ciudad del sudoeste de Inglaterra. Laura, Golowin y Natalia, días después, tomaron el tren para la ciudad.

Era un pueblo hermoso, con catedral y, al parecer, con un clima relativamente claro.

Fueron a un hotel que parecía un museo, lleno de cuadros, de estampas y de antigüedades. Les dieron a cada uno su habitación muy bien alhajada y muy cómoda. Cada cuarto tenía su nombre: Cuarto del Bachiller, cuarto de lord Byron, cuarto de Shelley, etc...

El colegio les gustó. A Natalia le pareció también bien y decidieron que quedara allí.

Prepararían mientras tanto la boda en Basilea. Golowin encargó el asunto a un amigo. Cuando estuvieran los papeles arreglados, irían a Basilea a casarse, volverían a Inglaterra a pasar un mes y después él marcharía a Polonia y ella quedaría al cuidado de Natalia.

Así lo hicieron. El viaje fue rápido. Marcharon a París, de Parts a Basilea y en Basilea se casaron y volvieron camino de Londres. Pasaron cerca de un mes en Inglaterra. Fueron todas las semanas a visitar a Natalia, que se encontraba muy bien y se acostumbraba al colegio. Como el pueblo era aburrido, decidieron Golowin y



Laura ir a vivir a Londres. El domingo tomaban el tren para ver a la niña por la mañana y volvían por la noche.

Pasado un mes, Golowin se marchó a resolver sus asuntos de Polonia.

Laura pensó que lo mejor sería dejar el hotel e ir a vivir a la misma pensión de Silvia, donde tendría compañía. Estaba esta pensión en uno de los *squares* próximos a Oxford Street.

Había vacante un cuarto muy bueno y lo tomó. Todos los domingos iba a pasar el día con Natalia y charlaban las dos largamente. Ella se mostraba muy cariñosa con Laura. La niña, aunque se encontraba bien en el colegio, estaba deseando volverse a casa con su padre y con Laura.

Laura se hizo muy amiga y confidente de Silvia, en parte por necesidad, y tuvo que darle la razón en todo, aunque a veces sin ganas, para no verse sola.

Silvia había hecho amistades en Londres; tenía cierto arte para esto. No le importaba gran cosa el adular si le convenía para sus fines.

Silvia, en la casa, estaba en una situación de privilegio. Tenía una alcoba, un gabinete y una sala grande, en donde recibía a sus amigos los sábados. En el salón, que tenía un mirador al *square*, había una chimenea con un gran espejo encima; varias estampas inglesas en marcos; un piano de cola, sillones y una alfombra impecable de limpia.

Silvia se mostraba un poco vaporosa e insustancial y un tanto *snob*. Era su postura ante el público. Así disimulaba su sentido práctico. No quería tratar más que con gente elegante; le había entrado la manía de hablar inglés a la perfección, cosa que, naturalmente, no conseguía, y de recibir solamente a aristócratas y a algunos artistas.

Por el lado del arte se le deslizaban aventureros y judíos en sus reuniones. Silvia se lamentaba a veces de la moral de la gente que la rodeaba. Era un poco absurdo; quería por un lado libertad y por otro no; ser ella el árbitro y la definidora de las conveniencias sociales y de lo que estaba bien y de lo que no estaba bien.

Silvia había cambiado mucho de ideas. Le contó el caso a Laura de dos muchachas americanas, una de ellas pianista, novia de un jovencito griego que había ido a sus reuniones. Se creía que iba a casarse con él. La americana iba de aquí para allá, con su griego, a todos los sitios donde podía divertirse. Luego contó que esperaba a su hermana de la ciudad de los Estados Unidos donde vivía.

La hermana, que era literata, al segundo día de llegar a Londres comenzó a andar acompañada con un rumano amigo del griego y las dos se dedicaron a la orgía con sus acompañantes. Al parecer, estaban acostumbradas; pasaron unas semanas así y al cabo de ellas se fueron a Alemania, y la pequeña, la del griego, la pianista, le escribió una tarjeta postal a su amante en la cual decía: «A ver si vas a ser un buen papá para mis hijos ilegítimos.».

Otra norteamericana pintora, según le contó a Laura, quedó muy convencida de que Silvia tenía un gran conocimiento de las cosas de la vida, y a los dos o tres días de conocerla le telefoneó que quería hablar con ella.

—Tengo que hacerle una consulta —le dijo.

—¿Pues qué hay?

—Mire usted, yo tenía en América un novio que se quería casar conmigo y ha resultado un invertido.

—¿Ah, sí?

—Sí, y he decidido tomar un amante aquí en Londres. ¿Qué le parece a usted?

—No sé cómo le saldrá la combinación. No es fácil dar consejos en esas cuestiones.

A los dos o tres días la pintora le volvió a telefonear y le dijo:

—No me ha resultado bien el amante. Voy a probar con otro.

Entonces a Silvia le entró la idea de la corrección y le dijo a la americana en tono desdeñoso:

—Muy bien; haga usted lo que quiera, pero no me venga usted a contar sus aventuras.

Silvia absorbía el ambiente de elegancia de Londres y sus ideas. Aseguraba que en su medio se consideraba la pequeñez de espíritu, las preocupaciones burguesas, morales y familiares, como cosas pasadas y sin importancia. También se tenía el sentimentalismo como algo ridículo.

—Está bien —le decía Laura—, consideremos que todo eso es viejo y pasado. Ahora lo que no comprendo es con qué vais a defender las mujeres elegantes la superioridad sobre las demás. Porque si esto es así, lo único que os separa de las mujeres del pueblo no es más que el dinero y el traje.

A Silvia le chocó esta salida y dijo que no, que era la cultura y el ingenio, pero Laura se reía de esto. Silvia después trató de demostrar que la diferencia estaba en que unas comprendían a Beethoven o a Bach y las otras no.

Esta categoría moral basada en la música era un poco cómica.

Naturalmente, Laura tenía razón. Un conjunto de costumbres, de prohibiciones, de tabúes —como diría un etnógrafo— han podido dar un privilegio a una clase, porque todas estas cosas siempre son obligaciones: así la castidad para el cura, el valor para el caballero, la erudición para el leguleyo, son imposiciones fuertes que hay que respetar para tener luego derechos, pero gozar de todos los derechos sin ninguna obligación, eso no tenía sentido.

Silvia no aceptaba el punto de vista de su prima y quería creer que el arte de vestirse o de acicalarse era ya por sí una superioridad.

—No me convences —le replicaba Laura—. Si las mujeres hicieran cada una sus trajes y sus afeites, todavía eso tendría algún valor, pero como no los hacen y los compran, tus razones no tienen valor ninguno.

Silvia se aturdí un poco con los razonamientos de su prima, pero no daba su brazo a torcer.

—Además, aquí no pretendemos ser mujeres extraordinarias, sino como todas —terminaba diciendo Silvia.

—Sí, muy bien, pero aceptada esta igualdad, se tenderá a igualar todo lo demás. Porque si una mujer es igual a otra, ¿por qué a una se le van a conceder unos privilegios y unas preeminencias y a la otra no? Yo creo que la desigualdad del trato debe estar basada en algo, aunque sea en una tontería, pero si se reconoce que no hay diferencia especial, que el obrero no se diferencia del ingeniero, ni el enfermero del médico, ni el mozo de laboratorio del investigador, ni la criada de la señora, todos deben tener la misma categoría y quizá con el tiempo el mismo sueldo.

Silvia pretendía corrección y al mismo tiempo *flirt*, seguridad y aventuras, algo

que era lo mismo que el cuchillo de palo hecho de hierro o del pescado grande y que pese poco.

—Yo creo que no hay más que dos tendencias importantes en la vida —decía Laura—, una pagana, que piensa solo en el bienestar, otra mística, que sueña en el más allá. Cristianismo y paganismo unidos, no puede ser.

—¿Y tú?

—Yo no me creo con libertad de hacer lo que me dé la gana.

—¿Pero crees o no crees?

—No sé.

Silvia le contó el argumento de una novela inglesa. Pasaba entre caballeros y damas muy perfiladas, naturalmente, todos ricos y aristócratas y llenos de problemas psicológicos. No sabían estas damas y caballeros a quién querían, si querían a dos personas a la vez y si a una la querían de una manera y a otra de otra.

Silvia consideraba como la Divina Comedia del tiempo la novela de Huxley, *Contrapunto*. Se la prestó a Laura en inglés y en francés.

Laura le dijo: «A mí no me ha divertido gran cosa. No digo que sea una novela mala, pero es poco novela».

Silvia se escandalizó como si hubiera dicho una blasfemia. El prestigio de la moda era para ella sagrado.

Le prestó otras novelas de varias escritoras, todas muy alambicadas y superferolíticas. A Laura no le llegaban a producir la admiración por la vida inglesa que habían producido en su prima Silvia.

—Te has hecho alemana —le decía esta.

—¡Yo qué me voy a hacer alemana! Soy madrileña como antes.

Para Silvia estos libros que leía eran una cosa tan superior, sobre todo tan distinta a los antiguos, que los anulaban; eran de otra sustancia, con otros problemas y hasta con otra humanidad.

Laura no lo creía. Había tenido mucho tiempo para pensar, en la soledad, en Suiza; le había escuchado razonar de una manera sencilla y clara a su marido y no creía en lo alambicado y complicado. Más creía en la oscuridad, en lo arbitrario y en el absurdo. A pesar de que no pensaba como ella, Silvia presentaba a Laura a sus amigos como a una intelectual.

«Mi prima Laura —decía—, que se ha casado con un aristócrata ruso y que es muy intelectual.»

Laura muchas veces pensaba con disgusto en que su marido le dejaba largo tiempo sola. Tenía demasiada confianza en ella. La abandonaba en una situación mala y peligrosa. Un poco más de preocupación le hubiera gustado.

La misma Natalia lo comprendía y cuando Laura iba a verla los domingos le preguntaba: «¿Por qué no viene papá? ¿Por qué te deja sola?».

En la sociedad de Silvia tenían a Laura por una mujer separada del marido y, naturalmente, se le acercaban muchos a galantearla. A veces estuvo a punto de

escribir a su marido y de decirle: «Me voy de aquí porque estoy demasiado solicitada».

Le parecía muy bien que su marido tuviera confianza en ella, que despreciara la tragedia, no solo la pequeña, sino hasta la ibseniana y la wagneriana, pero a veces le parecía que su confianza era excesiva. Su marido no conocía a las personas. No tenía ese instinto de ver en el interior de los demás que tienen a veces las mujeres y hasta los niños; quizá no le interesaba la gente y se contentaba con la clasificación vulgar de los caracteres hecha a su alrededor. No tenía esa intuición psicológica que ya tenía su hija Natalia.

Le invitaron a Laura a ir a una reunión en un palacio de Londres. La invitación decía: Señora princesa Golowin. Laura fue por curiosidad.

El amo que hacía los honores era un señor muy bien vestido, muy pulcro y muy amamado. Sin duda no había mujer en la casa y él hacía sus veces. Fueron llegando caballeros y señoras elegantes y se formaron grupos. Abundaban los hombres un poco remilgados y las mujeres atrevidas.

Le presentaron a Laura una señora española, viuda, muy guapa y muy elegante, que iba a casarse con un inglés. El nombre de la dama era María Victoria.

Esta mujer dijo que estaba siempre ocupada porque trabajaba mucho y tenía que verse con unos y con otros.

—¿Es usted madrileña? —le preguntó a Laura.

—Sí.

—Yo también. ¿Su marido es un príncipe ruso?

—No. Yo siempre le he oído decir que no, pero no sé por qué le llaman a él y me llaman a mí también princesa. Suponen sin duda que no nos disgustará ese título y que dará tono a una reunión.

La española era una mujer con unos ojos llenos de fuego, inteligente y contadora de toda clase de historias. Le habló de las personas que estaban en la reunión, de algunas damas feministas y de señoras de la aristocracia, de otras millonarias, de alguna vieja sufragista de las partidarias hacía años de mistress Pankhurst.

Un señor viejo, ya un poco destartado, se acercó a María Victoria, le besó la mano y le dijo que seguía tan guapa como siempre y tan coqueta.

«Sí, soy coqueta. Tiene usted razón —contestó ella—. Siempre lo he sido.»

Esta señora se desenvolvía con una gran seguridad. Al salir de España, al comenzar la guerra civil, había entrado en una casa de comercio de gran importancia de Londres, donde seguía rodeada de hombres, que la admiraban por su decisión y su atrevimiento.

Había pasado varias veces al lado rojo y después al blanco, enviada por la casa inglesa, y llegó a estar presa y a punto de ser fusilada.

En la conversación habló del diplomático que iba hacía tiempo a casa de Silvia en Madrid.

—¿Qué fue de él? —preguntó Laura.

—Se suicidó.

—¡Que se suicidó!

—Sí. ¿Era amigo suyo?

—Amigo, no..., conocido.

Laura contó cómo en casa de Silvia, terminado un horóscopo medio en broma

medio en serio, le habían pronosticado que se suicidaría.

—Pues sí, se suicidó —dijo la española—. Tenía un amigo médico psiquiatra y, asustado de lo que ocurría, se metió en su clínica. Estaba allí cuando un día abren las puertas del jardín de la clínica, entran unos milicianos con un grupo de detenidos y los fusilan delante de una tapia. El diplomático, que había presenciado el fusilamiento desde su ventana, no pareció muy inquieto y nervioso, y por la noche cenó bien, pero al día siguiente, al abrir su cuarto, se encontraron con que se había colgado del techo con el flexible de la electricidad.

Laura quedó asombrada. Otro pronóstico absurdo realizado.

María Victoria presentó a Laura a un joven escritor que apareció en la reunión. Publicaba estos cuentos y novelas cortas en revistas; sus relaciones se caracterizaban por un aire misterioso y sombrío... Debía de ser lector e imitador de Edgard Poe. Dijo que no sabía escribir más que de aquello que conocía y a lo más de lo que soñaba. Por eso no escribía de amores, porque no los encontraba por el mundo.

—¿Es que no ha tenido usted mucho éxito con las mujeres? —le preguntó María Victoria.

—Ahora ya ni lo pretendo —contestó el joven—. Eso se queda para bolsistas y dependientes de comercio.

—¿Es que tiene usted vocación de santo?

—Nada de eso. Todo lo contrario.

—Entonces es usted un poco rabioso.

—Puede que sí. No mucho, pero algo.

El joven escritor contó algunas anécdotas cómicas acerca de la excesiva familiaridad que iba reinando en Londres. Hacía unos días había ido a casa de una amiga suya a quien conocía María Victoria y la había encontrado tendida en la cama. En esto entró una muchacha y se tendió también a su lado.

Entonces él les dijo a las dos: «Si ustedes lo permiten me voy a quitar las botas y me voy a echar también en la cama.»

—¿Y qué dijeron las dos señoras? —preguntó la española—. ¿Se alborotaron y empezaron a protestar?

—No. Dijeron que no había sitio.

El joven siguió satirizando a las mujeres.

—Estamos de acuerdo —le dijo Laura— en que no somos un dechado de perfecciones, pero ustedes tampoco creo que lo sean.

—Es evidente. ¿Es que usted tiene un tipo de hombre en la imaginación?

—No lo necesito. Tengo mi marido.

—¡Ah! ¿Es usted casada?

—Sí.

—¿Pero es usted rusa o española?

—Soy española. Mi marido es el ruso.

El joven, sin duda, quería lucir su ingenio. La señora española le excitaba para

que contara cosas sobre uno y sobre otro. Habló en burla de las duquesas y otras damas de la aristocracia que sentían simpatía por los revolucionarios y los comunistas.

—Son damas comunistas con un magnífico palacio, varios criados y tres automóviles. Así se puede ser comunista. Claro que ellas son comunistas, principalmente para España.

—Pero usted tiene un caso igualmente contradictorio entre los reaccionarios —dijo la española—. Tiene usted en Francia, en París, periódicos que ensalzan el despotismo y la unión católica, pero en esos periódicos se usa de la mayor libertad para insultar a todo el mundo y hasta para decir que hay que fusilar a este y al otro. Así que es lo mismo; los unos dicen: «Comunismo para España, pero yo con riquezas y automóviles», los otros dicen: «Despotismo para España, pero yo con libertad de decir lo que se me antoje».

El joven defendió después la paradoja de que el escritor debía ser indiferente a la vida vulgar: de que la gente viviera bien o mal, no había que ocuparse. No tenía importancia. Siempre pasaba y pasaría que la masa no fuera más que el fondo para destacarse unos pocos privilegiados. Esta era la ley del mundo y quizá fuera la buena. Cuando en el clan primitivo un macho poderoso y fuerte se apoderaba de todas las riquezas y de todas las mujeres, y el joven que protestaba de la tiranía se llevaba a una mujer para formar una familia lejos, no hacía más que perjudicar al grupo.

—De rebelarse, lo útil es que el rebelde mate al jefe del clan y se erija él en jefe y después celebre a su antecesor como a un héroe y se lo coma simbólicamente en una comida totémica.

—Así que el hombre que suprime al tirano que aterroriza y maltrata a un pueblo, ¿hace un daño, no hace un bien? Es una teoría cómica —indicó la española.

—Sí, a mí tampoco me parece eso muy aceptable —aseguró Laura.

El joven escritor se lució contando muchas anécdotas y se despidió haciendo un saludo ceremonioso.

Poco después María Victoria le dijo a Laura:

—Le voy a presentar otro joven que creo que ha de llegar a ser algo. Es también escritor y ha viajado por todo el mundo.

Era un hombre de aire enérgico y desdeñoso, tenía mediana estatura, era moreno con una cara muy expresiva y la tez curtida por todos los climas del mundo. Hablaba con mucho aplomo. Dijo que por una casualidad había ido a aquella reunión. No le gustaba salir ni acudir a ninguna parte.

—¿Por qué? —le preguntó Laura.

—Porque se falsifica uno a sí mismo y se dice, para hacer efecto, lo que no se siente. Se exagera unas veces la maledicencia y otras la generosidad. Cuando se vuelve a casa se piensa: Todo lo que he estado diciendo es mentira.



—Puede ser —replicó Laura—, pero también puede ser que las reflexiones que se hacen después sean las exageradas y las falsas.

—No niego yo esa posibilidad. Tiene usted razón. De todas maneras, en ninguna parte, y menos en Inglaterra, se puede ir a una reunión y hablar de una manera sincera. No encuentra usted más que gente dogmática, presumida y tonta, o viejas ridículas entusiastas que no saben lo que dicen y por llamar la atención son capaces de defender el comunismo, la poligamia o la antropofagia. Aquí la gente tiene poco ingenio.

—Pero eso dicen en todas partes los descontentos.

—Sí, es posible. Entonces hay que pensar que aquí, como fuera de aquí, no vale la pena de conocer a nadie.

—Todo el mundo tiene sus defectos.

—Sí, pero todos nosotros estamos más acostumbrados a los defectos propios que a los ajenos.

—¿No se siente usted capaz de tener simpatía por la gente?

—No.

—¿Por los jóvenes tampoco?

—Tampoco.

—¿Ni por los niños?

—Ahí fallo, pero espero llegar a mirarlos con indiferencia.

El escritor y viajero, prácticamente no parecía que, fuera de sus ideas, se mostrase tan enemigo de los hombres y de la sociedad, porque se le veía hablando con todos y haciendo saludos ceremoniosos a unos y a otros, aunque siempre con cierto aire seco.

—¿Qué país el nuestro! —le dijo a Laura—. Es un país ridículo.

—¿Por qué?

—Por este sentimentalismo vulgar. El otro día me dijo un amigo que se habían presentado unas señoras en el consulado de España a pedir que se salvaran de la guerra en la península diez o doce perros, para lo cual pagarían lo necesario y los adoptarían.

—Pero eso será una invención.

—Me han asegurado que no. El caso es que no hace mucho se hizo una suscripción para un hospital de personas y poco después otra para un hospital de perros, y la del hospital de perros alcanzó mayor suma. Estos pueblos tan celebrados —añadió el viajero—, París, Londres, Roma, son pueblos muy monótonos y de una vida mezquina e insignificante; si hay algo nuevo en ellos es algo desagradable: la noticia de que en un punto de Asia o de Europa están bombardeando ciudades y que se mueren las mujeres y los niños. Todo eso a mí me da ganas de marcharme a cualquier país desierto a luchar con la naturaleza o con las fieras.

Laura se sintió atraída por la prestancia de este hombre. Le impresionó su aire fuerte y de mal genio.

Europa y toda la vida civilizada era para él una cosa repugnante; no quería vivir

entre gente civilizada, prefería los lugares desiertos mejor que los sitios cómodos y excesivamente civilizados. Este hombre, al parecer, tenía gran entusiasmo por el explorador y aventurero inglés comandante Lawrence, a quien había conocido cuando estaba en el colegio en Oxford. Entonces se tenía a Lawrence como a un jovencito sabio que estudiaba lenguas orientales. Al comenzar la guerra, en 1914, al aventurero Lawrence le declararon inútil por falta de peso; luego fue a El Cairo y se metió entre los árabes y los beduinos y los sublevó contra los turcos. Hizo cosas extraordinarias.

—¿Y ha escrito algo? —preguntó Laura.

—Sí, ha escrito un libro, *La sublevación del Desierto*, y desgraciadamente ha muerto para Inglaterra y para sus entusiastas.

El viajero siguió hablando de Lawrence y de sus trabajos en la *Intelligence Service*. Para él, era el hombre más romántico del tiempo nuestro.

—El insoportable Lawrence, como le llamaban los jefes, rehusó los honores, después de la guerra donde se había distinguido y llegado a coronel, se inscribió como soldado en el ejército del Aire y siguió así doce años.

—¿Y dónde ha muerto?

—Murió en un accidente de motocicleta. Se cuenta que tenía un pájaro domesticado en casa que le dio mala suerte.

Cuando se despidió el viajero, la española María Victoria le dijo a Laura:

—Como ve usted, hay ahora muchos ingleses que parece que están cansados de su éxito en el mundo y que quisieran las dificultades y los fracasos de los demás países. La mayoría siguen sintiendo la clásica satisfacción de ser ingleses, pero otros no y encuentran su pueblo amanerado y poco ágil de inteligencia. Esta idea de que los ingleses no son inteligentes corre entre ellos y es aceptada por gente mundana.

Después de decir esto, la española añadió que le iba a presentar un inglés clásico de novela de Dickens.

Este se hallaba escribiendo un diccionario de los clubs y de los coleccionistas que habían existido en Londres y hablaba de ello con fruición. Había habido en la gran ciudad clubs de todas clases, coleccionistas de las cosas más inverosímiles, de esquelas funerarias, de etiquetas de botellas, de chimeneas, de cuerdas de ahorcado, de retratos de asesinos, de botones, de trajes de hombres célebres, de ligas de mujeres, de bozales de perro, de sombreros, de anuncios de bodas, de cajas de cerillas, de pilas de agua bendita, de lápidas sepulcrales, de muestras y enseñas de tiendas, de cuadros hechos con pelo, de instrumentos de pesca, de canciones callejeras, de candidaturas de elecciones... No quedaba actividad a la cual los londinenses no se hubieran dedicado con intenciones de coleccionistas. Además de los cuadros, libros, estampas, porcelanas, esmaltes, obras de arte, etc...

Después de oír a este especialista, Laura dejó la tertulia en compañía de María Victoria, que la llevó en auto hasta su casa.

Las reuniones de Silvia revelaban su carácter celoso. Se veía en ellas su manera de ser. Llegaba a tener amistades, iba a varias casas, la visitaban al mismo tiempo, pero su personalidad egotista y exclusivista le producía en seguida rivalidades, piques con una persona o con otra. Si veía algún joven de sus favoritos galanteando a alguna señora se le notaba inquieta y nerviosa y que no podía ocultar su molestia.

Silvia recibía a sus amigos en su salón los sábados por la tarde. Estos días había, con frecuencia, conciertos de violín y piano. Silvia ponía un gran cuidado en que sus reuniones parecieran amenas y en que la gente que acudiera a ellas fuese distinguida, pero no sabía atraerla, ni retenerla largo tiempo, a pesar de que empleaba la intriga y la adulación. Aquella manera de ser no le gustaba a Laura. La encontraba a veces cínica y hasta desvergonzada.

Laura, sin duda, había heredado de su padre cierta rigidez moral, y lo que seguramente a otras no les preocupaba, a ella la alarmaba. No le bastaba que se dijera de algo que era elegante. A ella no le parecía correcto que una pareja estuviera en un rincón besándose, y que esas señoras como Silvia, que hubieran dicho que era escandaloso que una criada y un soldado hicieran lo mismo en un banco de un parque, lo encontraran lícito en una sala particular.

Como se celebraban pequeños conciertos de violín y de piano, pasaban por casa de Silvia muchos virtuosos.

En el tiempo que fue Laura a las reuniones de su prima, el grupo de músicos que se consideraba el más importante lo formaban un pianista, Arturo, un violinista, Jorge, y un violoncelista, Isaac, que debía ser judío.

El Arturo era un tipo, en conjunto, de buen aspecto, pero mirándole detalladamente tenía algo de ridículo.

Jorge el violinista estaba mejor, sería hombre de veinticinco años, esbelto y sonriente y amable. Se acercaba mucho a Laura a hablar con ella.

El judío violoncelista era un joven agrio, siempre protestando de todo, con una manía de persecuciones, creyendo que el mundo estaba exclusivamente hecho para él y que debía encontrar hombres y mujeres que lo elogiaran a todas horas. Este joven judío, amigo de Arturo, galanteaba a una señora rica. Era amable y sonriente cuando quería, pero muy egoísta y taimado. Tenía seguramente una sensación de inferioridad unida a la presunción semítica. Hablando de que uno trataba con dureza a las mujeres, le oyó decir Laura:

—Así hay que tratarlas.

Tocaba el violoncelo y estudiaba muchas horas con una gran constancia.

Hablaba con Laura en español. El judío no la engañaba, porque ella veía sus pensamientos con gran claridad. Era hombre reclamador, descontento, se consideraba

siempre perseguido y molestado, siempre con pequeñeces por si le trataban o no le trataban como se merecía.

Silvia estaba muy entusiasmada con Arturo, demasiado; todo el que iba a las reuniones lo notaba y lo criticaba.

El joven Arturo daba muy mala impresión a Laura. ¿Cómo no podía sospechar Silvia la clase de tipo que era este hombre? Se le veía a la legua.

Tanto Arturo el pianista como Jorge el violinista, tenían fama de ser afeminados.

Como contraste, apareció en la reunión una muchacha joven, rica, que al parecer presumía de hombruna.

Era muy alta, de una cara pálida e inexpresiva, una palidez como de papel y, sobre esta blancura, unos ojos claros y una boca grande con unos labios de color rosa. Vestía con trajes decorativos, pero fríos, de color y con cierto aire masculino. Tenía un cuerpo como de muchacho. Hacía contraste con el pianista y con el violinista, porque miraba a los hombres con desdén y a las mujeres con curiosidad y con insistencia. ¿Había en ella algo de anormal, era todo un resultado del capricho del esnobismo o del deseo de singularizarse? Laura pensaba que en esta cuestión de independencia individual, de terquedad para lo bueno como para lo malo, no había país como Inglaterra. Era el país clásico de los originales y de los excéntricos, en donde todas las extravagancias podían darse.

Un día la inglesa pálida habló con Laura largo tiempo y después de la conversación Laura le dijo:

—Perdone usted.

—¿Por qué?

—Porque yo le he hablado a usted como a una mujer, pero veo que a pesar de su estatura es usted una niña.

—¿Cree usted?

—Completamente.

Ella se rio y se lamentó de tener dieciocho años.

—No se lamente usted de eso —le dijo Laura—. Tener más años lo conseguirá usted fácilmente.

Esta muchacha, Annabella, tuvo algunas conversaciones con Jorge el violinista, y una vez, sin que se supiera por qué, al salir de casa de Silvia le pegó una bofetada al virtuoso y no volvió más.

De esto se habló mucho y se hicieron cábalas entre los contertulios. Un día apareció en el salón de Silvia un tipo de inglés de mal genio, con cara de pocos amigos y, sin embargo, humorista. Arturo tocó algunas romanzas sentimentales de Chopin y de Schumann y música antigua. Estuvo muy bien.

El señor de mal genio, que había hablado con Laura de España, dijo del pianista:

—Es un tipo apestoso y ridículo.

—No tanto —indicó Laura.

—A mí me parece un completo mamarracho. Tiene una cara de presunción grotesca. Esa nariz respingona podría servir a cualquiera, pero a un pianista romántico no le cae bien. Para un escritor, para un historiador, para un cómico, esa nariz sería aceptable, pero para un pianista lánguido, desfalleciente y con melena, no resulta. Dan ganas de decirle confidencialmente: «Para el repertorio musical que usted cultiva debe cambiarse de nariz, ir a un instituto de belleza».

Aquel señor no se sabe si tenía algún agravio que vengar del pianista, el caso fue que se dedicó a hacer investigaciones acerca de su vida. Averiguó que tanto Arturo como Jorge pertenecían a un club de artistas y que en aquel club todos o casi todos eran invertidos, morfinómanos y tipos del mismo orden.

El señor quiso convencer a Laura para que se lo dijera a Silvia.

«Yo no; yo no me quiero meter en eso —contestó ella—. Yo no tengo ninguna obligación de denunciar a nadie.»

El señor, que era sin duda un hombre inflexible, se lo dijo a Silvia, y esta se llevó un disgusto tremendo. Como siempre, sus proyectos matrimoniales se venían abajo, porque, al parecer, había pensado casarse con Arturo.

Unos días después le preguntó a Laura:

—¿Te han dicho a ti algo de Arturo?

—Sí.

—¿Y qué crees?

—¿Yo qué quieres que crea? Yo no sé nada.

Silvia dijo, con la inconsciencia que a veces le caracterizaba:

—Todas esas cosas son invenciones, mentiras...

—Es muy posible —indicó Laura.

—Pues a mí me es igual —replicó Silvia—, no me importa nada, yo le tengo afecto y simpatía a Arturo, sea lo que sea.

Al día siguiente había ya cambiado de opinión y le dijo a Laura:

—No cuentes a nadie lo ocurrido.

—No, no, ¿para qué?

Respecto a Arturo, poco tiempo después murió en condiciones sospechosas a la salida de aquel club de los artistas. No se averiguó nada claro, pero se sospechó que había algo criminal en su muerte.

A Silvia, después de su fracaso, se le metió en la cabeza que había de entrar en un convento.

Fue a París con estas intenciones, visitó comunidades. Unas le gustaron, otras no le gustaron; en unas le parecían muy bien las reglas, en otras los hábitos, y después de ver muchos conventos decidió no ir a ninguno y marcharse a vivir a Roma.

## QUINTA PARTE

Al comienzo del verano Laura fue a buscar al colegio a Natalia y se embarcaron en Dover para pasar el canal de la Mancha. Estuvieron ocho días en París y fue a buscarles Golowin en automóvil para llevarlas a Basilea.

Llegaron a Basilea de noche. La casa de Golowin, fuera de la ciudad, en el Alto de la Batería, estaba abierta, restaurada y marchando normalmente.

La Batería era un polígono militar con murallas y árboles altos alrededor. En la entrada se destacaba un relieve con tres figuras desnudas. Esta batería era del tiempo de la guerra europea de 1914 y el monumento no conmemoraba muertos en campaña, sino otros de una epidemia.

En el cerro de la Batería, (*Auf der Batterie*) había algunas barriadas de casas pequeñas y hoteles. Desde la altura se veía la ciudad entre la neblina, con las torres de la catedral de color rojizo. Para llegar a la casa de Golowin, desde el pueblo se seguía una avenida que bordeaba un parque, luego se tomaba una carretera estrecha y al lado izquierdo se veía un camino y un pabellón con una puerta en arco y una ventana de aire antiguo.

La casa se encontraba aislada en el alto. Estaba rodeada por un terreno de ochenta o cien metros en cuadro, limitado por un seto vivo. Por un lado tenía una terraza de piedra que daba hacia el Jura, muralla oscura precedida de bosques de robles. Por el otro miraba a la ciudad y se veían vagamente las torres rojizas del Münster, las casas, y a ciertas horas el Rin, que brillaba dorado con las luces del crepúsculo.

Al llegar, la señora Bergmann acogió a Laura y a Natalia con grandes extremos y contó las novedades de la casa. La Walkiria se había marchado. Había encontrado un joven jardinero que la admiraba y la llevaba al tálamo nupcial; la cocinera y la doncella seguían. El señor Keller, el de las anécdotas, había entrado en un asilo y preguntaba por Laura. También el señor Wollgraff preguntaba por ella.

Por la noche los alambres del teléfono producían un sonido como si estuvieran murmurando. No era el viento, según dijo Golowin, sino los cambios de temperatura los que originaban este ruido.

Al levantarse, Laura vio el campo verde con grupos de árboles. En el fondo, el Jura, una línea de montes suaves, azulados. Le recordaron el Guadarrama. Había muchos árboles en flor, gran silencio, cantaban los cucos y los cuervos volaban por el aire.

De la ventana se veían pasar con frecuencia los aviones. Los cuervos en el campo seguían el arado del labrador, a comer los insectos que se descubrían al remover la tierra.

A pocos pasos jugueteaban las urracas.

Natalia quiso que su alcoba estuviese cerca de la de su mamá, como llamaba a

Laura, y pidió que se le trasladara a un cuarto próximo. Las dos habitaciones daban a la biblioteca. Esta era una sala cuadrada, baja de techo, con una gran ventana de guillotina, llena de armarios con libros y una porción de estampas, cuadros, arcas antiguas y un globo terráqueo de más de un metro de diámetro, publicado por una casa editora de Berlín.

En esta habitación se disfrutaba de una calma y de una tranquilidad extraordinarias.

Natalia era absorbente y atrevida. Entraba en el cuarto de Laura y la abrazaba y la besaba. Después salía a la terraza seguida de *Troll* y se marchaba por el campo cantando, y volvía al poco rato. Era turbulenta y muy difícil de vigilar. Era verano y paseaban al anochecer y algunas veces a la luz de la luna por los alrededores.

A poco de llegar a Basilea le entró la sospecha a Laura de que estaba embarazada. Su marido hizo que la visitara un amigo suyo, el doctor Müller. El doctor confirmó el hecho.

El doctor Müller, a pesar de ser muy viejo, se sentía deportista y optimista, le gustaban las muchedumbres y andar en bicicleta. Cuando Golowin manifestaba no tener gran simpatía por las multitudes apresuradas y sudorosas, el doctor le decía:

—Es usted un misántropo, es usted un pesimista.

El doctor Müller sermoneaba un poco a Laura por los asuntos de España. Trataba de demostrarle *ce por be* que no había más solución que el federalismo y la democracia. Laura decía que sí, que era muy posible que tuviera razón. El doctor explicaba cómo en las ciudades suizas, con un fondo de humanidad tan malo como el de cualquier otra parte, se realizaban la libertad y el orden gracias a la cultura y a la democracia. Golowin sonreía con una sonrisa un poco mefistofélica.

Este doctor invitó a Golowin y a Laura a comer a su casa, y como sabía que Laura había estudiado medicina y estado a punto de terminar la carrera, les leyó a los postres un discurso médico-farmacéutico escrito en latín para mayor claridad. Después recordaba mucho a Laura y cuando veía a Golowin le preguntaba: «¿Qué dice la noble dama española?».

El médico le aconsejaba a Laura que paseara todas las mañanas. Comenzaron a salir Natalia y ella con el perro.

Marchaban por los caminos y las sendas próximas. En las huertas veían chicas con pantalones largos y anchos que usaban para trabajar con más comodidad. Algunas altas, esbeltas, tenían buen aspecto con esta indumentaria masculina.

Como Golowin había tomado un chófer, Natalia y Laura hacían excursiones en automóvil, siempre para volver antes del anochecer.

Cuando llegaban a casa veían con frecuencia el sol que se ocultaba por encima de la ciudad como un globo rojo.

Solían visitar la casa algunas señoras amigas.



Laura estaba muy entusiasmada con la idea de tener un hijo. Se pasaba muchas horas en la terraza; Natalia le hacía compañía.

Algunos carros tirados por caballos grandes y pesados pasaban por el camino y alguna vez también se veían hombres que tiraban de un carrito al mismo tiempo que un perro. Los labradores, con unas escaleras muy largas, andaban subidos a los cerezos y cogían la fruta en canastas. Natalia le decía:

—Mira estos pájaros que llevan comida a sus crías. Qué cantidad de alimento deben necesitar al día y cómo lo consiguen.

—Sí, es verdad.

Laura y Natalia veían escenas curiosas. Una tarde, en un campo de trigo cercano, presenciaron la lucha de un gato de alguna casa próxima, con una cola muy larga, y una urraca grande que parecía al mismo tiempo atacarle y burlarse de él. El gato, acosado por un lado y por otro, viéndose en peligro, bufaba y daba saltos y acabó metiéndose, derrotado, por los trigos, lo que les pareció a las dos muy cómico. Les chocó también la escena entre *Troll*, el perro, y un grillo topo que había caído a un charco. *Troll*, a quien sin duda le repugnaba el insecto, ladraba y a veces iba a morderle con furia, con un aire de fanfarronería grotesco, pero después se retiraba asustado. Natalia se rio a carcajadas.

La vida en la casa era un tanto monótona y había que dedicarse casi exclusivamente a la lectura.

Golowin vivía muy absorto en sus estudios astronómicos. La trataba a Laura con gran respeto. Le besaba la mano y se levantaba cuando entraba en el cuarto donde se hallaba él.

Golowin estaba unido por un sentimiento de gran amistad con un astrónomo de Basilea que tenía un pequeño observatorio en un pueblo próximo. Con frecuencia iba a su casa y el astrónomo le visitaba en Basilea. La hija del astrónomo sabía latín, griego y caldeo, y traducía para su padre trozos de libros antiguos que trataban de astronomía.

Era una muchacha simpática, pero tan absorbida por las cuestiones de la ciencia, que había perdido el carácter femenino y no le interesaban las cosas que interesan a las demás mujeres.

Keller iba del asilo a visitar a Golowin.

En vez de alcohol tomaba té. Se sentía muy fiel a Laura, de quien era entusiasta.

En todas partes se hablaba de la guerra. Se decía que Basilea, pueblo abierto, no podría defenderse y que, franceses o alemanes lo ocuparían inmediatamente al comenzar la lucha.

Por miedo a los bombardeos mandó el Ayuntamiento que se cerraran las ventanas y se pusieran cortinas de modo que no se viera de noche resquicio con luz dentro de las casas.

A los suizos les preocupaba un posible ataque de aeroplanos.

También les preocupaba mucho los gases asfixiantes.

La señora Bergmann y las criadas colocaron tiras de papel espeso en las ventanas, para el caso de un posible bombardeo. Estas cortinas se podían arrollar en un palo.

—De la guerra mundial nos escapamos, pero de la próxima no nos vamos a escapar y hay que prepararse —se oía asegurar a la gente.

—Sí —decía Golowin—. Todos los países no piensan ya más que en la guerra. Hay que pensar que la guerra es inevitable o que el camino que ha tomado la civilización es malo; porque vivir cada treinta o cuarenta años con una matanza general no puede ser un ideal para la humanidad.

Esto parecía cierto; no había ninguna manera de evitarlo. No valía la pena de hablar de ello.

Laura no sentía el pánico. Esa cosa que no le preocupaba.

«Ante estas calamidades tan grandes que no tienen remedio —decía convencida — y que no se puede hacer nada contra ellas, yo creo que lo mejor es no tomarlas en cuenta.»

Golowin aseguraba riendo que era una manifestación del estoicismo español, y a veces añadía que su mujer era de la familia espiritual de Séneca. Ella era una estoica a la española como él un resignado pasivo a la eslava.

Laura leía poco. Estaban a la moda las biografías y ensayos, pero a ella no le interesaban gran cosa. De pronto, sin motivo especial, no sentía curiosidad por Napoleón, por el Gran Capitán o por César Borgia. Verdad es que los autores tenían el talento de dar a las vidas de hombres célebres un aire de bulevar, de la época, pero aun así no le entretenían. Bien que los que tuvieran de antiguo una curiosidad de esa clase, la cultivaran, pero en los demás le parecía un gesto artificioso y ridículo.

Golowin quería que su hija no leyera más que libros para niños, cuentos o las *Aventuras de Fortunatus*, pero ¿quién le iba a impedir que leyera otras cosas?

Su padre se marchaba con frecuencia. Laura no sabía alemán ni ruso. Natalia leía lo que le parecía. Claro que en la biblioteca había poca literatura de carácter amatorio.

Dos señoras amigas de Golowin comenzaron a visitar con asiduidad a Laura. Una de ellas, la señora Wenland, había estado en España y la conocía bien. Se había habituado a las costumbres españolas, pero pensaba que debían cambiar. La otra se llamaba Minna Fischer. Era viuda, con el cuerpo muy elástico, el pelo blanco, con un tipo de marquesa del antiguo régimen. Tenía varios hijos mayores.

Vestía de negro y llevaba con frecuencia un cuello blanco y una flor también blanca en el pecho.

Las dos eran mujeres románticas, de un tipo mixto, mezcla de idealismo y de cinismo. El bosque y el lago les sacaban de quicio. Tenían el espíritu de Loreley y de las Walkirias vestido con traje moderno, como decía Golowin. Sentían las dos una curiosidad por las cuestiones religiosas, sobre todo de misterio, que a Laura le chocaba. Se dedicaban al misticismo y al espiritualismo con entusiasmo. Minna Fischer le habló de los distintos cultos de la ciudad.

En Basilea había una porción de Iglesias: católicas, protestantes, judía, mahometana y, aunque sin templos, lugares de culto budista, espiritista, teosófico, etc... En el protestantismo existían distintos matices: calvinista, zuinglista, luterano, anabaptista, Ciencia Cristiana, Salvation Army y el grupo Oxford.

En Biningen había una iglesia de anabaptistas. Consideraban estos que no se podían entrar en la secta y ser bautizado más que cuando el adepto era ya hombre y tenía conocimiento de la doctrina cristiana. Antiguamente estos místicos se distinguían por su austeridad y por sus ideas contra la guerra.

Minna Fischer no sabía claramente qué era aquello llamado Oxford, pero tenía una gran curiosidad de ir a su templo. La gente se confesaba en público los desórdenes sexuales entre personas del mismo sexo. Había una señora que contaba que había tenido amantes y que sus hijos no eran de su marido.

«Para esto, la confesión secreta como se practica en el catolicismo debe ser tan eficaz y menos escandalosa —pensaba Laura.»

Había también, según Minna, un joven de la ciudad, de buena familia, que después de pasar algún tiempo en Marruecos se había convertido al mahometismo y hacía prosélitos, y a la gente no le chocaba. Minna Fischer le preguntó a Laura con gran interés si creía en las curaciones por emanaciones mágicas. Laura le contestó que no, que pensaba que eran supersticiones.

En un alto, enfrente de la casa de Golowin, respaldado en el Jura, estaba el templo antroposófico, el *Goetheanum*, fundado por Rodolfo Steiner. Minna Fischer invitó a Laura a ir con ella a verlo en su auto. Pasaron varios pueblos. Llegaron a Dornach. En Dornach, por lo que dijo Minna, quedaba el recuerdo de una batalla celebrada allí al final del siglo XVI de la guerra de Suavia, ganada por los suizos a los imperiales. En la iglesia de este pueblo estaba enterrado el matemático francés Maupertuis, uno de los sabios amigos del gran Federico y que tuvo diferencias y discusiones agrias con

Voltaire.

Llegaron a Arlesheim, con su *Goetheanum*. A Laura le pareció una cosa extravagante, sin interés. No le hizo efecto, ni lo tomó en serio. No estaba dentro de sus habituales preocupaciones. A Minna Fischer le inquietaba. Este éxito del misterio y del ocultismo era cosa rara. Sin duda, alguna gente del centro de Europa se sentía arrastrada por Steiner, quien a juzgar por sus retratos era un tipo de mago o de hipnotizador.

Minna tomó un prospecto y una revista que le dieron a la entrada. Se llamaba *Das Goetheanum* y estaba dirigida por Alberto Steffen.

Se anunciaba una conferencia titulada «De Santo Tomás de Aquino a Roberto Steiner»... Minna propuso a Laura ir con ella a oírla, pero a Laura no le interesaba esto.

Al saber que Laura había ido con Minna al *Goetheanum*, Golowin se echó a reír.

—¿No te ha hecho efecto? No, claro. Para españoles eso no puede servir. Es una invención un tanto estúpida. Más que una casa de locos parece una casa de farsantes. Es una tienda que vende un género fantástico, la antroposofía, que evidentemente no sirve para gran cosa.

—¿Y, sin embargo, el templo vive?

—Sí, se puede asegurar que si ponen otro igual en cualquier parte del mundo, tendrán que tirarlo a los pocos meses o convertirlo en un almacén de carbón.

Golowin se rio e hizo reír a Laura hablando de este templo y de sus extravagancias. Otro que se burlaba de la antroposofía era el pintor Peter Nick, que estaba pasando una temporada en casa de Golowin.

«No se debía reír —decía este hablando del pintor— porque él tiene también un poco de antroposofía en sus pinturas y en sus estatuas.»

Nick estaba preocupado porque en Basilea habían hecho un gran museo.

«Yo creo que no había necesidad de ese edificio tan grande», decía.

En el antiguo había reproducciones en yeso de arte griego y cristiano de algunas obras muy escogidas, y para la gente joven, pedagógicas. En el moderno no las quisieron aceptar y las llevaron a los sótanos de una cervecería.

Nick decía que a estas estatuas se podía llamarlas los dioses en el infierno.

Algunas cosas le producían gran admiración a Laura. Un día fue a cenar con su marido a un restaurante que estaba en un parque público a orillas del Rin. Hacía una noche oscura y tempestuosa. De pronto se oyeron voces. Eran gritos y risas de una partida de jóvenes que iban nadando por en medio del río, entre la oscuridad completa.

«¡Qué valor!», pensó Laura. No hubiera sido capaz de hacerlo ella por nada del mundo.

Desde que llegaron a Basilea, los amigos de Laura se dieron cuenta de las maniobras de Irene para apoderarse de Golowin y desviarlo de Laura y de Natalia. ¿Cómo podía tener una idea tan estúpida?

Natalia, por instinto, lo comprendía, e Irene veía que tenía en la niña un enemigo. Esto no le desanimaba y seguía visitando la casa con sus amigas y discutiendo con Golowin y tratando de convencerle de sus ideas.

Laura no aparecía siempre en las reuniones y Natalia iba a su cuarto huyendo de las señoras. Natalia se indignaba pensando que unas cuantas mujeres intentaran dominar en la casa de su padre.

—Tú eres la dueña —le decía a Laura—, y tú no debes permitir que manden ellas.

—No mandan —replicaba Laura por decir algo—. No hay que tomar las cosas así.

Durante algún tiempo, además de Irene, había tres señoras que, con gran frecuencia, estaban en casa de Golowin.

Una de ellas era la señora Elsa Werner, que había estudiado en el Liceo de Basilea con Golowin. La señora Werner era una mujer despótica e inteligente, que escribía y pintaba y había escrito versos, al parecer muy buenos. Tenía los ojos claros azules; no quería hablar francés, decía que no era un idioma para estos tiempos duros. Aseguraba que el alemán era como de piedra y el francés hecho con adornos de puntillas y de papel. Inglaterra, según ella, no tenía ni poesía ni inteligencia. Era un país práctico, de políticos y de diplomáticos.

—¿Y Shakespeare, Byron, Shelley, Dickens? —le preguntaban.

—¡Ah, sí! Pero eso era antes.

Esta mujer alemana, un poco hombruna, que la miraba fijamente con sus ojos claros y brillantes, a Laura le producía inquietud. La doncella Fanny le dijo que, una vez, la cogió con sus manos fuertes, la sujetó y la besó en la nuca. Ella quedó sorprendida, según dijo.

Otras de las damas contertulias era una periodista, divorciada con escándalo, que vivía en Múnich y había escrito varios artículos acerca de un libro de Golowin, de astronomía.

Esta periodista firmaba sus artículos con el nombre de Lili de Urseren. La dama era seca y angulosa, tanto espiritual como físicamente, miraba con gran desdén a Laura y consideraba que a una mujer que no sabía alemán no se le debía considerar digna de ocupar la atención de nadie.

Hitler, según ella, iba tomando caracteres de divinidad, con motivo, y si algunos le rezaban como a un santo, hacían bien. Los judíos, en cambio, eran demonios enrevesados y muy peligrosos.

Esta señora, escritora aguda y flaca, hacía crítica de libros y de teatro muy amena. Decía que a Heine, en el momento, no se le consideraba ni se le estimaba. De ella había dicho el diplomático neurasténico Wollgraff, que era una odalisca desecada. La manera de tenderse en los divanes recordaba sin duda al diplomático a las odaliscas.

Todavía había otra señora muy asidua a la casa, nada intelectual, pero muy amiga de las demás; Ana Forster. Ana no mostraba ninguna pretensión literaria, ni le interesaba esto. Se decía que debía de tener aventuras. Al ver a Ana Forster se pensaba que algún lejano ascendiente judío le había dejado en herencia la nariz y los labios de la raza. El marido era un tipo de científico muy seco, una de cuyas características era que no le gustaban los gatos. Estos animales no eran sin duda para los matemáticos.

El marido se pasaba la vida estudiando y no le interesaba lo que ocurría en el pueblo. Noche y día vivía engolfado en operaciones matemáticas, lamentándose de la falta de tiempo.

Todas estas señoras, las de la tertulia de Golowin, eran muy germanófilas. La teoría general entre ellas era que Alemania había dado más a Francia que Francia a Alemania; y se consideraba que Francia estaba en una época de decadencia, y que el siglo xx sería con el tiempo esencialmente alemán. Se discutían cuestiones extrañas. Un día en que se encontraban tomando el té estas damas y varios amigos de Golowin, entre ellos un médico joven, el doctor Maas, se discutió si valía la pena, en el caso de encontrar en el camino una mujer de carácter y de energía, sacrificar un poco el porvenir para seguirla.

—Yo creo que no —dijo el doctor Maas—. Es difícil no confundir la realidad con la apariencia, lo que es con lo que puede ser.

—Pues yo creo que sí —aseguró Wollgraff—, y que en el caso de encontrar a una mujer de ese tipo hay que seguirla de cabeza.

La discusión tuvo derivaciones verdaderamente cínicas que avergonzaron y confundieron a Laura.

Golowin vivía entre estas damas sin enterarse de lo que hacían y de lo que pensaban, preocupado con sus cuestiones científicas, completamente en la luna.

Se discutía mucho del bolchevismo y la cuestión judía.

Por lo que decía la señora Bergmann, un rabino había asegurado que el marxismo era la realización del judaísmo, la implantación de la justicia en la tierra.

—Estas gentes del centro de Europa hablan con mucha pasión de la competencia que hacen los judíos —decía Golowin—. Yo no sé si es verdad o no; aseguran que son más tenaces, más antinacionalistas y más despreocupados. Médicos, abogados e ingenieros, todos temen esta competencia judía. Creen que los judíos tienen menos escrúpulos que los demás, y que, por eso, son más peligrosos.

—El marxismo —afirmaba el doctor Maas—, como el psicoanálisis, son

manifestaciones del espíritu judío doctrinario. Todo es materialismo en el mundo. Todo es sexualidad. Para los judíos esta afirmación es más cierta que para los demás.

Ana Forster, quizá por su tipo meridional y judío, no quería ver en el marxismo solo judaísmo. Entonces una de las señoras sacó de la biblioteca de casa un libro. En aquel libro estaban los retratos de Karl Marx y de Bakunin, jóvenes. Los dos debían de ofrecer en la juventud un tipo más señalado de su raza, que luego, ya de viejos. Karl Marx tenía nariz y labios de judío. Bakunin era un puro mongol. Los dos de tipo completamente asiático.

La escritora Lili de Urseren contó que días antes estaba esperando el tranvía a poca distancia de la casa de Golowin. Un joven obrero de la ciudad trabajaba en la carretera, y cerca, sobre un montón de heno, se hallaba sentada una mujer joven con su sombrero de paja muy elegante y fumando un cigarrillo. La mujer, por su tipo, su color y su pelo rizado, era judía. Llevaba en la mano un folleto y un mapa plegado que desdobló y mostró al obrero.

Después de las explicaciones le ofreció un cigarrillo al mozo y le despidió dándole la mano.

La escritora, bastante curiosa, dejó pasar a propósito el primer tranvía para ir al pueblo con la muchacha. Se sentó al lado de ella y en el trayecto le preguntó con indiferencia:

—¿Dónde hay que parar para ir a Claraplatz?

—No conozco bien el pueblo —contestó la extranjera.

—¡Ah! Dispense usted. ¿No es usted de Basilea?

—No; soy rusa.

Para la escritora era esto una clara manifestación de los manejos de los rusos comunistas en suiza.

Pasado algún tiempo se supo que el señor Wollgraff, el neurasténico, había pretendido a Minna Fischer, para casarse con ella, y que la viuda había aceptado. La escritora Lili de Urseren dijo que en él era una ocurrencia de neurasténico. Respecto a la señora Fischer, la calificó en francés de *drôlette*, y añadió que a pesar de sus ideas negras y románticas era una mujer vulgar.

Ana Forster insinuó que el señor Wollgraff, como su marido, no podía ser más que un elemento decorativo y nada más.

Estas señoras, amigas de Irene, trataron varias veces de convencer a Golowin de que lo que escribía la poetisa estaba muy bien.

—Yo no lo dudo —dijo Golowin una vez.

—Entonces, ¿qué encuentra usted de deficiente? —le preguntaron casi a un mismo tiempo la señora Werner y Lili de Urseren.

—Nada..., lo que pasa es que ella es muy oriental, muy parabólica, muy llena de adornos...

—¿Y usted?

—Yo, aunque soy ruso, no soy nada metafórico..., yo soy la Decadencia de Occidente.

Las tres señoras pensaron que Golowin era cosa perdida y que no tomaba nada en serio.



Una tarde decidieron ir al castillo de Burg.

Fueron en dos automóviles: en uno Laura, Natalia, la señora Fischer y Golowin, que dirigía.

En el otro Irene, la señora Forster, Wollgraff el diplomático y el doctor Maas.

Salieron de Basilea al caer de la tarde.

Cruzaron varios pueblos de un aire menos cuidado y menos repintado que la generalidad de los de Suiza, y por un camino estrecho salieron a una encrucijada con árboles, lugar sombrío y oscuro desde el cual se divisaba en lo alto el castillo de Burg, aún iluminado con el resplandor del sol. Dejaron los coches y fueron subiendo hasta una plazoleta con una fuente, y después, escalando un cerro, por una senda escarpada.

Estaba anocheciendo; el lugar tenía un aire romántico extraordinario. El doctor Maas se detuvo y cantó con una energía germánica el recitativo del tercer acto de *Lohengrin*, en el que el héroe wagneriano habla del castillo donde vive, en el San Graal, en el bosque del misterioso Montsalvato:

*Im fermen Land, unnachbar Euren Schritten,  
Liegt eine Burg die Montsalvat genannt.*

El doctor cantaba muy bien y las palabras en alemán daban una poderosa energía a la canción.

Al anochecer, este paisaje en donde los montes lejanos enrojecían con los resplandores del crepúsculo, recordaba a los de Böecklin. Sobre una peña se erguía el viejo Burg.

—Es un castillo como de cuento —dijo Natalia agarrándose a Laura.

—¿Es que tienes miedo? No entremos.

—Sí, tengo un poco de miedo; pero me gusta mucho venir aquí.

Pasaron el arco de la muralla y fueron por una escalera de caracol de piedra desgastada que salía al antiguo patio de armas. Luego volvieron a subir otras escaleras y aparecieron en una gran sala de restaurante o de café con mesas y armarios y cornamentas de ciervo en las paredes.

Desde las ventanas se veía una llanura en donde la luz del día iba desapareciendo y penetrando las sombras de la tarde, y en el fondo unas colinas todavía doradas por el sol. Irene recitó trozos de *los Nibelungos*, de Hebbel, y después poesías de Hölderlin.

Abrieron una puerta pequeña y entraron en una torre redonda pintada de rojo con un zócalo oscuro. Había unos cuadros con escudos nobiliarios en las paredes.

—Aquí vamos a cenar —dijo Maas.

—Yo me siento feudal —exclamó Irene.

Volvió a recitar otras poesías.

Cenaron, bebieron y brindaron y después aparecieron de nuevo en la gran sala. Esta tenía en un testero una plata forma y en ella dos sillas y delante de cada una el bombo y los platillos y un acordeón. Dos hombres comenzaron a tocar un aire como de feria y la señora Forster empezó a bailar sola. Ni el doctor Maas ni Wollgraff se atrevieron a acompañarla.

Natalia se divertía mucho. Desde las ventanas resplandecían los últimos fulgores del crepúsculo y en las cúspides de los montes brillaba aún el sol.

Luego el hostelero les dijo que les llevaría a la parte de la vivienda donde había unas mazmorras. La suegra suya, una señora vieja, les explicarla la historia de todo aquello. Se levantaron.

—No vayamos —dijo Golowin.

—¿Por qué? —le preguntó Laura.

—Hay que bajar unas escaleras estrechas y desgastadas, peligrosas, y luego hay un cuarto con un subterráneo. Yo conozco esto.

—Entonces nos quedaremos aquí.

Se quedaron en la torre los dos, hablando de sus proyectos.

Los demás fueron en compañía del fondista a una parte del castillo convertida en vivienda.

«Este castillo —les dijo el hostelero— es del siglo IX; primero fue del emperador Barbarroja y después de los Habsburgo.»

Luego les llevó al cuarto de una vieja señora, su suegra, con aire de espectro. Irene la excitó para que hablara y la vieja contó unas historias horribles, de un prisionero que emparedaron y que tardó meses en morir y cuya voz se oía por las noches, y les habló de fantasmas y de espectros y de Damas Blancas que aparecían en las torres del castillo.

El hostelero les mostró algunos cuadros antiguos. En medio del cuarto, en el suelo, se veía una trampa. El hombre la abrió y echó por ella un periódico encendido que iluminó las paredes de la mazmorra.

Había otro calabozo próximo para los suplicios.

Irene recitó unos versos con voz lúgubre, del *Cuento de Invierno*, de Enrique Heine.

En una alcoba próxima, donde dormían, sin duda, el posadero y su mujer, se erguían dos maniqués con uniformes de soldado y un muñeco con una careta como calavera, de aspecto lúgubre y macabro. Eran horribles, para dar miedo. Además hacía frío.

La mujer vieja tenía también un tipo siniestro y el castillo entero dejaba una impresión de pesadilla.

A Natalia le produjo una mezcla de terror y de risa que le dio gran locuacidad.

—Natalia no debía haber ido —dijo Golowin al verla—, pero ¿quién la detendría?

Se la ve excitada y nerviosa.

—Sí, es verdad.

En la cena y en la visita se había pasado un par de horas y era cosa de volver.

Bajó Laura, apoyada en Golowin, las escaleras del castillo muy despacio, con la luz de una lámpara de acetileno que llevaba un mozo.

En el automóvil, Laura y Natalia fueron con la señora Fischer. Esta contó su historia a Laura: primero sus amores con un médico misterioso a quien no llegó a hablar. Después de estos amores platónicos se casó con un hombre rico y la noche en que concibió su hija última, se le apareció en sueños el médico y luego una niña. Ella creía que su hija última era espiritualmente hija de él, como un caso de íncubo. Si cerraba los ojos veía en sueños al hombre aquel al lado de la cama; cerca, una sepultura negra y en medio una niña. Era manifestación también de la afición a lo tenebroso y al misterio de Loreley.

Al llegar a su casa Laura durmió tranquilamente, pero al despertarse le dijeron que Natalia había pasado la noche inquieta y que había tenido pesadillas y despertado a su padre, que anduvo levantado y tuvo que darle un calmante.

Luego supo que Irene había excitado a la señora vieja, medio loca, a contar historias, lo que hizo que Natalia se espantase y que por la noche tuviera convulsiones. La relación de la señora Fischer debía de haber contribuido a esto. La niña apareció en el comedor pálida y sonriente y contó los distintos sueños de terror que tuvo por la noche.

—No debías haber ido —dijo Laura.

—¿Por qué no? Me he divertido mucho.

Hubo una racha de sucesos adversos. Días después el señor Keller, *el Español*, como le llamaba Golowin, fue a la casa, a media tarde, y estuvo hablando con la señora Bergmann.

De pronto, según dijeron, empezó a hacer gestos con la boca como si estuviera riendo, se le puso la cara de color de ceniza y torció la cabeza.

La señora Bergmann se le acercó y le sostuvo y llamó. Se presentaron la Fanny, la doncella y después Irene, que estaba de visita. Irene contempló al viejo con una curiosidad de cínife, sonriendo y con una ironía extraña.

El señor Keller se puso a bramar como un toro. La señora Bergmann llamó por teléfono a un cuarto de socorro que envió un coche rápidamente y se llevaron a Keller, que por la mañana siguiente había muerto.

La señora Bergmann no dijo nada a Laura, para que no le hiciera efecto la noticia. Laura después se lo agradeció y sintió la muerte; ya le tenía cierto afecto al hombre.

El médico amigo de Golowin, el doctor Maas, era un hombre inteligente y estudioso, pero muy áspero. Flaco, alto, esquinado, con los ojos azules y la barba pequeña rubia; tenía un tipo de Alberto Durero. Se dedicaba a la psiquiatría. A pesar de su inteligencia clara, Laura tuvo la evidencia de que no conocía a las personas. No las conocía y no le interesaba más que cuando caían ya dentro de su especialidad; mientras no pasaba esto no sentía la menor curiosidad por la gente. Claro que este hombre no se dedicaba ni quería dedicarse a la intuición de aire literario, sino a una psicología de experiencias.

Cuando Laura se lo dijo a su marido, este le indicó:

—A estos médicos la psicología clásica subjetiva, a base de la introspección, no les interesa. Les interesa principalmente la psicología objetiva, lo que se llama psicología de la conducta o del *behaviour*, en inglés, que inició, según parece, hace años un profesor de la América del Norte.

El médico le daba a Laura una impresión muy masculina, muy de hombre.

A veces Laura tenía el deseo de tener confidencias con alguien, de explicarse, de hablar de sus asuntos sentimentales... ¿Pero a quién se iba a dirigir? Tenía que callarlo todo. Era muy atractivo para ella echar una mirada atrás en su vida y pensar en el motivo de sus actos que antes no había comprendido y que ahora quizá comprendía mejor, pero no tenía confidente. No le gustaban las tertulias largas; para ella eran un poco pesadas, y con el pretexto de su estado se marchaba a su cuarto. Laura leía; el perro *Troll* solía estar a sus pies. Cuando venía Natalia, hablaba con ella largo rato.

Las discusiones entre los amigos de casa eran demasiado concienzudas y alguna señora aseguraba que había que separar la sistemática de la praxis. Laura no satirizaba las discusiones, pero tenía muy pocas ganas de oírlas.

Irene planteaba con frecuencia debates trascendentales, pues casi siempre tenía opiniones contrarias a las corrientes. Irene aseguraba que era estúpida la preocupación protestante de moralizar y de hacer el bien; que con esto no se conseguía nada; defendía con frecuencia como ideal la superioridad de la vida intensa. El doctor Maas decía que aquellos anhelos se daban cuando las energías se iban mitigando. El doctor Maas era muy inclinado a las negaciones.

—Discurrimos con fórmulas humanas y limitadas —decía el doctor—, y nos encontramos que cuando creemos que estamos sosteniendo una afirmación, estamos al borde de la negación. El otro día discutía con un colega acerca de reformas que se podían hacer en beneficio del pueblo, y el compañero me decía: «Hay que desear que

haya pesimistas, porque estos ven el mal y quieren corregirlo.» Yo le contesté un poco en broma: «No; hay que desear que haya optimistas, porque esos creen que el hombre puede mejorar y ven la obra posible.» Luego, pensé que nuestra discusión era una chiquillada.

—No veo por qué —dijo Irene.

—Porque parece que estamos de acuerdo cuando decimos: un árbol, una planta, una flor, el mundo, pero no lo estamos; hay hombre para quien uno de estos conceptos es algo mágico y vago, para otro es una palabra, es decir, un sonido, para otro una imagen, para un último es una definición escolar. No hay unanimidad en nuestras ideas, así que cuando queremos hacer con ellas operaciones lógicas y matemáticas, saltan discrepancias. En el fondo no hay verdad, ¿qué es la verdad?, ¿dónde está la verdad? No está en ninguna parte. Hemos sumado manzanas con botones y castañas con monedas y hemos obtenido un producto. ¿Pero de qué es este producto? Pues no lo sabemos.

—Pero con un escepticismo así no queda nada —le decía Irene.

—¿Y es que queda algo? No queda nada, por lo menos racional. Lo más racional era, creo yo, el naturalismo optimista de fines del siglo XIX, que culminó en literatura en Anatole France, que podía llamarse la madurez del lugar común. Imitemos a la naturaleza, se comenzó a decir desde el siglo XVIII. ¿Pero a cuál naturaleza? Porque tan naturaleza es la vaca bonachona para el hombre como la víbora o el escorpión. Son igualmente naturales. Es evidente.

—Entonces, ¿qué glorificaremos? —preguntó Irene.

—Yo no lo sé. No nos queda más que lo arbitrario. Y ahora estamos tocando las consecuencias. Se descompone el lugar común con más rapidez que nunca. El lenguaje no expresa más que relaciones entre unas imágenes con otras, pero la esencia de las cosas no las expresa ni las puede expresar. Así toda palabra tiene su antagonista a su antónima; pero esto no quiere decir que este antagonismo sea de una contradicción verdadera, igual y paralela en la realidad. En la filosofía, en la matemática, que no son ciencias naturales, sino artificios de la inteligencia, las ideas son contrarias; «más», en lo contrario de «menos», y «grande» de «pequeño», y «aumentar» de «disminuir», pero cuando interviene la vida ya no hay estos antagonismos aunque lo pretenda la retórica. El santo no es absolutamente contrario al vicioso, ni la mujer perdida de la mujer honrada, ni el loco del cuerdo, ni el cobarde del valiente, porque hay entre estos extremos muchos puntos de contacto.

Irene creía que contra toda esta anarquía ideológica reaccionaba el hombre superior dando nuevos valores a los conceptos.

—¿Dónde está el hombre superior? —preguntaba el doctor Maas—. ¿Usted ha encontrado el grande hombre?

—Yo supongo que hoy no creemos en los grandes hombres —decía Golowin—, quizá por eso ya no los hay o por lo menos no los vemos. Yo supongo también que un grande hombre es un fenómeno de síntesis popular; si no se produce ese fenómeno de

síntesis no hay grande hombre.

—Me parece que tiene usted razón.

Irene no quería creer que la época actual fuera peor que las demás.

—Es de menores ilusiones, de menos esperanzas —contestaba el médico—. Eran quizá mentiras las antiguas, pero mentiras confortadoras. De las cosas y de las teorías se comienza a ver el esqueleto. Del amor queda el instinto sexual, pero nada más. Todas estas psicologías modernas no tienen de fondo más que la charlatanería. La libertad es ya imposible, desde que intervienen las masas; la religión está unida a la fuerza y al despotismo. Todo lo bueno del siglo XVIII y XIX se viene abajo. El arte se muestra infecundo y la literatura también. La ciencia está entregada a grandes laboratorios americanos...

—¿En medicina no aparecen grandes hombres? —preguntó Golwin.

—No. Tipos como los del siglo XIX, Virchow, Claudio Bernard, Pasteur..., no se van a dar.

—En astronomía tampoco los hay. Parece que ya la investigación es colectiva.

La señora Bergmann encontró en una tertulia de Basilea a una señora rusa, Ana Reitz, venida del Extremo Oriente, y la llevó a casa de Golowin. La rusa tenía mucho que contar. La señora Bergmann se sintió más moscovita que nunca y habló a todas horas de lo que era su constante obsesión: conspiraciones, complots e intrigas. La rusa recién llegada, la señora Reitz, era viuda de un alemán. Su padre había sido profesor de un Liceo de San Petersburgo. Cuando comenzó la revolución, el hombre afirmó que no se movería de su colegio, pero pasó el tiempo y se moría de hambre porque no le daban un cuarto. La familia suya se encontraba en una aldea de Finlandia. Al cabo de dos años de vivir en el Liceo solo y abandonado de todo el mundo, salió de Rusia, llegó al pueblo de Finlandia, vio a su familia y al día siguiente murió.

La Reitz contó que había una sociedad de los Caballeros de la Verdad Rusa, agrupación terrorista que preparaba atentados y boicoteaba a los bolcheviques. Según ella, muchos de sus afiliados estaban escondidos en los bosques de Siberia.

En Rusia había un espionaje terrible, no se podía dar un paso sin ser espiado. Para hablar con alguien en confianza había que llevarle a un bosque o a un descampado y después de ver que no había nadie alrededor se podía uno explicar con claridad. La señora Reitz, al mismo tiempo que abominaba de la época actual, hablaba de las excelencias y de la dulzura del antiguo régimen.

Contó esa señora, no se pudo comprender si como ejemplo que cuando era joven, a una criada de su familia, entonces una muchacha, la cambiaron por un perro de caza. En el canje no le había ido mal, pero el hecho la ofendía.

La señora Bergmann no sabía lo que pasaba en Rusia. Había salido cuando la revolución con sus padres, pero le gustaba mostrarse enterada. Tenía que referirse a cosas de Alemania y de Francia. Aseguró que los obreros rusos de la Exposición de París decían que aquella había sido la mejor época de su vida y que si volvían a su país era porque tenían a sus familias en rehenes, que si no, no hubieran vuelto.

Según la Reitz, Stalin quería acabar con todos los generales inteligentes. Las mujeres de los generales y oficiales fusilados con Tukachewski, que pretendieron no parar en presidio o no ser deportadas, tuvieron que subir a una tribuna de la Plaza Roja de Moscú y decir públicamente: «Mi marido era un traidor y ha merecido la muerte.» Esto parece que hizo la mujer de Yakir, que era judía como él.

Los partidarios de Stalin decían que estos jefes militares habían preparado un gran complot contra el gobierno soviético en colaboración con Alemania. ¡Quién podía saber con exactitud lo que había dentro de todo aquello!

Golowin tuvo que ver a la señora Reitz y hablar con ella, pero no manifestó gran curiosidad. No le gustaba oír aquellas historias dramáticas y folletinescas.

Después le dijo a Laura: «Si no te interesan, no hagas caso. Estas rusas son

mujeres muy intrigantes y teatrales. Les gusta la tragedia y el enredo. Hay que tomar estos relatos con desconfianza.»

Laura oía con curiosidad, pero lo lejano del escenario daba a lo que le contaban un aire de fantasía.

La señora Reitz apareció un día en la casa con un ruso pequeño y raído a quien presentó con el nombre de Sergio Murachef. Este había sido empleado, durante algún tiempo, en el Kremlin y vivía escondido en Basilea. A Murachef los bolcheviquistas le fusilaron el padre y la madre y le llevaron una hermana. Exasperado, se había dicho: «Me vengaré.» Entró en la burocracia y llegó a ser persona de confianza de los jefes. Poco a poco pasó a ser uno de los secretarios de Stalin.

Murachef, relacionado con la policía, pudo averiguar quiénes habían influido en la muerte de sus padres y en la desaparición de su hermana, y los persiguió a todos, los enredó en las mallas de la policía y consiguió que a unos los fusilaran y a otros los llevaran a la cárcel o a la deportación. Lo que más le encantaba era pensar que uno de sus enemigos se colgó del montante de una puerta y que él le había visto ahorcado y que tenía una terrible mueca de dolor.

Alguno de los enemigos llegó a sobrenadar y tuvo influencia y entonces este hizo campaña contra él. Sergio era raquítico y pequeño. Se reía con una risa de condenado. Una de las señoras suizas, la Forster, decía que le recordaba a un judío pintado en una tabla del Juicio Final entre los condenados del infierno.

Pronto Murachef notó que la gente de alrededor del dictador rojo desconfiaba de él y este mismo le dijo que saliera de Moscú y que fuera a pasar una temporada larga a alguna provincia. Escogió el Cáucaso, poniendo como pretexto que se encontraba débil del pecho.

Dijo la señora Reitz que tenía una caja que aparentemente era un tablero de ajedrez. En cada cuadrado había hecho otros y cada división de estas se subdividía en varias. Esta clasificación le servía como una clave para recordar todos los asuntos de interés en los cuales había tomado parte y pensaba después tratar.

Un día Sergio Murachef fue a la frontera de Persia y vio que, con motivo de una fiesta de Pascua, los soldados estaban borrachos. Entró en Persia; andando cuanto pudo, llegó a una aldea, se escondió en un pajar y al día siguiente marchó a caballo a varias leguas y se acogió a un consulado inglés.

Le buscaron los rusos y no le pudieron encontrar.

Por entonces estaba refugiado en Basilea y pensaba marcharse a Alemania, donde al parecer iba a ser protegido por los hitlerianos. Tenía miedo. Según decía, a Kutiepoft le cogieron en París unos oficiales rusos chóferes, le metieron en un auto y lo mataron. Después llevaron el cuerpo a la Rochela, lo colocaron en una caja y de allí, en un barco, lo enviaron a Rusia. A estos oficiales, con pretextos insignificantes, los fusilaron después a todos. Ya en esta época hablaban de las intrigas de la cómica



la Plevitskaia, que era la mujer del general Skoblin.

Murachef sentía un gran pánico al pensar en sus paisanos.

Dijo que había más de cinco millones de personas en la Carelia, al norte de Rusia. Trabajaban con cadenas en los pies, ante los soldados con fusiles ametralladoras que mataban al que no quería trabajar. Estas gentes vivían sin comer lo suficiente y no podían resistir con aquel régimen. El canal del norte de Rusia, según decía, había producido para su construcción la muerte de medio millón de deportados, y en el primer año había transportado a ochocientas personas. Medio millón de muertos para este resultado.

Según dijo Murachef, a uno que escribió contando los horrores de los deportados en la Carelia y que pudo escapar de ella e instalarse en Berlín, le enviaron de Rusia una bomba dentro de una caja, y al abrirla, estalló y le mató. Por eso él no abría nada de lo que le llegaba por el correo.

Otro que vino después buscando la protección de Golowin fue un polaco ucraniano, Iegor Paulovich. Este era hombre alto, simpático, sonriente, moreno, con aire de buena persona. Había pasado muchas vicisitudes en la vida, pero no se desanimaba del todo. Siempre tenía la esperanza de que el horizonte se aclararía alguna vez para él. Había sido soldado hacia 1919, cuando no tenía más que dieciséis o diecisiete años, en el ejército de Polonia, contra los ucranianos de Petliura. Al parecer, en esta guerra se mataba a todos los prisioneros y a las mujeres les cortaban los pechos y las dejaban morir desangrándose. Una vez, a Iegor, cuando era soldado polaco, le entregaron tres prisioneros ucranianos y le dijeron:

—Llévalos por ahí cerca y los vas matando uno a uno.

Paulovich cogió su fusil y llevó a los tres ucranianos atados con una misma cuerda. Le pareció una cosa repugnante el matarlos y les dijo: «Os voy a soltar. Yo también soy ucraniano, y vamos a escaparnos.»

Les soltó, pero por la noche le entró la sospecha de que aquellos hombres que había soltado le querían matar a él. Al llegar a la primera posada les dijo: «Bueno: vosotros dormís ahí y yo aquí.»

Todas las noches hacía lo mismo, él quedaba aparte, esperaba que los tres hombres se quedaran dormidos, y permanecía algún tiempo de guardia, con el fúsil preparado y la pistola en la mano.

Un día fueron a pasar la noche al desván de una casa campesina; el joven Paulovich entró en un cuartucho con paredes de tablas que no llegaban hasta el techo. Cerró con llave la puerta y la sujetó con un montón de leñas.

Llevaba un farol uno de los hombres, Iegor arregló la cama con paja y se echó a dormir. El hombre apagó el farol. Paulovich empezó poco después a hacer que dormía y que roncaba.

Al cabo de media hora los tres hombres comenzaron a hablar en voz muy queda de lo que había que hacer con el muchacho. Paulovich arrimó la oreja a una hendidura de las tablas. Dos de los tres soldados eran partidarios de matarle y de quitarle el fusil y la pistola; otro, de dejarle y seguir con él. Decidieron aplazar la resolución hasta el amanecer. Iegor esperó y los hombres se durmieron. Cuando comenzó la luz, Iegor Paulovich fue quitando las leñas que había puesto, abrió la puerta de tablas y, con el fusil y la pistola, salió al campo. Al llegar al camino echó a andar y no paró hasta reunirse al ejército polaco.

Al terminar la guerra, Paulovich estuvo en Alaska a punto de hacerse rico y después en el Brasil, pero tuvo mala suerte y padeció fiebres que le duraron mucho tiempo.

Después estuvo en la guerra del Chaco, entre Bolivia y Paraguay, de la que

contaba horrores.

Estas historias, más que entretener, a Laura le molestaban.

Ella no había pensado nunca que el mundo fuera una cosa tan odiosa y tan brutal. La mayoría de los cuentos y anécdotas giraban alrededor de la Revolución rusa y del bolchevismo y producían después comentarios y discusiones.

Cada uno de los que escuchaban defendía una tesis distinta.

Para unos el comunismo de Karl Marx había desatado la tempestad, apoyado en los judíos; para otros el origen del trastorno estaba en la juventud que pretendía mandar, considerándose de más valor que los hombres de años y de experiencia.

Para estos, todos los partidos extremos eran iguales: igualmente intransigentes, igualmente doctrinarios y dogmáticos.

¿Quién tenía razón?

«Los rusos se han entusiasmado con la mecánica y con la técnica —decía Golowin—, y quieren que un pueblo perezoso e imaginativo se convierta de pronto en un pueblo práctico y científico. Es una cosa imposible, absurda, y la misma imposibilidad termina en lo monstruoso.»

Al hablarle Laura al doctor Maas de su poca energía para decidirse, le dijo este:

—La vacilación, la indecisión, es el medio en que se desarrollan mejor las neurosis.

—¿Es un hecho científico comprobado?

—Sí, sí.

Laura pensó que el tal concepto era una de las nociones trascendentales que había oído en su vida. Algo semejante había sospechado por intuición, aunque de manera vaga. Entonces quiso comenzar el aprendizaje de no presentarse a sí misma alternativas de decisión difícil que le ocasionaran muchas reflexiones y muchos tanteos, sino resolver con rapidez. Esto, naturalmente, cuando llegara el caso; mientras no llegara, no pensar en lo que tenía que hacer y vivir al día o, mejor dicho, al momento.

A veces recordaba su consigna, a veces no. Creía que si pudiera llegar a conseguir el perder sus indecisiones, aunque fuera solo por temporadas, sería un gran triunfo.

«Como a muchos otros —pensaba ella—, la vacilación me está estropeando la vida.»

Decidió, hasta que tuviera su hijo, desterrar todo pensamiento inútil y perturbador. Nada de reflexiones ni de consideraciones. Nada de pensar en cosas lejanas. Después se dejaría llevar por ideas absurdas; hasta entonces, tregua. Algo le sirvió su determinación.

Parece que el Destino escoge los acontecimientos con malicia y les da un carácter especial en consonancia con el tipo de cada individuo. Al melancólico le proporciona pasto para su melancolía y al vanidoso elementos para alimentar su vanidad.

Claro que esta idea no es más que fantasía y egocentrismo.

En septiembre Natalia tuvo que ir al colegio acompañada de su padre.

Natalia comprendía que el suceso esperado de que Laura tuviese su hijo se acercaba e insistió con ella para que la dejaran allí.

«No, querida, no —le dijo Laura—, cada uno, su deber. El tuyo ahora es estudiar e ir al colegio. Así que no te opongas. No me des esa pena.»

Natalia se convenció, abrazó a su madre, como le llamaba, y marchó a Inglaterra.

El otoño era melancólico.

En el campo, después de segar con las máquinas, los labradores agrupaban en las eras las gavillas de trigo, que tenían de noche aire de frailes o de fantasmas. Esto le recordaba a Laura que en el pueblo de su madre había un segador que había estado en la Mancha y en Andalucía y que llamaba a esa operación de reunir los haces de trigo afrailar las parvas.

Por los campos volaban bandadas espesas de gorriones.

Laura estaba animosa.

El día del nacimiento del hijo, a pesar de sus preocupaciones, se desarrolló todo con facilidad y sin accidentes.

Un amanecer vino un nuevo Golowin al mundo.

Por la noche comenzó una nevada prematura de otoño. Todo el campo y los montes quedaron blancos, los árboles negros y el cielo amarillo y gris.

Laura, con su niño al lado, veía desde la cama los árboles sin hojas de color negro oscuro que formaban como encajes en el cielo gris. Volaban por el aire las hojas y los cuervos revoloteaban sobre el campo desierto.

Laura pasó unos días felices y tranquilos rodeada de cuidados. El cuarto estaba siempre a una temperatura alta y en poco tiempo la madre se repuso. Después de los días de invierno prematuro, vino un tiempo muy tranquilo y muy apacible.

Laura, acompañada por Golowin, paseaba al niño en un cochecito.

El otoño fue muy hermoso. Después de unos días fríos comenzó un tiempo espléndido con crepúsculos en que el sol se ocultaba entre nubes resplandecientes. Desde la terraza de la casa, al anochecer, brillaban en la sierra lejana luces eléctricas y a medida que dominaba la niebla se borraba todo y empezaban a sonar los alambres del teléfono.

Al amanecer, cuando se levantaba Laura para ver si el niño tenía algo porque lloraba, veía desde la ventana un mar de niebla y después el brotar por entre la bruma del ramaje negro de los árboles, y cómo eran llevadas por el viento las hojas secas. En estas mañanas le entraba la idea de su soledad, de su desamparo y se sentía triste y melancólica.

Ya su consigna había cesado y se dejaba llevar por sus pensamientos y fantasías.

Irene era sin disputa una mujer de talento, pero tenía mucho de cómica, de actitudes para la galería. Se veía que empleaba recursos malos para hacerse interesante.

«La verdad es que cuando una persona es cómica, histriónica por naturaleza, llega a hacérselo perdonar —pensaba Laura—, pero cuando este histrionismo es de mala ley, deliberado, resulta desagradable y fastidioso.»

Irene buscaba siempre la posición dramática; el perder, el tropezar, el sangrar, el herirse, lo encontraba todo algo magnífico si le servía para tomar una actitud que produjera admiración.

Como decían de un político español, en un entierro hubiera querido ser el muerto, y en una boda, la novia. Cosa nada rara en una mujer.

La frase sobre el político debe de ser antigua y no la inventaron seguramente para él. En esa cuestión de frases todo es viejo como el mundo, que a su vez, como decía Voltaire, es una coqueta también vieja que se quita años.

Cuando Irene veía a Laura con su niño, sonreía con desdén. Según Irene, Laura era una mujer débil, sin energía, sin espíritu heroico; como todas las meridionales. Golowin era un verdadero ario, no quería dominarla y su mujer era de las que habían nacido para ser dominadas y gemir en la esclavitud matrimonial.

La señora Bergmann atendía a Laura y estaba identificada con ella. Natalia escribió desde el colegio pensando siempre en su hermanito, a quien estaba deseando ver.

Irene buscaba todas las ocasiones de hacer efecto. Coqueteaba con Golowin, con el doctor Maas y con Peter Nick. No le dolía dar prendas. Estaba dispuesta a todo. Afirmaba a veces que la mujer prostituida era la verdadera mujer, y que ya que el sexo no tenía inteligencia no debía de ser más que un animal voluptuoso.

La señora Bergmann se incomodaba al oír estas afirmaciones, y cuando hablaba de la poetisa pronunciaba unos ¡Aj! de desprecio.

Antes de terminar el año ocurrió un suceso que no llegó a noticia de Laura más que muy tarde, y que conmovió a todas las personas relacionadas con ella y con su marido.

Golowin dijo a su mujer que iba a pasar dos o tres días en el monte Rosa, a hacer unas observaciones astronómicas. Al volver vino muy preocupado. Laura no se enteró.

La gente conocida supo asombrada que en este viaje al monte Rosa, Irene iba acompañando a Golowin y que en la ascensión había muerto.

—¿Qué es lo que había ocurrido?

Peter Nick contó a la señora Bergmann que Golowin, Irene y él fueron a un hotel del monte Rosa. Golowin pensaba hacer sus observaciones. Irene perdió el pie y

desapareció en un ventisquero. Al principio creyeron en un accidente, luego vieron que se trataba de un suicidio. La poetisa había escrito unos versos que aparecieron en un periódico, días después, en los que decía que iba a morir envuelta en la nieve.

A Peter Nick el asunto le dejaba indiferente.

Golowin estaba preocupado. La intervención suya en un asunto así, trágico y romántico, le producía muy mal efecto y no quiso hablar de ello. El doctor Maas encontraba en el final de la poetisa un fondo de comiquería desagradable y antipático. Golowin se mostraba un tanto azorado. Quizá se atribuía alguna culpa en la muerte de la poetisa.

Se contó que Irene y él fueron a buscar un sitio para hacer observaciones en el monte Rosa y que Irene le dijo que debían marcharse juntos a un país de sol. Ella trató de convencerle, él no supo qué contestar, y entonces ella, en la desesperación, se dejó caer por un torrente de agua y de nieve y desapareció en el abismo. Esta era la versión romántica.

Los hechos comprobados eran que fueron a Zermatt, Irene, Golowin y Peter Nick. Por la mañana siguiente salieron Irene y Golowin hacia uno de los montes próximos. Ella avanzó a pesar de los gritos de su compañero, de sus advertencias y de sus llamadas, y desapareció en un torrente; Golowin pensó que ir solo por allí era perderse, sin posibilidad de éxito, y volvió a Zermatt; se organizó una columna de socorro y se encontró a la poetisa muerta en un lago entre la nieve. Se pudieron seguir las huellas de sus pasos. El juez encontró que el hecho tenía un aire de suicidio e interrogó a Golowin por si sabía los motivos de este acto de desesperación, pero él dijo que no los sabía, y era verdad.

Unos días más tarde publicaba un periódico una relación de la muerte de Irene y la poesía suya en la que hablaba de que moriría envuelta en la nieve soñando en los países ardientes de los trópicos.

En la poesía hablaba del monte, de la cabra salvaje que se asomaba por entre los picachos, del cazador y del deportista joven que caminaba con los esquíes al hombro. Ella marchaba al lado del sabio, embebido en las frialdades de la ciencia, sin pensar en el corazón ardiente que palpitaba a su lado. El aire helado invitaba a vivir con energía en un mundo duro, fuera de las consideraciones míseras de la moral de las multitudes de esclavos. En la poesía palpitaba el recuerdo del Manfredo de Byron y del Zarathustra nietzscheano.

La poesía confirmó que no había sido la muerte un accidente casual, sino un suicidio. Los antropósofos y los espiritistas probablemente pensaron que aunque fuera un accidente imprevisto ella pudo tener la intuición de lo que le iba a ocurrir al pasar al plano astral.

Al cabo de algún tiempo Laura se enteró del suceso y preguntó a su marido lo que había ocurrido con Irene, y Golowin le contó el hecho escueto. Terminó diciendo:

—Era una mujer loca que no veía el mundo y la vida más que en teatro. La cuestión era dejar un gesto que asombrara a la gente. Todo lo preparó de antemano, los versos que tenía que publicar la revista, con su retrato; el traje de deportista, las flores, etc... Podía haber tomado otro compañero para su hazaña. Ahora se me quiere considerar a mí como un personaje byroniano y satánico. ¡Qué tontería! ¡Qué estupidez! Fue una ingenuidad mía. No pude comprender que a esa mujer no le podía interesar una materia tan abstrusa como la astronomía o la física..., me preguntaba y yo cándidamente le daba explicaciones creyendo que le interesaban, y ella no hacía mientras tanto más que preparar ese final ibseniano o wagneriano, tan absurdo...

—Debes olvidar eso —le dijo Laura.

—Hace uno todo lo posible, pero le queda la sospecha de tener una ligera culpa en ello y me inquieta.

«Es lo que pasa en la vida en muchas colaboraciones —pensó Laura—, el uno lleva una idea y el otro otra diferente y a veces contraria, pero mientras van juntos parece que están identificados.»

Laura pensaba que la mayoría de las veces la gente no se entendía, y cuando se entendía, como ella con Golowin, el amor quedaba tan oculto y tan sereno que no se notaba. Para notarlo tenía que haber algo de peligro y de tragedia; lo que no comprendía su marido, y que, sin embargo, era cierto aunque él lo considerase despreciable.



En Semana Santa, Laura fue a París con el niño a esperar a Natalia. Natalia había vuelto de Inglaterra, acompañada de Silvia. Estaba entusiasmada con su hermanito. Iban a ir a Etchebiague a pasar una temporada y a que doña Paz conociera a su nieto.

Esta le había mandado a Laura una muchacha de Bidart para niñera.

El que no había llegado era Golowin, que tenía que visitar algunos colegas de Londres y consultarles varias cosas. Golowin se les reuniría en Etchebiague.

Días antes Laura había recibido una carta de Mercedes, que la recordaba siempre y estaba muy contenta en Nueva York. La carta de Mercedes tenía una postdata de su marido, el doctor Bearn, en la cual decía que Mercedes iba a tener un chico y que hablaba ya el inglés como una americana. El chico mayor, el *morrosko*, estaba muy bien y la familia se iba americanizando rápidamente.

Laura, en el cuarto del hotel, arreglaba sus ropas, las de Natalia y las del niño. Hacía un día templado, oscuro. Llovía una lluvia fina y desde el balcón alto del hotel se veían las casas con sus tejados y buhardillas negruzcos, y el cielo con nubes grises que iban pasando rápidamente.

El chico dormía en la cama; la niñera vasca entró en la habitación a preguntar lo que tenía que hacer. Natalia no se había levantado aún. Laura se sentó al lado del balcón a coser.

Aquella noche había soñado que iba perseguida llevando en brazos a su niño y que no sabía dónde ponerlo, hasta que encontró una hornacina y lo colocó en ella. Esta clase de sueños le daba la impresión de que se encontraba inquieta, pero no pretendía sacar de ellos ningún pronóstico.

A media mañana se presentó Natalia en el cuarto. Abrazó y besó a Laura y estuvo mirando al niño.

—No vayas a despertarle. Déjale —dijo Laura.

—¿Para qué duerme tanto este tonto?

—Cuanto más duerma mejor. ¿Qué vas a hacer?

—Vamos a ir Silvia y yo a casa de un modisto.

—Bueno, pues arréglate. ¿Va a venir ella aquí?

—Sí.

—Entonces, hasta luego.

—Adiós.

Laura esperaba la visita de Kitty Bazaroff, que le había telefoneado que iría a verla por la mañana.

Efectivamente, a las diez estaba la rusa allí. Tenía un aire un poco fatigado. Se había casado con el ruso ingeniero. Contempló al niño de su amiga y le besó.

—¿Y qué tal? —le preguntó Laura.

—Mi marido es un poco duro y mal humorado, y a veces me dice que los pobres como nosotros no debían casarse.

—¡Qué pena! Si yo puedo servirte en algo...

—No. Vivimos sin deudas. Él tiene un empleo pequeño y está descontento. Yo trabajo, pero naturalmente, no se puede hacer una vida espléndida.

—Me da tristeza lo que dices... Tú que eras tan alegre antes.

—Qué quieres..., la vida enseña siempre algo.

Kitty parecía más seria que cuando era soltera, un poco cansada y desilusionada.

Laura contó que su marido se encontraba en América del Norte, donde había pasado un mes y estaba ya de vuelta en Inglaterra. Le expuso el proyecto y ella le había instado para que fuera. Después se sintió entristecida por esta separación y aún le quedaba la melancolía.

## EPÍLOGO

Pasado un rato, y como comentario a las palabras, dijo Kitty con el convencimiento de algo que había pensado despacio durante algún tiempo:

—Golowin y tú sois iguales..., encantadores..., con una suerte, un atractivo y una coquetería profunda de que no os dais cuenta...

—¿Tú crees?

—No lo veis... Tenéis todo..., los amigos, la riqueza, la simpatía..., pero os falta la luna... Yo os daría la luna a los dos...

—Una a cada uno.

—Eso es, una a cada uno, pero luego pediríais el sol.

—Y eso ya no nos lo podrías dar.

—Quizá también, pero después pediríais la estrella Sirio.

Laura se rio y hablaron y bromearon sobre ello largo tiempo, hasta que Kitty se despidió sin la efusión en ella acostumbrada y se marchó a la calle.

Al quedar Laura sola pensó que, aunque fuera broma, nunca le había hablado Kitty de este modo. Ya veía que se había desvanecido la amistad de la rusa por ella, al mismo tiempo que su optimismo exaltado. Sin duda el matrimonio, la vida pobre y aperreada, le había dado a Kitty una claridad de visión de las cosas que no tuvo nunca, y ahora les veía a Laura y a Golowin tales como eran, encantadores, con suerte, con gracia, como decía ella, pero nada más.

A pesar de que todo les salía bien, Laura se sentía lánguida y desconsolada. Era la tristeza de su vida. Ella tendía a querer con pasión, a entregarse por completo, pero veía que la querían con reservas.

Quizá si a ella le hubiera pasado lo mismo que a Kitty y viviera en la pobreza con un hombre duro, malhumorado y descontento, hubiese también perdido su optimismo y su benevolencia para las personas, pero a veces creía que no.

Ella no tenía ningún motivo de sentirse melancólica, pero lo estaba.

Había tenido la suerte de casarse con un hombre amable, de un espíritu delicado, que le dejaba hacer sus gustos sin reprocharle nunca nada; tenía un niño fuerte, gracioso y sonrosado, y a Natalia, a quien quería como a una hija.

A pesar de tantos beneficios y de tanta suerte, comprendía que la calma no era tampoco el ideal de la vida, porque en la inacción se iba paralizando un poco el ánimo. Las luchas, las dificultades, los peligros, debían ser a veces como una gimnasia espiritual. Por eso sin duda había matrimonios que, a pesar de las desgracias y de las peleas, estaban cada vez más unidos y más identificados el uno con el otro.

No sabía nada de nada. Ella no veía más que, con motivos para ser feliz, no lo era, y tenía angustia y tristeza.

Su niño dormía en la cama tranquilo y sonriente; su madre, doña Paz, estaba bien en el pueblo; Mercedes, su amiga íntima, le escribía cariñosa desde los Estados

Unidos con mucho afecto; todos los suyos estaban seguros, y sin embargo, se le saltaban las lágrimas de los ojos de tristeza.

Sentía la misma sensación de soledad y de acabamiento de siempre, la misma falta de ánimo para vivir con energía y la misma desgana...

En aquel momento el chico se despertó y comenzó a llorar; la muchachita lo tomó en brazos, le cantó una canción vasca, triste y salvaje, hasta que le acalló y le dejó otra vez dormido en la cuna.

«¿Qué te reservará a ti la vida, pobre hijo mío? —pensó Laura—. Ni tu padre ni tu madre te han podido dar mucha energía. No sé qué querría más, que fueras un bruto feliz o tuvieras como yo esta tristeza de sentirte siempre solo y sin consuelo.»

Y al decir esto se le llenaba la cara de lágrimas. Lloraba como si hubiera fracasado completamente en la vida.

**París, abril, 1939**



PÍO BAROJA (San Sebastián, 28 de diciembre de 1872 - Madrid, 30 de octubre de 1956). Novelista español, considerado por la crítica el novelista español más importante del siglo xx. Nació en San Sebastián (País Vasco) y estudió Medicina en Madrid, ciudad en la que vivió la mayor parte de su vida. Su primera novela fue *Vidas sombrías* (1900), a la que siguió el mismo año *La casa de Aizgorri*. Esta novela forma parte de la primera de las trilogías de Baroja, *Tierra vasca*, que también incluye *El mayorazgo de Labraz* (1903), una de sus novelas más admiradas, y *Zalacaín el aventurero* (1909). Con *Aventuras y mixtificaciones de Silvestre Paradox* (1901), inició la trilogía *La vida fantástica*, expresión de su individualismo anarquista y su filosofía pesimista, integrada además por *Camino de perfección* (1902) y *Paradox Rey* (1906). La obra por la que se hizo más conocido fuera de España es la trilogía *La lucha por la vida*, una conmovedora descripción de los bajos fondos de Madrid, que forman *La busca* (1904), *La mala hierba* (1904) y *Aurora roja* (1905). Realizó viajes por España, Italia, Francia, Inglaterra, los Países Bajos y Suiza, y en 1911 publicó *El árbol de la ciencia*, posiblemente su novela más perfecta. Entre 1913 y 1935 aparecieron los 22 volúmenes de una novela histórica, *Memorias de un hombre de acción*, basada en el conspirador Eugenio de Avirarneta, uno de los antepasados del autor que vivió en el País Vasco en la época de las Guerras carlistas. Ingresó en la Real Academia Española en 1935, y pasó la Guerra Civil española en Francia, de donde regresó en 1940. A su regreso, se instaló en Madrid, donde llevó una vida alejada de cualquier actividad pública, hasta su muerte. Entre 1944 y 1948 aparecieron sus Memorias, subtituladas *Desde la última vuelta del camino*, de

máximo interés para el estudio de su vida y su obra. Baroja publicó en total más de cien libros.

Usando elementos de la tradición de la novela picaresca, Baroja eligió como protagonistas a marginados de la sociedad. Sus novelas están llenas de incidentes y personajes muy bien trazados, y destacan por la fluidez de sus diálogos y las descripciones impresionistas. Maestro del retrato realista, en especial cuando se centra en su País Vasco natal, tiene un estilo abrupto, vivido e impersonal, aunque se ha señalado que la aparente limitación de registros es una consecuencia de su deseo de exactitud y sobriedad. Ha influido mucho en los escritores españoles posteriores a él, como Camilo José Cela o Juan Benet, y en muchos extranjeros entre los que destaca Ernest Hemingway.